

Rafael Ramón Castellanos

**Un hombre con más
de seiscientos nombres**
(Rafael Bolívar Coronado)





**Un hombre con más de
seiscientos nombres**
(Rafael Bolívar Coronado)

1.ª edición digital, Fundación Editorial El perro y la rana, 2021

© Rafael Ramón Castellanos

© Fundación Editorial El perro y la rana

Fundación Editorial El perro y la rana
Centro Simón Bolívar, Torre Norte,
Piso 21, El Silencio
Caracas -Venezuela 1010

www.elperroylarana.gob.ve

www.mincultura.gob.ve

Facebook: El perro y la rana

Twitter: @elperroylarana

Imagen de portada

Rafael Bolívar Castellanos (s/f)

Edición y Corrección:

María López

Diagramación

Odalís C. Vargas B.

Hecho el Depósito de Ley

ISBN: 978-980-14-4806-8

Depósito legal: : DC2021000968

**Un hombre con más de
seiscientos nombres**
(Rafael Bolívar Coronado)

Rafael Ramón Castellanos

*A la memoria de María Noguera, mujer catalana
que vivió de la soledad y que mantuvo hasta su
muerte el amor por su compañero venezolano,
Rafael Bolívar Coronado*

Por la amplísima colaboración prestada, presento la luz de mi gratitud múltiple a Ángela Robira Peña de Castellanos, Oldman Botello, Lautaro Ovalles, Sonia Gómez, Alejandro Rodríguez, Carmen Michelena, José Guillén, Antonio Saavedra, Rufino González, Carlos Salas (†), Pedro R. Carmona, Alicia Fidelia Sánchez de Castellanos, Manuel Silveira Blanco, José Rafael Lovera, Ivonne González Rincones de Klemper, Valentina García Vallenilla de Herrera, Magali Rosario, José Ramón Rodríguez, María Teresa Sánchez Castellanos y familiares de María Noguera, especialmente Emilio Arqués, quienes hicieron posible este libro.

EL AUTOR

Los seiscientos nombres de Rafael Bolívar Coronado*

A cualquier apureño que se precie, habría de parecerle extraño escuchar durante décadas aquellos dos versos iniciales de ese joropo conocido popularmente como el segundo himno nacional, el *Alma llanera* (1914): “Yo nací en esta ribera del Arauca vibrador”.

El río Arauca es más bien uno macilento, de aguas terrosas, que no vibra como lo sugiere el adjetivo, ni mucho menos espumea junto a garzas y rosas sino hasta completar su cauce con el río Orinoco. Sin embargo, quedó en el cancionero social que ese río vibraba al son del sentimiento nacional, un ardid que solo Rafael Bolívar Coronado podía haber logrado, puesto que caló hondo en el imaginario colectivo venezolano.

La poderosa imagen fue el primer timo literario de Bolívar Coronado, nacido en Villa de Cura (Aragua), quien nunca visitó las sabanas apureñas en toda su vida y además confesó, en *Memorias de un semibárbaro*, que “de todos mis adefesios es la letra del *Alma llanera* del que más me arrepiento”.

Fue periodista de *El Cojo Ilustrado* y *El Universal*, y hasta tuvo amigos en el gobierno de Juan Vicente Gómez, sin embargo, hartó de aquella Venezuela viajó hasta Madrid

* Artículo publicado el 8 de diciembre de 2017 en: <http://www.visconversa.com/index.php/2017/12/08/los-600-nombres-rafael-bolivar-coronado/>

donde trabajó como secretario del escritor español Francisco Villaespesa, gracias a la falsificación de cartas de recomendación de otros intelectuales.

Su suerte comenzaba a erigirse bajo falacias benignas, que cuestionaban toda legitimidad con el fin de obtener algo de dinero para comer y escribir. Su primer apellido lo prefiguró cual hombre terco, de intensa imaginación y larga visión. Coronado por el destino, para bien y para mal.

Villaespesa descubrió el engaño amanuense de Bolívar Coronado y lo botó como los cocineros hacen con los gatos. Y Rafael comenzó a descubrir que su vocación de impostor y falsario, habilidoso de la mimesis estilística y arduo trabajador, le abría oportunidades para llegar con algo en los bolsillos a fin de mes.

También escribió desde España artículos literarios y antigomecistas para diferentes medios. Pero su mayor obra vendría con el carismático intelectual venezolano Rufino Blanco Fombona como su principal e inadvertido editor, quien en aquella época poseía la famosa editorial América.

Este contrató a Bolívar Coronado para que copiara manuscritos en la Biblioteca Nacional de Madrid para su editorial, cosa que nunca llegó a hacer: dispuso de ese espacio bibliográfico para escribir y reescribir, a principios del siglo XX, crónicas de Indias, estudios sociológicos, obras científicas y demás artilugios literarios, que Blanco Fombona publicó sin saber que el aragüeño lo timaba.

Así, Bolívar Coronado también pasó secretamente a llamarse Daniel Mendoza, Rafael María Baralt, fray Nemesio de la Concepción Zapata, Agustín Codazzi. Todos fueron autores que vivieron y escribieron personalmente sus propias obras; Rafael Bolívar Coronado solo tomaba sus nombres para crear las suyas.

Todas fueron vendidas a Blanco Fombona, quien las publicó en su editorial, y aún hoy algunas son referencias académicas

como *El llanero (estudio de sociología venezolana)*, a pesar de haberse descubierto el timo literario de su creador. Lo que habla de la calidad estilística de Rafael, cosa que importó poco a Rufino cuando se enteró que su honra editorial se hallaba marchita por la ardid, descubierta por el historiador Vicente Lecuna, quien advirtió sobre ciertas incoherencias en el léxico y la sintaxis entre las crónicas “copiadas” por Bolívar Coronado y los manuscritos originales.

Las versiones de Bolívar Coronado, por supuesto, no resistieron el menor examen de Blanco Fombona. Este lo buscó para batirse en duelo a muerte, pero el aragüeño huyó hasta Cataluña donde siguió escribiendo bajo distintos seudónimos para sobrevivir.

Cuenta el historiador Rafael Ramón Castellanos que en su estancia catalana

escribía, además de los libros, doce artículos diarios con nombres diferentes que cambiaba cada semana. Muchos de los artículos eran contra Gómez (...); escribe febrilmente, publica un poema inédito de sor Juan Inés de la Cruz (suyo) y se hace corresponsal en la guerra del Sahara para *La Publicidad*, *El Noticiero* y *El Diluvio* de Barcelona. Pero en realidad nunca salió de España; se disfrazaba de mendigo y vagabundeaba por los muelles hablando con los marinos y estibadores que llegaban del Sahara español, de África, y con toda la información que les sacaba, calculaba las batallas, las bajas, y nunca llegó a equivocarse, por lo cual el pago era puntual.

La imaginación de Rafael Bolívar Coronado era tan eficaz que recreaba casi con exactitud la realidad. Tal grandilocuencia se expresa en la cantidad de seudónimos que usó, entre los que se encontraban Andrés Eloy Blanco, Andrés Bello, Juan Antonio Pérez Bonalde, Juan Vicente Gómez, Pío Gil, José

Antonio Calcaño y Arturo Uslar Pietri. “La originalidad es el mejor de los plagios”, dice el poeta Carlos Angulo.

Usó más de seiscientos nombres, falsos y verdaderos, y justificó sus timos como herramientas de la necesidad en su mencionado libro autobiográfico:

Ellos necesitaban nombres famosos: yo necesitaba trabajar para salir de apuros, que comenzaban a hacerse también famosos, y como yo no tengo nombre en la República de las Letras he tenido que usar el de los consagrados, porque yo no puedo darme el lujo de que me salgan telarañas en las muelas.

El escándalo que provocó este semibárbaro a raíz de un aviso anónimo publicado en la edición venezolana de la revista *Billiken*, el 6 de diciembre de 1919, en el que se denunciaron las magistrales falsificaciones, trampas, seudónimos y heterónimos usados por Bolívar Coronado, tuvo como consecuencia el destierro definitivo, físico e intelectual, de Venezuela.

Murió de gripe y de pobreza en 1924, en Barcelona, España. Demostró que para escribir no hacía falta ser vanidoso ni arribista, como lo eran (y son) la mayoría de los escritores en Venezuela, sino una íntima necesidad de oficio y de vida.

En todo caso, su vida y obra marcan una página extravagante, vanguardista y temeraria en la historia de la literatura venezolana, en la que se burló sin miedo de los derechos de autor, de las individualidades arrogantes del gremio, de las fugacidades del éxito.

Lo único a lo que no pudo escapar Rafael Bolívar Coronado fue al hambre: tuvo que alimentar más de seiscientos nombres. Ese fue su mayor desafío como escritor.

ERNESTO CAZAL

Prólogo a la primera edición

Confieso que odio el *Alma llanera*. Yo crecí en la generación de Michael Jackson; y no había nada más odioso que oír esos compases de seis por ocho con arreglos de Frank Barber e interpretada por la National Philharmonic Orchestra of London, con Fredy León en la producción, que indicaban que la discoteca iba a cerrar; justo en el momento en que la chama estaba blandita, justo cuando me iba a decir que esa noche sí. Esas notas depravadas la hacían recordar que a su papá le decían Maguila Gorila en la Base Libertador y que era ya de madrugada. Mi psicólogo ha encontrado una explicación más audaz y retrospectiva; luego de una sesión de hipnosis me mostró el *cassette* con la grabación donde yo regresaba a mis siete años; yo tataraba el *leitmotiv* de *De fiesta con Venevisión* y súbitamente armaba un berrinche y pataleaba gritando: “¡No, Gilberto; no! ¡Yolanda Moreno bailando el *Alma llanera* con arreglo de Joaquín Riviera no! ¡Yo quiero es al Topo Gigio!”.

Veinticinco años después camino por el Pasaje Zingg de Caracas tarareando la serenata de Turiddu “*O Lola, bianca come fior di spino...*”. He visitado las ciudades de los hombres y sus palacios y ya no me gusta el Topo Gigio, sino la ópera; pero el tramposo destino me ha preparado una burla. Me apresuro porque Rafael Ramón Castellanos, que tiene allí la Gran

Pulpería del Libro Venezolano, quiere darme a conocer al más grande apócrifo de la historia; un hombre que usó más de seiscientos pseudónimos y merece estar en el Guinness. Rafael, con los manuscritos de su libro sobre el insigne escritor en una mano, me muestra con la otra una foto; los ojos son de pícaro, el labio superior grueso y sensual:

Por allá por el año quince este personaje, Rafael Bolívar Coronado, saltó a la fama porque compuso la letra de la zarzuela *Alma llanera*. Gómez lo becó en España y él se embarcó feliz; pero nomás el barco estuvo en alta mar salió a la cubierta gritando ¡Muera Gómez el tirano! y se declaró “anarquista, bolchevique y racista”. Nació en Villa de Cura, vivió apenas 39 años, y desde chiquito fue un zángano. Fíjate que anduvo por esos llanos haciendo desmanes antes de llegar a Caracas, forzado porque con un coronel de Coro se habían tomado la paga de un batallón. Pero ¿tú sabes cuál es la gracia de este hombre? ¡Que era un escritor del carajo! Cuando llegó a España se dedicó a vivir de la pluma, cosa que siempre ha sido dura en cualquier lugar y época. Y como era difícil darse a conocer, Bolívar Coronado se hizo pasar por copista y antologista. Le llegaba a los editores con sorprendentes volúmenes inéditos, rescatados de las bibliotecas o compilados en los viajes, y los incautos los publicaban. Él mismo los escribía, con una gracia y talento fuera de serie. En las fondas y zahúrdas de Madrid le decía a sus amiguetes: “He escrito varias antologías para Sopena en quince días: ¿cómo me habrán quedado?”, y cuando ellos le reclamaban él se justificaba: “Como yo no tengo nombre en la República de las Letras, he tenido que usar el de los consagrados, porque yo no puedo darme el lujo de que me salgan telarañas en las muelas (...)”.

Una de las víctimas de aquel mitómano, de aquel genial camaleón, fue don Rufino Blanco Fombona. Le vendió el libro *El llanero*, el cual atribuyó a Daniel Mendoza, aunque era suyo, haciéndolo pasar por “copia de la primera edición”. Aún

hoy, *El llanero* es un clásico obligado para los estudiantes de Sociología. Mendoza existió, pero jamás lo escribió. Bolívar Coronado también le vendió a don Rufino *Letras españolas* de Rafael María Baralt y *Obras científicas* de Agustín Codazzi, que contenían mucho de los autores, pero donde él también metía lo suyo, ¡y con mucha autoridad!

Convencido de que don Rufino era un cacaísta, Bolívar Coronado se metió a cronista de Indias y le escribió y vendió: *La Gran Florida*; *Los caciques heroicos: Paramaiboá, Guaicaipuro, Yaracuy*; y *Nueva Umbría: Conquista y colonización de este reino en 1518*, firmados los tres por un tal maestro Juan de Ocampo; y también *Los caciques heroicos: Nicaraguán*, como fray Nemesio de la Concepción Zapata; *Los desiertos de Achaguas*, como Diego Albéniz de la Cerrada; *Los chiapas (Ríos de La Plata y Paraguay)* como F. Salcedo y Ordóñez; y *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas en 1656*, como Mateo Montalvo de Jarama.

Su desgracia se inicia cuando el escrupuloso Vicente Lecuna, gomero pero amigo de Blanco Fombona, le escribe a don Rufino diciéndole: “Su copista ha de haber tenido un *lapsus linguae*: imposible que el cacique Nicaraguán poseyera un burdel. Habría de ser serrallo, porque burdel es galicismo del siglo XIX imposible en el español del XVI (...)”.

Mandó don Rufino un amanuense a revisar el anaquel de la biblioteca de donde Bolívar Coronado dijo haber copiado las *Crónicas* y regresó aquel diciendo que no había tal anaquel ni clasificación por dígitos; montó en cólera Blanco Fombona, saliendo armado en su búsqueda para matarlo. Don Rufino era feroz espadachín, y Rubén Darío, que era su amigo, decía: “cuando Rufino se emborrachaba yo me orinaba de miedo”. No era para menos. Blanco Fombona tenía más de doce muertos encima, en duelos, sin contar las peleas callejeras. Advertido por el poeta Villaespesa, Bolívar Coronado huye a Cataluña,

donde se inicia su etapa más prolífica de pseudónimos. Don Rufino, para vengarse, publica un volumen autobiográfico, *Memorias de un semibárbaro*, lleno de desmanes y picardías de camino y llanos, que Bolívar Coronado quería enrostrarle al seudo Oliverio Castro Gómez. Lleva el nombre de Bolívar Coronado y muestra su vida y milagros.

En Barcelona publica un *Parnaso costarricense*, con muchos versos suyos (incluidos los del *Alma llanera*) y también uno boliviano, firmado como Luis Felipe Blanco Meaño, un médico venezolano de paso en Barcelona: “Me cayó poético ese nombre y no aguanté la tentación”, dijo en Las Ramblas.

Escribía doce artículos diarios, todos con nombres diferentes que cambiaba cada semana. Muchos de los artículos eran contra Gómez, lo que enardecía al cónsul venezolano en Barcelona, Alberto Urbaneja, quien le pedía al jefe de la Policía condal, Alergui, que lo extraditara. Pero Alergui era hombre de soberano buen humor y lo protegía; sobre todo cuando Bolívar Coronado le avisaba que leyera la venganza en los diarios. La venganza era que algunos artículos contra Gómez aparecían firmados con los pseudónimos Urban Cabroneja y Alberto Mierdaneja.

Temiendo su final, escribe febrilmente: publica un poema inédito de sor Juana Inés de la Cruz (suyo) y se hace corresponsal en la guerra del Sahara para *La Publicidad*, *El Noticiero Universal* y *El Diluvio* de Barcelona. Pero en realidad nunca salió de España; se disfrazaba de mendigo y vagabundeaba por los muelles hablando con los marinos y estibadores que llegaban del Sahara español de África, y con la información que les sacaba calculaba las batallas, las bajas, y nunca llegó a equivocarse, por lo cual el pago era puntual.

Cuando Andrés Eloy Blanco fue gloriado por su *Canto a España*, le envió un lacónico telegrama desde Barcelona donde ya se hacía evidente su otoño: “Tú eres un astro. Los astros

giran. Gírame algo”. Blanco estaba en Santander; y acaso lo único que pudo haber sabido de Bolívar Coronado era que había compuesto la letra de la zarzuela junto con Pedro Elías Gutiérrez y que había publicado una pequeña novela titulada: *Corazón. Memorias de una niña rubia*, porque aquel colosal talento se había desperdiciado en pseudónimos y laberintos de personalidades cambiadas.

Lo último que hizo fue una biografía, la primera en español, de Lenin. El libro data de 1919. Y recuérdese que la Revolución fue en 1917. El título original era *Lénine* y estaba firmado por R. Bolívar y Jesús de Castilla. En sus páginas, luego de contar la vida de Vladímir Ilich (por lo cual es contemporáneo de John Reed) abogaba por la instauración del bolchevismo en Venezuela. Pero, ¡oh manía!, el último capítulo es una desviación de la idea original y se titula “Hay que matar a Gómez”.

¿Qué hubiera pasado si este prolífico mentiroso hubiera vivido más?, ¿qué si hubiera firmado sus historias y se hubiera arriesgado a la literatura? Acaso una revolución total, porque talento no le faltaba; pero jamás lo sabremos. Rafael Ramón Castellanos en su pulpería, siempre bebe algo en un vaso enfundado como por una media tejida de pabilo y yo no sé si es té o *whisky* y no me atrevo a preguntarle. Lo cierto es que el hombre me mira y me dice:

—¿Cómo te parece? Te conté la historia porque sé que te gusta la ópera y la zarzuela, y porque el tipo se las traía.

Pero me ha dejado un tremendo dilema porque mi inconsciente sigue odiando el *Alma llanera* a pesar de que me siento reivindicado con la locura y despelotado talento del autor de su letra. ¿Qué puedo hacer ahora? ¿Cómo justifico y canalizo mi odio? ¿Qué opinas tú, ocioso lector? ¿Y qué dirá ahora mi pobre psicólogo con este rollo de odios y admiraciones?

Ojalá, al menos, pudiera volver a querer ver al Topo Gigio. Eso sería algo, digamos una reconciliación con el pasado, una espina menos en el alma.

ÓSCAR REYES

(Diario *El Globo*. Caracas, 10 de febrero de 1993)

I

Las persecuciones en tierra catalana. Sus artículos en la prensa. A punto de ser deportado

Creemos que no existe otro caso, durante la larga dictadura de los generales Cipriano Castro (1899-1908) y Juan Vicente Gómez (1908-1935), en que un ciudadano venezolano haya estado tan cerca de ser expulsado de España hacia territorio nacional por asuntos políticos como Rafael Bolívar Coronado, pues ante el increíble acoso e insistencia del cónsul General de Venezuela en Barcelona, Alberto Urbaneja, el gobernador de la provincia de Cataluña, en julio de 1920, accede que se embarque hacia La Guaira al fogoso periodista y escritor, reseñado en los archivos penales como “anarquista” y saboteador.

Urbaneja, tanto como un buen funcionario consular, era un fino policía. Desde que en julio de 1918 asumió el cargo en sustitución de Pedro Planas Álamo, no dejó en ningún momento de prestarle atención a los movimientos y las actividades de los venezolanos en la ciudad, pero especialmente se ensañó con el autor de un “peligroso libro” titulado *Lénine** que había aparecido por esos días y que él se había ocupado de no dejarlo circular. Es Rafael Bolívar Coronado, quien estigmatizó al representante consular venezolano, especialmente

* A lo largo de este estudio se conservará la escritura en francés (Lénine) en las citas textuales y referencias al libro, tal como lo dispuso Rafael Bolívar Coronado en su obra. [N. de la E.].

con seudónimos, pero también con anagramas del nombre de este en artículos bastardos e intrascendentes, ya en periódicos como en revistas, y otras veces contestándole las declaraciones que aquel hacía en defensa del régimen del general Gómez.

Fue una guerra constante entre ambos personajes, aunque el débil puede que haya sido Bolívar Coronado, desprotegido de padrinos importantes, a pesar de que escritores y periodistas, y hasta dos temibles policías, se presentaban en su defensa cuando las circunstancias eran apremiantes. Él, además, sabía que el cónsul honorario de Venezuela, el español José Viñamata, disentía de Urbaneja porque al periodista y exiliado lo hacía seguir a todas partes, le enviaba funcionarios subalternos, acompañados de guardias civiles a allanarle su “departamento” y a decomisarle papeles, documentos, libros, revistas y periódicos.

Pero Bolívar Coronado estaba acostumbrado a todo esto. Su vida había sido siempre un estar al borde del abismo, en la pelea, despreocupado del morir o del vivir. El riesgo era su *modus operandi*. Le importaba poco no tener sosiego. A mediados de abril de 1920 va a *El Diluvio* y solicita que le publiquen en sitio destacado, como así sucede el día 22, el artículo titulado “Algo acerca de lo ocurrido en Guatemala”, que va a rebosar el vaso de las rivalidades entre venezolanos residentes en Barcelona.

Es un artículo sangriento, cruel y duro, con una irreverencia objetiva para los próceres más brillantes de la gesta libertadora de América. Asegura que terminada la contienda, Bolívar, Sucre y los demás héroes no encontraban qué hacer con tanta gente armada, inútil para otras actividades que no fuesen las de la lucha, pues ya se habían acostumbrado.

En tal razón, separadas y constituidas las repúblicas, estos hombres le huían al trabajo de campo y en las ciudades eran parásitos, por lo tanto había necesidad de combatir por algo y contra algo. Nacieron las guerras civiles y tras estas, con el correr del tiempo cuajaron los dictadores. José de la Mar, en el

Perú, lanza el grito de rebelión contra Bolívar. Viene el colapso de Portete de Tarqui en Ecuador y así, sucesivamente, la confrontación entre connacionales.

Al correr de los años, se fortalecen quienes triunfan en la vil hazaña interna y se proyectan como dictadores Rosas, Guzmán Blanco, Melgarejo y Porfirio Díaz. Y aunque en el último tercio del siglo XIX hay casos de incorporación democrática de algunos países “aparecen dos verrugas cancerosas, dos lacras del pasado”: una en Guatemala y otra en Venezuela.

A Estrada Cabrera le dedica algunos conceptos muy duros, pero en cuanto a Juan Vicente Gómez se sacia en los epítetos.

Enfurece Alberto Urbaneja. Visita al Director de *El Diluvio* y deja una nota en que refuta a Bolívar Coronado. Va a *El Día Gráfico* con una crónica de Simón Barceló contra el paisano, y entre ambos presentan a las autoridades un largo escrito en el que denuncian al peligroso “bolchevique”. Urbaneja acude donde el gobernador de la provincia, el conde de Salvatierra de Álava, que apenas estaría al frente del Gobierno de enero a junio de 1920, y le explica las molestias del gobierno de Caracas por la actitud de Bolívar Coronado en la prensa regional. El mandatario toma medidas. Urbaneja le da los datos de dónde encontrar al acusado, y aunque sale la orden de captura no lo encuentran por ninguna parte. Se ha esfumado, pero continúan apareciendo en *El Diluvio* artículos contra Gómez y sus hombres. Mas el gobernador ya no atiende mucho al funcionario consular que fastidia y es difuso, pues las firmas que calzan algunos testimonios que él presenta no corresponden al denunciado.

El alto dignatario español no entiende la explicación de Urbaneja. Sobre el periodista Rafael Bolívar Coronado pesa una orden de detención, pero de los otros personajes no sabe nada porque no conocen allí a nadie con tales apelativos.

Y tenía razón el gobernador de estar enfadado con la continua presencia del cónsul Alberto Urbaneja en su despacho. El funcionario venezolano se empeñaba en acusar al escritor de cosas que por lógica no cabían en la mente de las autoridades españolas. Por ejemplo, él presenta un pensamiento aparecido en un desconocido semanario denominado *Resistencia*, n.º 2, editado en la misma ciudad, así: “Que el sultán de Mar-Acaí siga durmiendo, porque hay hombres que cuando abren los ojos manchan de estiércol con la mirada. F. Nietzsche”.

¿Qué relación podría tener esto con Bolívar Coronado? En Venezuela no había sultanato y Mar-Acaí sonaba a tierra africana, por una parte, y por la otra el filósofo Nietzsche había muerto hacía ya veinte años.

Otro ítem del representante consular es también de corte absurdo. Presenta el recorte de un artículo titulado “Barbasco al bagre. La cicuta americana”, aparecido en el anterior periódico citado, calzado con el nombre L. A. Grand Eboa. Y en el texto solamente se hace referencia a un pez de forma ambigua, asqueante, baboso y antropófago que huye lejos por el Orinoco, de la Amazonia suramericana, cuando el pescador arroja barbasco o barbascajo al fondo del río. El cronista José Gumilla indica que el bagre tiene por cada costado una fila de uñas de hueso muy agudas y parecidas a las uñas del águila infernal; nada con la velocidad de un rayo, y a los peces, caimanes, hombres, mujeres y niños a que se arrima de paso le deja destruido e incapaz de vivir”. El autor se supone que sea algún científico francés, pero si concatenamos todas las letras de este nombre resulta “La grande boa”.

Más aún, el cónsul rebusca en todas partes, tal vez sin percatarse del ridículo, para impeler al gobernador de la provincia hacia medidas tajantes contra Bolívar Coronado. Otro artículo que presenta es “El protectorado africano de

Ghom-Ezuella”, hiriente contra “el califa becerrero chupa sangre”. Lo firma M. A. Purí Teaurb, y entre paréntesis el supuesto lugar (Anneja) y la fecha.

Si vamos al título, simplemente dice “Gomezuela”, palabra que había utilizado mucho y continuaba utilizando Rufino Blanco Fombona en sus ataques al dictador. Y lo grave está en quien lo firma. Unamos todas las letras de “M. A. Purí Teaurb (Anneja, mayo 1920)”: dice “Mapurite A. Urbaneja, mayo 1920”.

Y esto no es nada extraño en el burlón periodista y escritor. Lo que nunca pensó Urbaneja es que en un suelto aparecido en *El Diluvio* (abril de 1920), con el título “Contra la mosca”, se recomendaba un producto muy efectivo y el final de la mención es así: “Sigo: mes fuera mosca”. Solo el mismo autor lo explica cuando le escribe a otro venezolano digno de la biografía como es Ramón Vallenilla Lecuna, quien vivía en Pollensa, Islas Baleares, y le envía el recuadro. “La mosca huye envenenada. Le hace efecto el tóxico. Sigo: mes fuera mosca, por mucho tiempo”. El “sigo: mes fuera mosca” separando y uniendo letras es: “Si Gómez fuera mosca”.

Urbaneja le informa al general Gómez de todos estos por menores en correspondencia del 10 de mayo siguiente:

No dudé en replicar a Bolívar Coronado enérgica y públicamente en el artículo que le acompañó publicado en el mismo *El Diluvio*, quien, después de haberlo demorado muchos días y cambiarle la fecha puesta, lo insertó quitándole ciertos datos que apoyaban mi argumentación, motivo este que me obliga a remitirle junto con mi artículo publicado, copia de los originales que di a *El Diluvio*, por si Ud. juzgare útil la reproducción del mencionado artículo en la prensa de Venezuela¹.

1 Ministerio de Relaciones Exteriores (Venezuela), Archivo: Sección Consulados, Barcelona (Esp.), 1920.

Como el perseguido no daba signos materiales de vida, así como tampoco innumerable cantidad de obreros y sindicalistas acusados por el Gobierno de perturbadores y que permanecían ocultos, además de los muchos que estaban en las cárceles, Alberto Urbaneja no entiende cómo *El Diluvio* continúa publicando crónicas contra el general Gómez y Venezuela, firmadas por Bolívar Coronado o con falsos nombres. Por ello se dirigió al gobernador civil de la provincia, con fecha 7 de junio:

Tengo la honra de acudir en queja a V. E. manifestándole que cierto periódico de la localidad inserta conscientemente artículos ofensivos para el Gobierno y personas del país que represento, no obstante haber hecho observar al director del referido diario la cortesía que esperaba se tuviera en la ocasión presente, ya que, en Venezuela la prensa no solo niega la hospitalidad en sus columnas a escritos que directa o indirectamente ataquen a España y su Gobierno, sino que prodiga elogios merecidos a la Madre Patria y a la intelectualidad española como puede probarlo V. E. por los recortes de los diarios venezolanos que me complazco en hacer llegar a sus manos.

Y por cuanto se trata de un chantaje y sé pertinentemente que Rafael Bolívar Coronado continuará su campaña, y que la prensa en que escribe continuará hospedándolo, traslado a V. E. el asunto en cuestión, junto con los escritos publicados, permitiéndome llamar la atención de V. E. hacia la circunstancia de que el venezolano Rafael Bolívar Coronado es un habituado al chantaje, que no tiene medios de vida honesta sino que, por el contrario, es elemento pernicioso a la sociedad por sus ideas de anarquista y bolchevique a favor de las cuales hace campaña en Barcelona de palabra y por escrito, como lo puede ver V. E. en el libro que le acompaño titulado *Lénine*, en el cual, no obstante haber el autor disimulado su nombre, es fácil aclarar que procede del mismo

Bolívar Coronado, quien según propia manifestación, está fichado en Barcelona como sindicalista y perturbador².

Mas lo que da la idea de cómo Urbaneja deseaba ponerle la mano al escritor para que fuese sancionado o expulsado de España no se disimula:

El mencionado Bolívar Coronado —agrega— vive en la calle de la Cadena n.º 47, 2.º, 2.º, y se halla generalmente en un bar situado en la calle de San Jerónimo n.º 31, lugares estos en que frecuentemente se le ha negado, en razón de que teme a las autoridades españolas, por ser en España, como digo arriba, un agitador de todo asunto anárquico-social.

Pero el gobernador, conde de Salvatierra de Álava, tenía problemas más complejos y delegó en el jefe superior de Policía, Miguel Arlegui, la posible aprehensión del individuo.

Este le participa al superior, el día 21, que tiene

el honor de devolver a V. E. el escrito y recortes de periódicos que le ha remitido el Sr. cónsul de Venezuela sobre el súbdito de ese país Rafael Bolívar Coronado, y participarle que han resultado infructuosas las gestiones practicadas para hallar a dicho sujeto a fin de pasarlo a presencia de V. E., pues hace más de un mes cambió del domicilio que se indicaba y no concurre al establecimiento que tenía por costumbre, continuándose las diligencias al objeto que se persigue. El libro titulado *Lénine* que se menciona, no ha llegado a esta Jefatura³.

Mas el gobernador entrega el mando el 22 de junio. Lo sustituye Federico de Carlos y Bas, quien viene en tono de acercamiento a los sindicalistas. Cinco días después de estar posesionado, llega el rey en visita oficial de dos días y cuando

2 *Idem.*

3 *Idem.*

el monarca se marcha comienza el “Plan de pacificación de Barcelona. El 1.º de julio todos los presos políticos —obrerros extremistas y anarquistas— comenzaron a abandonar las cárceles, especialmente La Modelo, y como consecuencia de este mismo hecho empezaron a aparecer aquellos que andaban escondidos o los que tuvieron que marcharse para no ser asesinados”⁴.

Pero pareciera que no era esta la solución, ya que inmediatamente surgen problemas entre los miembros de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT) y los Sindicatos Libres, mejor conocidos como el Libre. Bolívar Coronado sale a la calle, a la luz, del día 6 de julio y esa noche “asesinan al dirigente Juan Purcel, de la última organización citada. Al siguiente día, es gravemente herido el dirigente de la CNT, Vicente Roig”. Desde aquel instante, el terrorismo siguió en aumento, pues los grupos, además de la pugna con el Libre, tenían muchas cuentas pendientes que a la primera oportunidad se ajustaban. Hubo “atentados, bombas y palizas a esquirolas”⁵. Y, justamente, cae preso Bolívar Coronado, pero era tanta la confusión por los otros acontecimientos, que se puso de un lado esta impronta. Al ser detenido, repartía tres hojas sueltas de diferentes textos sobre la necesidad de que los sindicalistas catalanes apoyasen un incipiente movimiento de tal índole en Venezuela que daría al traste con el régimen oprobioso del general Gómez. Los firmantes eran Jesús de Castilla, Rafael y Ramón Docorona y Casimiro Villadecura, pero dichos documentos no existen en el expediente y sabemos de ellos por la “relación de actos”.

Arlegui casi hace pasar desapercibida la detención del venezolano, pues por otras notas cruzadas entre varias autoridades,

4 Jacinto León-Ignacio, *Los años del pistolismo*, Planeta, Barcelona (Esp.), 1981, p. 128.

5 *Ibid.*, p. 130.

parecía no ver con buenos ojos al cónsul Urbaneja, y eso que el jefe policial, que se desempeñaba en el cargo desde el 29 de septiembre de 1918, conocía bien a Bolívar Coronado, lo tenía reseñado y lo toleraba, aunque estaba calificado como “la más esperpénticamente trágica de todas las figuras de aquel drama, que en su larga carrera había desempeñado el mismo cargo en distintos lugares como, por ejemplo, en una de las provincias de Cuba en los últimos tiempos de la dominación española”⁶, pero para el escritor que ahora caía en sus manos tuvo gestos de condescendencia, aunque él se jactaba de las formas que sabía utilizar para perseguir a los sindicalistas “y no pocas veces dirigió personalmente los interrogatorios, cosa poco digna del cargo que ocupaba (...); se trataba de un hombre bilioso y de pésimos modales”⁷.

Ya días antes, en el diario *La Tarde*, de fecha 25 de junio de 1920, se alertaba la intención del cónsul Urbaneja:

Durante su destierro en España, Bolívar Coronado ha dicho toda la verdad de lo que ocurre en Venezuela. Pero como ya hemos quedado que la verdad no puede decirse, su cónsul lo ha denunciado al Gobierno español para que lo prive de vivir entre nosotros.

Ese diplomático venezolano pretende hacer pasar a Bolívar Coronado por un anarquista peligroso. Y eso sería lo de menos, porque el ser anarquista no es una deshonra; lo más grave del caso es que no solo se intenta imponerle las amarguras de un nuevo destierro, sino que alguien se propone enviarlo a Venezuela, *para que sea pasado por las armas...* Suponemos que el Gobierno español no dará crédito a estas cobardes intrigas y que respetará la vida y la libertad de un escritor honrado que no ha hecho más que cumplir con su deber de patriota.

6 *Ibid.*, p. 91.

7 *Idem.*

Hecha la advertencia, Bolívar Coronado tiene la posibilidad de sobreponerse a las circunstancias. Además, al siguiente día, 8 de julio, *El Diluvio*, informa así:

Anoche fue detenido por la policía nuestro particular amigo, el ilustrado escritor don Rafael Bolívar Coronado (...). ¿Qué ha hecho el señor Bolívar Coronado? (...). Hombre de proceder correctísimo y de conducta intachable, ¿cómo puede verse privado de libertad, aun cuando sea, como es de esperarse, por corto espacio de tiempo? ¡Y tanto acaparador de subsistencias que anda suelto!

Nuestro querido compañero, ha escrito unos artículos de censura contra el Gobierno de su país nativo, Venezuela, y únicamente a instancia de la representación de dicha República americana se ha podido ver perseguido (...). ¿Y es que el señor Bolívar Coronado no es dueño de ejercer la más severa crítica a los gobernantes de su país si cree que estos comprometen con su gestión desacertada los intereses de Venezuela? (...). ¿Es que el gobierno de aquel país es intangible? No, esto no puede ser. El ministro de Estado debe mediar en el asunto y hacer entender a la representación venezolana que el señor Bolívar Coronado, que respeta y acata las leyes de España, ha de ser por estas amparado (...). Esperemos que las autoridades españolas tengan esto en cuenta y pongan sin pérdida de tiempo en libertad al señor Bolívar Coronado, el cual no puede tardar en verse entre nosotros. Y con ello no se realizará más que un acto de justicia.

El cónsul Urbaneja insiste y el jefe superior de Policía le envía la nota n.º 12.154 de la Jefatura Superior de la Policía Gubernativa, el 7 de julio, en que le participa que

ha sido presentado en esta Jefatura Superior dicho sujeto, quedando a mi disposición para la resolución que proceda. Yo ruego a V. I., muy encarecidamente, al objeto de resolver sobre el particular con la mayor rectitud y brevedad, tenga a bien personarse el día de mañana en mi despacho, de 10 a 12; ya que la libertad del sujeto dicho no puede demorarse sin causa bien determinada y

suficiente, con arreglo a las leyes vigentes relativas a extranjeros (...). Miguel Arlegui⁸.

El cónsul expresaba el 9 de julio en oficio al enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Venezuela en España, doctor José Ignacio Cárdenas, que la comunicación del jefe superior de Policía ya transcrita no la recibió el día 7 sino el día 8 a las cinco y media de la tarde, razón por la cual no cumplió con la citación, desatenta actitud que castigó el jefe policial, pues el 8 en la mañana envió al detenido a la sede del Consulado, situado en el Paseo de Gracia 106, con esta notificación:

Como ampliación de mi escrito de ayer, relativo al súbdito de esa nación Rafael Bolívar Coronado, y no habiendo venido V. I., por esta Jefatura, según en el citado escrito le rogaba, pongo dicho sujeto a su disposición para que resuelva lo que estime procedente, ya que por tratarse de un extranjero no puedo más tiempo mantener su detención (...). Miguel Arlegui⁹.

Ahora oigamos al cónsul Urbaneja:

Ayer jueves 8 del corriente mes, como de costumbre permanecí en mi oficina hasta después de pasada la hora reglamentaria, pues fue de doce y media a una de la tarde cuando resolví salir de ella. Al regresar nuevamente, por tener, como Ud. sabe, en la misma casa mi domicilio particular, encontré a mi esposa muy angustiada, porque a la una y media aproximadamente se había presentado un agente de la autoridad llevando a Bolívar Coronado junto con un oficio abierto que dejaron leer a mi esposa sin permitirle recibirlo (...). Entonces yo, para ganar tiempo y evitarme el conflicto de tener que resolver violentamente un asunto que se presentaba en forma tan irregular, resolví ir a informarme con el

8 Ministerio de Relaciones Exteriores, *ibid.*

9 *Idem.*

propio gobernador, con cuyo hijo hablé y a quien estuve esperando un buen rato, pues no estaba en su despacho, por lo cual y sin conocer todavía el texto de la nota que se me pasaba, decidí poner a Ud. el telefonema que recibió con carácter urgente, en el que pedía a Ud. instrucciones inmediatas y precisas (...). Pero al regresar nuevamente a mi oficina fui sorprendido con el hecho de encontrar en ella a Bolívar Coronado, a quien habían puesto en libertad en mi propio domicilio¹⁰.

Urbaneja va a ver al jefe superior de Policía, pero este o no quiso recibirlo o estaba ausente, por lo que trató con el secretario, a quien le explicó que los oficios referidos habían llegado a su oficina con retraso y que era inconveniente haber puesto en libertad a Bolívar Coronado en su casa de habitación y oficina del Consulado.

Este me dio excusas por la inoportunidad con que me llegó el oficio en que me citaban, echando las culpas todas al repartidor de él, a quien me dijo iba a castigar y me manifestó además, que una vez recibiera yo las instrucciones pedidas, me respondería el jefe superior si podía complacerme en su observancia, resuelto lo cual se volvería a prender a Bolívar Coronado, por quien me hacía presente se interesaban varias corporaciones de distinto origen¹¹.

Notó Urbaneja que era una medida dilatoria la del secretario y que estaba en lo cierto en cuanto a que el jefe superior de Policía no quería actuar, razón por la cual se dirigió de nuevo al recién encargado gobernador civil de la provincia, Federico de Carlos y Bas, quien lo recibió cordialmente “y de modo espontáneo me ofreció enviar a Bolívar Coronado a Venezuela, manifestación que respondía con creces a la indicada por Ud. [el ministro plenipotenciario] en el telefonema”¹².

10 *Idem.*

11 *Id.*

12 *Id.*

El regocijo no pudo tener mayor expansión en el alma y en el espíritu del cónsul, que así sumaría méritos en su carrera al servicio del general Gómez. Abrazó al señor gobernador; estaba eufórico, pero en esto se presentó el secretario de la Jefatura Superior de Policía, de apellido Luengo, y con quien Urbaneja había hablado momentos antes. Llegó allí

quizás porque me viese entrar a la Gobernación o porque le fuera comunicada mi presencia, y conferenció aparte y a mi vista con el gobernador. Lo que ambos funcionarios hablaron no lo oí, pero es el caso que el gobernador cambió de parecer y, en síntesis, me dijo que lo que en una impronta me había dicho no era posible de cumplir, ni siquiera lo que yo pedía, que era la expulsión de España, y que él pensaba que el asunto que nos ocupaba era diplomático y más propio del Gobierno de Madrid. En esta opinión se mantuvo con firmeza y muy afable cortesía, lo que me obligó a dar por terminada la conferencia¹³.

Todos los periódicos de Barcelona publicaron, entre los días 10 y 11, varios sueltos de *aleluya* por el feliz término del suceso y ridiculizando a Urbaneja con toda clase de frases de mofa por el desatino en que había caído. No faltó quien recordara que en 1912, cuando el proceso de Francisco Ferrer, tuvo que salir de Barcelona cruelmente asediado por la policía el escritor, dramaturgo, poeta y arquitecto venezolano Salustio González Rincones, con lo cual perdió la ciudad a un eterno gladiador por la amistad. Eran aquellos días en que en Barcelona vivían los jóvenes Pedro Castellón Niño, Rafael Monasterios, Armando Reverón y Salustio González Rincones¹⁴, los tres primeros dedicados a sus estudios de pintura y el último al perfeccionamiento profesional, además de inquietarle también

13 *Id.*

14 Archivo personal de la familia González Rincones, al cuidado de doña Ivonne González Rincones de Klemper, quien nos cedió una copia de este material.

el arte pictórico, y quienes no escaparon a las simpatías por quienes habían seguido a Alejandro Lerroux, el gran político que por 1907 había sacudido a la provincia con sus protestas populares contra la intervención colonialista de España en el norte de África, lo cual fue conmemorado a fines de 1911 con la participación de miles de anarquistas.

Qué de pensamientos deben haber invadido el espíritu de Bolívar Coronado al tener conciencia que otros venezolanos, por esas mismas tierras, estuvieron dados a la profundidad política de la misma causa que él. Cuántas deben haber sido sus elucubraciones pensando en cómo la historia a veces se repite, pues el colofón de su prisión es similar, porque reviste mucha trascendencia la amistad bien cultivada.

Tanto Miguel Arlegui, el temible jefe superior de Policía, como el secretario Manuel Luengo, habían conocido a Bolívar Coronado durante anteriores detenciones, y él cautivaba a presos y policías recitando picarescos poemas de toda índole. Además, un buen día, resolvió invitarlos a su casa y María Noguera, la bella amante, los atendió con mucha deferencia rodeada de varias primas y vecinas del sector que alegraron la tarde con canciones y bailes “imposibles de olvidar”, según la misma señora Noguera. El anarquista y sus perseguidores en franca camaradería. Quizás esto lo salvó de peores calamidades, pues en su prontuario aparecía como compañero de Gregorio Fabre, apodado el Brasileño, a quien por cierto más adelante le aplicarían la ley de fuga, y de Juan Bautista Acher, identificado como “el Poeta”, quien resultaría herido en un atentado en mayo de 1921.

Piensa el escritor marcharse a Francia o a Rusia. Huir era otro de sus delirios, pero no huir por cobardía, sino por angustia febril. Ha ahorrado algo trabajando “por páginas para Espasa, haciéndole exploración enciclopédica de locuciones y

disparates americanos”¹⁵. Ya ha escrito también una nueva novela que como *Corazón. Memorias de una niña rubia* debe haber aparecido con algún extraño seudónimo. El primer capítulo se lo envió al catedrático y crítico Julio Cejador y Frauca para que se la ofreciera a Palomeque, un editor madrileño “a ver si era publicable”¹⁶. Es la misma época en que otra editorial, que más tarde lanzaría el *Diccionario enciclopédico Uteba*, lo contrata para reforzar la información latinoamericana. Solamente un detalle conocemos de todo lo que debió elaborar en cumplimiento de este compromiso, y ello porque doña María Noguera conservó el testimonio. Es un breve concepto en el que destaca la figura de su padre: “BOLÍVAR, RAFAEL. Escritor venezolano (1860-1890) [ya aquí ha dejado correr un error, pues su padre vivió 40 y no 30 años]. Excelente costumbrista, describió escenas aldeanas aragüeñas con notable fidelidad. Entre sus obras destaca *Guasa pura*, etcétera”.

Por otra parte, también lograba algunos fondos a través de su amigo José Brissa, aquel de quien utilizaría su nombre para hacer el *Parnaso ecuatoriano* y que desde hacía varios años era el director del *Almanaque hispanoamericano*, que año tras año, desde 1907, en un denso volumen maravillosamente ilustrado, circulaba por América y Europa. Solamente por las remembranzas de doña María Noguera pudimos llegar a saber que Rafael Bolívar Coronado colaboró en esta empresa desde los meses postrimeros de 1918 hasta 1924. El escritor no alcanza a cuajar su ilusión de un viaje largo hacia otras latitudes. Su joven amante lo retiene y él continúa en la lucha, pero la inquina del cónsul venezolano, Alberto Urbaneja, seguiría tras el temible enemigo del régimen del general Gómez. Y lograría su objetivo: silenciarlo. Silenciarlo sin que pudiese encontrar alguna

15 Julio Cejador y Frauca, *Epistolario de escritores hispanoamericanos*, Eds. de la Biblioteca Nacional, Santiago de Chile, 1964, vol. II, p. 297.

16 *Ibid.*, p. 296.

meta para seguir atacando. El tiempo sería el mejor aliado del funcionario del Gobierno de Caracas.

II

Abandona Madrid. En Barcelona se inmiscuye en la política interna

A Barcelona llegó asustadizo y resuelto. Como había hecho en Madrid algunas “bellas vagabunderías literarias” y allí lo había abandonado la mujer con quien vivía y en la que había procreado un hijo, resuelve buscar otros horizontes. Francisco Villaespesa, sabiendo que lo puede malograr un conterráneo de él, y aunque estaba descontento por una acción innoble que le había hecho en su revista *Cervantes*, al separarlo del cargo le da recomendaciones para los directivos de un diario de Cataluña. Rufino Blanco Fombona está muy irritado con él y lo persigue por los cafés de la gran urbe para cobrarle una pillería intelectual, de la cual le hizo advertencia desde Caracas el historiador Vicente Lecuna cuando se refirió a uno de los volúmenes de la Biblioteca Americana de Historia Colonial.

Como director de la editorial América, antes de atender a la crítica del historiador caraqueño, comisionó a un empleado suyo para que investigase en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de España sobre los legajos “La Florida” y “Los chiapas”, este último supuestamente colocado en un anaquele de la letra J con el n.º 302-999, pero ninguno de los dos apareció. Y esos los había publicado Blanco Fombona como de dos cronistas coloniales españoles. ¡Vaya grave error! Solo Bolívar Coronado sabía en dónde estaban.

Al llegar la novedad a oídos del impostor se amilanó unos instantes, pero después se tranquilizó, pues también era hombre de armas tomar; conocía bien de cerca la reciedumbre de su nuevo enemigo y las formas tan variadas de combatir de este escritor severo, que lo mismo escribía un poema de amor o desafiaba a duelo al más conocido espadachín, o le daba unos bastonazos a quien se le antojara, no sin haber habido alguna diferencia sustancial. Pero el despecho de Bolívar Coronado —porque lo había dejado la bella amante— lo torturaba. Sin embargo, le entusiasman las noticias de la Revolución rusa y comienza a fecundar la idea de hacer una serie de reportajes sobre la caída del último zar. Por otro lado, ha hecho amistad con algunos *revolucionarios* catalanes y las informaciones periodísticas sobre la situación tan agitada que se vive en Barcelona le sirven de estímulo, o se le presentan como un manjar para su temperamento revoltoso y arriesgado. Allí hay tragedia casi a diario, la temeridad reina, se suda sangre y la violencia ha despuntado en una lucha de dos grandes poderes sociales: los obreros y los patronos. Y el joven venezolano piensa que deberá ser agradable meterse en medio de la candela, rubro vital en que habría de vivir siempre y en el cual pensaría triunfar o perecer.

Barcelona se había transformado en un hervidero en el que tenían puestos los ojos todos los españoles. Cada día era noticia en Madrid. El 17 de octubre de 1917, junto a la acequia Condal, en el Clot, dos trabajadores de la fábrica del empresario Joan Tapias, lo asesinarían alevosamente. “Con este atentado, se iniciaba la etapa del pistolerismo en las luchas sindicales en Barcelona”¹.

Si Bolívar Coronado pensaba en su trabajo intelectual, le era más llamativo el meollo de la acción en que la vida no

1 J. León-Ignacio, *op. cit.*, p. 13.

importaba casi nada. Cuando el 8 de enero del siguiente año es asesinado el ingeniero Josep Albert Barret, “gerente y propietario de una empresa que hacía espoletas para Francia”², ya Bolívar Coronado estaba en la conflictiva ciudad para sentir en carne propia “los años del pistolero” de 1919 a 1923, con “un sangriento drama que explica la historia posterior de España”.

Se comprometió en esta debacle que conmovió al país catalán, siempre del lado de la Confederación Nacional del Trabajo y ha de ser testigo de acciones terroristas de marcada tendencia anárquica que habrá de recomendar luego en artículos y en una biografía sobre el líder de la Revolución rusa, para que se practicasen en Venezuela y Guatemala.

Su participación en los asuntos relacionados con la ideología de los obreros está comprobada, especialmente cuando emerge una corriente disidente que llamaba a que dicha Central de Trabajadores ingrese a la III Internacional, aunque otros grupos consideraban que “el régimen establecido por los bolcheviques en Rusia constituía una forma de socialismo del que se sentían ajenos por completo”³. Pero aquellos ven en el escritor venezolano un aliado y le encomiendan escribir un estudio biográfico y filosófico marxista sobre la vida y la obra de Vladímir Ilich Uliánov, *Lénine*, misión que completaría en las primeras semanas del mes de enero de 1919, año terrible en el medio donde se desenvuelve, pues hay huelgas, paros escalonados, suspensión de las garantías constitucionales, múltiples atentados, y tomaba fuerza una vigorosa campaña de los grupos predominantes en la economía —conservadores cien por ciento— y dentro de las autoridades civiles y militares contra la CNT, la cual ya estaba penetrada por sectores anárquicos

2 *Ibid.*, p. 18.

3 *Idem.*, p. 103.

que, soterradamente, impulsaban a la organización a todo género de actos terroristas, sin miramientos entre inocentes parroquianos y “enemigos de la clase obrera”.

No se sabe si fue por propia voluntad —que es la tendencia más lógica— o acaso por la influencia de conocidos revolucionarios que Bolívar Coronado resolvió cambiarse el nombre durante algún tiempo. Ahora firmaba artículos y se movía en el medio político y cultural como Jesús de Castilla, participando más decididamente en las actividades del sindicalismo regional, aunque ya tenía abiertas las puertas de dos empresas trascendentes en la formación cultural de España: la casa editorial Maucci, del italiano Manuel Maucci, situada en la calle Mallorca, n.º 166, y la Biblioteca Sopena, ubicada en Provenza 93 a 97, dirigida por su fundador Ramón Sopena y López, editor reconocido, nacido en Perarrúa (Huesca) en 1869 y que estaría al frente de tal destino hasta su muerte, en 1932.

Además, Bolívar Coronado, o Jesús de Castilla, colaboraba en los diarios barceloneses y se preparaba para ejercer funciones de administrador de la Biblioteca Veritas, de marcada índole socialista, volcada aún más allá al tener entre sus socios a algunos anarquistas. Allí habría de editar su ensayo biográfico sobre *Lénine*, que no circuló o circuló clandestinamente, aunque el dirigente republicano Alejandro Lerroux, al tener conocimiento de muchas publicaciones de este género que pasaban de mano en mano sigilosamente en todas partes, habría de expresar que “el sóviet llama a las puertas de los cuarteles”⁴.

Rafael Bolívar Coronado penetra ahora en una nueva etapa vital que lo viene a cuantificar espiritualmente. Cuando de mujeres se trataba nunca dio el nombre propio de ninguna, ni con ninguna había tenido hogar hasta que compartió su vida con la *niña rubia* de Asturias que lo abandonó en Madrid en los

4 *Idem.*, p. 110.

días finales de 1917. Ahora, tras su llegada a Barcelona, en medio de los compromisos políticos y del intelecto, se une maritalmente a la joven adolescente María Noguera, de apenas dieciséis años, nacida en 1902, hija de José Noguera, un empleado del diario *El Diluvio*, de la misma ciudad. Ella, ya muy anciana, nos aportaría algunos datos interesantes sobre el insigne aventurero que no tuvo tiempo para la tranquilidad y el reposo.

Ciento ochenta duros ha de recibir de la editorial Sopena por sus primeros trabajos para dicha empresa. Se trata de algunos cuentos para niños que escribiera por encargo de don Ramón y que recorrieron todo el universo de habla hispana, pues se trata de una serie de muchos (pequeños) volúmenes. Mas no se sabe quiénes son los autores porque simplemente figuran como de la Biblioteca Sopena. Por esta razón, tal vez nunca podamos precisar los que corresponden al escritor villacurano, aunque está clara su participación en esta jornada cultural por una carta que le dirigiera, el 25 de septiembre de 1918, al sacerdote y notable escritor español Julio Cejador y Frauca⁵.

Ya para entonces vive en la calle de la Cadena 47, 2.º, 2.º, y es asiduo visitante del café La Mallorquina donde en muchas oportunidades amanece entre tragos y escrituras en pedazos de papel con membrete del diario *El Diluvio*. Ya ha hecho también dos antologías para la casa editorial Maucci, así como circula su novela *Corazón. Memorias de una niña rubia*, obra que no hemos podido encontrar en ninguna biblioteca de América o Europa, pero que es seguro que vio luz en este año de 1918, pues un erudito bibliógrafo como Pedro R. Carmona, en Caracas, tuvo un ejemplar en sus manos.

Este libro debe ser un cúmulo de apreciaciones autobiográficas —lo suponemos—, alrededor de la bella dama con la que

5 J. Cejador y Frauca, *op. cit.*, p. 297.

convivió en Madrid y a la cual le dedica las dos últimas páginas de sus *Memorias de un semibárbaro*:

Lo segundo, un desencanto. Un pequeño desencanto de amor. Idéntico al de todos los días. No me hace sufrir porque el alma, forrada por espesa capa del vulgo del escepticismo, dice a todo ¡quía! y se encoge de hombros. Me enamoré de una linda muchacha que trabajaba en un taller de tiras bordadas. Soñamos un poco. Fuimos muchas veces de paseo, en tardes de verano, por la Moncloa y el Campo del Moro. Cenamos una noche de lluvia en una taberna de la calle del Álamo Chico. Teníamos frío. Decidió irse a mi cuartucho, a acompañarme mis soledades. Nos amábamos con dorada ternura. Vino una cabecita rubia a saludar alegremente nuestra dicha. Pero de repente, me dijo ella que quería irse a Asturias al lado de su madre. Me enseñó una carta en donde aquella le decía que el hijo que la acompañaba había tenido que marchar al servicio militar en África; que fuese ella a consolarla un par de meses. Yo me resistía. Al cabo cedí. Ella se marchó: la acompañé hasta la estación. Se desprendió de mis brazos con los lindos ojos azules bañados en lágrimas. Oprimí mi hijo contra el corazón. Volví a casita cabizbajo. ¡El nido vacío!

Al día siguiente, me levanté temprano. Hice lumbre. Puse a cocer el café. Cuando fui a tomar el cacharro para colarlo sorprendí debajo una carta. Creí que era la que me había enseñado; y en efecto, estaba pero con otras dos, también de la madre, donde le decía que me abandonase; que se le había muerto un tío, y la había dejado heredera de una panadería y cuatro mil duros en efectivo. Yo noté que ella, en los preparativos del viaje, buscó una cosa que no encontró. Era el sobre con las cartas de la madre que no me había enseñado (...).

El título de su novela, *Corazón. Memorias de una niña rubia* no pudo ser más llamativo para los momentos en que se desenvolvía en Barcelona, pues por esos días había aparecido en esta ciudad una obra del escritor francés René Bazin con el

título *Memorias de una solterona*, y en las librerías no dejaban de encontrarse ejemplares de *Memorias de una buena hija* de Alfred Delvau; o *Memorias de una sonámbula*, de Julio Lacroix; o *Memorias de una doncella*, de Octave Mirbeau; o *Memorias de una hermana de la caridad*, de Elisa Derus Morean; o *Memorias de una cortesana*, de Eduardo Zamacois. Y para estar en el ambiente quién sabe con qué cognomento apareció *Corazón*. *Memorias de una niña rubia*, tal vez como un recuento de su vida madrileña entre hambres, júbilos, engaños e ideas apremiantes. Sí, su existir en la capital española donde apenas vivió menos de dos años y dejó una estela de las más complicadas actuaciones.

III

Su actuación en Madrid. La revista *Cervantes* de Villaespesa

Bolívar Coronado partió de Madrid casi enemistado con Francisco Villaespesa, quien si bien le perdona el pecado cometido lo quiere separar de su oficio junto a él. En primer lugar, porque no desea que Rufino Blanco Fombona lo vincule con lo que el joven escritor le ha hecho a este, y luego porque le pareció indelicada la actitud puesta de manifiesto en el volumen de la revista *Cervantes* que debería haber aparecido por abril de 1918 y que se imprimió con meses de anticipación. Doña María Noguera me hizo llegar un ejemplar con una nota explicativa que, además, nos da una idea del porqué del temperamento inquietante del escritor. Leámosla:

Él hablaba siempre de esta revista *Cervantes*, que la dirigía en Madrid un amigo de él, el poeta Francisco Villaespesa. Él trajo a esta ciudad unos ochenta ejemplares de este número y se jactaba de que lo había preparado él y que la impresión se había realizado con más de dos meses de anticipación y que no circuló en ninguna parte, ya que al director no le gustó porque, según me decía Rafael, la mitad de los artículos y poemas eran de su cosecha, y él al contarme la anécdota se reía... se reía... se reía (...).

Él reía siempre. Cierta vez los agentes del orden que se lo llevaban preso se enfadaron con él porque se reía... se reía cuando lo

detenían y decía a gritos que era anarquista, obrero, bolchevique y bárbaro y se reía como un niño grande.

Él reía siempre por todo aquello que él encontraba a su satisfacción, pero tenía extraños comportamientos, pues varias veces lo encontré escribiendo y el papel mojado en partes con sus lágrimas, pero disimulaba y yo, aunque muy niña, nunca me daba por enterada del suceso, pero lo que recuerdo muy bien es que una vez sí le hice una pregunta imprudente, pues a él le causaba terror ver el paso de los ataúdes por la calle y huía hacia cualquier parte como asustado. Nunca fue al cementerio. Otra cosa de él era que escribía mucho la palabra muerte, vea usted sus escritos, siempre la muerte. Además, algo tenía por dentro que nunca me dijo, pues cuando soñaba sollozaba como un niño y pronunciaba los nombres que inventaba en el día para escribir sus artículos que yo llevaba a los periódicos y revistas, y el dinero que allí recibía se lo entregaba a él y él me lo devolvía casi todo, pues era muy poco pero sobrevivíamos¹.

Respetando la información de doña María Noguera, en lo que atañe a las expresiones de Bolívar Coronado cuando tenía problemas con los cuerpos de seguridad del Estado y era detenido, es menester detenernos unos instantes en cuanto a esa confusión que se crea en cuanto a que era “anarquista, obrero, bolchevique y bárbaro”. Son situaciones que no se compadecen y que tienen en sí una incoherencia sempiterna y todo lo cual queda desvirtuado si traemos a colación un párrafo muy especial de su extraordinario libro titulado *Lénine*, que no circuló:

El bolcheviquismo y el anarquismo no tienen más de contacto que la filiación nominal de ambas doctrinas a la general llamada socialismo; a pesar de tener diferencias que las alejan notablemente (...). El anarquismo es el individualismo llevado hasta sus límites extremos; absoluta falta de reglamentación y de todo

1 Carta de doña María Noguera fechada en Barcelona, España, el 14 de junio de 1983.

procedimiento que coarte la libertad individual. Es más bien una exageración de la escuela liberal, pues ambas desean la libertad absoluta. En la escuela liberal esa tendencia tiende a disminuir en todo lo posible la acción del legislador y la anarquía suprime la ley (...). Tengamos siempre en cuenta esas diferencias esenciales y no confundamos bolcheviquismo y anarquismo; así como tampoco debemos hacerlo con el anarquismo y el nihilismo, que es una teoría esencialmente política sin el carácter económico que predomina en las dos anteriores (...). Cuando leemos esas páginas que el cretinismo periodístico escribe, llamando al bolcheviquismo *anarquismo naciente*, acuden en tropel a nuestra memoria una cantidad de datos contrarios tales que, a no sentir el temor de prolongar excesivamente este libro, haríamos una sucinta reseña histórica del bolcheviquismo a través de las edades².

Pues bien, da que pensar el hombre, aunque él satisfacía sus instintos al utilizar la burla y los entretelones más enmarañados para vengarse de quienes le rodeaban y de esa sociedad intelectual que tanto le enfadaba. Así debe haber sido esta utilización de adjetivos para definirse como anarquista y bolchevique a la vez.

Bien, esta luz dada por doña María y el ejemplar de la revista *Cervantes* al que alude han sido de increíble utilidad para el estudio de la vida y la obra de Bolívar Coronado; especialmente lo impreso, pero no tiene toda la razón al manifestar que él le había contado que casi toda esa producción venía de su cerebro, pues hemos comprobado que es solamente un treinta por ciento. Veamos. Son de legítima autoría los siguientes trabajos: César E. Arroyo, *La canción de la vida*; dos poemas de Alfredo Arvelo Larriva; un ensayo de Joaquín Aznar sobre política española; un par de poemas de Rosa Bazán de Cámara; un minuetto del diplomático y escritor peruano Enrique Bustamante

2 Rafael Bolívar Coronado y Jesús de Castilla, *Las grandes figuras del bolcheviquismo. El sindicalismo en acción. Lénine*, Biblioteca Veritas, Barcelona (Esp.), 1919, pp. 133-134.

y Ballivián; el poema “Hermana” de Alfredo Cabanillas; las dos crónicas *Films*, de Rubén Darío; el cuento de Joaquín Dicenta (hijo), *El héroe*; un estudio sobre el prelado Federico González Suárez por el también ecuatoriano Cristóbal Gangotena y Jijón; la crónica *El peregrino curioso* del argentino Alberto Ghirardo; dos magistrales poemas del mexicano Enrique González Martínez, “Mañana los poetas” y “Tuércele el cuello al cisne”; un trabajo sobre el teatro, de Eduardo Haro; tres poemas del ecuatoriano Ernesto Noboa y Caamaño, “Bíblica”, “Lluvia” y “En la tarde de sol”; “La hora azul” de Leopoldo Lugones; “Salutación al romero”, de Alfonso Reyes; “El león y la lágrima”, de José Enrique Rodó; “Las dos cabezas”, de Guillermo Valencia; y “La Francia y la guerra”, del ecuatoriano Gonzalo Zaldumbide.

Pero son de Bolívar Coronado “La actualidad artística”, con el nombre Ballesteros de Martos; el cuento *Romancero de recuerdos*, que calza con su verdadero patronímico; el poema “Interrogaciones”, de José Bruno; el poema “Sacrificios”, que le atribuye al abogado y escritor venezolano Rafael Bruzual López. Creemos que son de él los muy buenos versos “Somos los enfermos”, de José de Jesús Núñez y Domínguez; “La niña ‘bien’”, de Julio Ruiz Almenas; “Reminiscencia griega”, “Reminiscencia del siglo XVIII” y “Envío”, de Medardo Ángel Silva. Culmina con el poema “Rosas” que le adjudica al mexicano Xavier Sorondo.

En cuanto a Blanco Bombona, el resultado no fue tan elemental como en el caso de Villaespesa. El autor de *El hombre de hierro* se vengará con furia, pero con ideas.

IV

En la editorial América.

Biblioteca de Historia Colonial

Rufino Blanco Bombona, en una eterna y noble porfía para pasear por el universo el nombre de nuestro Libertador, por imponer la literatura latinoamericana en Europa, y enseñar la historia americana en otros centros del mundo, creó en 1915 una de esas instituciones sin parangón en la vida intelectual de un individuo exiliado, perseguido y lleno de apremios económicos. Es la editorial América, con nueve secciones. La primera, Biblioteca Andrés Bello, de literatura, con un elocuente porcentaje de autores americanos, y que con el tiempo sumaría setenta y tres títulos. La segunda, Biblioteca Ayacucho, la que más galardones ha logrado y la más discutida, con sesenta y tres volúmenes relativos a la historia de América, llenos de prólogos, notas, comentarios, etcétera, del mismo Blanco Bombona; palpitante y rotundo esfuerzo hecho por un solo hombre para darle proyección a su tierra en los amplios horizontes de la cultura en otras latitudes.

La tercera es la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, que llegó a veintiocho títulos sobre sociología americana. Varios de los autores son venezolanos. La siguiente, Biblioteca de la Juventud Hispanoamericana, con veintiún volúmenes de análisis histórico y biográfico sobre los próceres de la emancipación.

La Biblioteca de Autores Varios (españoles y americanos) es la quinta, con veinticinco volúmenes, e incluye poesía, arte, sociología e historia. La sexta, Biblioteca Americana de Historia Colonial, con siete títulos, en tres volúmenes.

La séptima, Biblioteca de Autores Célebres, que se conformó en quince años, con tres series: la inicial de quince títulos, la segunda de veintiuno y la tercera de cincuenta y uno, en donde brillan los escritores más representativos de varias escuelas humanísticas, desde todos los contornos y hacia todos los ambientes del saber. Es, sin lugar a dudas, la que mayores beneficios económicos le reportó a la editorial América, porque difundía el pensamiento político y social de la época.

La octava es la Biblioteca Porvenir, con doce títulos sobre filosofía, política y aspectos sociológicos, en relación al comunismo, los programas bolcheviques, la burguesía y la democracia proletaria, la dictadura del proletariado, las internacionales, el socialismo, el poder de los sóviets y las relaciones entre las teorías y los dogmas frente al nacionalismo americano. Y por último, la Biblioteca la Novela para Todos, con doce títulos de afamados novelistas rusos.

Toda la editorial América, con sus nueve secciones, tuvo una producción, en el término de dieciocho años, de trescientos veintiún volúmenes, fuera de las reediciones, que se repetían como prueba evidente del apoyo que el público lector daba a la empresa.

Pero detengámonos en la sexta de estas bibliotecas, la llamada Biblioteca Americana de Historia Colonial, que es la de menor número de volúmenes, y aun cuando el ilustre editor la bautizó y confirmó con tan sugestivo título ha sido objeto de variados ensayos negativos.

El móvil de la misma, lo explica Blanco Fombona en los párrafos que sirven de introducción al primer volumen:

La idea de estas publicaciones nos ha parecido oportuna por dos aspectos, uno porque creemos acrecentar el acervo documental de la historia de la Conquista de América con una colección que acaso puede dar margen a nuevas deducciones a los que estudian aquel proceso, y otro porque con ello creemos salvar del olvido unos papeles que son recuerdos auténticos de un pasado que no puede ser materia de indiferencia ni para el pueblo conquistador, ni para el pueblo conquistado (...), arcaicos escritos que en impasibilidad esperan que el soplo reverente de la historia disipe la nube de polvo que los vela (...).

En efecto, la historia de la Florida, escrita por Ocampo, valiéndose del documento humano, que para el caso fue su propia actuación en las expediciones de la época de Álvar Núñez Cabeza de Vaca, y del documento escrito que le ofrecieran las relaciones de grandes conglomerados de la América Septentrional: Yankilandia y México; y las *Misiones de Rosa Blanca* ofrecen multitud de datos etnológicos y etnográficos de las primeras colonizaciones de lo que hoy son las colonias de Gran Bretaña en la Guayana y los estados orientales de la República de Venezuela.

Preparamos otras obras de este mismo género, copiadas, como esta, de la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional; y a medida que vayamos dando salida a los primeros volúmenes, sacaremos a la luz otras, extendiendo nuestra investigación, pues para el caso nos proponemos acudir al Archivo de Indias, y a otras oficinas particulares de la misma índole.

Solo nos queda el deseo fervoroso de que nuestros esfuerzos sean gratos a los numerosos favorecedores de la editorial América.

Pero lo que realmente impresiona y conforta son las palabras de Blanco Fombona, en cuanto al fenómeno editorial y a la colaboración de los autores en tal sentido. En el mismo primer volumen, ya mencionado, expresó estos sabios consejos:

Los que hayan observado con algún interés el proceso editorial de Europa en estos últimos cincuenta años, no habrán dejado de

reparar que en ellos se ha llegado al extremo, produciéndose, por la competencia y por el crecimiento de la emisión, una verdadera crisis en la materia de originales. Descontando la obra inédita del autor moderno y afamado, que generalmente está pagada por el editor mucho antes de escribirse la última cuartilla, el texto sorprendente, raro o de sensación histórica, el fragmento extrañado en una época y aparecido en otra, son cosas que se han explotado tanto, que es un verdadero milagro en estos últimos tiempos poder ofrecer una obra como la que presentamos ahora a los numerosos favorecedores de esta editorial.

En los copiosísimos archivos, bibliotecas, centros docentes de España, había una suma inmensa de papeles históricos, políticos, de ciencia, de legislación, de arte y hasta de magia, esgrima y de otras actividades de curiosidad o mero entretenimiento; pero el ansia cada vez más creciente de publicidad ha sido lenta, pero de modo seguro, cavándose el agotamiento a la manera de esas tierras feraces y jugosas que, después de muchos años de prodigar la riqueza, concluyen por hacer inútil hasta el abono, negándose a producir cuanto no sea cardos y jaramagos amarillos.

Lo que ignoraba Blanco Fombona es que había sido engañado, ya que no existían los autores de tales libros ni los años originales, pues fueron producto de la mente de Bolívar Coronado, quien confesó mucho tiempo después esta y otras travesuras literarias, como creador de obras apócrifas.

Si nos atenemos a los catálogos, los siete títulos que componen la Biblioteca Americana de Historia Colonial, que es la que nos interesa respecto a Bolívar Coronado, son los siguientes:

1. Maestre Juan de Ocampo. *La Gran Florida (Descubrimiento)*.
2. F. Salcedo y Ordóñez. *Los chiapas (Ríos de la Plata y Paraguay)*.
3. Diego Albéniz de la Cerrada. *Los desiertos de Achaguas (Llanos de Venezuela)*.

4. Maestre Juan de Ocampo. *Los caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy.*
5. Fray Nemesio de la Concepción Zapata. *Los caciques heroicos: Nicaraguán.*
6. Maestre Juan de Ocampo. *Nueva Umbría: Conquista y colonización de este reino en 1518.*
7. Mateo Montalvo de Jarama. *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas en 1656.*

Pero los mismos integran tres volúmenes, en la forma siguiente:

- I. Ocampo, Maestre Juan de; F. Salcedo y Ordóñez; Diego Albéniz de la Cerrada. I. *La Gran Florida*. II. *Los chiapas (Ríos de la Plata y Paraguay)*. III. *Los desiertos de Achaguas (Llanos de Venezuela)*. Madrid, editorial América, (1917?) (9) 269 pp.; 19 cm.

Al comenzar el primer libro hay una nota que no puede ser de Blanco Fombona, por lo ya expresado antes al respecto y dada su honestidad a toda prueba; se manifiesta allí que los originales fueron encontrados curioseando en empolvados anaqueles:

Los centenares de años que lleva el manuscrito hanlo raído hasta hacer ininteligible la letra, y en muchos períodos hemos tenido que completar la frase, agregar algunas líneas al modo de la soltura lógica para dar solidez al empate.

Pero estos detalles de mera ejecución no quitan al texto su aroma de otros siglos, su gracia, su frescura de cosa íntegra y la belleza sana y sincera que culmina en narraciones de aventuras y sucesos, riñas, descripciones de la naturaleza tropical.

Esta aparece en tan bellos cuadros con un tono sencillo, pero amplio, con la amplitud fuerte y franca de lo que la pluma transmitió del recuerdo al papel, sin el auxilio de la retórica y sin las malicias del artificio.

Sirvan estas líneas a manera de advertencia, para cuando el lector sensato tope con alguna salida de tono, palabra o frase fuera de la época en que fue escrita la obra, no se nos tilde de anacrónicos.

El texto original se conserva manuscrito en la Biblioteca Nacional, código 2.999, forro de piel cruda.

Se rotula así: *La Gran Florida*.

EDITORIAL AMÉRICA

En el segundo libro de este volumen, aparece también una “Nota editorial” del tenor siguiente:

En las relaciones que van a leerse están íntegramente muchos detalles de la vida de esta gran tribu en la región del Paraguay y Río de la Plata, durante la época precolombina, y un historial completo de su Conquista y colonización por los españoles.

En la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de Madrid, está incluida en el legajo letra J, n.º 30-2.999.

EDITORIAL AMÉRICA

El tercero, o sea *Los desiertos de Achaguas*, tiene esta introducción:

La obra que va a leerse es un relato amenísimo del descubrimiento, Conquista y colonización de las vastas regiones que constituyen hoy los estados de Apure, Guárico y Zamora de la República de Venezuela.

Su estilo suelto, vibrante, colorido, le presta un especial encanto a esta hermosa narración del maestro Diego Albéniz de la Cerrada.

Lo hemos obtenido del legajo n.º 2.999, sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

EDITORIAL AMÉRICA

Estos dos últimos trabajos aúnan interesantísimas notas que pueden ser de Rufino Blanco Fombona, por la calidad de las expresiones, el conjunto de los conceptos y el conocimiento

detallado de la geografía venezolana, o de Bolívar Coronado que, como aquel, tuvo también atributos muy especiales y fue buen conocedor de la sociología nacional.

II. Ocampo, Maestre Juan de; y Fray Nemesio de la Concepción Zapata. *Los caciques heroicos: I. Paramaiboá, II. Guaicaipuro, III. Yaracuy, IV. Nicaroguán*. Madrid, editorial América, (1917¿?); 13-246 pp.; 3 h., 19 cm.

La obra se divide en cuatro libros, de acuerdo con los estudios sobre cada personaje. El primero tiene el siguiente título interno: *El mar de las Perlas. Historia de la Conquista de Nueva Andalucía. Compuesta por el maestre Juan de Ocampo el año de 1598*, y una Advertencia así:

El trabajo histórico e inédito que ofrecemos a los lectores de las obras que publica la editorial América, es uno de los más importantes de cuantos escribió el maestre Juan de Ocampo.

Es la historia completa y detallada de la región oriental de Venezuela que se llamó Nueva Andalucía en los tiempos del descubrimiento.

Las costas de este inmenso territorio, que abarca hoy los estados Anzoátegui, Sucre y Maturín, en el oriente de Venezuela, fueron descubiertas por Cristóbal Colón en su tercer viaje. Cuando reconoció este territorio acababa de recorrer Colón el golfo de Paria, que llamó mar de las Perlas, por las muchas que en él había. El descubrimiento de este mar ocurrió en agosto de 1499.

En esta obra hace gala Ocampo de precisión y verdad, pues aunque no fue testigo presencial hizo uso de multitud de datos escritos que le facilitó el conquistador de aquellas regiones, Gonzalo de Ocampo, su deudo.

El manuscrito que hemos copiado, y ahora por vez primera se publica, va marcado con el n.º 19.248, Documentos de Louisiana, manuscritos de la Biblioteca Nacional.

Además, se insertan algunas interesantes notas “de la presente edición”, que sin discusión alguna son de Blanco Fombona.

El segundo libro del volumen aparece con el siguiente título interno: *Guaicaipuro (El último hombre libre de las selvas del mar Océano)*. Obra escrita en francés por el abate Jean Moulin, versión castellana del maestro Juan de Ocampo en 1601. Después se lee la siguiente advertencia:

Siguiendo el plan que nos hemos trazado respecto a la Biblioteca Americana de Historia Colonial presentamos hoy uno de los períodos más interesantes de la historia preboliviana de Suramérica: las luchas de Guaicaipuro, “el último hombre libre” como se llamaba a sí mismo.

Pertenece el manuscrito, hasta ahora inédito, al Archivo Nacional, Orden de Santiago, legajo Chiriboga, n.º 2.347.

Se robustece este texto con numerosas notas “de la presente edición” y al final un apéndice, conformado con lo que al respecto del cacique estudiado aparece en el *Diccionario enciclopédico hispanoamericano*, editado por la casa española de Montaner y Simón, de Barcelona, y lo que expresa en *Historia de Suramérica* E. Lozano Díaz.

El siguiente título es *El fiero Yaracuy (De los papeles de Mencio Vargas compuesto por Juan de Ocampo en 1605)*. La Advertencia reza así:

El fiero Yaracuy es como la generalidad de los trabajos históricos que venimos ofreciendo a los lectores de las obras que publica esta Biblioteca: amenísima relación de hechos del descubrimiento, la conquista o la dominación de América.

Trátase aquí de hazañas del indomable cacique de los yaracuyes, nación indígena esta que primitivamente, o sea en la época anterior al descubrimiento, pobló una parte de la región occidental de Venezuela. El nombre de los yaracuyes lo ha conservado la gente venezolana y el nombre de Yaracuy lo lleva un estado de Venezuela.

Fiero, como lo expresa el título de la obra, impetuoso, vibrante, de coraje indómito, era el cacique Yaracuy, un tipo semejante a Guaicaipuro; en ambos ardía el amor de la libertad hasta el extremo de llegar irreductible al mismo borde de la tumba.

Como Guaicaipuro, el cacique Yaracuy opuso una viva resistencia al poder español. Ponce de León, el encomendero de Trujillo, en carta escrita al presidente del Real Consejo de Indias en marzo de 1576, dice: “Los yaracuyes, derrotados y desbandados, continúan instigando incesantemente los establecimientos de Su Majestad, por medio de ataques por sorpresa, trampas y acoso de dispersos e inquietos grupos”.

Esta obra tiene aliento de cosa viva, nota peculiarísima en el autor de estas hermosas y breves narraciones.

El manuscrito, que ahora se publica por primera vez, corre señalado con la letra X, 153, signatura S.553, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional.

EDITORIAL AMÉRICA

El cuarto libro lleva el mote interno de *Vida del guerrero bárbaro Nicaraguán. Crónica compuesta por fray Nemesio de la Concepción Zapata, de la Orden de san Francisco, año de 1664*. Como los anteriores, con una Advertencia:

La presente historia la hemos copiado del legajo n.º 3.207, J. 140, que lleva por título *Armada Real. Defensa de las Costas del mar Océano*, en la sección de manuscritos de la Biblioteca Nacional de España.

Versa ella sobre la historia primitiva de Indias, copiosísima veta que venimos aprovechando no sin gran trabajo: dificultades inmensas para entender añejos documentos, destruidos en parte por los siglos que llevan reposando en aquellos anaqueles, entorpecen en grado extremo nuestra labor.

La relación que ofrecemos en las páginas que van a leerse es una biografía del cacique Nicaraguán, guerrero indígena que al igual que Guaicaipuro, el indomable rey de los Teques, en Venezuela, y

de otros muchos, ya araucanos, ya charrúas u oromíes en el Sur, hizo poderosa resistencia al conquistador español. Nicaragua, en Centroamérica, realizó vertiginosa y ruda epopeya durante más de quince años.

En cuanto a la forma artística de la presente obra, es de lo más encomiable: el padre Zapata es uno de los cronistas del siglo XVII más emotivos y disertos.

En muchos de sus paisajes el adorno de la frase y la sutileza del criterio hacen pensar en las páginas espejantes y castizas que otro gran clérigo escribió respecto a la conquista de Hernán Cortés, nos referimos al cronista oficial de México: [Antonio de] Solís.

EDITORIAL AMÉRICA

- III. Ocampo, Maestre Juan de; Mateo Montalvo de Jarama. I. *Nueva Umbría. Conquista y colonización de este reino en 1518.* II. *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas en 1656.* Madrid, editorial América, (1917?); (13)-252 pp.; 3(1) índice, 19 cm.

El título interno del primer trabajo es *Nueva Umbría. Historia de la conquista y colonización de este reino en 1518 y su evangelización por los frailes franciscanos. La compuso para el uso de su majestad el maestre Juan de Ocampo.*

En la introducción consta lo siguiente:

Este documento se ha copiado en la sección de manuscritos, de la Biblioteca Nacional, y va marcado allí con el n.º 23.445.

Luego encontramos muchas notas del copista, todas llenas de interés y claridad espectacular. El segundo libro tiene el mismo título expuesto en la ficha y un introito, como sigue:

Relato curioso y en extremo detallado de las peripecias, peligros, encuentros de los conquistadores españoles en el descubrimiento y primera colonización de las costas del norte del mar de las

Antillas, o sea la región de la colonia inglesa de Guayana y de los dos estados orientales de la actual República de Venezuela.

Letra S. 116, Biblioteca Municipal, n.º 1.456. Madrid, España.

Nos hemos detenido en las minuciosidades de los tres volúmenes de esta colección por la magnífica oportunidad que encontramos para un análisis de la historia de América y en especial de Venezuela y de otros países; y en segundo lugar, porque Bolívar Coronado, al escribir estas monografías y al darlas al editor con nombres falsos de cronistas de la conquista y de la colonización que no existieron, no solamente aportó detalles impercederos, sino que se sitúa, lamentablemente en condiciones de impostor, en la cumbre del dominio a fondo de los temas, pues para llegar a hacer una obra de la categoría de cualquiera de estas que integran la Biblioteca Americana de Historia Colonial, es necesario poseer profundos conocimientos, dominio amplio y concreto del panorama sociopolítico de la Colonia y de la Conquista, y por sobre todo, un ilimitado e intenso manejo cabal del idioma, más en estas circunstancias porque un escritor o historiador, cualquiera que sea su formación espiritual y académica, necesita no solo saber bien la lengua de Castilla, sino también los giros, el estilo, los ordenamientos gramaticales y los modismos utilizados en aquellas lejanas épocas.

Esto nos autoriza a considerar a Bolívar Coronado como un maestro en el arte de la creación, casi como un clásico. Si tomamos la obra de cualquier cronista de Indias, y la comparemos, concluimos que no hay diferencia entre el estilo y las formas de uno y de otro.

Este criterio no ha surgido al capricho o al azar. Al rebuscar en textos antiguos expresiones y motivos de belleza y descripción, notamos que los hay en estos libros de Bolívar Coronado, a quien no se le escaparon ni siquiera los signos de puntuación en los viejos documentos.

Aún hay más: los nombres de pueblos, lugares, los títulos nobiliarios, los patronímicos vernáculos, las citas en lenguaje nativo —ya sea de Venezuela, del Paraguay, de América en general—, están tan bien definidos en estos libros de Bolívar Coronado como en Aguado, fray Pedro Simón, De Herrera, Gonzalo Fernández de Oviedo, López de Gómara, Antonio Ruiz de Montoya, Jarque, Juan de Castellanos, Caulín, Gumilla y tantos otros, y no hay nada que envidiarles. Incluso en esa morbosa manifestación de historia interesada y comprometida con los valores del Viejo Continente y llena de crueldades *por los crímenes, la brutalidad, el estupro, la negligencia, la soberbia, la pereza, el hambre o la negligencia del indígena*, hasta en eso, repetimos, Bolívar Coronado imitó de palmo a palmo, y se posesionó de esos nombres inventados, para sentirse en el ambiente de otro siglo y en difíciles menesteres.

La Gran Florida, por el maestre Juan de Ocampo, ha llegado a ser una obra de consulta incluida en varias bibliografías y no solamente en cuanto al libro, porque este ha sido referenciado en muchos trabajos afines, sino en cuanto al autor, que en diccionarios especializados, figura como “jesuita español”, sin lugar, ni fecha de nacimiento ni de muerte.

Sin embargo, ha habido aclaratorias en cuanto a estos libros. Una de las principales es la del historiador venezolano Miguel Acosta Saignes, quien en su estudio “Los caribes de la costa venezolana”, hace cita de Juan de Ocampo en cuanto a su libro sobre Guaicaipuro, y hasta lo ubica en el año 1598. “Fuente sumamente curiosa es Ocampo —apunta— (...). Su lenguaje hiperbólico le hace llegar a extremos imaginativos, aunque a veces parece suministrar datos bien cimentados, cuyo origen indica minuciosamente”¹.

1 Miguel Acosta Saignes, “Los caribes de la costa venezolana”, *Acta Antropológica*, Soc. de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología, México D. F., 1946, p. 22.

En nota aclaratoria, Acosta Saignes expresa que

el maestro Juan de Ocampo escribió varias obras referentes a Venezuela. A pesar de su lenguaje cargado de exageraciones, a veces sus referencias coinciden con las de autores fidedignos. El empleo de sus datos ha de hacerse de manera cuidadosa y con la cita obligada de su origen. Declara haber basado su trabajo sobre Guaicaipuro en otro de cierto abate Moulin, del cual nada hemos podido averiguar. Ocampo escribió sobre las tribus Caracas y sus vecinos como si se hubiese tratado de la opulenta historia de algún imperio europeo. Véase cómo cuenta sucesos que, de haber ocurrido, fueron modestos, con lenguaje en exceso levantado: “En el propio valle de Caracas estaba asentada la tribu de los Teques, nación numerosísima que reconocía por cacique a Cachute, vástago de la dinastía de caciques del mismo nombre que impusieron su poderío desde el siglo XIV, domeñando a los teques y mezclándose con ellos, formando a la larga una sola nación (...) al fin quedó un solo núcleo de la tribu vencedora y vencida. Ya para el año cincuenta del siglo XV, renacieron estos resquemores entre teques y cachutes o catuches. Hubo un levantamiento general en todo el litoral oriental: los teques llegaron a ver en sus filas más de cuarenta mil plazas, sumando los cumanagotos y los araguas, que estaban a su favor, en tanto que las tribus contrarias no eran menos (...). Al cabo la nación teque alzó la bandera victoriosa (...)”. Su entusiasmo llega a lo inverosímil cuando relata las alianzas de Guaicaipuro contra los conquistadores. Véase cómo describe a los cooperadores del jefe teque: “(...) fijó como punto de reunión un hermoso valle situado a la falda de la gran cordillera del valle de los Caracas (...). Por lo atezado de la melena, un tanto rojiza, conoció los de las praderas de los grandes ríos, hombres que llevaban un penacho de plumas de garza en la frente, que les caían ondeantes, mezclándose con los espesos cabellos; conoció los achaguas, grandes, nervudos y fuertes, que llevaban sobre sí una piel de tigre a manera de manto; conoció los caucaguas, pequeños, menudos, ágiles, que reconocían por cacique a Chacao, el de los arrestos irresistibles en las guerras pasadas; los

acariguas, reposados y tardos en el andar, pero que llevaban a la espalda el carcaj repleto de dardos envenenados y dos arcos de Guaica (...) antes combatieron con ellos los terribles y numerosos teques y araguas: ahora venían como hermanos a batirse con los misteriosos aparecidos (...)”. Es muy interesante la descripción que hace Ocampo de una especie de bandera de guerra de los teques, llevada a Europa según las informaciones minuciosas del autor. Nos parece útil transcribir el párrafo en referencia: “El estandarte de los teques, y que Losada regaló años después al duque del Milanesado, era precioso. El duque, más tarde, hizo gracia de él a su majestad el rey de Francia al contraer matrimonio con una infanta de Castilla que le llevó en dote una gran porción del territorio español (...) era una asta larga, como de dieciséis a dieciocho palmos, primorosamente trabajada a mano, sirviéndose de cuchillas y puntas de piedra de sílex a manera de buriles o cinceles. En la asta iban grabados los rostros de Guaicaipuro y su mujer, entre orlas de piedrecillas azules y negras, con arabescos de otros sólidos frutos vegetales de gran consistencia y tono colorido. A manera de bandas colgábanse gruesos cordones formados de fibras vegetales, también teñidas de tonos rojos y jaldes, y recamadas de cuentas de bucare, sólidamente atadas al alma de la cuerda, hallándose cuidadosamente horadados. Hacia la punta de arriba, una roseta encarnada con fibras amarillas, rojas, azules, a manera de flecos, una roseta algo prolongada hacia su extremo, que más podía parecer una venera de las que se usan para decorar los blasones. Y superpuesta a esta un soberbio abanico de los más preciosos plumajes, desplegado y produciendo centelleos de tornasoles al ponerse en contacto con la luz. Esta especie de abanico llevaba en el medio, a manera de varillaje, un rodete gris, formado por una piel de onza, que recubría un armadijo de fuertes bejucos, secos y curados, como para hacerlos duraderos².

Acosta Saignes, buen investigador, profesor de grandes méritos en los ámbitos de la historia colonial y la antropología,

2 *Idem.*, pp. 22-23.

etnografía y ciencias afines, no hizo nunca más mención en trabajo alguno del cronista creado por Bolívar Coronado, y de cuyo libro no es la anterior la única cita que hizo, pero deja constancia —como ya vimos— que le extrañaba ese exacerbado y mítico ambiente de Los Teques y Caracas que describía el maestro.

Es importante analizar lo que expresa el ensayista Ismael Puerta Flores sobre este libro. Leámoslo:

El biógrafo de los caciques heroicos, el maestro Juan de Ocampo, nos dejó un cuadro de la naturaleza venezolana, mezclado de leyendas, geografía e historia, entre los más sugestivos que se han pintado de aquella época de conquista y colonización. Érase el año de 1514. Viene una expedición de los padres franciscanos a Venezuela. Monta su tienda en una rica región que el maestro titula Nueva Umbría, como su obra, recordando aquella otra donde el mago san Francisco de Asís jugaba con los árboles y los pájaros en una ensoñación de un mundo donde solo reinaría el amor. Región que abarcaba parte de los Andes, conteniendo el Zulia, Táchira, Falcón y la Santander de Colombia. La pluma diestra y certera del maestro Ocampo nos lleva con aquella evangelizadora expedición de los franciscanos hacia las tierras que baña suave y deleitoso el lago de Maracaibo, distinguiendo aquella tenaz voluntad de estos hombres que “resolvieron, pues, encaminar la expedición hacia aquel punto tan lejano, que era casi como dirigirse por la vasta extensión del cielo a una estrella que se mira pequeña y remota, como envuelta por una espesa y misteriosa niebla”.

¡Qué fresco corre el estilo para pintar las excelencias de nuestra naturaleza tropical! Hay en él un embrujo de mistificación. La pluma ha roto el velo misterioso de la misteriosa América. Parece que se estuviera pintando a la misma naturaleza española, en lo fuerte de la descripción, por donde ha corrido el pincel agreste y de realista colorido como el que describe las hazañas del Mío Cid. Nada de penumbras. Todo tiene la clara vestimenta de una fiesta de luz. La gramática peca con la poesía, porque las palabras están moldeándose para formar este idioma muy nuestro y el sentimiento

se llena de esplendor para la glorificación de las imágenes. Es un libro este de la Nueva Umbría que lleva a las miradas del rey, de los palaciegos cortesanos y a la también abundante humanidad española, la relación verídica, escueta, pero brillante, de ese inquieto tesoro que serán las Indias, en cualquiera de sus puntos cardinales donde el español busque su vellocino.

La visión de El Dorado centellea en el libro como una evocación del Catatumbo en un rayo de fuego. En toda la obra de la Nueva Umbría, el espíritu se encanta, como encantó también a aquellos exploradores la visión de ese Dorado, que fue más que flagelador de voluntades, atuendo para hazañas milagrosas, al encerrarse en la cabeza de aquellos hombres indómitos, la cegadora ciudad maravillosa cercana al lago encantado donde se construyó con oro y piedras preciosas la nueva arquitectura que no soñó Salomón para su templo. Y el maestro nos relata la fiebre colectiva de amor a lo ignoto que se alumbra con la lámpara votiva de la ensoñación única de El Dorado. Para detallarnos mejor la visión presentada por los conquistadores y los croniqueros, nos cuenta que la princesa de Éboli fue regalada por un criado suyo venido de América con caracoles de oro recamados de esmeraldas, y al preguntarle a su criado de aquella procedencia, este le contestó que era un secreto. Ya muriendo, el criado se le acercó al oído para satisfacer su curiosidad de mujer encantadora y de mundo, y el criado le contestó: en El Dorado. ¿Y dónde queda El Dorado?, inquirió con sagacidad, y el criado le dijo: ¡más allá de los horizontes! Ese era el espejismo de todos. Más allá de los horizontes. Y los horizontes son lejanos en las tierras de América. Siempre han engañado y engañan la visual de los conquistadores y la de los hombres del siglo XX.

El maestro Ocampo nos sigue contando que esa visión de El Dorado era el tema apasionante de todas las conversaciones de España. Desde el rey hasta el último de sus súbditos soñaban con él. En palacio y en las galeras es el tema interesante y la pregunta sin respuesta de las conversaciones. Aquí nos trae un cuento, que es otro cuento chispero del poeta Góngora: “Una mocita del

mesón de Paredes empeñóse con el galán que la cortejaba, le dijera de dónde eran los zarcillos de oro que le había regalado. Los zarcillos los encontré en El Dorado, contestóle el galán. ¿Y dónde está El Dorado?, inquirió la mozueta. ¿El Dorado? ¡Ah! Vive Dios que el Dorado lo tenedes vos...”.

Después, las bellas descripciones de la tierra, de los árboles nuevos, de las flores aún intocadas por manos extrañas y remotas. Los arenales de la Guajira y los de la península falconiana; las aves cantando el madrigal de sus colores y sus arpegios; los relatos de los indios asombran en la evocación de los mitos, como el miedo hace tejer entre los exploradores las mil leyendas negras, de muerte, de aparecidos, tras cualquier cabo de tierra en mar, que como el de Codera, ya tenía fuerte razón de su bravura y de sus peligros para los navegantes. Allí hablaban ellos de la existencia de sirenas que con sus llamadas misteriosas llevaban los barcos hacia sus senos de pavor: “adelante, ya al llegar a la península del Paria que tiene a la isla de Trinidad (o las Gavias) como un punto sobre una i, está el cabo de las Coderas, donde es fama que hay un encantamiento”. La vida agitada de los expedicionarios es la misma fuerza que pintara Virgilio en aquellos que iban a fundar a Roma: *Tantae animae era condere gentes*.

En aquel recorrido tumultuoso hay, sin embargo, oasis de refrescante linfa. La descripción de los árboles es preciosa, la pintura de las flores, preciosísima. Las variadas catleyas y la rosa montañera poematizan el perfil de la tierra árida. Véase cómo habla del nogal: “Es de un gusto y un aroma de que no se puede dar idea por mucho que la pluma destile miel”. Los azulejos comiendo de una fruta redonda, pequeña y pulposa, dada por un árbol gigantesco, de copa verde y desparramada, pendiendo en bellos racimos de oro, le da al maestre ocasión para una feliz respuesta al asombro de los compañeros, que miedosos le tachan aquellas frutas sin conocerlas: Ya Dios, por medio de esos pájaros azules, me ha dicho que pueden servir de festín a nuestros sedientos labios. Es la descripción del criollo cotopriz. En los relatos se esbozan leyes de eugenesia al describir la lujuria de los monos; la intuición de los caballos

que cuidan de sus hijas y no van al incesto, al contrario de los otros animales. Nos pinta leyes de sociabilidad entre los mismos monos; en cómo hacen sus correrías de robos; y cómo dejan al cuidado de la alerta a uno de sus compañeros, y los castigos que le infligen en los casos que se duerma en las pajas.

Pero donde es esplendorosa la maestría poética de Ocampo, por la energía, la fuerza y el colorido, es en el relato de un amor genuino que se verificó entre un español y la india de un cacique, hija amada de su padre. Celoso el indio, no la había dado a ninguno de los jóvenes caciques de la tribu. El español la enamora, y en una salida cercana al poblado, en la orilla arenosa del lago, dio todo su ser al español. Fue un clamor en medio de la tarde moribunda, como si fuera el primer caso de amor sobre la tierra. La tribu estaba reunida y oyó el sórdido clamor del encuentro de la Diana criolla perseguida: Un grito, dijo uno de los de la tribu. Y algún indio viejo, conocedor de los amoríos de la india hija del cacique, contestó, como nos dice Ocampo, con esta metáfora de eternidad: ¡No es Tucana, que acaso está sonando la guarura rosada!³.

Otra aclaratoria la hace Julio de Armas en su obra *Camino Real*, cuando al referirse a *El llanero*, supuestamente de Daniel Mendoza (de lo cual hacemos un análisis en el capítulo siguiente), anota que hay errores substanciales:

Uno de ellos se relaciona con datos que aporta en la obra histórica de la fundación de los primeros núcleos ganaderos en los llanos venezolanos, inserta en la página 61, capítulo II, editorial Cecilio Acosta, y que dice así:

“Antes de la conquista habitaban las soledades del Apure y del Arauca los indios achaguas. Cristóbal Rodríguez, venido a estas llanuras poco después de un tal De la Puebla procedente del Tucuyo, fue el primero que introdujo en ellas el ganado vacuno; esto fue hacia el año de 1530, fecha desde la cual se comenzó a formar

3 Ismael Puerta Flores, *Las peregrinaciones largas*, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1964, pp. 155-158.

la maravillosa prosperidad de los hatos que hoy son verdaderas arcadias de riqueza en Venezuela”.

El tal De la Puebla arriba citado no es otro que Lope de la Puebla, personaje inventado por la imaginación fraudulenta de Bolívar Coronado, cuando al firmar con el seudónimo de maestro Diego Albéniz de la Cerrada, escribe desde Madrid otro atentado literario que intitula *Los desiertos de Achaguas* (los Llanos de Venezuela). Por otra parte, la fecha anotada de 1530 es una contradicción histórica con la fundación de El Tocuyo, en 1545, pues antes de esa fecha no había ganados en dicha localidad, la cual fue posteriormente asiento del primer hato de ganado vacuno y caballar en Venezuela.

En este relato se pueden hacer las mismas observaciones que tocante a estilo, datos históricos y cronológicos, ha apuntado Sambrano Urdaneta en la crítica que hace sobre *El llanero*⁴.

Lo mismo se podría decir de los otros textos que también, como los autores, aparecen reseñados, aunque en menos oportunidades, pero en igual forma. En obras sobre indigenismo, encomiendas, repartimientos de tierra, sociología poscolombina, limpieza de sangre, cacicazgos y sus derivaciones, etcétera, cuántas veces son citados los falsos autores, con elogios a sus producciones y desvelos, en especial el del trabajo *Los chiapas*, F. Salcedo y Ordóñez, con su estudio sobre las regiones y lugares comunes en las márgenes de los ríos de La Plata y Paraguay.

Vistos los aspectos en que Bolívar Coronado incursionó en esta Biblioteca Americana de Historia Colonial, son seudónimos suyos: Diego Albéniz de la Cerrada, F. Salcedo Ordóñez, fray Nemesio de la Concepción Zapata, Juan de Ocampo, Mateo Montalvo de Jarama, el abate Jean Moulin, E. Lozano Díaz, Mencio Vargas, Gonzalo de Ocampo, el Encomendero

4 Julio de Armas, *Camino Real*, América Nueva, México D. F., 1959, p. 101.

de Trujillo, y Ponce de León, en la carta al presidente del Real Consejo de Indias sobre la resistencia del cacique Yaracuy.

V

El llanero de Daniel Mendoza.

La Biblioteca Ayacucho.

Letras españolas de Rafael María Baralt.

Las Obras científicas de Agustín Codazzi

Entre 1916 y 1917, Bolívar Coronado escribió *El llanero*, para la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales de la editorial América (volumen n.º 24), sin mención al año de la edición y tal como el *Estudio de sociología venezolana*, se atribuye como autor a Daniel Mendoza, del que en la introducción aparecen algunos datos biográficos. El libro tiene muchas notas “de la presente edición”, concepción satírica del escritor para jugar con sus manías, pues no había ninguna anterior.

Varios expertos dudaban de la autenticidad, pero nada se había hecho para despejar la incógnita hasta que el acucioso crítico Óscar Sambrano Urdaneta, en 1952, publica un estudio en el que demuestra categóricamente que *El llanero* es de Bolívar Coronado.

Inicia el análisis con el problema histórico-crítico de si es Daniel Mendoza el autor del libro, como se apunta en el catálogo *A bibliography of the belles lettres of Venezuela* (Harvard, University Press, 1935), reunido por Samuel Montefiore Waxman, y además se apoya en lo que sobre esta obra y otras escribe el mismo Bolívar Coronado en el prólogo del *Parnaso boliviano*. Luego analiza la imposibilidad de encontrar —como no se encontrará nunca por no haber existido— una edición de *El llanero* anterior a la de la editorial América; y cita que el verdadero

autor resolvió elegir el nombre de Daniel Mendoza para asegurar la publicación de su obra. Si esta no la hubiese colocado bajo tal cognomento u otro cualquiera de trascendencia, no habría logrado lo que se proponía, ya que él se consideraba tan desconocido que le pareció necesario escoger un nombre real.

Sambrano Urdaneta demuestra que Bolívar Coronado escribió *El llanero*, con exactitud del personaje a quien lo adjudica, pues en esas páginas se “refleja el panorama de la llanura como si fuera un espejo de grandes proporciones”. Los elementos naturales y humanos que constituyen la esencia de aquella región pasan casi siempre a las páginas de esta obra sin que el autor añada una imagen, una metáfora o alguna comparación.

Pero si tales comparaciones o metáforas carecen en su mayoría de valor artístico original, tienen, por el contrario, evidente importancia psicológica porque son la revelación de un carácter violento y rebelde como el de Bolívar Coronado, quien durante su vida fue un ser agresivo y trashumante, buscador de enredos políticos o amorosos. No hay duda que algunas de las comparaciones permiten traslucir la elaboración de un temperamento belicoso, propio de este personaje y absolutamente ajeno a la humanidad de Mendoza. Y así: el llanero adolescente es un aguilucho que busca independencia y nido propio; los octosílabos de las coplas llaneras son fogosos, en tanto que las coplas, en donde habita la abeja de oro alada y fiera de la rebeldía, resaltan una estrecha y gris celdilla. Y si alguna vez la poesía del llanero es triste, en otras se asemeja a la voz ronca de las tormentas cuando aletean a las crines del turbión; y la onda musical del arpa retumba y se encrespa como la ola del mar embravecido. Todas estas son asociaciones de estados de ánimos rebeldes, belicosos, inquietos, con imágenes procedentes de la llanura venezolana¹.

1 Óscar Sambrano Urdaneta, *El llanero: un problema de crítica literaria*, Cuadernos Literarios de la Asociación de Escritores Venezolanos, n.º 76, Caracas, 1952, pp. 42, 52, 53 y 71.

Profundiza Sambrano Urdaneta y despeja incógnitas. En el cuento publicado en Caracas en 1915, *La tristeza de Blancapobre*, se lee lo siguiente: “La claridad se hacía cada vez más precisa. Los pájaros comenzaban a desatar la tenue urdiembre de ilusiones: el trino”. En *El llanero* aparece idéntica la imagen: el turpial venezolano aventaja al quetzal, ave sagrada de los mexicanos, “desatando esa tenue urdiembre de ilusión: el trino”.

Pero hay aún más para poner de relieve la paternidad de la obra. En uno de los números de un periódico guariqueño denominado *El Bazar*, que Sambrano Urdaneta revisó, el director del mismo, Luis Corrales, acusa que en *El llanero* se hace cita de caravanas, carretas, etcétera, y cuando estas hicieron su aparición en la llanura venezolana ya Daniel Mendoza tenía años de muerto.

El llanero es, pues, de Rafael Bolívar Coronado. No bastaban las palabras suyas en el prólogo del *Parnaso boliviano* para creerlo. Era necesario comprobarlo.

También en la Biblioteca Andrés Bello, de la misma editorial, Rafael Bolívar Coronado inscribe un libro suyo, *Letras españolas (Primera mitad del siglo XIX)*, por Rafael María Baralt, que como volumen n.º 43 publica Rufino Blanco Fombona, asunto que fue descubierto por el ilustre profesor Pedro Grases, quien admite que fue el doctor Humberto Cuenca uno de los primeros en manifestar sus dudas acerca de la autenticidad del libro, en artículo publicado en *El Nuevo Diario*, de Caracas, el 8 de mayo de 1935.

Tal opinión la reiteró en otro artículo publicado en *El Nacional*, de Caracas, el 17 de agosto de 1956. Expresa Grases:

Desde luego, el análisis estilístico del libro inducía a confirmar las vehementes sospechas de que la totalidad de su contenido no podía atribuírsele a Baralt, pues en muchos capítulos la prosa no

es la misma de la del autor del *Resumen de Historia de Venezuela*, ni los asuntos ni las ideas corresponden a lo que es típico en la obra baraltiana.

Por otra parte, al fijar la atención sobre ciertos nombres y títulos de obras que aparecen en *Letras españolas*, se acrecia el convencimiento de que estábamos ante un caso de superchería literaria.

Hoy puede darse un veredicto razonado y —entendemos— bastante concluyente, respecto a dicho libro. Se ha hecho una investigación seria y extensa de los periódicos españoles conservados en los depósitos hemerográficos de Madrid, con la preciosa colaboración de don Jorge Campos, gracias a la cual puede ya emitirse juicio con aceptable firmeza.

Quince capítulos integran el libro *Letras españolas*, al que precede un excelente prefacio de Rufino Blanco Fombona, de catorce páginas, escrito con el fuego y el donaire habituales de su pluma, con la cual traza un perfil interpretativo y documentado de la personalidad de Baralt. No se refiere al texto que prologa, salvo en una nota puesta algo forzosamente en el pasaje que se refiere a la actividad pública de Baralt en la crisis política española de 1854. Dice la nota:

“Con el título de *Letras contemporáneas* publicó —Madrid, 1849— la obra reproducida ahora por la editorial América, con el nombre más cónsono en nuestros días, de *Letras españolas (Primera mitad del siglo XIX)*”.

Da la impresión de que Blanco Fombona no llegara a examinar la colección de escritos que prologaba, pues de otro modo hubiera hecho alguna referencia concreta al contenido del libro: primero, porque lo estaba presentando; y luego, porque el aspecto de Baralt como crítico literario constituía un rasgo nuevo, que no se halla mencionado en la glosa a la vida y a la obra del autor prologado.

Lo que debe reconocerse como obra de Baralt en este libro, además del fragmento del *Discurso de incorporación a la Academia* que figura como apéndice, es solo algunas partes del texto de los capítulos V, VI y VII, los cuales fueron publicados en tres artículos con el nombre del autor o con seudónimo aclarado, en el periódico

madrileño *El Siglo*, números 142, 145 y 146, de 22, 25 y 27 de febrero de 1849.

Y nada más.

Con la particularidad de que inclusive estos tres artículos fueron transcritos con graves desfiguraciones y mutilaciones, sino que estos capítulos V, VI y VII, que tratan de la *Oda a la fe* de Julián Romea, son partes de un largo estudio de Baralt. En *Letras españolas* aparece su primer artículo, mezclado caprichosamente con otro escrito que se publicó en *El Siglo*, con el nombre de otro autor: Joaquín María de Paz. Es decir, se mistifica con escrito ajeno la auténtica primera parte, escrita por Baralt, y que se insertó en *El Siglo*, n.º 142, del 22 de febrero de 1849, firmado con el seudónimo Manuel Aquilino García.

La porción que corresponde a Baralt, en consecuencia, es la que ocupa las páginas 59 a 93 (con las necesarias rectificaciones de todos los cercenamientos y adiciones); y las páginas 155 a 185, con el fragmento del *Discurso de incorporación a la Academia*.

Los capítulos apócrifos son elaborados sobre escritos aparecidos en periódicos españoles de 1848 a 1849, principalmente en *El Siglo*, de Madrid, del que era redactor político y principal responsable Rafael María Baralt.

Por último, una variante en la falsificación, invención de nombres de autor y títulos de libros inexistentes. Amenodoro Blanco, por ejemplo.

Creo que lo mismo habrá sucedido en el capítulo X, falso en cuanto al autor y ridículo desde el mismo título: *Vida y hazañas de los españoles que más se han distinguido en el servicio de la Corona en América*, por D. Ángel Duarte y Rivas, nombre y apellidos venezolanos. No dispongo de prueba documental, pero basta leerlo con alguna atención. Lo mismo ha de haber pasado en el capítulo XII, con la *Literatura política*, de Agustín Loynaz.

En resumen, hay que rechazar decididamente los escritos de *Letras españolas*, salvo la parte legítima de los capítulos V, VI y VII y el fragmento del *Discurso de la Academia*. Desde luego, no es posi-

ble aceptar como obra de Baralt, las crónicas, reseñas, gacetillas, etcétera, que sirvieron de base al impostor.

Luego, el profesor Grases hace una definitiva comparación de textos y de citas para defender el nombre y el prestigio de Baralt del desacierto de haber Bolívar Coronado utilizado al célebre escritor zuliano en empresa de tal índole.

Pero continúa la acción del creativo autor. El volumen n.º 25 de la Biblioteca de Ciencias Políticas y Sociales, de la citada editorial América, corresponde a las *Obras científicas*, de Agustín Codazzi, otra travesura más, y en donde se esgrime la falsedad hasta en los rasgos biográficos del geógrafo, pues se los atribuye a un personaje que nada tuvo de escritor ni de crítico, sino que fue un abogado venezolano residiendo en La Victoria, estado Aragua, de nombre Francisco de Paula Guevara Santander, a quien asoma como autor de un *Diccionario biográfico*, y de quien hay en la literatura venezolana una vaga referencia en cuanto a que escribió un libro titulado *Páginas en verso*.

Entre los rasgos de la vida de Codazzi —dice el maestro Pablo Vila— afirma que este conoció y trató a Bolívar en Italia, y que el Libertador le había hablado del proyecto del Canal de Panamá; por aquel entonces, el futuro geógrafo tendría 13 años.

Pone, además, que en París se hicieron dos ediciones de la *Geografía de Venezuela*, una en castellano y otra en italiano; sabido es que no se hizo más que aquella. Añade que al volver Codazzi de Francia (1841) se casó en San Fernando de Apure con Carolina Méndez; y su única esposa fue Aracelis Fernández de la Hoz, cuyo matrimonio se había realizado en Valencia, en 1834. Indica también que en 1852 levantó Codazzi el plano topográfico de la República de Venezuela, cuando el mapa se había publicado justamente con el *Atlas* y la *Geografía* en las fechas antes anotadas. Además, en aquella fecha hacía cuatro años que recorría, estudiaba y mensuraba

la Nueva Granada, con el encargo oficial de redactar la *Geografía* y hacer el mapa de dicha república. Allí murió, como se sabe, en plena misión, el 7 de febrero de 1859, en el pueblo de Espíritu Santo, camino de Valledupar, frente a la Sierra Nevada, en el departamento de Magdalena, llamado entonces estado, que nada tiene que ver con el “Departamento de Apure” que figura en aquella seudobiografía [que] es un escrito amañado, sin preocupación de exactitud alguna; publicado tan solo con el propósito de justificar el contenido de aquella mixtura llamada *Obras científicas*, para lo cual se intercalaron en ella estos párrafos:

“Incansablemente continuó Codazzi sus trabajos orográficos; viajó por la costa del Pacífico, las Antillas, Amazonas, Alto Orinoco, la Patagonia y exploró toda la cordillera de Los Andes. Publicó todos sus viajes en forma amena y calurosa. Era Codazzi un prosador fácil y sencillo, y de marcada tendencia poética”.

Estas palabras vienen a ser una especie de coartada para dar visos de autenticidad a unos escritos apócrifos. Sin embargo, en aquellos párrafos, a nuestro entender, se halla la clave que descubre quién pudo ser el autor de toda esta superchería bibliográfica, propia para desacreditar la labor geográfica de Codazzi ante un lector no precavido.

En el primer párrafo se da carácter de realidad a un viaje que no se realizó, a un fingido viaje. En el segundo se justifica el estilo del texto precisamente para que no se advirtiera que la redacción no tenía nada de codazziana. La prosa del geógrafo es precisa, casi escueta, trabajada, nada fácil; pues su expresión natal, italiana, ha tenido que adaptarse a una lengua distinta, al castellano. Al escribir conceptos y palabras es mesurado; tanto por la inseguridad que da al expresarse en un segundo idioma, como por la estructura matemática de la formación intelectual del autor en sus estudios de topógrafo. Recuérdese que en la Advertencia de su *Resumen de Geografía de Venezuela*, indica que la obra “ha sido revisada por los señores Rafael María Baralt y Ramón Díaz, dos excelentes correctores”. No es pues, un “prosador fácil” ni de “forma amena y calurosa”; siempre es ponderado. Si el tema le impresiona y no ha de

ceñirse a lo geográfico, llega a ser literaria su prosa, como en *Cueva del guácharo* —uno de sus pocos escritos sueltos conocidos—, pero sin marcada tendencia poética².

(...)

Los errores, las incongruencias, y aun los desatinos y falsedades se suceden unos a otros, página tras página. El estilo es brillante a trechos, con un vocabulario aparentemente técnico; hay relaciones a manera de notas rápidas, apoyadas a veces en citas imprecisas con nombres biográficos de autoridades cuyos datos siempre aparecen incompletos; lo que dificulta su comprobación (...).

Como no es cosa de analizar la literatura del citado libro, sino de apoyar con algunos ejemplos la opinión que de él me formé definitivamente, tomaré como base el primero de sus temas; ocupa este unas noventa páginas y lleva por título: “Las costas de Suramérica”.

Se trata, en los comienzos, de la relación de un viaje por mar, auspiciado oficialmente y realizado en compañía de Cagigal, desde Choroní hasta Cartagena; de donde por tierra, sin descripción de itinerario alguno, con solo la indicación en un simple párrafo, van a Buenaventura.

Desde este puerto, sin ocuparse de las costas intermedias, pasa el redactor a describir Guayaquil y el estuario del Guayas. Luego retrocede para describir la costa guajira, desde la cual, sin transición, pasa a tratar de la isla de Trinidad, bajo el título inadecuado de “El puesto de la isla de las Gavias”. Y tras otro salto, sitúa al lector en el puerto de El Callao (Perú), y lo aprovecha para hablar de los piratas, de la esclavitud de los indios y de las cárceles de Santa Bárbara.

Sin conexión con lo que antecede, vuelve atrás de nuevo y se ocupa de Imataca y del río Maca. El último capítulo, derivado de

2 Pablo Vila, *Codazzi, Humboldt, Caldas: precursores de la geografía moderna*, Instituto Pedagógico Nacional, Caracas, 1960, pp. 77-79.

aquel viaje, trata inopinadamente sobre el sistema oceanográfico del Sur de las Indias.

A la lectura de esta simple relación, la incongruencia se hace manifiesta; pero el contenido es más que incongruente, disparatado; y por lo que se refiere al río Manoa, ficticio. Y así, en lo adelante, serán mayores aún los motivos controversiales.

¿Quién fue el usurpador que se valió del renombre del incansable y acucioso geógrafo, para encubrir con él sus mixtificaciones pseudocientíficas? Todo permite suponer que debió ser el mismo redactor de la biografía de su víctima; biografía con la cual se inician las páginas del malhadado libro, pues en aquella se ensartan errores tan crasos, aunque de distinto tipo³.

Además, con el fin de encubrir las falsificaciones, suelen encontrarse en los textos declaraciones de este tenor:

“En este trabajo hemos procurado (...) que tenga, ya que no la nota elocuente y sabia, al menos el informe fidedigno de lo que hemos observado atentamente, de lo que hemos procurado apuntar con exactitud o analizado con asiduo cuidado”.

Pero la impudicia, con el fin de inspirar confianza acrece en otro párrafo, que sigue al anterior:

“Cuando se nos encargó la *Geografía de Venezuela*; emprendimos tal trabajo con la misma buena fe que este; y si bien era aquella obra más simple en su estructura era más difícil en la ejecución”⁴.

Son aceptables sin lugar a discusión ni a dudas las opiniones elevadas a la dignidad profesional de cada uno de los investigadores cuyos juicios hemos reproducido, Sambrano Urdaneta, Grases y Vila, pero no puede pasar inadvertida la encomiable circunstancia de este hombre que en tres o cuatro semanas era capaz de producir textos que, por mal o por bien, le aseguraron el derecho a ser digno de una biografía.

3 *Ibid.*, pp. 73-76.

4 *Ibid.*, p. 89.

VI

Las Memorias de un semibárbaro publicadas por Rufino Blanco Fombona

En una oportunidad diría Bolívar Coronado una frase concatenada a su destino: “Yo no puedo vivir sin hacer ruido, me hace falta la movilidad, el peligro, la agresión”, y así fue siempre. En apenas treinta y nueve años de existencia recorrió un universo de veleidades, riesgos, amoríos, hazañas, mentiras, simpatías, odios, duro ajetreo intelectual y tristezas.

Dentro de la fantasía, Rafael Bolívar Coronado fue un viajero incansable por países, ciudades y sitios por los cuales no anduvo nunca, pero que describe con tanta precisión que se encumbran en una posición en la cual destaca su gran inteligencia y, especialmente, su vasta erudición, lograda con una lectura constante aunque desordenada.

Vamos a referirnos a un artículo suyo, aparecido en *La Revista* de Caracas que tiene mucho que ver con la publicación más tarde de *Memorias de un semibárbaro* y su locura por inventar periplos. Se trata de la crónica “A propósito de mis despropósitos”, aparecida en el n.º 34, del 2 de enero de 1916. Leámosla fragmentariamente:

Espíritus impresionables a fuer de selectos, han tildado de desfachatez las sinceridades que me permití con un redactor de *El Universal* el día que aquel fue a interrogarme con respecto a mi

vida y milagros, antes de andar el enmarañado camino de la literatura patria (...). Otros, acaso menos selectos, pero más piadosos, califican mis declaraciones de locura o mera insensatez.

A unos y otros las gracias más expresivas, puesto que en ello admiro con respetuoso reconocimiento, un celo asaz por mi buen nombre.

¡Qué mucho que lo amparen a uno contra las dolencias incurables de la posteridad, en tierra donde hasta las piedras lloran sangre, como que es moda perenne arrancarnos el pellejo cordial y serenamente!

No es la primera vez que se critica con rudeza urbana la sinceridad. En la misma historia patria —perdóneseme la presunción en gracia del motivo— hay no pocos puntos vagos, hasta totalmente oscuros, debido a ese prurito constante de andar ocultándolo todo.

No se le perdona a un hombre que se ha estado treinta años en lucha contra las pesadumbres más negras, que en un momento de pascua florida para el espíritu, vale decir, en un instante dorado de sana confianza con un camarada, haga evocación ingenua y sencilla del pasado. ¿Por qué? Porque en esa añoranza hay reflejos que otros no tendrían ni el valor, ni la seguridad de sí mismo, para revelarlos al ambiente público... antes bien procurarían apagarlos, apagarlos con la más espesa sombra, como cosas de crimen o de pecado muy cruento.

Y es porque hemos hecho del trampantojo y de los puntos suspensivos una ley moral; un expediente de perfección; una credencial de belleza psíquica... ilusamente, porque en la mayoría de los casos la fuerza misma de los hechos da la pauta al determinismo, y en este caso no hay fealdad, no hay deformidad, por muy oculta que esté, que escape al ojo zahorí de la crítica.

¡La fantasía! ¡Oh, la fantasía! ¡Cuántas bellezas ha desentrañado la fantasía de las penumbras de la realidad!

¡De ahí que muchas cosas que tratamos de ocultar en vida, surgen después de la muerte para ser el orgullo de las generaciones sucesivas!

Pero antes de ir a las páginas de *El Universal* hemos dejado aparte una frase del anterior artículo que explica por sí sola al escritor: “¡La fantasía! ¡Cuántas bellezas ha desentrañado la fantasía de las penumbras de la realidad!”.

Y penetremos ahora en el meollo del tema. El sábado 25 de diciembre de 1915, el citado diario publica la parte tercera de una serie denominada “Vida y milagros de venezolanos en el extranjero”, dedicada a Rafael Bolívar Coronado.

En la entrevista hay conceptos que no aparecerán en las *Memorias de un semibárbaro* y acaso prescindió de ellos por olvido o por rectificación, pero de cualquier manera es interesante leer este texto en donde abundan nombres y lugares que en el libro citaría en otra forma. Vamos al tema cuyo título es: “Bolívar Coronado. Testimonio de Landaeta Rosales. Campaña de Venezuela. Bolívar en la Nueva Granada. Invade el Táchira. Repaso de la frontera. Bolívar en Bucaramanga. Lectura favorita. Campañas de Sogamoso y del Magdalena. Bolívar en el Panóptico de Bogotá. Peón de albañil y criado de clérigo. Bolívar en Boyacá. Estudio del ‘Telémaco’. Bolívar en la América”.

Ironía y sorna en los titulares, sin duda alguna. El autor de la interviú firmó con las iniciales T. R. N. S. y debe haberse curado en salud sobre lo que Bolívar Coronado ha de manifestarle.

El Universal, dijimos al autor del *Alma llanera*, desea dar a conocer del público los interesantes trabajos, éxitos y penalidades que han padecido en el extranjero los venezolanos que han ido fuera del país, en busca de buena suerte; y como ha sido usted hombre de tales percances (...).

Y las primeras palabras de Bolívar Coronado tienen sabor a amargura, a decepción, aunque en esos momentos lo aplaudían en muchas partes por el triunfo logrado con la zarzuela y con el joropo inmortal *Alma llanera*.

“Para mí es un honor complacer al popular diario y una alegría recordar pasados ‘duelos y quebrantos’, pero como mis *milagros* en el extranjero son una continuación inmediata de los que me *hicieron* en mi tierra, tendría que referirle a usted algunos de estos”.

El periodista apuraba expresándole que “siempre que no comience usted muy lejos...”, y en la respuesta brota ya una mentirilla voluntaria o involuntaria. Se quita un año de edad, y coloca el humorismo de su padre en la palestra.

No señor, desde mi nacimiento... Asunto muy cercano: en Villa de Cura y en 1885... Por cierto que a mi bautizo asistió Landaeta Rosales y él me dio el dato de que mi mamá era “muy buenamoza” y que en la fiesta “quebraba botellas de champaña contra los horcones de los corredores de Guayabal, hacienda aragüeña que perteneció a mi madre”. Era mi papá secretario general, diputado al Congreso, General...”.

Hay en esta información mucha falsedad, deseos de enredar los contornos de su vida o simplemente imbuido en una mentalidad distraída, alelada por pensamientos extravagantes o cautiva en la tristeza y los rencores.

Le cuenta al periodista su permanencia en el colegio San Agustín, de Caracas, y el regreso a Villa de Cura, pero “mi padre se fue con el doctor Núñez a Maracay; se alzó el Mocho Hernández y yo me hui de casa con las tropas de Natividad Mendoza, con quien hice la campaña... Junto conmigo era ayudante Juan de Solá”.

En las *Memorias* dirá que pasó por Guanare, “y en un pueblo de Los Andes merced a mis aptitudes formidables para las faenas de la agricultura, conquisté un puesto de mayoral en una granja”. En la entrevista había dicho que “En el llano de Mérida, en la hacienda Las Tapias, de doña Ana Paredes de

Dávila, estuve jalando escardilla y luego de caporal de doscientas mujeres, por espacio de once meses”.

Le hace notar al periodista que

Una noche la muchacha y yo resolvimos irnos. Y nos fuimos... El río Táchira estaba crecido y tuve que pasarlo a nado, con la muchacha a cuestas, el máuser, la cartuchera, la cobija... ¿A mí riños después del Arauca y el Apure?... La muchacha se me murió de fiebre amarilla en Cúcuta veinte días después y yo... seguí a Bucaramanga. Allí me coloqué de sirviente en la casa de los Pineda López, gente rica, floja; yo pasaba los mediodías leyendo a *Atala y René, María, Carmen* de Mérimée y un grueso tomo de la *Ilustración ibérica*, libros que andaban rodando por allá en los ceibos, en los pasamanos, etcétera.

Es largo el recuento del recorrido por otros lugares colombianos y la salida al océano, pero da nombres de pueblos conocidos que eliminaría en las *Memorias*. Mas concluye con las siguientes novedades: “Volví a mi país, en donde he sido comandante de Resguardo, fiscal de Vapores, comandante de Guardacostas, jefe civil”, cargos de los cuales no hace relación en las *Memorias*. “Estuve en el Castillo de San Carlos (...), pero en todo puesto y hora de sosiego, leyendo, instruyéndome. Y aquí, en esta Santiago de León, sí he pasado horas de miseria y espanto, mas las debo a mi vida inmetódica: los Gobiernos me han protegido, los periódicos me han llevado a sus páginas de honor y me han pagado... Y no tiene usted idea de lo que se respeta mi opinión... y de las legiones de admiradores que tengo... y de lo invitado, presentado y apreciado. No le obsequio a usted con *champagne* porque ya sabe usted que según Landaeta Rosales, todas las botellas se quebraron en mi bautizo”.

Este es un juguete de humor, de exageración, de desordenada cronología, pues si sumamos los meses que pasó en cada lugar, todavía no estaría de regreso a Caracas para la fecha de

la entrevistó, pero lo que sí no hay que poner en evidencia es que todo le dio la pauta para escribir, acaso en uno o dos meses en Madrid, sus *Memorias de un semibárbaro*, de las que todavía no vamos a hablar, aunque nunca se iban a publicar con su propio nombre, pues él le vendió los derechos de autor a Rufino Blanco Fombona para que apareciesen con el seudónimo Oliverio Castro Gómez, mas el fogoso director de la editorial América, ya enfadado con él, se dejó de compromisos y lo expuso a la ira de muchos de sus viejos amigos, así como quiso demostrar que se trataba de un hombre informal, infiel y mentiroso.

En sus *Memorias de un semibárbaro* habrá también Bolívar Coronado de contribuir a abultar su seudonimia, pues frases suyas se las atribuye a Blanco Fombona, Rubén Darío, Rafael Bolívar (su padre), Lino Sutył (seudónimo de Rafael María Silva), Vargas Vila, Pío Gil (cognomento de Pedro María Morantes), Paz García, Lafuente, Alfaro (¿Eloy?), Gómez (Juan Vicente) y se hace llamar Oliverio de Cruces y Oliverio de Ferno.

VII

La era de las Antologías.

El Parnaso boliviano

Luis Felipe Blanco Meaño, natural de Cumaná, hijo del también médico Dr. Luis Felipe Blanco Fariñas y de Dolores Meaño Escalante, y hermano del gran poeta Andrés Eloy Blanco, regresaba a Venezuela a comienzos de 1918 después de haber obtenido su título en la Universidad de Pisa. Era entonces un hombre de 23 años. Había vivido en España pocos meses por 1914. En compañía de otros coterráneos que también se habían doctorado, demora unos días en Barcelona. Allí se presentan a Bolívar Coronado, quien trabaja desesperadamente en dos antologías de poesía suramericana, pero estaba lejos el galeno de saber que el compatriota exiliado lo involucraría en asuntos de líricas e intelectuales.

Una de las selecciones de poesía es el *Parnaso boliviano*, que le adjudica inconsultamente, con la osadía de prologarlo y mentir dos veces en el primer párrafo, así:

La exigencia del doctor Luis Felipe Blanco me halaga doblemente; una por tratarse del hermoso asunto de que se trata; y otra porque en el curso de este pórtico tendré ocasión de despejar una incógnita... Despejémosla ahora mismo... Es este el primer libro con letras mías donde va mi nombre.

Una falsedad doble. Blanco Meaño vino a saber mucho tiempo después de esta impostura y escribió una protesta en los periódicos de Caracas, de la cual se hace eco el diario *El Impulso* de Barquisimeto, en su edición del 4 de diciembre de 1919, con el título “Abuso literario”, así:

En reciente carta dirigida a la prensa caraqueña, protesta el doctor L. F. Blanco Meaño contra el abuso y fraude literario que el señor Rafael Bolívar Coronado le ha cometido, patrocinando con su nombre, sin su autorización, una antología publicada en España.

Sube de punto para el doctor Blanco Meaño el delito, por la razón de contener la citada obra un aventurado prólogo de Bolívar Coronado, en el cual, sin autoridad y sin criterio, se atacan conspicuas personalidades de las letras patrias, entre ellas la de Díaz Rodríguez; y en consecuencia demanda la protesta de los escritores nacionales contra el frívolo cuentista e improvisado crítico.

El otro mentís está en decir que es el primer libro donde aparece su nombre. Se había olvidado de la zarzuela *Alma llanera* y del cuento *La tristeza de Blancapobre*, editados en Caracas. Y no podemos decir que también dejaba de recordar sus *Memorias de un semibárbaro* porque él no sabía a estas alturas que Rufino Blanco Fombona las había publicado.

Pero veamos cómo continúa el tal Prólogo: “He publicado en España unos seis volúmenes y todos heme visto forzado a suscribirlos con nombres supuestos o con seudónimos... ¿Por renunciación? No”. Y enfila su prosa, sin mencionarlo, contra Blanco Fombona: “Por necesidad. La necesidad, según Alemania, carece de ley: invocando ese principio arrasó a Bélgica, y manteniéndolo hasta lo último, se ha visto en la necesidad también de aceptar las condiciones más duras y humillantes que se hayan impuesto a pueblo alguno en plena llanura de pelea”.

Luego relata lo que ya conocemos con respecto a los textos que integran la Biblioteca Americana de Historia Colonial, y agrega que “el caso es sencillamente pintoresco y singular: los editores de Madrid, y acaso los del mundo entero, no publican originales sino de autores ‘conocidos’ y ‘afamados’ y mi nombre afortunadamente continúa inédito”.

Ellos necesitaban nombres famosos: yo necesitaba trabajar para salir de apuros que comenzaban a hacerse también famosos. Eché mano, pues, a una estratagema: manifesté a los editores que yo poseía los derechos de autor de una obra maravillosa de sociología (*El llanero*); les mostré en un diccionario biográfico el nombre y bibliografía del autor y puestas las cosas en ese terreno pude vender mi obra aunque a vil precio: dije yo a los editores que el volumen lo había copiado de una edición rara existente en la Biblioteca Nacional.

Siguiendo la misma táctica de *copias* en la biblioteca coloqué las obras restantes cuya lista he insertado. ¿Que cómo pude engañar a los editores? Muy sencillo. La explicación la ha dado el altísimo Emilio Carrera en una frase: *en España viven del libro los que no saben leer*.

Y no es para menos: excluyendo la casa Prometeo de Valencia, que la supongo dirigida por Blasco Ibáñez; la de Rafael Caro en Madrid, que la hace Baroja; y la que edita este volumen donde lleva la batuta un técnico, las casas editoriales españolas han contribuido por encima de la competencia de París y Leipzig al profundo descrédito en que se hallan ciertos editores españoles en América.

Y es porque en España existe la creencia de que la fabricación de libros es una industria como cualquiera otra... como la fabricación de chorizos al humo, por ejemplo. Cualquier azacán con unos miles de pesetas se hace librero como pudiera hacerse panadero o ultramarino. De ahí la multitud de fraudes, de *refritos*, de chinchurrias que como una lluvia ha caído sobre América en estos últimos veinticinco años.

Expuesto lo que antecede se comprenderá el regocijo que me sacudió los nervios cuando el doctor Blanco Meaño me invitó a escribir las palabras preliminares para este álbum.

En efecto, el doctor Blanco es un espíritu exquisito. Estando en Pisa estudiando medicina junto con otros jóvenes sudamericanos, entre los que había cuatro o cinco de Bolivia, concibió la idea de este *Parnaso*.

En su trabajo no priva el concepto de los antologistas de aporri- llo, esto es, los nombres conocidos y afamados superpuestos: su criterio es la selección. Sabe sagazmente que entre los simples afi- cionados o los inéditos se encuentran también producciones de altísimo valor artístico; y a la inversa descomunales estupideces en los nombres aureolados por la popularidad. De ese modo ha sa- cado varios elementos nuevos.

Su concepto del arte y de la belleza es amplio y noble; pero den- tro del alma americana. Diverge Blanco de muchos llamados re- presentativos en nuestra Venezuela: como por ejemplo, el isleño Manuel Díaz Rodríguez; autor de novelas exóticas y ramplonas, impregnadas de un rastacuerismo que aturde.

Blanco ama su América como un solo e inmenso hogar ameri- cano y americanista, como Gonzalo Zaldumbide, el Emerson del Ecuador, que sí sabe comentar a D'Annunzio, ha escrito una no- vela criolla que alza sobre el *Facundo* y va paralela con *Canaán*.

Su credo artístico no preconiza el cobre impuro que brilla en la mentalidad vacua y mendaz de ciertos venezolanos, como el nau- seabundo Emiliano Hernández, o el erudito a la violeta de Ga- briel Espinosa.

Y no puede esquivar su pequeñez y su saña cuando tam- bién aquí vuelve a la carga contra el periodista Luis Alejandro Aguilar, a quien le ha modificado el patronímico y, de paso, se ensaña en un racismo bajo, inmisericorde y vulgar:

El doctor Blanco desprecia esa horda de negrillos caraquenses que llevan como inspirador al sollastre Luis Gedeón Aguilar,

especie de Juanita Lugo con pantalones a quien la industria bastonera produjo el nombramiento de cónsul en Nueva Orleans.

En efecto, Gedeón Aguilar es el espécimen del microbio que ha determinado en muchos países hispanoamericanos la enfermedad del desarraigamiento. Ese negraje hediondo que metieron los españoles so pretexto de labrar las tierras vírgenes de América comienza a destacarse en el mulato venido a más o por la abyección pública o por la falsa apreciación de la democracia: el rastacuerismo en arte y el bizantinismo en política son dos productos de esa conspiración del hibridismo de la raza.

Saludo entusiastamente en el autor de este libro al vibrante elemento de Patria Grande, de arte selecto y elevado decoro.

¡Bolivia! Sí. Tuvo también como el Ecuador, como la Argentina, su tiranuelo: esto es, Melgarejo. Pero una vez orientada hacia las conquistas del futuro mereció ser cantada por Andrade en los resonantes versos que van como epígrafe de este pórtico.

Tiene Bolivia una breve pero bella tradición poética. En una de mis recientes lecturas he encontrado lo siguiente:

“Cervantes en un Memorial dirigido a Felipe II en mayo de 1590, pedía a aquel monarca lo enviase ‘de corregidor de la ciudad de La Paz’”.

“Si Cervantes hubiese conseguido esta vara —dice Menéndez Pelayo en la *Antología de poetas hispanoamericanos* publicada por la Academia Española en 1894— ¿quién sabe si hoy Bolivia podría ufanarse de ser la cuna del Ingenioso Hidalgo?”.

Luego hace una serie de disquisiciones de todos los órdenes para concluir con la siguiente estimación:

Réstanos el debido encomio de los elementos cívicos del país que tan gallardamente hace la jornada moderna. Y no podía ser de otro modo: elevado decoro de concriptos tuvieron sus representantes; ahora lleva en su dirección la personalidad grave y persistente del excelentísimo señor don José N. Gutiérrez, presidente constitucional que en el año que lleva de administración ha hecho

sentir su influencia de “hombre probo, de magistrado integérrimo y de patriota eminente”.

Pero Bolívar Coronado ha de expresar otra mentira antes de finalizar el dicho prólogo. No ha de ser este el último de los *Parnasos* de la casa editorial barcelonesa. Al contrario, él mismo elaboraría el *costarricense* en 1921, del cual haremos el respectivo estudio. Apunta entonces lo siguiente:

Con el *Parnaso Boliviano* termina la casa Maucci la serie de volúmenes en que se ha propuesto a recoger cuanto de noble y de precioso ha producido la musa americana. Ardua ha resultado la empresa, pues no siempre concurren en esta índole de trabajo los elementos y las circunstancias absolutamente indispensables; pero ella ha sido pródiga en resultados prácticos: en esa serie de volúmenes encontrarán los investigadores, analistas y deterministas un acervo documental copiosísimo para facilitar la labor histórica, puesto que la poesía es como ningún otro aspecto de las actividades espirituales de la humanidad un factor de divulgación fiel y expresivo: los grandes inventos, las batallas, las transformaciones sociales, las catástrofes, la índole y costumbres de cada pueblo pasan ruidosamente por las cuerdas de la lira envueltos por un luminoso ropaje de armonía.

Andrés Bello, Olegario V. Andrade, Olmedo, Zorrilla de San Martín, Pérez Bonalde, Andrés Mata, Díaz Mirón, Martí, Urbina, Heredia, Baralt, constituyen una constelación en el cielo americano, que será siempre un motivo de inefable encanto para las pupilas curiosas, los cerebros reflexivos y los espíritus inspirados de las generaciones venideras.

José Asunción Silva será una luz misteriosamente bella, para las primeras; Baralt, un índice de sabiduría para los segundos; y ¡qué inspiración cálida y viva no levantarán las estrofas encabritadas de Olmedo y los majestuosos apostrofes de Andrade!

Por otro aspecto encontramos mucha hermosa canción salvada del olvido. Canciones fugaces, rimas cándidas, exaltaciones del

amor y de la desventura, casos y estados del alma vertidos en la estrecha cárcel del soneto a la manera de la gota de nieve encerrada en el joyel de la espiga... Muchas, acaso centenares, que volvieron un momento en el ala errátil del periódico o la revista o en la publicación eventual; que se hubieran perdido a la larga en la memoria junto con el nombre de sus autores...

Todo eso se ha recogido con fervorosa complacencia. Ya esas estrofas no quedarán en los empolvados anaqueles de archivos periodísticos esperando que el soplo reverente de la Historia disipase la nube de olvido que se les había tendido inexorablemente.

(...)

El *Parnaso boliviano* no ofrece menos belleza, emoción y encanto que los otros. Está todo él saturado de perfume fino y penetrante de cosa amplia y florida como las rosaledas que ofrecen al aire y a las lluvias del trópico la seda noble y buena de sus risueñas blancuras.

Con una característica esencial a los ojos del observador: en efecto, la poesía boliviana presenta dos aspectos: el uno refleja la honda melancolía del paisaje escueto, desolado y gris de la región del Potosí: es una poesía que trata de encarnar el alma semiapesadumbrada de la estepa inmensa, donde la llama escarba con la sutil pezuña una hierbezuela que parece que nace y no nace en la tierra; y otra toda adornada de espumas y resplandores que refleja bulliciosamente la opulenta zona del Perú boliviano donde una vegetación ubérrima espejea de fuerza con los trinos de todos los pájaros, con la radiosa claridad de todos los torrentes, bajo el encanto de un cielo que está siempre sereno y tan hermoso como el alma de una santa...

Esta serie de circunstancias hace que la poesía boliviana lleve tanta potencia y tanta bizarría.

En efecto, el esplendor de la naturaleza, la lucha inexorable y cristiana por el bien, el recuerdo glorioso... He aquí las tres fuentes más puras de la poesía.

Sobre ese trípode reposa la lámpara maravillosa del verso.

VIII

Los seudónimos en el *Parnaso boliviano*. Conceptos sobre su persona

Este *Parnaso boliviano* le ha de servir a Rafael Bolívar Coronado para hacer y deshacer a su antojo, pues en la mayoría de los casos incluye poemas suyos a la sombra de autores reales de la lírica boliviana o crea personajes. Con respecto a su abundosa vena poética es bueno reproducir un modesto juicio de María Noguera, su compañera de vida, quien me lo comunicó en carta de 6 de octubre de 1982:

En la empresa para la que hacía los libros le pagaban algún dinerillo por su trabajo y le entregaban una determinada cantidad de ejemplares del volumen que él había hecho, en pequeños paquetes de cinco ejemplares cada uno, pero él no tomaba en cuenta este asunto, se limitaba a aceptar la dádiva.

Arrumaba los paquetes en los rincones del pequeño cuartucho que ocupábamos y una vez, sin que mediara razón alguna, tomó varios de esos paquetes, los deshizo y dejó los libros en la calzada... Me indigné porque yo sabía que tenían algún valor y él, sin alterarse, con una dolorosa sonrisa solo se limitó a decir: *no están bien... no sirven*.

En otra oportunidad fueron a visitarnos unos amigos y yo, inocentemente, hablé mucho y les dije que Rafael escribía poemas muy bonitos y que ya le habían publicado un libro con muchas de sus poesías. Uno de ellos le solicitó la bondad de obsequiarle un

ejemplar de ese su libro de versos y él, casi fríamente, le dijo: yo no soy poeta... yo soy Don Nada... Cuando regresó casi al amanecer, ebrio, retiró los paquetes que aún conservábamos, los sacó hasta la calzada, destruyó los envoltorios y los dejó allí, no sin reprocharme por haber entablado conversación con sus amigos y haberles dicho que él escribía poemas.

Pero volvamos a esta antología de poetas del altiplano. De los cuarenta y seis personajes seleccionados para la obra, el más alto porcentaje pertenece a nombres que él inventó o que siendo de otros países, y no justamente poetas, los incorporó aquí. Pero además, a los que sí son de la familia intelectual boliviana les reprodujo alguna que otra muestra poética, mas les agregó poemas de su propio estro.

Tomemos en orden alfabético la nómina y desglosemos las circunstancias. Fernando Achá y Aguirre con “A una llama”, “Retrato y rosa” es un seudónimo suyo; H. Aconrado con un extraordinario poema, “El voto (fragmento)”, también le pertenece y se trata de un anagrama con su segundo apellido, Coronado, pero en femenino, aunque no sabemos por qué incorporó una H. Dudamos que la producción sea de su cosecha.

Dos nombres falsos han de seguir el listado: Felisa Egüez con “No llores madre mía”, de regular confección, y José Aguirre Achá con un magistral “Himno a Bolivia”, “Ya soy feliz” y “Cochabamba”, de meritorio valor, que no nos atrevemos a creer que sean suyos. A un personaje que no escribió versos, pero que existió en la vida real, Abel Alarcón, lo ubica con “Flores de tristeza”, bueno, y “Arte” y “En vano”, mediocres. Para Enrique Arce Velarde que, como los dos anteriores, debe ser seudónimo, acuerda “A la novia lejana”, un poema bastante bueno.

Al Álvaro Arnáiz lo dota de un regular poema sin título y unos versos “En un ejemplar de la *Divina Comedia*”, así como otro denominado “Frío (Canto bohemio)”, los cuales no cabe

duda que son suyos, especialmente porque se nota en cada verso, en cada estrofa, una como denuncia de su frustración. Asoma el pesimista, el hombre abatido, triste, derrotado, desesperanzado, lejos de familia alguna, enamorado de la muerte, de la conmiseración, pletórico de desesperanza. Y así lo encontraremos en los demás poemas suyos en dicha antología.

De esta manía de ocultarse, de sentirse en desbandada, acorralado y mustio, no tenemos este solo ejemplo. Hay muchos de aquí en adelante, como los ha habido en los libros que ya comentamos. Pablo Vila habría de escribir una nota curiosa cuando se refiere a las *Obras científicas* que Bolívar Coronado le atribuyó a Agustín Codazzi: “Hay que convenir en que el ingenio de este mistificador acaba por atraer y aun conduce a congraciarse con el hombre y a dolerse de sus penurias y de sus desvaríos que acabaron con su vida en plena madurez”¹.

Pero Vila va más allá. Cuando quiere presentar a Bolívar Coronado como un ser atormentado y enfermo del alma, dice que:

donde se puede ver también al hombre pintado por sí mismo, es en unos conceptos descriptivos de un personaje que hace figurar en las páginas de su seudocrónica de Juan de Ocampo, atribuidos a cierto fray Agustín de Montemayor, refiriéndose a un bachiller Freytes, mozo valiente y vicioso, inteligente y desordenado, aturdido y caballeroso, que murió de una erupción terrible de pies a cabeza. Dice el falso cronista:

“Condenaba su conducta indiscreta, imprudente y desacertada; mas en el fondo sentía una gran devoción por aquel bienquisto y denodado mozo, el cual, descartando aquellas cosas angustiosas, era gentil y caballero y, sobre todo, muy entendido en el *gay* saber. Poco estudioso, por andar siempre de amores y riñas y andanzas guerreras, era sorprendente los muchos conocimientos que ateso-

1 P. Vila, *op. cit.*, p. 85.

raba en el entendimiento. A haber llevado su osamenta por buenas derrotas seguro hubiera sido brillante su disposición a alcanzar el lauro y la toga del sabio”².

Y así lo encontramos en sus poemas —que abundan— en este *Parnaso boliviano*, aunque algunas inspiraciones que corresponden verdaderamente a quienes se las asigna, pareciera que las ensambló para retratarse como el personaje que acabamos de describir en las palabras del maestro Vila.

José Arocha con “Invernal (Pisa, 1918)” es él. Fernando Ballesteros puede que haya existido y le reproduce “Mi Patria”, supuestamente del libro *Canciones de ausencia*, seguidamente “Poesía humorística (Romancero)” y “Cuento de mujer y perro” que glosa una supuesta copla popular boliviana:

La mujer que quiere a cuatro
y con su marido, cinco
no tiene perdón de Dios
ni compasión de sí misma.

Siempre con algunas variantes, esta copla es del folclore venezolano. Ya para 1916, José E. Machado había reseñado dos expresiones del mismo tenor:

La mujer que quiere a dos
los quiere como hermanitos:
el uno le trae la jaula,
el otro los pajaritos.

La mujer que quiere a dos
es discreta y entendida;
si una vela se le apaga
la otra le queda encendida³.

2 *Idem.*

3 José E. Machado, *Cancionero popular venezolano*, MEN-Biblioteca Popular Venezolana, Caracas, 1946, p. 81.

Pero aún más grave es la oportunidad en que al mismo supuesto Fernando Ballesteros le atribuye un poema con el título de “La comía”, que apenas tiene cuatro versos:

Si vieres comiendo a un blanco
con un indio en compañía,
o el blanco le debe al indio,
o es del indio la comía.

Todo lo cual no es más que una bastarda tergiversación de una copla del folclore venezolano también recopilada por Machado:

Cuando un blanco está comiendo
de un negro en la compañía,
o el blanco le debe al negro,
o es del negro la *comía*⁴.

Continúa el *Parnaso* con dos poemas de Mercedes Belzú de Dorado, “El Ángel de la Guarda” y “Dos auroras”; de Benjamín Blanco, hijo, “A Zulima”, “Óleo con óleo”, “La Julia” y “Cuentos de mi abuela”; de Luis Bustamante, “Báquica y fatalidad”; de Ricardo José Bustamante, “Despedida del árabe a la judía después de la conquista de Granada (Canción)”, “El judío errante y su caballo”, “Grito de desesperación”, “Angélica”, “Ex-Lux” y “Amigo”, este último, sin duda, de Bolívar Coronado.

Creemos que el poema “La amistad”, imputado a Daniel Calvo, es de nuestro biografiado, así como “Al trabajo”, de un tal Clodomiro Castilla. Al historiador Manuel José Cortés le consagra un tema sin título, otro “Viernes Santo”, que es de su creación y “Preludio al Mamoré”, producción perteneciente al aeda Ricardo José Bustamante.

4 *Ibid.*, p. 102.

A Claudio Mamerto Cuenca, poeta ecuatoriano reconocido, lo incluye con los versos “El corazón”, que son de su eclosión poética —al menos que nos equivoquemos—, y que entre otras estrofas tiene las siguientes:

Tú que pudiste demonio,
ángel, espíritu hacerme
y me has hecho un ser inerme
que no alcanzo a conocerme
ni comprendo lo que soy:
polvo, lodo, insecto inmundo
que arrojaste sobre el mundo,
donde me arrastro y confundo
sin saber a dónde voy.

Adhemar D’Arlach aparece con “El Mendigo” y “La muerte del poeta”, pero no creemos en la existencia de este personaje. Jorge Delgadillo figura con “Notas”, que suponemos de Bolívar Coronado, aunque el poeta existió. Mas lo de Aurelio Delgado todo es de Bolívar Coronado: “Del francés”, “Oro”, “De negro vestida”, “A mi esposa”, “Lejos”, “Madrigal”, “Respuesta” y “El viejo romancero”. Pero los poemas de Eduardo Díez de Medina sí están en la verdad: “Epitalamio Real”, “Acuarela”, y “Chez Maximis”; mas Manuel Duque no existió y sus versos son del recopilador: “A Ángela”; “Rocío (A Paz)”; “La voz del arpa (A Rosalinda)”; “Las diosas”, poema a Cuba “para las señoritas Agramonte”; y “Manuel Ocaranza”.

De Arsenio Esguerra —él mismo—, “Adiós”; Emilio Finot, “En la playa”, y de la cosecha del antologista, “La verdad”, atribuyéndole también lo suyo a Néstor Galindo, R. J. Galvarro, José María Garavito, respectivamente, con “Soneto”, “A Lai” y “Yo volveré mañana”. También son suyos los cinco poemas atribuidos a Julio L. James, Brocha Gorda, que no existió, pues el poeta de carne y hueso fue Julio Lucas Jaimes. Pero

no para aquí Bolívar Coronado; tres poemas suyos son para Sixto López Ballesteros, M. Lozano Casado y Anco Marcio, así: “Andina”, muy bueno; “Canción de gesta”, maravilloso, que no sabemos si entrambos son de su prodigalidad o de propiedad no descubierta por nosotros, y “Primaveras”, “Canción del desesperado” y “Sonatina”.

Con su inspiración “A Bolívar” está presente María Josefa Mujía, así como Ricardo Mujía con “En la muerte del poeta Ochoa”, “El árbol de la esperanza”, “Manuel José Tovar”, “Crepúsculos”, “En Ultratumba”, “Pedestal y poder”, todos de infinita buena calidad. José Vicente Ochoa está representado por fragmentos de “Los desesperados”; Manuel María Pinto con “La Pluma” y “B. T. M.”, y vuelve el antologista con Cecilia Satrustegui.

De Franz Tamayo incluye “*Scherzo* del bosque” y “Habla, Werther”, pero Bolívar Coronado invoca dos nuevos cognomentos. El primero es de existencia real: Ignacio Vetancourt Aristeguieta, un escritor y diplomático venezolano residiendo entonces en Lima, al cual le impone cuatro poemas que pueden ser de aquel o de otros autores aplicados a este: “Hoy como de costumbre”, “Soneto”, “A un suicida” y “Ensueño musical”. Crea también a Carlos Villalobos con “Los bohemios”, de regular aceptación, e incluye a Rosendo Villalobos con “Tristezas”.

A Adela Zamudio le da dos páginas que son de su propia inventiva: “Fin de siglo” y “La fría ilusión” (poema basado en un cuento criollo, por L. A.), pero en cambio “A un suicida”, que sí es de ella, ya vimos a quién se lo endosó. Por último, Bolívar Coronado ha de construir a L. Zamudio Ballivián, a quien le coloca doce producciones, todos de su afiebrada mente, aunque al hablar de este autor inexistente refiere que fue “muerto en Turín, el 6 de agosto de 1918 a consecuencia de las heridas que recibiera en la batalla de Gorizia”, y entre lo que le

adjudica está una “Balada”, que es —según la nota que coloca a pie de página— una “canción compuesta también en italiano, con música del maestro Pietro Zosino, publicada por la *Escena Ilustrada*, de Roma, n.º 1302”, pero la cual, en el colmo de los desmanes literarios termina así:

Son para ti si dejas
por mi barquilla
las auras perfumadas
del Tacarigua,

osada cita del lago de Valencia, en nuestro país, cuando en versos anteriores, del mismo canto, escribe:

Allá en el Titicaca
tengo piraguas, tengo piraguas.

A este Zamudio Ballivián le coloca su incongruente “Gedes”, que ya había publicado con otro seudónimo y que es, como él lo interpreta, una venganza contra el periodista, diplomático y escritor Luis Alejandro Aguilar. Lo reproducimos para interpretar al antologista en toda su dimensión:

Luis Gedeón Aguilar...
(es un nombre de invención)
quizás sea como el *Pacheco*
de don Eça de Queiroz...

Mas, os digo que en mi tierra
hay abundancia fatal,
de negritos aguilares
y de peores cosas más...

Arquetipo de maestro
en el arte del bastón,
en especial bastonero
que de eso ha dado en la flor.

Los insidiosos le mientan
huevo cambiado y ladrón
de padre y madre tan blancos
¿a quién tan negro salió?

Tipo criollo pintoresco
en extremo es Aguilar
delgaducho, encanijado,
feo, vil y sandio, asaz.

Deja sucias y pestíferas
a cuantas bailan con él
tiene un sudor el negrito
que al decirlo huele a pez...

In illo tempore, ¡oh, mores!
ningún mulato pisó
los caraqueños salones,
más ogaño... ¡cómo no!

“El Gedeón abisinio”
lo llamaron cierta vez,
tan obscura y sospechosa
que tiene *Gedes* la piel!

Poema este que no deja dudas del desquiciamiento que atormentaba a Bolívar Coronado y de la crasa ignorancia de los lectores de textos originales para su publicación de la editorial Mucci, pero en donde el antologista se desmonta con insolencia para volverse ampuloso y grosero. No volveremos a otra reproducción de un tema que denominó *pampera* por no excedernos en mediocridades y bajezas.

Pero podrá ser el mismo personaje, Rafael Bolívar Coronado, el autor de estos versos y el periodista que con el mismo nombre firmara en *La Revista*, de Caracas, n.º 52, del 5 de

diciembre de 1915, una entrevista con el personaje que ahora ofende, del siguiente tenor:

No supongan los lectores que al asentar este título me propongo imitar al Bachiller Munguía en sus *Memorias de un desmemoriado*, por el solo hecho de andarle buscando greñas y retruécanos a las palabras... Allá el Bachiller con sus kilos, yo con mis contumelias, y el señor don Luis Alejandro Aguilar con su catedralesco apéndice nasal.

Memoria tiene él en tanta prominencia como su propia nariz, es ventajosamente conocido, y si no lo fuera, poca falta le haría, puesto que él conoce a todo el mundo y le sabe el nombre a cada quien, que es lo que a él —como al Casimiro de “Amor que mata”— le interesa.

Muchas personas lo encuentran parecido a Alfonso XIII, en lo cual no hay emergencia, puesto que en eso de parecidos es natural que todos los humanos vayamos a la tumba con el aire de familia que nos legó el mono aludido por Darwin y zarandeado por Razzetti en ocasión memorable...

Hay quien asegura que Valery Rísquez se parece al rey Pedro de Serbia como una gota de agua a otra gota; Andrés Mata se cambia con Abderramán III, en lo cual tampoco hay sorpresa puesto que él mismo dice en soneto parnasiano que “se sintió moro una vez”; y quien haya visto siquiera en postales el goyesco lienzo que representa a Su Alteza el Príncipe de Viana, verá que era tan feo y tan parecido a Leoncio Martínez, como el *Rey del Cacao* a Fierabrás. ¡Sé a qué atenerme con esta gente!

Bien, en esta ocasión, he creído sacar las castañas al fuego entrevistando al flamante entrevistador. La empresa es grata, puesto que se trata de un compañero muy querido.

Nos conocimos, todavía *bebés* en el Guárico, allá cuando la Revolución Libertadora acababa de ser dominada completamente. Para entonces era yo chico de pañuelo de madrás anudado al cogote, de sombrero de cogollo y con el talón armado de enmohecidos

acicates pamperos. Lo demás se me venía por el liquilique, el garrací y el potro castaño cigarrón.

Años después, aquel muchacho pálido, encanijado, bronceado, precedido de su hermosa nariz, se me enfrentaba en *El Tiempo*, donde fuimos de la redacción de dicho periódico por muchos años. De ahí a esta vidita donde a fuerza de tiempo y de constancia, ya que no de dinero, nos hemos hecho un reclamo bárbaro... ¡cada cual hace lo que puede!...

Aguilar, hay que reconocerlo, tiene talento y ha sabido enrumbarse. Y en esta tierra “enrumbarse” significa ponerle el cascabel al gato.

Su proteísmo ha sido de lo más ameno. Secretario, archivero, guapo, revistero teatral, y si en estos momentos no es rico, lo será. Él sabe que anda con una mina en su temperamento audaz, persuasivo y entradorazo.

Me parece oír a don Gregorio Martínez Mendoza, haciéndole la buenaventura:

—Este narizón... este narizón... será en Venezuela ministro. ¡Tiene más hígados que una ballena de Nueva Zelandia!

Y en verdad, uno de sus primeros entrevistados fue el padre Calixto. Después ¡es claro! acudieron una legión ávidos de que el ciranESCO periodista les pasara el cepillo. ¡Lo que bien principia, bien termina!

Ahora solo anda de dimes y diretes por el teléfono con ministros diplomáticos, con muchachas aristocráticas y bonitas, con acaudalados banqueros... vamos, ¡con gente de trapío! Ha llevado a colaborar en su revista a una porción de notabilidades; inaugurará en Venezuela los Juegos Florales... ¡y el día menos pensado encuentra la cuadratura del círculo!

En suma, que toda esta avalancha de recuerdos y de presentes me impulsaron a ir allá a su casa.

El preámbulo de la visita fue una copa de lo añejo.

—Dime, querido Aguilar, ¿cuál fue el primer empresario de teatros que tú conociste?

El director de *La Revista* me mira con aire de tomarme el pelo, y sin chistar, me responde:

—¡Leicibabaza!

—¿Sí?... ¡Qué felicidad!... Ahora respóndeme: ¿cuántos años tienes tú?

—Yo... Sinceramente, chico, no puedo decirte mi edad porque tú lo vas a publicar y creo que cuando se ha pasado de los quince años, nunca debe decirse por escrito los años que lleva uno de vida, por temor de que cuando venga la edad en que tiene uno que quitárselos a la fuerza, salga un Landaeta Rosales y diga mostrando el escrito que uno es un farsante.

—¿Dónde naciste y qué puestos has ocupado?

—Nací en Caracas, en La Viñeta, hoy cuartel del Mamey, casa histórica por haber vivido en ella muchos años el general Páez; he sido edil, secretario de ministro, director en una Secretaría, corresponsal en campaña y suplente a una legislatura, a la que por desgracia no llegué a asistir por no haber muerto mi principal. Ahora soy compilador en el Archivo Nacional, escribo sociales en *El Nuevo Diario* y soy director de *La Revista*.

—¿Y cuál es tu mayor aspiración por el momento?

—Por el momento, mi mayor aspiración es ser cónsul en Europa o diputado al Congreso.

—¿Por qué no te has casado, Aguilar?

—Soy soltero por dos motivos (aquí el hombre se rasca la oreja): uno de ellos por vivir en Caracas donde cada mujer es una diosa y el otro, porque cuando no hay guerra europea, hay guerra en el bolsillo, y como dice un viejo rico residenciado en esta ciudad, ¿por qué va uno a sostener en su casa de un todo a una mujer que no es nada de uno? Sin embargo, estoy enamorado para casarme, pero no tengo amores, ni soy querido, y esto lo digo sin temor a mis compromisos sociales.

—Si Dios te prolonga la vida, ¿qué proyectos tienes?

—Si llego a viejo, a despecho del licenciado Avelado, en cuyo colegio me eduqué hasta obtener el bachillerato y quien siempre que lo molestaba me pronosticaba que no moriría en mi cama, mi

deseo más ardiente es vivir en un lugar donde haya mucha gente, acompañado de mi esposa y sin hijos, porque no hay nada más fastidioso que los chicos, y morirme un día después que mi esposa (aunque fuera en cama ajena para complacer a mi amado maestro), para que no volviera a casarse, porque esto de que sea de otro lo que le pertenece a uno legítimamente, me horroriza.

—¿Cómo escribes tus entrevistas, que gustan tanto?

—De una manera muy sencilla. Jamás le escribo una crónica a nadie que no sobresalga. Por eso no a todo el mundo entrevisto, porque en nuestro país escasean dichos tipos; nunca digo cuando escribo en esa forma lo que ellos me dicen, sino lo que quieren decirme y no lo hacen por escrúpulo. Las únicas notas que tomo yo cuando mantengo un *tête a tête* son las fechas y los nombres propios, lo demás lo extracto de lo que me conversan o lo invento, siempre conservando la idea que se propone desarrollar el interlocutor.

—¿Cuál es la pasión que te domina?

—Mi pasión favorita es el teatro. No puedo acostarme sin haber curioseado un rato en alguno de los espectáculos de la capital. No juego, salvo los permitidos en sociedad, ni tampoco fumo, y en materia de licores me gustan todos.

—¿Siempre que te has propuesto algo lo has logrado?

—Siempre, aunque tarde. Tres cosas me propuse una vez y todas tres las logré: sacar un periódico, representar en público y comprometerme.

Me llaman Cyrano y mi seudónimo es L'Aiglón porque mi apéndice nasal tiene más prestigio entre nosotros que el de Cyrano de Bergerac. Eso no me causa pesar. También Alfonso XIII tiene tamañas narices y nadie se ha atrevido a ponerle mote al augusto soberano. Hay personas que por mi parecido físico con el monarca español me llaman también Alfonso XIII. Cyrano o Alfonso todo es igual: es preferible que lo llamen a uno así antes que lo sobrenombren despectivamente.

—¿De dónde te viene a ti el amor al periodismo?

—De mi abuelo don León Lameda, quien fue por muchos años redactor de *El Cojo Ilustrado*.

—¿Qué tipo de mujer te gusta más?

—Verás... A la generalidad le gustan más las rubias por lo raro que es el ejemplar puro y escandinavo en los trópicos, y en verdad que las rubias (cuando no son oxigenadas) suponen más intensidad de fervores; su misma cabellera es como una llamarada y en la boca generalmente llevan todas las violencias del Falerino... pero no faltan algunos que acaso por un chauvinismo exagerado, prefieren la trigueña, color canela, olorosa a flor montañesa, y que es el tipo que predomina en el medio, pero si te he de decir verdad, mis tipos son los dos, pues tan peneque de amor me pone una rubia, como una morena.

Luego hablamos de muchas cosas buenas y malas...

Como eran las once y pico, tomé el sombrero y me alejé pensando en lo grato que es vivir así, como vive Aguilar, despreocupado, libre, audaz...

IX
Intimidades de Bolívar Coronado.
El *Parnaso ecuatoriano*.
Muchos otros seudónimos

Deben haber recibido los directores de la editorial Maucci muchas protestas, además de la del doctor Luis Felipe Blanco Meaño, por la publicación del *Parnaso boliviano*, pues en el *Parnaso costarricense*, del cual nos ocuparemos a su debido tiempo y que tiene la directa paternidad de Rafael Bolívar Coronado, tanto en la portada como en el prólogo, este se refiere al caso en los siguientes términos:

Mi estudio sobre la literatura boliviana fue el blanco escogido por aquel rebaño de cínicos y lacayuelos para lanzar su baba con el propósito de adular a la bestia de los andes colombianos. Pero su baba no llegó hasta mí; el éxito del libro fue ampliamente franco y ello ha dado motivo para que la casa Maucci me haya encargado este trabajo.

Párrafo de trasfondo en donde Bolívar Coronado da fe en cuanto a que el *Parnaso boliviano* es obra suya en descargo del doctor Blanco Meaño, pero además se presenta como víctima de persecución política por parte del general Juan Vicente Gómez, a quien alude indirectamente poniéndole otra nacionalidad.

Mas entremos a analizar el segundo parto antológico para completar lo que, en carta del 23 de septiembre de 1918, le expresa al crítico español Julio Cejador y Frauca:

He ganado aquí unos ciento ochenta duros, haciéndole cuentos para niños a Sopena y dos antologías de poetas ecuatorianos y bolivianos a Maucci. Estas antologías las hice en poco menos de veinte días; ¿considere usted cómo habrán quedado! Mas estos horrendos pecados me los absolverá usted al evocar el principio alemán cuando el brusco levantamiento de Bélgica: *la necesidad carece de ley*. Y más si se entera usted que yo *carecía de todo*.

También recordará usted al gran Lope que *En horas veinticuatro*, hacía comedias malas para el teatro... Que mucho pues, que yo comido de hambre, eche mano a las antologías y le quite las telarañas a las muelas¹.

Y era una verdad palpable el agotador trabajo intelectual, ya que había empleado apenas tres semanas para las dos antologías. Doña María Noguera, en carta del 3 de febrero de 1983, anota:

Llenaba y llenaba cuartillas como tentado por una enfermedad. Cuando estaba en ese trance no era posible importunarlo porque explotaba su humor. Le hablaba y como que no oía. Solamente lo sacaba de sus profundidades golpeándole suavemente sobre los hombros y se enojaba, aunque la molestia significaba recordarle que había pasado ocho o diez horas sin ingerir alimento y sin moverse de la pequeña mesa-escritorio.

Era frecuente que escribiese hasta cinco artículos por día. Los enviaba a los periódicos *La Vanguardia*, *El Día Gráfico*, *Diario de Comercio*, *El Diluvio*, para la edición de *El Sol* de Madrid dedicada a Aragón y Cataluña, *El Comercio Catalán*, *El Tiempo* de Alicante, *El Noticiero Universal* y *La Publicidad*. No se preocupaba por saber si aparecían. De los pocos duros que deparaba este trabajo me ocupaba yo, pues él estaba distanciado del administrador de *El Diluvio* todo el tiempo y en los demás periódicos y revistas yo era su otro yo, aunque un empleado del Consulado de Venezuela me acosaba, me seguía y hasta me llevó ante el comisario de Policía

1 J. Cejador y Frauca, *op. cit.*, p. 295.

acusándome de terrorista, pero no le creyeron, supongo porque al atardecer me dejaron libre. A él sí le habían levantado un expediente por anarquista peligroso.

Una mañana escribió seis artículos sobre el amor y los calzó con nombres diferentes. No había día que no inventase un nuevo nombre. Creo que con un solo nombre de esos que creaba apenas escribía uno, dos o tres artículos. Pues bien, esos seis artículos sobre el amor les puso como autores a personajes que él creó trasponiendo las letras de mi nombre, María Noguera. Yo no los recordaba, pero un hijo de mi hermana Mercedes los conserva anotados en un álbum de fotografías de ella. El artículo se titula *Amor* nada más y en cada caso tiene un autor, así: Mario Guearna, Arión Guemara, A. Guerra Manoi, Ariman Roguea, María Guerano, María Onaguer.

Antes de olvidarme, le digo que otro artículo también con el título *Amor* lo firmó como María Bolívar, otro con mi nombre, María Noguera, y sobre el Gobierno de Venezuela hizo varios como Mariana Corodo, María Coronado, Fabián Vidal y Rafael María Bolívar Noguera. Vea en este último que es el nombre de pila de él y el nombre mío, intercalados².

No está en duda la facilidad que tenía este hombre para la escritura, ya que además dominaba el juego de palabras de su propia cosecha. María Noguera, en otra carta del 26 de agosto del mismo año de 1983, escribe:

A veces pasaba el día solamente con la merienda y al anochecer se marchaba a la calle. Tenía pocos amigos y le fascinaba caminar por el malecón totalmente solo. Un año antes de morir, le dio por embriagarse día y noche y teníamos que buscarlo en los lugares más inverosímiles. Las constantes arremetidas de la Policía contra su persona lo habían hecho más huidizo. Le dio por ingresar a un ejército de mercenarios que se organizaba en Francia para invadir a Venezuela, pero no iría si yo no lo acompañaba. Él sin mí se

2 Carta de doña María Noguera fechada en Barcelona, España, el 3 de agosto de 1983.

sentía disminuido, pero se perdía en los últimos tiempos hasta por un par de semanas y cuando regresaba sufríamos juntos sus desventuras y a pesar de eso traía siempre páginas y páginas que había escrito en los lugares en donde la noche o el sueño lo tomaban.

Rafael jugaba también con las letras de su propio nombre. Mi hermana conserva algunos artículos en que, para descifrar el título, hay que detenerse y observar que título y autor reproducen el nombre y apellidos de él. Dedíquese usted a comprobarlo:

“El faraón”. R. Oliva Brodoca

“La faraona”. Dorile B. Covo O.

“Alborada”. E. V. Loronfarcio

“Alfarero”. Liborano Dovac

“La oliva coronada”. R. Brefo

“Bolívar, el faraón”. R. O. Codano

Pero doña María Noguera no pudo reconstruir muchos pasajes de la vida del villacurano ilustre, a pesar de varios cuestionarios que le envié. Sin embargo, quedaré siempre agradecido de su dedicación para tratar de ver con claridad los años de Bolívar Coronado en Barcelona. Me haría saber, en correspondencia del 29 de agosto del mismo año 1983, que:

Rafael se amistó con un venezolano tan solitario como él que vivía en Palma de Mallorca y que cuando venía a Barcelona había alegría infinita en Rafael y en el amigo. Entrambos, una tarde inolvidable, dedicaron todo el tiempo a pensar cómo escribiría Rafael una biografía de dos personajes de su país de origen... y reían... reían... Jamás Rafael rió tanto como ese día. Hizo anotaciones hasta en un trozo de cartón y reía... reía... con deseos de danzar en la calzada. Los vecinos que no estaban acostumbrados a verlo así se sorprendieron. Al día siguiente supe de qué se trataba. Empezaría en la noche a escribir dos biografías burlescas y mi hermana Mercedes tenía anotados los nombres de los fulanos: doctor y general Juan Vicente Márquez Bustillos y general y bestia Victorino Gómez. Pero no concretó nada Rafael, quien además andaba buscando

información para hacer un drama de un presidente de Centroamérica que sí es verdad que no tengo ya ni idea de quién era; yo me preocupé poco por guardar papeles de él. Los que existen es porque mi hermana menor, Mercedes, no sé por qué se ocupó de ello.

El visitante no es otro que Ramón Vallenilla Lecuna, del cual ya hablamos, y quien una buena mañana, mientras finalizaba la Primera Guerra Mundial, resolvió no vivir más en París y se marchó a Pollensa (islas Baleares).

Y allí se quedaría sembrando cariño entre los pescadores que no lo olvidaron nunca, aunque un día cualquiera partió para Venezuela sin despedirse de nadie. Son conmovedoras muchas de las cartas de estos humildes trabajadores del mar que, cuando lo localizaron en Caracas, le hicieron llegar, así como las cartas de amor de una sencillísima mujer del pueblo que no dejó nunca de amarlo, pero él fue un ser adolorido.

Su carácter era solitario, rudo algunas veces, directo en sus apreciaciones, inteligente y simpático. Su sinceridad para con todos era tan absoluta que dejaba a su paso muchos descontentos; los buenos, los sencillos, los generosos y los niños le seguían espontáneamente.

Se hacía a la mar todos los días, no a pescar; tampoco a pasear voluptuosamente como privilegiado por la riqueza; no lo hacía por deporte, pues era fuerte y sano; (...) se hacía a la mar sin saber por qué; no tenía conciencia demasiado clara de la trascendencia de su eterna huida de lo terreno, de lo material, de lo que tanto atrae, gusta y necesita el hombre corriente; se hacía a la mar sin ninguna especial idea, sin ningún interés... iba lejos a apaciguar también en elementos puros su propio desaliento³.

Allí en Mallorca, junto al puerto deleitoso de Pollensa, fue tan útil a los pescadores que hoy por hoy una calle lleva su nombre, su retrato está colocado en la Alcaldía y las obras

3 Valentina Lecuna, *Ramón Vallenilla Lecuna: historia de un venezolano en Mallorca*, Madrid, [s/d], pp. 12-20.

sociales en que participó son permanente recuerdo de su personalidad, así como las conquistas laborales de todos aquellos curtidos hombres del mar que día a día ganan su sustento con la pesca.

A veces iba a Barcelona y, analogías increíbles en el destino de cada quien, en esta ciudad se encontró siempre con Rafael Bolívar Coronado, a quien invitó a Pollensa alguna vez, según se desprende de la siguiente carta que nos da otro seudónimo de este:

Barcelona, 25 de junio

Amigo Vallenilla:

Le adjunto un recorte de *El Diluvio* de hoy en que hallará algo sobre Venezuela que le interesará y una receta para matar moscas que podrá serle útil en esa playa. ¡Si Gómez fuera mosca! Buenos afectos de su amigo,

FRANCISCO PAPILA

Recuerdos a los amigos y al Sr. Alcalde⁴.

Pero dejemos a doña María Noguera que nos diga que “cuando en el verano de 1920 fue detenido por las autoridades por haber escrito un libro sobre los bolcheviques, *Lénine*, y por haber publicado muchas cosas sobre el presidente de su país, algunos empleados del Consulado de Venezuela o el propio cónsul se apersonaron en el piso que ocupábamos y rompieron cientos de escritos, llevándose todos los ejemplares del libro sobre el bolchevique”.

También María Noguera nos dará otros seudónimos de Bolívar Coronado que, por cierto, nos sorprenden mucho, por cuanto nunca pensamos que él pudiera tomar a Rufino Blanco Fombona como objetivo de sus desafueros intelectuales; pero

4 Archivo personal de doña Valentina García Vallenilla de Herrera, quien gentilmente nos cedió este material.

este no escapó a sus venganzas. Así es como escribió poemas, que no se sabe en qué libro figuran, como Rufino Negro Assesín, Fomborino Blanco Rufián, Rabino Fombo Blancona y Rufino Mata Blanconi.

Pero penetremos aún más en esta pasión de acudir siempre a los cognomentos para testimoniar su producción intelectual. Páginas suyas de rencoroso sentido político —dice María Noguera— aparecieron como de Guillermo Bustamante, Luis Cordero, Víctor Hugo Escala, Wenceslao Pareja, Remigio Romero León, Pablo Hannibal Vela, R. R. C., o sea Rafael Romero Cordero, que en detalle usó también, todos bardos ecuatorianos. Asimismo las que hizo como Cipriano Castro, Juan Vicente Gómez, Rosendo Medina, Felipe R. Vera, Juan José Relosilla, Juan Pérez y Pío J. Viques.

Ahora entremos a los recovecos del *Parnaso ecuatoriano*, no sin antes dejar constancia que Bolívar Coronado puso cierto empeño en esta antología, y si en verdad peca de su manía de adjudicarles producciones a otras personas, o de inventar muchas de estas, ello no es tanto como en el *Parnaso boliviano*.

Así como en la antología boliviana hizo uso del nombre del doctor Luis Felipe Blanco Meaño, en este *Parnaso ecuatoriano* habrá de utilizar el de otro profesional, pero español, José Brissa. Esto no nos lo explicamos, pues el mismo vivía en Barcelona, estaba dedicado a la literatura, escribía con frecuencia en los más prestigiosos diarios de la región y en 1914 le había publicado la misma editorial Maucci un *Parnaso español contemporáneo*.

Pero además, Brissa era el director, desde 1909, del *Almanaque ilustrado hispanoamericano*, donde colaboraría Bolívar Coronado, como lo veremos más adelante, utilizando falsos nombres o patronímicos verdaderos, como el del mismo Brissa, en producciones de su factoría.

Brissa había nacido en Madrid en 1870, donde estudió pero no llegó a ejercer. Lo atrajo la literatura y la historia, habiendo publicado en 1910 su libro *La revolución de julio en Barcelona*, y desde entonces una veintena más, enfocando diferentes temas políticos, económicos, sociales y de crítica y análisis literario. Como detalle curioso, era un aficionado al seudónimo, utilizó el de Marcel Trouville durante largos años y según la *Enciclopedia Espasa-Calpe* usó otros más. Este mismo diccionario, en su biografía, nos desorienta, porque apunta que entre las obras de Brissa figura este *Parnaso ecuatoriano* como publicado en 1913. Viviendo Brissa en Barcelona, y también Bolívar Coronado, quien ya había dicho que este trabajo antológico era de su autoría, ¿cómo se explica esta información?

Veamos los falsos nombres en este *Parnaso ecuatoriano*: al padre Juan Bautista Aguirre —que es “De Aguirre”— le impone su canto “A Guayaquil”; no dudamos que en los poemas de Emilio Alzuro Espinoza hay participación suya intercalada en “Gobelino” y “Tragedia blanca”. Lo mismo hace con Carlos Alberto Arroyo del Río, de apenas veinticinco años, al cual le toma solamente las iniciales de los dos nombres y los apellidos en los versos “Ave sin nido” y “La Libertad”, para continuar con su lirismo aplicado a Nicolás A. Cañizares en “Romance de angustia”. Aparece también Carlos Carbo Viteri, personaje inexistente cuyo nombre está formado como anagrama de “A. Bolívar C. escritor”. El título del poema es “Olas, aves y brisas”, que reproducimos porque está aquí reflejado Bolívar Coronado:

Olas de espuma cubiertas,
que lentas vais y venís,
¿lloráis ilusiones muertas,
que tan lánguidas gemís?

Como vosotras, en mi alma
recuerdos vienen y van;
olas de una mar sin calma
que siempre gimiendo están.

Aves que enviáis triste canto
al vespertino arrebol,
¿queréis al sol tanto, tanto,
que lloráis la ida del sol?

También de un sol de ventura,
como vosotros gocé;
mas vino la noche oscura,
y, cual vosotras, lloré.

Y lloro aún... ¡suerte impía!
Aves, yo padezco más;
que vendrá el astro del día,
mas mi ventura, ¡jamás!

Brisas que en torno a las flores
suspirando revoláis,
¿qué decís en los rumores
con que tristes os quejáis?

¿Gemís de amor? ¡Ay, placeres!
¡Ay, entonces bienestar!
Porque flores y mujeres
no saben fieles amar.

¡Pobres brisas! ¡Pobres brisas!
Cual vosotros también yo
he gemido en mis sonrisas,
pero nadie me escuchó.

Nadie... nadie... ¡Ni aún el cielo!
¡Oh, brisas que suspiráis!
Tended a otra parte el vuelo,
si de amores os quejáis.

Olas tristes, aves mustias,
brisas de blando rumor,
unas son nuestras angustias
y es uno nuestro dolor.

Y una también nuestra suerte:
¡vivimos en hermandad!
Cuando me hiera la muerte,
hermanas mías, llorad.

Pero continuemos: Piedad Castillo de Levi, figura con “Portal”, “A La Gioconda” y “Aspiración”; M. E. Castillo y Castillo, “El octavo día” y “Camino de perfección”; Luis Cordero, “El árbol y sus renuevos”, poema cierto pero que realmente lleva por nombre “Parábola del árbol”. Bolívar Coronado le impone uno de su interminable cosecha: “La República”, entre otros verdaderos de aquel: “Matrimonio en artículo de muerte”, “Aplausos y quejas (Al inspirado cantor de la raza latina don Olegario V. Andrade)”, “Los ríos y la vida”, “Adiós (Elegía a la muerte de mi esposa-fragmentos)” y “Soneto”.

Es de Gonzalo Cordero Dávila “Extraña”, pero en “Bartolo” metió sus metáforas incongruentes, así como en “Heroísmos”, de Francisco Chiriboga B.; “San Francisco”, de César Dávila Cordero; “Una gitana al niño Jesús”, del padre Jacinto de Evia, nacido allá por 1629, y “La fe” y “El poeta”, de fray Agustín de Riobamba.

De Juan Abel Echeverría reproduce “La belleza ideal”, pero le endilga “¿Y después?”. Lo mismo acontece con José María Egas: “Canción gris”, “En tono menor” y “A La Gioconda”, le pertenecen, pero no así, “Almas brujas”. También igual con J. A. Falconi Villagómez. Son del autor “Ruth adora a los cisnes” (Para F. Guarderas), “De las sendas iluminadas”, “En el jardín”, “Acuarela”, “Pletórica”, “Cromo brillante”, “Croquis andino” y

“La lluvia, mi hermana”; pero no podía faltar “El Rondador (motivo indígena)”, sin duda de Bolívar Coronado.

A Francisco J. Fálquez Ampuero le creó “Salambó” (impresión del libro de Flaubert) y “Quand meme”; y a Humberto Fierro, “Quizás una intromisión”, “Pascua de resurrección” y “Aria melancólica”. Mas para Rafael García Goyena elabora “Los perros”, lo cual aseveramos no sin pensar en las reservas del caso, pues en la *Antología de poetas ecuatorianos* publicada en Quito en 1944 por Augusto Arias y Antonio Montalvo, lo reproducen, pero suponemos que los recopiladores fueron sorprendidos en su buena fe por el creador de este *Parnaso ecuatoriano*, el supuesto José Brissa, libro del cual en ningún momento hacen referencia a los citados autores.

Son además de Bolívar Coronado el poema “A la patria”, que le atribuye a Gabriel García Moreno; “Crepuscular”, a Alberto M. Gómez; “A Martín García Merou” y “Mi ilusión”, a Nicolás Augusto González; “El agua”, a Carlos F. González Guarnizo; “Aspiración”, a Francisco Guarderas; “De un sueño”, a Alberto Larrea Ch. Es de destacar que a Numa Pompilio Llona lo incluye con “Odisea del alma”, pero el poema no coincide con el original en ninguna estrofa y, detalle increíble, el fragmento que trae en este *Parnaso* es mucho más extenso que el poema en sí, publicado en la antología de Augusto Arias y Antonio Montalvo, pero sí son del gran aeda ecuatoriano “Soneto”, “A unos cabellos rubios”, “Los caballos del Apocalipsis”, “Las ilusiones perdidas”, “El Quijote”, “A España”, “La bandera del Ecuador”.

Bolívar Coronado le coloca de su cosecha a Miguel Moreno, “Canta”; a Alfonso Moscoso, “A mi negra”, aunque sí son de este autor “Los aserradores”, “El viejo de la esquina” y “Mi canción de año viejo”. No dudamos que el poema “Aria de otoño” bajo el rubro de Ernesto Noboa y Caamaño es del antologista, aunque son del poeta ecuatoriano “Emoción vespéral”, “Trova

de juglar”, “En la tarde de sol”, “Brisa de otoño”, “Bíblica” y “Retrato antiguo”.

Párrafo aparte merece lo referente al gran poeta José Joaquín de Olmedo. Bolívar Coronado incluye “Al vencedor de Miñarica” (fragmentos), “A un niño” (soneto); “La victoria de Junín (Canto a Bolívar)” podado, y un “Epitalamio” totalmente apócrifo, nacido de su mente, con el subtítulo ‘En las bodas del conde de Villar de Fuente con la señorita Pando’ y que para hacerlo aún más cómico le pone una nota así: “Esta hermosa poesía de Olmedo permanecía inédita en Quito hasta ahora (agosto de 1918)”. Mas como apéndice del *Parnaso* le adjudica un “Discurso sobre los epitalamios”, de muy buena factura, con interpelaciones de algún buen pensador español o sudamericano. Son diez páginas que hay que leerlas y releerlas para interpretarlas bien, pero ponen al investigador en la encrucijada de no saber de quién son o a quién el elocuente aventurero se las arrebató, o si le pertenecen.

Creemos que “La columna (A los próceres del 9 de octubre de 1820)” no es de Víctor M. Rendón, como tampoco “La musa de tez pálida” de Aurelio Román, ni los “Versos” de Adolfo Benjamín Serrano. Todo es de Bolívar Coronado, especialmente lo del último, donde hay estas estrofas:

Nos dimos el adiós en tierra ajena,
ausente de ti, encuentro
más tristes y más solas, alma mía
las noches del recuerdo.

Yo sé que sufres al saber, bien mío
que en mi sendero solo abrojos hallo,
que de la duda contra el hosco frío,
en tierra ajena sin cesar batallo.

Como un ciego que lejos del alero,
perdido el derrotero

aquí y allá con el bordón tantea
sin saber dónde ha de posar la planta
y sus ojos sin luz triste levanta
como queriendo divisar su aldea;
ciego del alma, lejos de mi centro,
así, a solas, me encuentro,
desde el instante que el adiós doliente
sin tu presencia me dejó en la senda,
sin saber dónde levantar mi tienda,
sin tener dónde reposar mi frente.

Idéntica situación se plantea con Antonio C. Toledo y su poema “26 años”, que es de Bolívar Coronado. El mismo finaliza así:

Y, a impulsos del afán que me tortura,
porque entre el bien y yo media un abismo,
voy sin saber a dónde, en mi locura,
amedrentado, huyendo de mí mismo.

Honorato Vásquez está allí con dos producciones posiblemente suyas o de otro autor, pero lo cierto es que no coinciden con su estilo, formalidad e inspiración. Son ellas “Heces” y “A orillas peruanas del Macará”; pero no cabe duda que Bolívar Coronado escribió “Horas crueles” para Luis F. Veloz, y es de él también lo correspondiente al padre Ramón Viescas, “Sueños sobre el sepulcro de Dante”.

De los ochenta y cinco autores incluidos en esta selección, aunque poetas unos más y otros menos, solamente a treinta y ocho no les colocó poemas suyos. Se trata de Alejandro Andrade Coello, “Epístola”; Manuel N. Arizaga, “A Guayaquil”; Alfredo Baquerizo Moreno, “El último adiós. Rimas y anhelos y temores (Imitación de Shelley)”; Isaac J. Barrera, “Sobre un tema viejo”; y Arturo Borja, “Visión lejana”, “Mujer de bruma”; “Te haré una rima”, “Rosa lírica”, “Por el

camino de las quimeras”, “Para ella”, “En el blanco cementerio”, “Madre locura”, “Bajo la tarde”, “Voy a entrar al olvido”, “Aria galante” y “Primavera mística y lunar”.

De César Borja, “Paisaje de las cordilleras”, “Dios, patria y libertad”, “Sombras”, “Madre natura”, “Madre tierra” y “El fuego”; de Guillermo Bustamante, “Moderna heroína”; de Ángela Caamaño de Vivero, “Soneto”; de Ángela Caamaño de Maldonado, “El anillo nupcial”; de Jorge Carrera Andrade, “Las barcas”; de N. Clemente Ponce, “Una paradoja”; de Miguel Ángel Corral, “Tú que adorada siempre”; de Remigio Crespo Toral, “Liras nuevas”, “Sucre”, “Acuérdate de mí (A mi madre en el aniversario de su muerte)”, “Corceles y cóndores”, “La despedida de la Diosa (Leyenda de arte)”, “Bodas de plata”, “La muerte del ciervo”, “Plegaria” y “El adiós de la lira”.

De Víctor Hugo Escala incluye un “Tríptico a la Patria”, “A Quito” y “Los reservistas”; de Gonzalo Escudero Moscoso, “Va el bohemio”; de Roberto Espinoza, “Confidencias”. Aurelio Falconi figura con “Sangre latina”, “Los Nevados”, “Nota de color”, “Aire de remembranza”, “Lo triste es así”, “Lago sombrío”, “Fiesta floral”, “Salón antiguo” y “Fuga doliente”; Mercedes González de Moscoso está presente en “A un retrato”, “Adiós a Lima”, “En su álbum” y “Recuerdos”; Emilio Gallegos del Campo, “Los mendigos”, “Los del arte —Los pintores, El lienzo—”, “Los escultores —El mármol—”; Manuel Gallegos Naranjo, “La poesía”; Víctor M. Garcés, “España y América” (A César E. Arroyo y Homero Viteri Lafrente, fervorosos propagandistas de la unión hispanoamericana); Juan León Mera, “A la unión Iberoamericana” y “El Yaraví”; Julio Matovelle, “Una ganancia es morir”; Celiano Monge, “Los titanes”; Julio E. Moreno, “La batalla de Pichincha” y “Presentimiento”; Miguel E. Neira, “Veneciana”; Wenceslao Pareja, “Agua fuerte”, “Las palmas”, “La voz del río” y “Canción del fracasado”; Remigio Romero León, “Reservistas” y “Mis juguetes”; Manuel María

Sánchez, “¿Paz?” y “Alma de artista”; Quintiliano Sánchez, “Árbol cortado”; Medardo Ángel Silva, “Estancias”, “Suspira de profundis”, “Leyenda e inter umbra”; J. Trajano Mera, “El regreso a mis montañas” y “La boyada”; María Natalia Vaca de Flor, “Soñando”; Miguel Valverde, “Oremus” (glosa) y “A mi hija”; Dolores Veintimilla, “Al Pichincha” y “¡Yo sé!”; y Pablo Hannibal Vela, “Mi musa”.

A varios de estos líridas, les utilizó el nombre para enviar crónicas y artículos a muchos periódicos de Barcelona y Madrid. Mas en este *Parnaso ecuatoriano* ha de crear a Miguel Ángel Barona y aplicarle un poema suyo, “Depredación”, habiendo tomado la iniciativa de este seudónimo del nombre del escritor cubano Enrique José Barona, a quien la casa editorial Maucci le había publicado por esos días la edición definitiva de su obra *Desde mi belvedere*, en la Colección de Escritores Americanos dirigida por Ventura García Calderón.

Otros nombres inventados en esta oportunidad son Rafael Carvajal, con “Impresión a la vista del mar”; Isidro del Campo con “De mis lises y de mis rosas”, hurtando para este poema, en posesivo de primera persona, el título del libro de J. M. Vargas Vila, *De sus lises y de sus rosas*; y Luis E. Gómez González con “Remembranzas íntimas”.

Son poemas también con seudónimos y poemas suyos los que atañen a Juan Illingroth, “Safo”; Antonio Merchán, “A la muerte”; Alfonso Pallares, “Huasicana” (pequeño poema indiano) y “Anhelos”; Leónidas Pallares Arteta, “Madrigal”; Ignacio Roca, “Una lágrima” y “A mi madre”; y Felipe L. Vera, “Nashua”, “En el santuario después de la última oración”, “Norka” y “En la nocturna danza”.

X

La Antología de poetas americanos

De no haber sido también por doña María Noguera jamás hubiésemos tenido la oportunidad de llegar hasta otra de las grandes travesuras de Bolívar Coronado, aunque vale la pena una digresión en este momento para asentar un juicio claro y terminante sobre este escritor que trasciende en el tiempo para que algún día se le haga justicia.

Hemos visto cómo ha confesado el pensador ser partícipe en varias creaciones literarias que no llevan su nombre, ya en la editorial América como en la casa editorial Maucci. Esta sinceridad es digna del más claro estudio, pues coloca al hombre en un puesto de dignidad. El que comete un fraude por razón de necesidad económica o por el deseo de timar, de hacer dolo, etcétera, trata en lo posible de no dejar huellas de ninguna especie que pudieran en alguna oportunidad comprometerlo. En tanto Bolívar Coronado se solazaba en dejarlas, deliberadamente, con muchos deseos de darle la mayor publicidad posible a lo que había hecho. Esto atañe a un personaje que hace el tipo de fraude que él hizo sencillamente por burlarse de la sociedad de intelectuales en la que se desenvolvía, sin perseguir fundamentalmente el lucro. Y así hubo de ser siempre.

La señora Noguera nos puso en antecedentes de otro trabajo del cuentista y poeta de Villa de Cura:

Otro de los libros de Rafael lo hizo Sopena, creo no recordar mal que se trata de una antología de poetas de la América. Le pagaron muy mal por este esfuerzo, porque él se riñó con el administrador de la empresa. Usted debe buscarla y la identifica porque en la carátula hay una ilustración a colores: atrás una lira, adelante el rostro de una moza, que así era yo según un pintor que ilustraba los libros del señor Vargas Vila y que me dibujó chusquísima y tan distinta a mí que no hay rasgo alguno de mi rostro en esas pinceladas¹.

Ya, por ella misma, tenemos la certeza que escribía también en periódicos y revistas de Barcelona y otras ciudades con los falsos nombres de José Brissa, que utilizó para su *Parnaso ecuatoriano*; J. A. Pérez Bonalde y Salvador Turcios; Liduvino Lanz Vallenilla para aludir al escritor venezolano Laureano Vallenilla Lanz; Urban Cabroneja, en ofensa al cónsul de Venezuela en Barcelona, Alberto Urbaneja (de cuyo nombre hace tres más en anagrama: J. A. Labrua Bertone, J. Alabrua Bertone y Jalabrua B. Ertone), P. C. Tero; Pepe Malaparte; Parte Malapepe; el marqués de Bustillos, Victorino Márquez Bustillos; Tábano González Guiñán; Pedro Amalio Coll; Lempidoro Santander Guevara.

Coincidentalmente, entre Rufino Blanco Fombona y Rafael Bolívar Coronado hay convergencias en el campo intelectual en cuanto a la diatriba. Si revisamos pacientemente algunos de los muchos libros de aquel, encontramos que cambiaba algunos nombres para crear personajes, por ejemplo a Juan Vicente Gómez lo llamó Juan Bisonte. Bolívar Coronado hizo suya la norma y la multiplicó con creces.

Recuerdo que él hizo una recopilación de poemas suyos y de otros autores de América que le vendió a don Ramón Sopena y apareció como libro a fines de 1918. Yo era una niña y él me en-

1 Carta de doña María Noguera fechada en Barcelona, España, el 4 de enero de 1984.

viaba a la Biblioteca Pública a hojear revistas y periódicos para que le copiase poesías o nombres de poetas de por allá. Él me daba listas por países o pueblos que yo no entendía bien, pero él vivía desesperado porque le faltaban nombres de poetas para cumplir su misión, aunque inventó muchos, y le copié poemas de algunos autores que él le acomodaba a otros... vivía como de prisa... dormía apenas dos o tres horas diarias... leía... leía, siempre estaba leyendo y escribiendo. Escribía de pie, sentado, acostado. Alguna vez creí que estaba loco... mientras tomaba el desayuno no soltaba un libro o un periódico y escribía en las márgenes del libro, del periódico, rayaba el mesón con nombres, siempre muchos nombres².

Y no hay que dudar, pues, que la *Antología de poetas americanos* le pertenece. Aunque el prólogo está rubricado por “el Editor” es suyo por cualquier ángulo por donde se le vea. Lo transcribimos para concretar una idea de cómo maniobraba este hombre en el campo de las letras:

Ensanchando racionalmente el rutinario límite a que se ciñen los eruditos y los académicos cuando hacen trabajos antológicos, hemos procurado en este abarcar cuanto de representativo tiene la poesía americana en nuestros días.

Siguiendo tal propósito, hemos ahorrado en lo posible la labor de las notas y las observaciones entre paréntesis, tan fatigantes al autor como fastidiosas al discreto espíritu que lee y piensa.

Asimismo, hemos consagrado poca atención a los detalles de cómputo, análisis filológico, comparaciones y biografías, atendiendo solo al orden alfabético con la colocación de países y apellidos de autores en cada sección. Creemos que en poesía, por lo mismo que es el aspecto más alado y sutil de la gaya ciencia, debe imperar la libertad estrechamente aunada con la belleza. Libre, muy libre, como las aguas, como las brisas, como los pájaros, ella palpita en el seno incoercible de la naturaleza; y al contemplarla sometida a rígidas disciplinas, sentimos la misma emoción que

2 *Ibid.*, 14 de enero de 1984.

cuando vemos el arrogante y arqueado cuello del potro rasurado por la burda mano del albéitar, despojándolo del penacho de la crin que acaso flotó con soberbia, agitado por los vientos de la pampa; sentimos la tristeza de contemplar el pájaro prisionero; la mariposa aprisionada por la saeta del naturalista; el rosal sometido a científicos injertos; la piel de la pantera luciendo su ébano y su oro en las salas de los palacios... Alguien advirtió a Víctor Hugo, en ocasión memorable, la incorrección de algunas estrofas de *La leyenda de los siglos*. Y el genio de la Francia contemporánea respondió: “Ni sé gramática, ni me hace falta”.

No venimos a proclamar, naturalmente, con Rubén Darío, ni con Vargas Vila, que debe prescindirse de todo preceptismo y de todo dogma en ejecuciones artísticas; ni estamos de acuerdo con Carlyle, mandando el método anglosajón a la horca del menosprecio.

Y nuestro razonamiento se basa en que todos los que alcanzaron el dominio absoluto de un idioma hasta poder trabajarlo sin el auxilio de las reglas, aprendieron en el acervo de los preceptistas. Son insólitos los casos idénticos al del autor del *Vicario de Wakefield*, quien, según lord T. Macaulay, era “iletrado, hasta no saber nada de nada”.

Y siguiendo tal orden de ideas, insistimos en este punto para dar una cabal justificación al principio de diversidad y poca sujeción que hemos comunicado a este exponente. De cada país de la América española presentamos tres modelos de poetas: los que empiezan a llamar “clásicos americanos” y que corresponden a mediados y fines del siglo XVIII y principios del XIX; los “parnasianos”, cuarenta o cincuenta años después; y los de nuestros días, que con Darío, Lugones, Guillermo Valencia, Andrés Mata, Carlos Borges, Amado Nervo, Luis G. Urbina, Almafuerte, Zorrilla de San Martín, Pichardo, José Martí y Alberto Ghirardo han regado estrellas de primera magnitud en la lírica del inmenso continente que va desde el golfo de México hasta las glaucas ondas antillanas.

Poniendo en práctica ese sistema —la selección—, aparecen indistintamente los cubanos Martí y Luaces; Martí, que es el más vasto poeta contemporáneo de la hermosa Antilla; y Luaces, que,

fervoroso adorador de los penates del Siglo de Oro, resucita en su cálida tierra las rancias bellezas del romancero. En ese mismo conjunto armonizan los argentinos Olegario V. Andrade, Lugones y Ghirardo: el primero, que con una potencia dantesca dio a sus poemas el acento del bronce épico; el segundo, como artífice en las sedas más lucientes del lenguaje; y el tercero, que es actualmente el cantor civil, todo él saturado de jacobinismo belicoso y porfiado como nadie en las agitaciones tumultuarias de la plaza pública. De ese modo este exponente refleja las múltiples tendencias de los diversos pueblos del joven continente.

Hay dos limitaciones notorias: Olmedo y José Asunción Silva. Y estas se deben al empeño de novedad que nos hemos trazado. Olmedo, en nuestros días, está tan divulgado como el español Zorrilla o el venezolano Baralt. Silva, el atormentado de Bogotá, ha sufrido también la maceración de la popularidad: sus canciones se cantan al compás de la guitarra en todos los barrios de todos los pueblos americanos; en España ha sido Unamuno su último divulgador. E ¡ironías del destino!, ¡tristezas incurables de la posteridad!, como exclamaría el tribuno venezolano Eloy G. González, poeta de barrio, Silva, aquel Delfín de la aristocracia colombiana, que después de haber arrancado a la lira los más sonoros trinos, prendió en su pecho de *dandy* la última roja orquídea usando a guisa de alfiler el cañón de una pistola...

Estrellas que, entre lo sombrío
de lo infinito y de lo inmenso,
asemejáis en el vacío
jirones pálidos de incienso.

¿Por qué no habláis si estáis vivas?
¿por qué alumbráis si estáis muertas?

¿Se aproximó el poeta a la inmensidad de la noche con la sonrisa
enigmática de Edipo cuando se allegó a la Esfinge?

*

Ahora bien; disimular nuestro entusiasmo en esta labor americana no es posible. Sentimos una verdadera complacencia en discurrir por las hermosas frondas líricas que riega el caudaloso Plata, que adorna el Guayas, desplegado como un abanico de zafiros al pie de los Andes, y como haciendo contraste de mansedumbre con la fiera altanería del Pichincha, en cuya cúspide aleteó ensoberbecido el águila blanca de Ayacucho; que como centinela de los abismos custodia el Ávila, la cumbre boliviana, de ahí de donde partió en portentosa gesta el espíritu de la raza para erigir la libertad de toda la América.

No podemos, lo repetimos, disimular ese entusiasmo: en aquella tierra está el alma recia y bravía de nuestros abuelos: los conquistadores; y el aliento latino de nuestra civilización. Aquellos pueblos alcanzaron la emancipación política, pero el espíritu peninsular sigue vibrando en sus entrañas cada vez con mayores bríos. Es nuestra obra la que ahí fulgura a los Cortés, a los Cristóbal de Olid, a los Grijalvas, a los Valdivias, a los Alvarados, a los Gonzalo de Ocampo, a los García de Paredes, a los Alonso de Ojeda, a los Diego de Losada, sucedieron los padres de la Compañía de Jesús, los franciscanos de las encomiendas mexicanas, los Villamizar, que quisieron llamar Nueva Umbría a las costas del golfo de Maracaibo, y los muchos educadores industriales, agricultores que, imponiéndose tres siglos de lucha expiatoria, provocaron un florecimiento de pueblos, iluminaron las penumbras de la virgen selva, sosteniendo un combate incomparable con la rebeldía irreductible del indígena. Aturde pensar en los obstáculos de esa obra civilizadora en las tierras escabrosas, impenetrables de la impoluta América.

Y entonces el propio estupor nos reconcentra en nosotros mismos, con el orgullo de los laboriosos e infatigables campesinos catalanes, en lucha con la aridez y aspereza de la zona, que abren un agujero en la roca viva, lo llenan de tierra y allí siembran la simiente de la uva... de ese modo la pompa olorosa del racimo serena alegremente la salvaje roña de los peñascales.

A este respecto, o sea la influencia española en América, influencia intensísima e incontrastable, puesto que no han podido mermarla las vertiginosas corrientes anglosajonas, ya por medio de la propaganda directa de Inglaterra, ya por medio de sus descendientes los yanquis, a este respecto, decimos, es mayor nuestro entusiasmo. No solo en el alto arte ha influido hondamente el espíritu español. También en el sencillo y modesto romancero se encuentran vestigios de nuestros cantores populares. El *Martín Fierro*, poema pampero que por primera vez se insertó en antologías de esta índole, es una demostración elocuentísima de lo que vamos afirmando. *Martín Fierro* es tan español como *Santos Vega, el payador argentino*, tan admirablemente pintado por Rafael Obligado; como *Juan Herrera, el llanero venezolano*, que en sus coplas destacó Domingo Ramón Hernández, aquel poeta del año terrible americano, tan sutil en acuñar medallas votivas, como bronces resonantes con el hierro y el oro del idioma.

“En *Martín Fierro* —dice el señor Unamuno— se compenetran y como que se funden íntimamente el elemento épico y lírico; *Martín Fierro* es, de todo lo hispanoamericano que conozco, lo más hondamente español... Cuando el payador pampero, a la sombra del ombú, en la infinita calma del desierto, o en la noche serena a la luz de las estrellas, entone, acompañado de la guitarra española, las monótonas décimas de *Martín Fierro*, y oigan los gauchos conmovidos la poesía de sus pampas, sentirán, sin saberlo, ni poder de ello darse cuenta, que les brotan del lecho inconsciente del espíritu ecos que con la sangre y el alma les legaron sus padres... *Martín Fierro* es el canto del luchador español que, después de haber plantado la cruz en Granada, se fue a América a servir de avanzada a la civilización y a abrir el camino del desierto. Por eso su canto está impregnado de españolismo, es española su lengua, españoles sus modismos, españolas sus máximas y su sabiduría, española su alma. Es un poema que apenas tiene sentido alguno, desglosado de nuestra literatura”.

Este párrafo del ilustre exrector de la Universidad de Salamanca, y a la vez de los mayores representantes que ha tenido nuestro *gay*

saber, es una demostración elocuentísima de los móviles que nos han impulsado a establecer en nuestra *Antología* este aspecto hermosísimo de la poesía americana”.

Pero Bolívar Coronado cae en huecas disquisiciones. Ya hemos visto cómo le adjudica algunas opiniones a autores que nunca las emitieron, como aquello de “no venimos a proclamar, naturalmente, con Rubén Darío ni con Vargas Vila, que debe prescindirse de todo preceptismo y de todo dogma en ejecuciones artísticas; ni estamos de acuerdo con Carlyle, mandando el método anglosajón a la horca del menosprecio”. O a Eloy G. González, a quien hace exclamar el texto que hemos reproducido en páginas anteriores³.

Pero lo más grave aún es el colofón de la *Antología de poetas americanos*, donde prologa una sección que llama “Musas pamperas”, en la cual inserta coplas del Llano venezolano, pero por sobre todo es infeliz el objetivo cuando denomina tales poemas “romanceros andinos”. Como una muestra veamos su nota a este respecto:

De ex profeso hemos dejado esta sección de la poesía que pudiéramos llamar *genuinamente americana*, para capítulo último. Y no es para menos: nuestro propósito es consagrarle extremoso cuidado y hacer que las conclusiones a que da margen la observación grave y metódica lleven el sello de la más absoluta lógica.

Desde luego, afirmamos —y perdónesenos la rotundidad—, que es esta la primera vez que se publica en España —y acaso en Europa— una colección completa de esta singularísima poesía, toda ella nerviosa, viva, pujante, franca, como son todos los productos auténticos de un medio, de un estado social, de una transformación histórica. Esta es por excelencia el romancero aborigen, y ninguna como ella ha reflejado más intensamente el espíritu de la raza transportado más allá de los mares en una gesta homérica.

3 Véase *supra*, p. 123.

César Cantú, en un análisis prodigioso en condensación, como todos los suyos, afirmaba que el elemento étnico producido en América por el hibrismo de razas que con la española poblaron el vasto continente, era un elemento internamente triste, siendo el amasijo de las tres desoladoras melancolías, valga la reticencia: el abatimiento del indio por las asperezas de la conquista; la amargura del negro por las cadenas de la esclavitud; la inconsolable tristeza del español por la nostalgia de la patria.

Sobre este trípode formado por tres inmensas fatalidades reposa la lámpara maravillosa del actual elemento étnico de América. No es extraño, pues, que por la melena selvática de la musa criolla pase perezosamente una ráfaga de quejumbre entonada con las más cálidas y doradas ternuras.

Muchos sociólogos —y entre ellos no pocos argentinos— afirman que los duelos del gaucho tienen su origen en la invasión, cada vez más creciente, del huracán civilizador procedente de las babylonias europeas. Y acaso no vayan descaminados en parte; pero era más lógico suponerlo originario del propio elemento ancestral.

Igual teoría puede aplicarse al llanero de Venezuela; al cholo de las estepas de Cundinamarca en Gran Colombia, y al jinete de las praderas mexicanas.

De estos tres elementos precisamente procede la poesía que, con el nombre de *pampera* ofrecemos hoy a los lectores.

Pero no termina aquí la tal introducción. Sigue haciendo referencia a que para formar la colección se ha “valido, primeramente del documento humano, o sea la práctica de largos y fatigosos viajes por las Américas, de estudios prolongados de obras de alto valor histórico y científico y de la consulta de sociólogos y folkloristas”, y aquí nombra al peruano Ricardo Palma, a los venezolanos Víctor Manuel Ovalles y Bartolomé Tavera Acosta; a los colombianos Tomás Carrasquilla y Manuel María Mallarino; y al rioplatense Alberto Ghirardo, de los cuales ninguno puede estar involucrado en tal rimero de coplas populares.

No ha de terminar Bolívar Coronado este prólogo interno sin agregar que “este acervo documental nos ha dado cuanto deseábamos en el hermoso asunto”, pudiendo ofrecer un ejemplar acabado de la poesía de las pampas cisatlánticas.

Nada más tenemos que agregar: lo que de hondo y sincero, de hermoso y puro, tenga esta poesía, lo advertirá el curioso espíritu del lector en la primera impresión. Cada estrofa refleja un estado de alma, un paisaje, una música sugerente y plácida. En ella no puede haber el estigma de la imitación servil, puesto que no se basa en preparaciones estéticas ni en eruditismos a ultranza, sino que brota como un árbol lozano y fanfarrón de la entraña fecunda de la madre tierra, y por lo tanto es un producto espontáneo.

Sus motivos se basan todos en amoríos, riñas, paisajes, cuchufletas. De ahí que en todas las estrofas aparezcan, indistintamente, la muchacha rolliza, extremadamente morena por las injurias del sol; el rumor de los palmares agitados por la brisa; la lucha con el toro salvaje; con los ríos desbordados; con los saurios; las sátiras contra los maridos *bondadosos*; y la barca y el bohío y el potro alazán.

Qué de farsa en todo este recuento. Abundan algunas palabras y hasta frases enteras que ya había usado en *El llanero* y en *Memorias de un semibárbaro*, pero lo más complejo de esta recopilación del apéndice es la mezcolanza de todo género de estrofas hasta desembocar en las coplas populares en el llano venezolano, todas del *Cancionero popular venezolano* que recopiló durante muchos años José E. Machado y que publicaría en 1919, aunque ya las había presentado en periódicos y revistas de Caracas. Bolívar Coronado hace algunas variaciones, por ejemplo:

Niña *vestía* de luto
dime quién se te murió;
si se te murió tu novio
no llores, que aquí estoy yo.

La versión de Machado es esta:

Niña que vistes de luto
dime quién se te murió;
si se te murió tu amante,
no llores, que aquí estoy yo.

La mayoría de los motivos son del folklore venezolano, que él titula *Las coplas de Domingo Ramón y Cantares de amor y de lucha*, pero en el segundo eslabón incluye su poema *Alma llanera*, sin paternidad alguna. La tercera sección es *Consejos de Martín Fierro*, del escritor argentino José Hernández, en su búsqueda de la copla gauchesca, pero en donde Bolívar Coronado hizo cambios de palabras y hasta de versos. Apenas un ejemplo: cuando el autor escribió “pero sigue mi *eperiencia*”, Bolívar Coronado copió “pero sigue mi experiencia”. Además, eliminó dos sextetos de esta parte transcrita que corresponde al Canto XXII de la obra verdadera.

XI

Trasposiciones, creaciones y seudónimos en la *Antología de poetas americanos*.

Su libro *Sucesos extraordinarios*

Vista la injerencia que tuvo Rafael Bolívar Coronado en el epílogo de la *Antología de poetas americanos* y que denominó “Musas pamperas”, vamos a incursionar ahora por el libro en sí, donde están incluidos, sin descontar los inventos del recopilador, ocho argentinos, cinco bolivianos, tres brasileros, diez colombianos, tres costarricenses, tres cubanos, seis chilenos, dos dominicanos y uno más al que él denomina “de Santo Domingo”, seis ecuatorianos, dos hondureños, siete mexicanos, tres nicaragüenses, seis salvadoreños, dos uruguayos y nueve venezolanos. Mas en la mayoría de los casos influyó la apocrifidad y el aventurerismo para incorporar patronímicos inexistentes, acumular más seudónimos y usar sus poemas bajo el símbolo de otras gentes. Veamos detalles.

En lo que se refiere a la Argentina, reproduce de Pedro Bonifacio Palacios (Almafuerte) dos poemas y le agrega uno de su producción, por lo que aúna a su prolongada lista de cognomentos dos en este solo personaje; de Olegario V. Andrade incluyó un “Trozo del ‘Atlante’” que es una parte del Canto VI de la *Atlántida* (canto al porvenir de la raza latina en América), pero no cuidó la corrección de pruebas y se deslizaron algunos errores; Leopoldo Díaz sale incólume con “Ciclos” y “Edad de bronce”; de Carlos Guido Spano hay tres colaboraciones, y una

es del recopilador; de Leopoldo Lugones inserta seis, incluyendo “La hora azul”, que le había publicado en *Cervantes*, y dos son de su estro, lo que sucede igual con José Mármol; Gervasio Méndez aflora con “Los naufragos del mundo”, y culmina Rafael Obligado con “El camelote”, del cual pertenece al autor solamente el título, pues el texto es de Bolívar Coronado.

Al incluir a Bolivia no salió de su propio yo, pues los cinco autores, y, por supuesto, los respectivos poemas le pertenecen, siendo Antonio Lazo y “Cabellos rubios”; Fidelity M. de Rodríguez con “Todo”; Alfonso Oria, “Niña” y “Corazón sin amor”; José Antonio Ramallo, “El viento y el mar”; y Salvador Valverde, “Mayo”. Estampa al Brasil con tres nombres, dos de ellos hemos comprobado que existieron, el último no, y pensamos que los poemas pueden ser de aquellos: “Flor de campo” (F. Octaviano de Almeida Rosa) y “Fora da barra” (Luis Caetano Guimarães Júnior), pero “Voluntarios da norte”, que le atribuye a Pedro Luis P. de Souza, es obra suya.

En lo que respecta a Colombia, el ambiente que presenta es caótico. De Jorge Isaacs trae el “Soneto a mi Patria”, al que le resta en el título la primera palabra y se tomó la atribución de cambiar un verso. El autor escribió: “Rizan al estrecharse las melenas” y al recopilador le pareció mejor “Al estrecharse erizan las melenas”, pero para acentuar su participación le adjudicó un título suyo, “Penumbra”. En Julio Flores, al reproducir “Idilio eterno” cambia varios versos a su manera, verbigracia, el autor: “le habla de amor en su celeste idioma” y el antologista: “por el espacio en que su luz desploma” y, de paso, le regala unos versos suyos.

Seis poemas de Antonio Gómez Restrepo van en la obra, pero también con modificaciones de Bolívar Coronado; “y el ojo, al espaciarse, sin ribera”, es sustituido por “y el ojo al espaciarse sin barrera”; así como “añoranza de místicos anhelos” es

volcada en “florescencia de místicos anhelos”, entrambos ejemplos en el poema “La sabana”. A Antonio Merizalde le obsequia “La nave”; a Carlos Lorenzana, “Postal” y “Renacimiento”. De José Asunción Silva hay dos poemas verdaderos; de Guillermo Valencia también, aunque el poema “Palemón ‘El estilista’” lo truncó, le cambió palabras y cada verso lo partió en dos, no sin hacer algunos, como por ejemplo, el autor escribió en el poema “Las dos cabezas”: “Blancos senos redondos y desnudos que al paso”, y él volcó en “Senos de nieve y rosa que al majestuoso paso”. Los versos “El llanero”, que le adjudica a Mario Valenzuela, le pertenecen a él; así como seis cantos, de ellos dos muy buenos, que firmó como Vásquez Yepes; pero ha de finiquitar con este país incluyendo allí al gran aeda francés Paul Verlaine con unos versos de su simiente.

En cuanto a Costa Rica, si por casualidad llegaron a existir los personajes no fueron poetas, y la inspiración es del antologista. Son ellos José Annel, Pío J. Viquez y J. Barbero Torres a quien lo hace autor de una diatriba feroz contra el periodista y escritor Luis Alejandro Aguilar, a quien veremos como director de *La Revista* de Caracas entre 1914 y 1916. Por cierto que, en esta producción, Bolívar Coronado hace mención al “marqués Bustillos” en directa cita al doctor Victorino Márquez Bustillos, quien, como también anotamos, fue su protector y amigo en la misma época. Aunque no tiene *corporatura*, reproducimos esta producción para ver los odios y las vilezas. El título es “Juego Florido (Poema bufo). Luis Gedeón Aguilar en viaje de estudio por Europa”:

I

El tipo de este cuento, lector mío,
No es un costarricense;
Es un muchacho un poco caraquense,
Y al mismo tiempo religioso y frío.

Luis Gedeón es nombre de la pila,
Pero alguien que tenía mucha pupila
Le puso por apodo Zamurito;
Y a él le resultó tan inaudito
Aquel atrabiliario cognomento,
Que... por no hacer interminable el cuento,
Digo yo que berreó como un cabrito.

Su padre era muy blanco;
Su madre, más que las flores del barranco;
Pero él
Usa tan gris la piel,
Que cualquiera diría
En razón y sin fobias y sin filias,
Haber un congolés
Con la jeta muy larga en su familia.

Gibado, encanijado y algo seco,
Desmirriado y enteco,
Es un prodigio y el mulatico Luis,
Pues lleva tan gran nariz
Que olfatea mucho más que los rebecos.

De vil sirviente en casa de Pumar,
El director de *El Tiempo*,
Se convirtió en gran corresponsal,
Personaje social,
Interviuvador de la Guerrero,
La cual lo tomó en coña,
Declarando soplar una zampona
Tan sorda como el interviuvero.

Protegido de un célebre magnate
Cuya alma de cántaro halagara,
Tirando del mecate,
Teniendo la mampara,

No solo aseguró mendrugo y sopa,
Sino que le costeara
Ruidoso viaje-estudio por Europa.

II

Luis Gedeón vino a la vieja Europa
Vino Luis Gedeón,
Y llamó la atención,
Más por su piel de estopa
Que por su redoblón.

Juanita Lugo, su maestra en arte,
Lo llamó carretón:
Como a aquel personaje bizantino
De Eça de Queiroz.
Y agregando con énfasis,
Jota Kaín a guisa de canción,
Que era muy merecido
Para tal protector, el protegido.

Gedeón en Madrid
Hizo un gran escrutinio
De obras de arte en el Prado:
La portera llamólo condenado.

Gedeón abisinio,
Morenazo, gentil,
Negrito generoso y abnegado,
Porque le dio una perra y un candil.

Dijo en un café
Con dejos memorables,
Que en Caracas había incunables
De todas las épocas.

Con doña Carmen Burgos
Celebró otra interviú,

Y aquella escritora
Lo llamó el Marabú
De la crónica hipnótica
Cuando alguna alma hidrópica
No se la escribe sin cobrarle un bu.

Ahora está nadando en la opulencia,
como el marqués Bustillos,
Amparando su insolencia
Con mampara de fiambres y membrillos.

Luis Gedeón, Luis Gedeón, serás
Ministro en tu país,
Colmado de rosas morirás
Cual otro gran Delpino;

Pero nadie ni nada quitará
A tu tumba este sáfico in latino:
Bastonero, Caifás,
Y para más reláficas: ¡Cretino!

Para la isla de Cuba, Joaquín Lorenzo Luaces destaca con un poema propio y otro del compilador; José Martí con “Virgen María”; Plácido, seudónimo de Gabriel de la C. Valdez, con “Guirnalda criolla”, cierto, y “Así”, apócrifo. En Chile arranca con Guillermo Blest Gana y “Primer beso”, que en el original tiene esta estrofa:

Jamás, jamás envejece
Y siempre está, como estaba
Cuando según me parece
Ya sus catorce contaba.

En tanto Bolívar Coronado la mutiló así:

Jamás, jamás envejece
y siempre está como estaba
en sus trece.

Lo demás en este país austral es del recopilador: “Un sueño”, que le adjudica a Pedro Díaz Gana, nombre que no hemos podido descifrar si fue real; a Eusebio Lillo lo reproduce con “Dos Almas” y de su estro le agrega “Poesía”, y a Guillermo Mata lo vuelve cognomento suyo con el mal poema “A un historiador”, lo cual también hace con Luis Rodríguez Velasco en “Noche de luna”, para cerrar el ciclo con “A los Andes”, de José Antonio Soffia.

De Dominicana [*sic*] está Fabio Fiallo con “El Rin alemán”, cierto, aunque “Coplas” e “Idilios” de Rodolfo García son de Bolívar Coronado. Pero para crear confusión, al desconocedor de nuestros países nomina también a Santo Domingo [*sic*] y presenta de esa tierra a Rafael Alfredo Deligne con “Nupcias”. Para el Ecuador escogió a José Joaquín de Olmedo con un fragmento de “La victoria de Junín”, en donde hay tres o cuatro giros raros debidos a cambios de palabras, y a M. V. Pérez Flórez, individuo que no nos ha sido posible identificar, le regala dos de sus artilugios.

Por Guatemala se pasea con Ramón Alvarado y tres producciones, una de las cuales, “Las catástrofes”, está dedicada al licenciado Estrada Cabrera, a la sazón presidente de aquel país y al cual odiaba Bolívar Coronado. Los versos son del compilador, así como los cuatro poemas con que aparece José Batres Montúfar. De Juan Diéguez Olaverri hay dos canciones verdaderas y una del impostor, que crea también obra poética para Alfredo Gómez. En El Salvador es fiel a Salvador Turcios, a quien le selecciona tres inspiraciones, y conforma a su imagen y semejanza a Juana Rosacruz para darle “La conquista de Ulúa”.

En México respeta a la sonetista sor Juana Inés de la Cruz; reproduce a Salvador Díaz Mirón y le adjudica unos “versitos”. Es exacto con Enrique González Martínez; falsifica a Manuel Gutiérrez Nájera, aunque incluye dos poemas indudables, lo cual hace también con Amado Nervo y Juan de Dios

Peza, para quienes escribiría respectivos versos. Nicaragua la representa con nueve creaciones de Rubén Darío, en las que cambió uno que otro verso; inventa a Santiago Hernáiz y a Ramón Mayorga Rivas lo reproduce en serio, pero le cambia el nombre por Román. Y como no puede jugar más encomiablemente a la burla, incluye como de este país a Luis G. Urbina, el gran poeta mexicano que él había conocido en Madrid junto a Francisco Villaespesa, cuando entrambos trabajaron en la revista *Cervantes*.

Por Panamá coloca a Demetrio Fábrega con “Llanto mudo”, donde le cambió el verso “en la puerta que se abre hacia el lado de oriente” por “en la puerta que se abre sobre el muro de oriente”. Crea estrofas para Rafael García Escobar, Enrique Geenzier, gran lírida, Gaspar Octavio Hernández y Juan R. Ramírez, y esculpe a Juan P. Paredes. En Paraguay nacionalizó al venezolano José Antonio Calcaño, eximio poeta nacido en Cartagena de Indias, Colombia, en 1827, pero el poema es de Bolívar Coronado, con el título “Amor e inocencia”, así como es de él también el que le atribuye a Eduardo Larmig, sujeto que creemos no haya existido, y como faltó alguien en este rol puso dos producciones suyas como de autor “Anónimo”, lo que ya le significa también un seudónimo.

Clemente Althaus inicia la representación del Perú; le sigue José Santos Chocano. Al primero le agregó estrofas suyas en “Platonismo” y al segundo dos composiciones, pero le alcanza para José E. Lora, José Arnaldo Márquez y le incluyó también sus “elevaciones líricas”, entre producciones de estos, a Ricardo Palma y Felipe Pardo, para finiquitar con versos de Pedro Paz Soldán y Unanue (Juan de Arona). Puerto Rico es representado por José de Diego en “Pomarrosas” e inventa a Alejandro Flores con un “Soneto” de su crear perenne.

El Salvador está allí con Manuel Álvarez Egaña, Ana Dolores Arias, María Teresa de Arrué, Rafael Cabrera, Francisco

Castañeda y Francisco Gavidia. Con excepción de este último, los versos de los demás los tomó del *Parnaso salvadoreño* de Salvador L. Erazo, publicado en la casa editorial Maucci, de Barcelona, por esos días de 1919. En cuanto al poema del último de los nombrados nos da la impresión que es de Bolívar Coronado. Por Uruguay comienza con el poeta argentino José Rivera Induarte, pero uno de los poemas es suyo. Continúa con Juan Zorrilla de San Martín, al cual le hace cambio de versos en “Tú y yo” y le obsequia unos de su propiedad.

Y así llegamos a Venezuela y sus representantes en esta *Antología de poetas americanos*. Inicia con Alfredo Arvelo Larri-va, pero prescinde del segundo cuarteto del soneto “Rima”. Sigue Andrés Bello con “A la batalla de Bailén”, que no es el título, sino “A la victoria de Bailén”. Avanza con Carlos Borges en “Rimas Galantes”, donde altera versos; continúa con “Bodas negras” y le incluye de su estro “En un álbum”. Y, vaya ¡personaje!, nos presenta a Francisco Lago Martí, tanto en el índice como en el texto, pero los versos son de su cosecha, así como los de un supuesto Mateo Marcos. A Andrés Mata lo representa con “Oro de mar”, del libro *Arias sentimentales*, pero le cambió el título por “Orilleaba la abrupta serranía”, lo avala con cuatro poemas más y en todos hizo cambios de uno o más versos, así como actuó en igual forma con J. A. Pérez Bonalde, Pablo Emilio Romero (Paolo) y Juan Santaella.

En conclusión, Rafael Bolívar Coronado incursionó en esta antología para endilgarse sesenta y un seudónimos más. Veremos cuántos otros habrá de crear en los cinco años que le restan y durante los cuales vivirá amargos días de desesperanza, persecución y enfermedades.

Al politólogo barcelonés Emilio Arqués debemos otra información trascendente para la biografía de nuestro personaje. Él recuerda haber tenido en sus manos un ejemplar de la obra *Sucesos extraordinarios*, de F. Santos Pérez (Madrid, editorial

Saturnino Calleja), sin fecha de impresión, y el cual en su primera página tenía la siguiente (o parecida) inscripción de puño y letra de Rafael Bolívar Coronado: “De lo poco bueno que he escrito esto no me parece despreciable. Blna., 1923”.

Logramos encontrar una copia de dicho libro, que por cierto tiene autor, y no sabríamos decir a ciencia cierta si el texto corresponde al escritor venezolano. Son cuentos para niños, con ilustraciones de Méndez Bringa y Ángel. El primero es *Los cuentos de Fernandillo*, y son siete como siete son los días de la semana, y así titulados cada uno desde “Domingo” hasta “Sábado”, teniendo Fernandillo como interlocutor a Rafaelito. El siguiente es “El baúl maravilloso”; luego “Los dos gemelos”, del cual reproducimos dos párrafos para acercarnos a la apreciación de la prosa de Bolívar Coronado:

En una áspera sierra se elevan dos gigantescas rocas, una cerca de otra, que se llaman *los dos gemelos*, tan parecidas como dos hermanos y que parecen mirarse con aire de desafío. Entre ellas desciende a la llanura, en cascadas espumosas, un torrente que, saltando en su lecho de piedras, se convierte en arroyo. Dícese que esas dos rocas han sido en otros tiempos dos hermanos gemelos, que se amaban tanto, que no podían estar separados ni un momento.

Ninguno de ellos había admitido un regalo sin hacer partícipe al otro, y eran comunes sus alegrías y sus pesares. Si el uno sufría, el otro lloraba sin encontrar consuelo, y eran los dos tan hermosos como la aurora y el crepúsculo, tan gallardos y airosos como esbeltas lanzas, tan ágiles como flechas y tan fuertes como los osos jóvenes.

El anterior, “El baúl maravilloso”, se inicia de esta manera:

Vivía en cierta ciudad un comerciante muy rico, tanto que habría podido empapelar una gran habitación con billetes del banco; pero se guardaba muy bien de hacer semejante tontería, porque sabía emplear mejor sus riquezas. No gastaba un duro como no tuviese seguridad de que había de proporcionarle ganar otro. Era

un trabajador infatigable, y calculaba muy bien antes de meterse en una empresa; por desgracia, la muerte le sorprendió en medio de sus hábiles combinaciones.

Su hijo heredó toda su fortuna, y en vez de emplearla bien, se dio una vida alegre: jugaba, iba todas las noches a los bailes de máscaras; se entretenía en hacer pajaritas de papel con billetes de banco, y para echárselas de rumbo tiraba al agua monedas de oro, de igual modo que otros tiran piedras para ver las ondulaciones del líquido.

Continúa la compilación con “Manuel”, y empieza con que “existió en tiempos remotos un joven, casi un niño, que ardía en deseos de llevar a cabo grandes hazañas; no encontraba nada demasiado grande, demasiado difícil, demasiado bueno, para que no intentase conseguirlo”.

Terminan estos *Sucesos extraordinarios* con “Aventuras del Barón de la Castaña”, cuya primera parte son “Aventuras por tierra”, y se inicia así:

Dominado por el irresistible deseo de conocerlo todo y sin reparar en peligros, marché a Rusia en el rigor del invierno, calculando que las heladas y las nieves habrían mejorado, sin necesidad de que los Gobiernos hiciesen gastos, los caminos de las regiones del norte de Alemania, de Polonia, de Kur y de Livlandia, que según refieren todos los viajeros, son casi peores que los caminos que llevan al templo de la virtud. Aún no se habían inventado más medios de locomoción que las sillas de postas. Iba a caballo que es la manera más segura de viajar estando en buenas condiciones caballo y caballero, porque ni se expone uno a tener un lance con algún mayoral grosero, ni a verse en el caso de detenerse en todas las ventas, esperando que el postillón apague su sed y no precisamente con agua.

Otros párrafos son:

Cansado de caminar me apeé del caballo y lo até a una especie de estaca que sobresalía de la nieve. Para mayor seguridad, saqué mis pistolas, me eché en la nieve y quedé tan profundamente

dormido, que no me desperté hasta muy entrado el día. Pero ¡cuál fue mi sorpresa!, cuando al despertar me vi en medio de la plaza mayor de un pueblo. Mi caballo había desaparecido, pero a poco rato lo oí relinchar en lo alto. Alcé la cabeza y vi que estaba atado a la veleta del campanario de la iglesia de la que estaba colgando, y que estaba a doscientos pies de altura. Pronto comprendí lo ocurrido. Durante la noche la nieve había cubierto el pueblo y luego, cambiando la temperatura se derritió la nieve, y yo, dormido, había ido bajando suavemente; lo que en la oscuridad había tomado por tronco de un arbolito que sobresalía de la nieve y a que había atado mi caballo, era nada menos que la cruz o veleta del campanario de la iglesia.

La segunda parte de este cuento se refiere a “Aventuras por el mar” y se inicia de la siguiente manera:

El primer viaje que hice en mi vida, poco antes del de Rusia del que acabo de dar idea, fue un viaje por mar.

Desde muy joven cifraba todas mis ilusiones en viajar. Como mi padre, que tenía un carácter muy parecido al mío, había pasado gran parte de su vida viajando, y luego nos entretenía muchas horas contando sus aventuras, mi inclinación era muy natural.

Sin muchos comentarios agregamos como seudónimos de Rafael Bolívar Coronado: Fernandillo, Rafaelito y el Barón de la Castaña, además de agregarle este libro *Sucesos extraordinarios* a su bibliografía, escrito como F. Santos Pérez.

XII

El anarquista confeso. Su libro *Lénine* y el destino de esta obra.

“Hay que matar a Gómez y hacer de Venezuela un país bolchevique”

Encontrar un ejemplar de este interesante testimonio histórico escrito por Rafael Bolívar Coronado sobre la más recia figura de la Revolución de 1917 en Rusia, es realmente casi un imposible. La búsqueda fue ardua, incesante, no solamente para el autor de este trabajo que la hizo a través de muchos amigos e investigadores en más de un centenar de bibliotecas públicas de América y Europa, sino para doña María Noguera a través de su sobrino, Emilio Arqués, politólogo y economista que se ocupó de rastrear en muchas bibliotecas de España, no solamente en Cataluña sino en la mayoría de las provincias. Y al fin, un buen día fue la sorpresa. Un viejo bibliógrafo venezolano, don Pedro R. Carmona, nos sorprende con el libro, que había pertenecido a alguien que estampó en la portadilla su autógrafo, R. Goreñe Nagore, fechándolo en Iruña, pequeño poblado de la provincia de Álava, el 13 de diciembre de 1919.

Realmente es un gran hallazgo, pues buena razón tenía la señora Noguera para recordar que la policía y los funcionarios venezolanos del Consulado en Barcelona se habían llevado la edición. ¡Cómo pudo existir este ejemplar! Pero vamos al grano del tema. El ensayo en sí se titula *Las grandes figuras del bolcheviquismo. Lénine. El sindicalismo en acción. Texto íntegro de la Constitución rusa*. No tiene lugar de edición, pero es

en Barcelona, Biblioteca Véritas, 1919. Ya vimos en otro capítulo que esta biografía tiene dos autores, R. Bolívar y Jesús de Castilla, pero en realidad es uno solo, ya que no podía escapar el disoluto villacurano a su ingenio.

Son doscientas seis páginas y si se trata de ocultar la ciudad en que se edita; nos sorprende que en la contraportada aparezca una relación de las “Obras que se hallan de venta en la librería Granada, situada en Barbará 15, Barcelona, España”.

Pero penetremos en la biografía de *Lénine* en donde hay buena prosa suya, páginas enteras tomadas de eminentes escritores, frases inventadas para adjudicárselas a otros.

Así es como encontraremos nuevos seudónimos suyos, tales como Sofía Casanova¹, Stein o Doctor Stein, supuesto diplomático colombiano acreditado en algún país europeo², Aurelio Fernández Güell³, escritor de temas políticos, profesor de la Universidad de Costa Rica.

Manuel Parés, ibérico que “pertenece a esa vibrante juventud catalana que, con los albores del siglo XX, inicia en el extremo Occidente de Europa la gran batalla de la democracia y de la libertad; espíritu espejante y comprensivo, cerebro vigoroso para las más amplias concepciones”⁴; Alejandro de Humboldt adjudicándole un pensamiento⁵, Minski, el famoso ateneísta moscovita al que le fabrica algunas opiniones⁶; y por último, al mismo biografiado, Lenin, pues hay dudas con respecto a una carta de este a León Trotski, fechada en Odesa en diciembre de 1908, especialmente porque tiene una nota del mismo Bolívar Coronado, al pie de página, textualmente

1 R. Bolívar Coronado y J. de Castilla, *Las grandes figuras del bolcheviquismo... ibid.*, p. 45.

2 Véase *ibid.*, p. 76.

3 V. *ibid.*, p. 32.

4 *Ibid.*, p. 38.

5 V. *ibid.*, p. 29.

6 V. *ibid.*, p. 87.

así: “Hemos traducido esta carta de la *Revista de Edimburgo*”⁷. Igual acontece con la opinión de Lenin sobre Máximo Gorki⁸ y también respecto a la muerte⁹.

Además, a Julio Álvarez del Bayo le da paternidad de un artículo publicado en *El Sol* de Madrid¹⁰. A un tal Alejandro Han le impone otro, llamándolo “corresponsal de *Port of Spain Gazette*, en Moscú”, de quien dice que “posee la belleza sugerente y colorida de Pierre Lotti; supera a Gómez Carrillo en la sutileza de la observación; y en lo relativo al análisis psicológico, es amplio y cálido como Lamartine”¹¹. En una entrevista a Adda Merowkine, este Han hace una exposición de conceptos que no hay que desestimar bajo ningún punto de vista como de la inspiración de Rafael Bolívar Coronado. Veámoslo:

Una mujer joven, muy blanca, de una blancura transparente; con los ojos grandes, verdes, hundidos, rodeados de ojeras casi negras; los cabellos rubios, de un rubio pálido, lacios, que esparcidos en la albura de la almohada ponían un no sé qué de aureola a su cabeza; los hombros caídos como los de una santa, de esas santas lánguidas que pintaba Grill, el célebre pastelista normando; la dentadura de nieve impecable. Toda ella larga; largo el cuello, largos los brazos; delgada de una delgadez inconcebible.

Cuando se puso de pie, temí se doblégase como débil brizna.

Evocaba una hebra de seda, un rayo de luna, una columnita de humo.

Vestida de blanco: era un delgado copo de niebla que se desnuda.

Al hablar, hacía con la mano un ademán de mística nobleza. Lenta en los movimientos, pausada en el andar, la voz apagada, undosa como para la plegaria.

7 *Ibid.*, p. 91.

8 *V. ibid.*, p. 111.

9 *V. ibid.*, p. 131.

10 *V. ibid.*, pp. 96-98.

11 *Ibid.*, p. 105.

Me sentí cohibido ante aquella figura celeste. Sí, era aquella la fascinadora de multitudes. Adda, la de los gestos de sortilegio, la de la voz que sonaba a Marsellesa.

La colilla del tabaco, apagada, se había quedado sacrílegamente entre mis dedos; me apresuré a tirarla.

—¡Oh, no —exclamó ella advirtiendo el movimiento—, no arroje usted el tabaco! Se va a perder la parte que aún le queda... ¿No sabe usted que la carencia de todo impone la economía, en las circunstancias presentes?

—En realidad, señora; mas no he querido...

—Sí, que es usted hombre galante; mas a mí no me molesta el humo del tabaco, ni el vaho capitoso del vino... ¡Estoy acostumbrada!

—Señora...

—He pasado los años más hermosos de mi juventud en las fábricas, en los lugares de reunión de obreros, en tabernas, en agitaciones tumultuarias.

—Sí... en realidad, señora, a usted debe la Rusia moderna, mucho de sus más gloriosas conquistas.

—Hay mucho qué hacer aún... ¡Fumar! ¡Beber! ¡Sí! hay que fumar o beber... emborracharse de algo... de vino, de opio, de morfina... hay que emborracharse de alguna cosa, para elevarse por encima de las cúspides.

Le oí sobrecogido de un santo recogimiento. Hablé muy poco. Ella se adueñó de la palabra. A las veces con una vehemencia de agitadora; a las veces con tono lento y cálido¹².

Pero volvamos a una carta que Bolívar Coronado le hizo a Cejador y Frauca desde Barcelona el 23 de septiembre de 1918, y que ya citamos. Allí le manifiesta que “la necesidad carece de ley”¹³, y ahora pone en boca de Adda Merowkine: “No sabe Ud. que la carencia de todo impone la economía en las situaciones presentes”¹⁴. A un supuesto Guillermo

12 *Ibid.*, pp. 106-108.

13 J. Cejador y Frauca, *Epistolario de escritores hispanoamericanos*, *ibid.*, p. 295.

14 R. Bolívar Coronado y J. de Castilla, *op. cit.*, p. 107.

Guerrero lo hace decir que “Jamás pueblo alguno ha pasado por crisis de civilización más sombría”¹⁵, y a otro ser creado también por él, Sánchez de Toca, le adjudica que las revoluciones “no intenten ahogarlas sino encauzarlas”¹⁶. Y culmina con una expresión tan pedestre e insulsa que le atribuye a Víctor Hugo: “Esto matará a aquello”¹⁷.

Al salir de los seudónimos concretemos unas ideas, dentro de los límites del prólogo de este libro, en el cual aprovecha el autor para estimular al delito de magnicidio en Venezuela. ¿Qué carácter pone de manifiesto al aupar que alguien debería asesinar al general Juan Vicente Gómez? No olvidemos que él estaba desenvolviéndose en esos instantes en un pié-lago de incertidumbres: crímenes, saboteos, huelgas y atentados. De allí sus conceptos. Analicemos apenas una parte atinente al caso:

No queremos cerrar este preámbulo sin dejar sentadas algunas observaciones respecto a la influencia del leninismo en lejanas latitudes.

Recuérdese que cuando la Revolución francesa, la ola demagógica se propagó por toda la Europa y conmovió todos los tronos. Luego pasó a las lejanías cisatlánticas y produjo el derrumbamiento colonial de aquella España absolutista de la época de Fernando VII.

El bolchevismo es infinitamente más trascendental que el movimiento revolucionario francés de fines del siglo XVIII.

Su acción generadora y libertaria comienza a irrumpir en las nacientes democracias americanas y esto constituye una esperanza para el porvenir de aquellos pueblos.

Las agitaciones socialistas recientes en Buenos Aires y en Montevideo constituyen esa esperanza.

15 *Ibid.*, p. 114.

16 *Ibid.*, p. 147.

17 *Idem.*

Y recalcamos esto, porque en ello vemos agigantarse más y más la figura inquietante de Lénine.

Democracias recientes, indisciplinadas y viciosas las del Nuevo Mundo, hállanse ungidas del bolchevismo y tienden los brazos a Lénine, como los tendieron a Bolívar a principios del siglo XIX.

Aquellas repúblicas, y especialmente Guatemala y Venezuela, necesitan de la fuerza bolchevique: en Guatemala se aferra como dogal el despotismo de un pedagogo neurasténico, que ha convertido la república meridional en un feudo. Mas el caso de Guatemala no es tan doloroso como el de Venezuela: Guatemala no tiene responsabilidades históricas, Venezuela sí; Venezuela es la madre de la libertad de toda la América. De aquel nido de águilas salió el cóndor que abatió en Boyacá la soberbia del absolutismo más rancio de Europa. De allí partió también el águila blanca de Ayacucho.

¡Y quién lo diría! Venezuela gime hoy, como Italia, bajo los cascos de los croatas.

Una soldadesca sucia y fecal, capitaneada por un criado que fue del palacio de Miraflores durante la dominación de Castro, se entrega en aquel país al más desenfrenado pillaje: el facineroso Juan Vicente Gómez, gobierna a la manera de Iván el Terrible: roba, mata, viola, pisotea las instituciones, envilece la prensa, tiene repletas las ergástulas con cuanto ciudadano honrado ha querido excluirse de la complicidad en sus desmanes.

Y ya se comprenderá que una nación donde predomina un zarismo semejante —zarismo de alpargata y chamarreta—, necesita mucho de la acción cauterizante del leninismo, aún más, del leninismo avanzado que a grandes dolores aplica grandes remedios, echando abajo las cabezas de los déspotas y de los canallas.

Es una vergüenza que una joven república en pleno siglo XX, cuando todos los pueblos del mundo, aun los más bárbaros, se incorporan al avance de la civilización, esté dando el espectáculo tristísimo de un aduar árabe asaltado por beduinos.

¡Sarcasmos de la historia! Recordamos una página reciente del malogrado Pedro María Morantes, desde Bruselas:

“En Venezuela no cuadra ahora ni nunca una guerra civil: ese sistema traería el derramamiento de sangre de muchos miles de seres; la regeneración social de aquel país puede lograrse por el bolchevismo: vale decir, matando al tirano”.

Y en realidad eso sería lo más práctico; matando a Gómez y linchando a los cómplices de sus espantosos crímenes.

Por lo expuesto, afirmamos de nuevo que la irrupción del leninismo en Buenos Aires y en Montevideo constituye una esperanza preciosa para la vejada y escarnecida democracia americana.

El leninismo podría librar a Guatemala del pedagogo sanguinario que la pisotea hace veinte años; y a Venezuela del sollastre Gómez.

¡Hermosa obra la del iluminado de Simbirsk que cada día se hace más inmensa, inmensa como el mar y como el mar soberbia, azul, toda horizontes, constelada de alburas: la redención de los humildes y los “escarnecidos”!¹⁸.

Ahora lleguemos al texto concreto del libro. Veinticinco capítulos y la trascripción de la Constitución rusa. A Lenin lo llama “joven patriota” y que “su moral es la moral de todos los convencidos”¹⁹, para agregar “que más cerca de Jesús, Lénine está más lejos de la especulación experimental”²⁰. Pero adelantémonos.

En el capítulo que denomina “Al margen de sucesos recientes”, expresa Bolívar Coronado que:

Cuando emprendimos este trabajo, no se nos ocultaban los múltiples inconvenientes con que íbamos a tropezar. Carencia casi absoluta de datos, por tratarse de un personaje surgido recientemente a la vida de las agitaciones mundiales; falta de institutos bien informados; bibliotecas poco menos que regionales, etcétera. A esto agréguese lo poco que ha influido España en la política europea, en lo que va de la pérdida de sus colonias a esta parte, y por ende ningún documento histórico sobre Rusia que consultar.

18 *Ibid.*, pp. 15-18.

19 *Ibid.*, p. 18.

20 *Idem.*

Mas nuestra voluntad y deseo de trabajo suplieron las deficiencias, acudimos a todos los sitios, hicimos todas las preguntas; releímos a Tolstói, a Gorki y a Gógol, y lo que más nos ayudó fueron nuestras ardientes aficiones.

A esto puede agregarse, la opinión ilustrada de unos cuantos espíritus generosos que en nuestro medio siguen atentamente el proceso de la vida internacional²¹.

Ya han sido colocados los juicios de Fernández Güell y Parés que no sabemos por cuál razón se nos dan como de Bolívar Coronado, pero antes el autor escribe que

Mas, en medio de todo eso, hay que convenir que Kérenski y Lénine han sido los espíritus más áridos y trascendentales de Rusia. Son los únicos que se han asomado a las ventanas de Rusia, para mirar afuera. Tolstói y Gorki, así como sus predecesores Gógol y Pechersky, han sido, ante todo, grandes chauvinistas... La suerte interior de Rusia; el proletariado ruso; la resurrección rusa; la disciplina y la organización de los grupos renovadores de Rusia... todo “Rusia por dentro” nada de “hegemonía rusa”, nada de influencia rusa. El mismo “credo panserbio” érales poco menos que indiferente²².

Mas es aquí donde incluye el juicio de Aurelio Fernández Güell, “un dogmatizador a ultranza, profesor de la Universidad de Costa Rica, en un libro sesudo y pesado sobre la guerra, asentaba como causas de esta: ‘La *revancha* francesa, el irredentismo italiano y el expansionismo ruso’”²³, pero el embrollo de Bolívar Coronado se realza al anotar:

Claro, que como buen germanófilo, dejó dentro del tintero “la feroz autocracia prusiana” que venía a ser, no la cuarta, sino la primera causa de la guerra... En rasgos generales, la trayectoria de

21 *Ibid.*, pp. 37-38.

22 *Ibid.*, p. 32.

23 *Ibid.*, pp. 32-33.

Lénine a través de los zarzales de la áspera democracia moscovita, ha sido la misma: llena de zozobra, de espanto, de caídas trágicas, de visiones espantables, de horas de inconcebible incertidumbre²⁴.

Si volvemos a todo lo escrito por Bolívar Coronado desde 1911 y vemos el siguiente juicio de Manuel Parés, corroboramos que son palabras y sandeces del villacurano:

El que esto escribe, ha defendido en su reducidísimo campo de acción los santos principios porque guerreaban los aliados, pero la intervención de la Entente en la cuestión interna de Rusia nos parece desacertada... Si la dictadura bolchevique tiene los caracteres que la gran prensa europea dice, ya se cuidarán los rusos de sacudírselas, pues ellos para eliminar a los que los tiranizan se bastan solos; el pueblo que derrumbó el imperio más repugnante que haya existido, no necesita para nada las bayonetas de la Entente²⁵.

Qué de incongruencias y de juicios anodinos, aunque a veces hay motivaciones valederas, amén de las contradicciones que no son pocas en todo el decurso de la lectura de este libro. Fijémonos en lo que acaso escribiera Sofía Casanova:

Quizás nunca se sepa de manera cierta y positiva el proceso de la Revolución, el hecho más importante que registra la historia de nuestro tiempo; al saberse saldrán seguramente muchas cosas a la luz, que demostrarán la miopía de los gobernantes y diplomáticos alemanes que tenían fama de poseer un talento esclarecido, puesto que ellos, queriendo hundir a Rusia la elevaron, queriendo destornar al zar, tuvieron que contemplar impasivos la abdicación de su káiser, y aunque hasta ahora no ha convencido del todo la Revolución alemana, suponemos que más tarde o más temprano caerá en manos del grupo Spartakus, que dirigía junto con Rosa Luxemburgo el simpático Liebknecht, que ha sido de las únicas personas decentes que hubo en Alemania desde el principio de la guerra,

24 *Ibid.*, p. 33.

25 *Ibid.*, pp. 38-39.

cuando los ejércitos imperiales desbordados cual nuevo Niágara inundaron Europa con su pestilencia²⁶.

Adelantando páginas nos detenemos en otro juicio de Bolívar Coronado que hace ruborizar la dinámica política, cuando le adjudica a Kempis la frase “burdos son la piedra en la cantera y el oro en la ganga y después llegan a ser cosas de inapreciable valor para los humanos”. Es este otro seudónimo suyo, no cabe duda. Sin embargo, qué contraproducente resulta nuestro hombre. En el prólogo plantea el asesinato, el magnicidio, la violencia contra Gómez y Estrada Cabrera, en Venezuela y Guatemala, respectivamente, y luego en el capítulo titulado “Exaltaciones melodramáticas” asienta que:

Ya hemos declarado de plano: no somos afectos a soluciones sangrientas; aborrecemos la autocracia prusiana precisamente por eso; el káiser, moderno Atila, quería llevar a cabo su obra de dominio universal, presentándose en París entre una nube de ulanos, dejando los campos de once departamentos franceses cubiertos de cadáveres. La barbarie primitiva, la barbarie cruda, se halla circundada de cierta aureola de inconsciencia, de locura, de inocencia, si cabe... Mas la barbarie del militarismo de los Hohenzollern es una barbarie científica. El militarismo prusiano no es “amoral”... Así como aborrecen el imperialismo teutón, aborrecemos cualquier otro sistema que tenga idénticas tendencias. De este modo hemos combatido en diversos aspectos de España la Ley de jurisdicciones... Pero nuestro sentir, en este punto, no nos lleva por las encrucijadas y vericuetos del desmán, del exceso y de lo atrabiliario... Hay situaciones en la vida en que es materialmente imposible e inadmisibile la acción pacifista... Para cazar palomas, es natural que se empleen los granos de arroz, pero para cazar tigres y panteras es indispensable el rifle y la trampa de volante de acero... Los bolcheviques, una vez alcanzado su primer objetivo, que era el

26 *Ibid.*, pp. 45-46.

derrocamiento del Gobierno de Kérenski, era natural que trataran de conservar el fruto de su victoria²⁷.

En estas “Exaltaciones melodramáticas” ha de producir Bolívar Coronado algunos juicios encontrados, y al terminarlos anota que “en otro capítulo de esta obra trataremos de definir claramente las teorías bolcheviquistas y el lector verá cómo de aquel socialismo de cátedra, que tan solo inspiraba sonrisas compasivas al capitalista, ha surgido naturalmente el bolcheviquismo que tanto les asusta”²⁸. Y regresa a los dudosos juicios de Stein —que no es otro que él mismo—: “Juzgar un Lénine por las opiniones de un Stein, es hacer la historia como hacía las novelas Pérez Escrich: de un modo cursi, ñoño, bación ancianesco”²⁹.

Pero, ¿quién lo entiende?

Con sus errores espantosos, con sus tremendos galimatías, con su falta de apreciación, Lénine causó males terribles a su patria; pero el bolcheviquismo cunde en las cinco partes del mundo... La babel de archiduques de opereta viuda-alegresca; el enjambre de payazuelos coronados en Austria y Alemania, comprendieron que ya no podían seguir llevando su vida sibarítica... Toda esa tramoya de la que aún quedan restos en las regiones de Europa meridional, ha sido la que ha sentido más de cerca el choque del proletariado, que se constituía en ejército para defender los propios intereses, que tal ha sido la actuación bélica del bolcheviquismo³⁰.

Es su propia corporatura intelectual, su otro yo, en este y en todos los libros que escribió con seudónimo. Comenta así al Lenin, literato: “Hablamos a menudo de escritos y escritores. No estoy yo conforme con el principio spencereano de que

27 *Ibid.*, pp. 73-74.

28 *Ibid.*, pp. 79-80.

29 *Ibid.*, p. 80.

30 *Ibid.*, p. 83.

el que escribe debe preocuparse nada más que de emocionar, concediéndole la mayor importancia a una enfermedad que llaman los latinos hiperestesia”³¹. Pues bien, este juicio se lo coloca a Lenin en una carta destinada a Trotski, desde Odesa en 1908.

En el capítulo “Visión del pasado”, no cambia en nada:

Todas las teorías que han cristalizado en el cerebro de las masas populares, han tenido un marcado carácter sentimental. Platón expulsó de su República a los poetas, sin tener en cuenta que por ser de poeta su alma había parido aquella inmensa obra. Los pastores de la humanidad han sido siempre los poetas; como en las edades de paganía, tras la siringa del dios Pan marchan los rebaños a pastar en los oteros perfumados: maestro de faustos y silvanos, en torno de las fuentes rodeadas de cañas y juncales tocó su flauta, para que las ninfas y los sátiros bailasen y la casta Diana distrajera sus ocios durante los descansos en la caza veloz tras del ciervo fugitivo. Era en los tiempos de la Arcadia feliz, cuando égloga daba sus primeros balbuceos y Hesíodo templaba su lira para cantar al escudo de Hércules; cuando se ignoraban las palabras *tuyo* y *mío* como decía Don Quijote y en las lindes de los campos crecían las agrestes florecillas, más para encanto de los sentidos que para señalar los límites de la inicua propiedad. Sesteaban en los prados los comunes ganados de rizado vellón, libres como las aves del cielo, como las aguas tranquilas, que en los meandros suaves formaban anchos espejos, como los hombres hercúleos, que acariciaban con sus abrazos del hierro a la madre tierra³².

Y así continúa el tema en este capítulo, totalmente al margen de Lenin y de su revolución. Es una larga digresión carnavalesca para justificar a los poetas, pues Bolívar Coronado se sintió siempre uno más de ellos.

31 *Ibid.*, p. 90.

32 *Ibid.*, pp. 171-172.

Esta es, pues, la obra que conjuntamente con los artículos que ha de publicar Bolívar Coronado en todos los diarios catalanes ya mencionados, le acarrearía la implacable persecución de algunos representantes consulares de Venezuela, habiendo logrado estos, en un momento patético para la maltratada existencia del perseguido político, la aprobación oficial para la deportación hacia su lugar de origen, a donde si por casualidad hubiese llegado habría durado apenas instantes.

XIII

El *Almanaque ilustrado hispanoamericano*.

La tarea de Bolívar Coronado.

El cuento de Arturo Uslar Pietri

La trayectoria es el ámbito universal del calendario anual adornado con figuras, ilustraciones de pintores de la época, textos históricos, relatos, cuentos, anécdotas, “informaciones útiles”, santoral, aspectos astronómicos, etcétera. Se remonta a épocas lejanas. Sin embargo, es a mediados del siglo XIX cuando una casa editorial alemana inicia la publicación del que sería el más renombrado, el *Almanaque Gotha*.

En España circularon varios a finales del siglo, regionalizados, con abundoso material de distintas concepciones, pero es en 1909 cuando ha de aparecer el *Almanaque ilustrado hispanoamericano* que lograría fama mundial, habiendo merecido la editorial Maucci por tal creación, y por la cantidad de libros publicados, el Gran Premio de la Exposición de Buenos Aires de 1910.

Para los años que nos ocupa, es decir de 1918 a 1924, su director era el escritor José Brissa, quien contrata a Rafael Bolívar Coronado para que recopile material con la debida anticipación para el momento de cada edición. Él se ha de ocupar no solamente de la parte literaria, sino también de algunas ilustraciones. Las dos tareas le complacían y en cuanto a la primera le sobraba agilidad para llenar el cometido. Repetimos que si no hubiese sido por las informaciones de doña María

Noguera esta parte de la vida intelectual del escritor habría pasado desapercibida.

Así pues, el *Almanaque ilustrado hispanoamericano* correspondiente al año de 1919 es obra suya en buena parte, y aprovecha estas páginas para reproducir muchos de los poemas incluidos en el *Parnaso boliviano* y en la *Antología de poetas americanos*, entrabos obras de su creación, como ya lo comentamos. Prácticamente saturó de lo lírico el volumen, amén de haber publicado allí sus cuentos “El padrino” y “Cuento de muerte y perro” con los seudónimos Roberto Mata y Mata y Justiniano Calderón García, respectivamente. El primero había aparecido con su nombre de pila en *El Cojo Ilustrado*, de Caracas, n.º 115 del 1.º de junio de 1913; y el segundo, en el diario caraqueño *El Tiempo* el 15 de julio de 1914 también con su patronímico.

Mas el almanaque correspondiente a 1920 firma algunas cosas tuyas con el nombre de José Brissa, director de la publicación y de quien no nos explicamos cómo permitía que Bolívar Coronado utilizase su nombre en tal forma. Es él también César Caser con un poema fechado “Venezuela, 1919” en el cual incluye su tan repetida estrofa:

Mi verso es blanco
como la espuma
como los sueños que me sugieres
como la bruma.

Y no solamente son estos los nuevos seudónimos que ha de utilizar. También Joas Bressi que es una descomposición del nombre cierto de José Brissa; Narciso Díaz de Escobar, Leopoldo Cano, José Rodao, E. Kiss y A. Marios, este último encontrado en originales para dicha publicación. Esto en el año de 1920. No hemos logrado encontrar el dicho *Almanaque ilustrado hispanoamericano* correspondiente a 1921, en donde

también deben haber sido varios los nombres falsos que utilizó, pues en el de 1922 son suyos Julio Verona, Pablo Nimelli González, R. Bringer, Andrés Pérez (hijo), Vicente Molina, L. Espinosa Ruiz con un poema “A una serrana”, desde “Andes, Colombia, 1921”; Eduardo Castillo con los versos “A una novia de ayer”; Abel Marín en el soneto “Tristes”; Mario Carvajal en “El surtidor”; Camilo Barrera Vargas con “Busca imposible”; J. Rafael Moya con “Ciudad lejana”; Aníbal Montoya Canal con el soneto “La ilusión”; Ricardo Rivasca y el poema “Notas de mi guitarra”; J. de Guevara con “Cantares” (coplas) ya publicadas por él con otro nombre; Afro Hamed y “La envidia entre escritores”; también Óscar Alberto Ibar con “Los libros”. Y para colmo, a un tal Felipe Pérez Capo, cuyo retrato aparece al comenzar la página, como ilustre escritor y autor dramático, unos versos con el título de “Esclavitud”, en donde hay una estrofa suya ya publicada antes:

La mujer que ha sido mala
y el amor la ha vuelto buena
aunque piense de otro modo
el recuerdo la envenena.

Desde la página 102, el *Almanaque* incluye testimonios de la visita a América de “Su Alteza el infante don Fernando” y una relación de aspectos culturales, políticos, económicos y sociales de Argentina, Bolivia, Brasil, Chile y Costa Rica, sección en la cual el escritor publica unos versos suyos, “El primer beso”, atribuyéndoselos a Aquileo J. Echeverría y con una nota así: “Del *Parnaso costarricense* recopilado por Bolívar Coronado, que se publicará próximamente”, así como dota de su poesía a Justo A. Facio y Jaime Echeverría y de un mal cuento que llama “Cuadro pedagógico” al español José Brissa, a quien también le toma el nombre para unos “Cantares”:

Prisiones de mi desgracia,
no me soltéis que me muero;
sus brazos son las cadenas,
sus ojos los carceleros.

Bonita la conocí
bonita se fue con otro...
¡Tengan lástima de mí!

Voy a ponerme de Santo
encima de aquel altar,
para saber lo que pides
cuando vengas a rezar.

Envidia tengo a la Luna
y envidia le tengo al Sol
te ven de día y de noche
lo que no consigo yo.

Aparece también Bolívar Coronado como Enrique Ruiz de la Serna con el poema “Bajo el cielo gris”, y en una curiosa foto de varios personajes acompañada con la siguiente leyenda: 1. Francisco Villaespesa; 2. R. P. Rafael Castellanos; 3. José María Puig; 4. Jaime Batle; 5. Luis Ginebra; 6. R. Borgia; 7. José Hernández; 8. José Carrau; 9. D. B. C. Carrasco; 10. Luis Emilio Aybar; 11. El Secretario de Villaespesa (que no es otro que el mismísimo Rafael Bolívar Coronado); 12. Lcdo. Emilio Prudhomme; 13. Agustín Puig; 14. Juan de J. Curiel.

Pero esta fotografía está totalmente desubicada en tiempo y tema que ilustra, pues el texto corresponde al título “Norteamérica y la libertad de los pueblos. Contra la dominación yanqui en Santo Domingo” y se trata de una carta “A Su Majestad el rey Don Alfonso XIII”, fechada en Barcelona el 10 de marzo de 1921, firmada por Mariano Viada, doctor Manuel Menacho, José Herrero, Ramón Trabal, Domingo

Martí Torres, José Freixa, Alejandro Pérez Martín, Ramón Esteban, Ernesto B. Calbó, Joan Garriga i Massó (conde de Gamazo), Joaquín Pellicena Camacho, Carlos Sanllehy, José Viñamata, Antonio Miracle, R. Méndez de Cardona, Agustín Murúa, J. Armenteras, Joaquín M. Nadal y Rafael Vehils.

Por otra parte, la referida reproducción fotográfica es, posiblemente, de mediados de 1917 y tomada en Madrid, pero con la excepción de Villaespesa los demás personajes no hemos podido encontrarlos en el ambiente del periodismo y la literatura españoles, pese a una revisión exhaustiva de revistas, periódicos y diccionarios, incluyendo la amplísima *Enciclopedia Espasa-Calpe*. ¿Por qué razón Bolívar Coronado reprodujo tal ilustración y con qué inconfesables fines? ¿Por qué ocultó su nombre?

“La envidia de los escritores” es el título de un artículo que él firma como autor panameño, Afro Hamed, y que es, con ciertos aditamentos la reproducción de un artículo aparecido en *La Esfera* de Madrid firmado por Sánchez Blanco.

Pensamos que le pertenecen a Bolívar Coronado los poemas “Yo”, de Juan Luis Cordero; “Pobre alma mía”, de Roberto P. Raigosa (desde San Luis de Potosí, México); “Epigrama”, de L. Porset; así como unos pensamientos titulados “Desenlace imprevisto” por B. G.

Pero como este año el *Almanaque* contó con la cooperación de varios consulados, entre ellos el de Venezuela en Barcelona y la legación de Venezuela en España, el desenfadado escritor ha de estar incurso en otra querrela. En las páginas del libro aparece una hermosa descripción con el título “Por tierras hispanas, Venezuela”, con un admirable elogio a la política económica del general Juan Vicente Gómez, pero no tiene firma alguna, aunque podemos atribuirle al doctor José Ignacio Cárdenas, máximo representante diplomático del régimen venezolano en España. Seguidamente, un retrato del doctor

Simón Barceló, delegado de nuestro país al VII Congreso Postal Universal celebrado en Barcelona y el respectivo discurso que pronunciara en el Ayuntamiento de Granada el 18 de noviembre de 1920.

A continuación, el retrato a página entera del general Gómez, del óleo del gran pintor español Vila y Prades y en la página del frente, en la parte superior, otro retrato, pero en esta oportunidad el de Rafael Bolívar Coronado avalado como “escritor hispanoamericano” y de seguida una colaboración suya “La copa cristalina (cuento venezolano)”. Más adelante unas coplas con el aval de José Brissa, “Cantares”, que ya había publicado nuestro biografiado en otras oportunidades como R. Sargent y R. Siergent.

Todas las circunstancias habrían pasado inadvertidas, pero Alberto Urbaneja entra en éxtasis. Cómo puede ser posible que al lado del

Benemérito jefe del Estado venezolano una publicación decente y notable como el *Almanaque ilustrado hispanoamericano*, que ha recibido auxilios benéficos del Gobierno de Venezuela y que ha considerado al señor José Brissa un amigo de la causa, ofenda la dignidad de mi país y coloque en dificultades las buenas relaciones existentes entre Venezuela y España, al situar casi en una misma página el retrato del presidente constitucional de Venezuela con el de un aventurero, detractor inmoral, señalado en Barcelona como anarquista confeso y conocido bolchevique¹.

José Brissa y la editorial Maucci, editora del *Almanaque*, parece que ignoraron al cónsul, quien planteaba un desagravio en la próxima edición de la obra, lo cual no llegó a concretarse, aunque nos ha sido imposible localizar el volumen del tal anuario correspondiente a 1923. Ahora bien, es de hacer

1 Ministerio de Relaciones Exteriores (Venezuela), *ibid.*, 1922.

notar que en el de 1924, que como los anteriores siempre circulaba en el mes de noviembre o a más tardar en el de diciembre del año anterior, encontramos un trabajo de Bolívar Coronado titulado “Día de fiesta” firmado por José Brissa, y unos “Cantares” de Narciso Díaz de Escobar que no dejan lugar a dudas que son de su autoría; pero además aparece un cuento (“Del trópico”), firmado por Arturo Uslar Pietri que este ilustre escritor no recuerda haber escrito ni menos enviado a tal publicación. Es del tenor siguiente:

El sol, como un beso de fuego, pone su nota ardiente en la cinta seca y amarilla del camino.

Ese sol de los trópicos, que reverbera en los sesos del pobre viandante que se atreva a aventurar sus pasos inciertos por esas áridas e intransitadas vías.

Por uno, de esos millares de caminos que serpean la parte intertropical de la América del Sur, a la una del día iba un viajero; llevaba sombrero de cogollo de palma, de anchas alas retorcidas hacia arriba; usaba larga camisa de arriero, hecha de tela burda, pantalones arremangados cuyo color es difícil precisar, y los pies calzados por alpargatas casi deshechas.

Era un desertor del ejército, que huía de la ruda disciplina militar, hartado pesada para sus escasas fuerzas.

Nuestro hombre marchaba con los presurosos pasos del que huye, y de cuando en cuando volvía la cara, y lanzaba furtivas miradas...

La carretera se extendía caprichosa, ora curvando hacia la derecha, ora hacia la izquierda, sobre una extensa llanura arenosa, semejante a un desierto, de nula vegetación; solamente allá, al confín de la llanura, se divisa el vago contorno de una montaña, cuya fragante y lejana verdura presenta raro contraste con la ardiente planicie: seguramente, en su fresco seno corren manantiales de límpidas aguas...

Estas y parecidas ideas azotaban la mente del caminante y aguijoneaban su paso.

Era la hora tórrida en que el sol semeja un crisol candente; y este y el cansancio se aunaban para aumentar la sed, ya inmensa, de nuestro hombre.

Su fisonomía no tenía nada de vulgar; su cara ostentaba el perfil de la raza blanca, aunque su piel estaba ennegrecida por el sol.

Iba cubierto de polvo, y su respiración era, por demás, fatigosa; la sed, imperiosa, se aferraba a su garganta; pero marchaba... ¿No era más peligroso caer en manos de sus perseguidores?

Al atardecer, se detuvo, y subió a un árbol seco y desramado que había allí como único vestigio de una vegetación pasada; lanzó ansiosas miradas al horizonte y le pareció ver una mancha que avanzaba muy lejos, por el camino que él había recorrido... La montaña estaba lejos aún... ¿Qué haría? Se sentía febril por la sed; había visto aquella sombra que avanzaba por el camino, y que seguramente serían los soldados que le perseguían... ¿Qué haría?... Seguir, era lo único.

Sediento, cansado, arrastrándose, siguió el pobre hombre su pesada marcha.

La garganta y los labios se le habían hinchado por la sed; soñaba con las cantarinas fuentes, que, entre la fresca hierba y los breñales, rodarían por la montaña; y sus sueños mortificaban su alma y su cuerpo...

Caminó toda la noche, pero el ansiado monte parecía que se alejaba cada vez más, como las ilusiones de los hombres..., inaccesibles siempre...

A la mañana siguiente, ya estaba más cerca, en su loca ansiedad. Febrilmente, puerilmente, quiso correr para llegar más pronto; pero su cuerpo ya no pudo más. Cayó al suelo, y allí se quedó, delirante, una, dos, muchas horas...

Cuando volvió en sí, el sol estaba ya muy alto, y quemaba con sus rayos, aumentando el sufrimiento de aquel infeliz...

Reanudó la jornada después de aquel sueño, que le amodorró en vez de reponerle las fuerzas.

Hacía ya mucho tiempo que marchaba; y estaba ya en los primeros árboles de la montaña cuando se volvió hacia atrás... Pero

ya no se distinguía la sombra que, el día anterior, le obligó a seguir el camino.

Ya un tanto más calmado, y entre la frescura de los árboles, comenzó a internarse en la selva, mirando a todos lados en busca de una fuente.

Ascendía, pero en vano; aún no había encontrado el deseado arroyo...

Al fin, le pareció oír el vago murmullo del agua; y, ansioso, corrió, guiado por el ruido y la esperanza.

Corría, tropezando con los árboles aquí, desgarrándose allá las vestiduras y la piel, con las agudas espinas de las zarzas; cayendo más adelante, para levantarse otra vez...

Resoplaban como un fuelle sus pulmones; sus pies y su cuerpo destilaban sangre. Pero corría. ¡Qué importaba! ¿No había de encontrar pronto agua?

Al fin, apareció a su vista un arroyo que, rápido, saltaba entre las piedras, espumeando, perfumado por las hierbas, y cuyas orillas estaban cubiertas de fresco musgo.

Se detuvo atontado, pareciéndole imposible que fuese verdad tanta dicha; gozaba en mortificarse a sí mismo, conteniendo su sed por instantes, para después dar rienda suelta a su cuerpo, hasta que se hartase de frescura.

Ya no podía esperar más; e iba a lanzarse como un loco al arroyo para calmar su sed cuando una seca voz le volvió a la realidad:

—¡Alto! —gritó esa voz, que era la del jefe de un piquete de soldados.

El fugitivo se volvió, y se dio cuenta de que había caído en manos de sus perseguidores. Quiso salvarse, e intentó huir... Pero el oficial, que se dio cuenta de la maniobra, gritó, a tiempo que el desgraciado se lanzaba a correr con sus últimas fuerzas:

—¡Fuego...! —Y una descarga cerrada apagó todos los ruidos de la selva.

El infeliz, alcanzado por las balas, brutalmente herido como por veinte sitios, rodó por el suelo... Y su cabeza, inerte, quedó entre las frescas linfas de la fuente...

El piquete de soldados se perdió entre la montaña.

El agua de la fuente empapaba las secas fauces de aquel que solo vivió para ser desgraciado...

El sol, como un beso de fuego, pone su nota ardiente en la cinta seca y amarilla del camino...

ARTURO USLAR PIETRI
MARACAY (VENEZUELA), 1923

En la prensa local, Bolívar Coronado dejaría los originales de otros trabajos de información, nada importantes, y los cuales firmó como Eggi Oggo, El Villacurano, Joseph Creis, Liebneck, Lope Ruiz, Marqués de Peralta, Mencio Bastilla, Machamek, S. Guerra, Pedro Ulías Gutiérrez, Juan de Guruceaga, Jacinto Gutiérrez Coll, Alberto Ferega Zombona y Raúl Varrasquel y Calverde.

Véase en estos últimos cinco seudónimos que son nombres verdaderos de venezolanos, pero con trasposiciones de letras: Pedro Elías Gutiérrez, Juan de Guruceaga, Jacinto Gutiérrez Coll, Alberto Zérega Fombona y Raúl Carrasquel y Valverde.

XIV

El *Parnaso costarricense*.

Muchos más seudónimos.

La guerra en el sindicalismo.

Trabajo en la *Enciclopedia Espasa*

Durante los meses de la administración de Bas como gobernador civil de la provincia, hubo de intensificarse cada día más la pugnacidad entre los grupos rivales de los centros y sindicatos controlados por la CNT, el Libre y los anarquistas. De junio al 8 de noviembre, fecha de la dimisión de Federico de Carlos y Bas, hubo sesenta y tres atentados terroristas, habiendo sido el último, el del 5 de noviembre de este año 1920, cuando fue asesinado otro linotipista del diario *La Publicidad*, quien andaba en compañía de Bolívar Coronado, habiéndose salvado este por casualidad, pues los disparos —asegura doña María Noguera— “dejaron como diez impactos en la pared, en un radio de acción de tres metros”.

Varios artículos escribió “valientemente, condenando el crimen de su amigo y prometiendo no cesar en su campaña de prensa hasta encontrar a los culpables de aquella iniquidad”; mas le llegaron anónimos a su departamento y ahora era perseguido por bandos diferentes: la policía y miembros armados de uno de los sindicatos, pero él no se amilanaba

y se reía —anota la señora Noguera— de las amenazas, hasta el extremo que en una crónica escribió la dirección donde habitábamos, la plaza donde iba a charlar con sus amigos, dos o tres lugares de venta de licores que él frecuentaba y el Consulado de Venezuela.

Yo le pregunté enfadada por qué cometía tales desafueros y reía, reía. Lo del Consulado, me explicaba, es por si se equivocan de persona y matan al Urbaneja y reía.

A Federico de Carlos y Bas lo sustituyó, el 9 de noviembre, el general Severiano Martínez Anido, con quien se entrevista, casi inmediatamente de su posesión, el representante consular de Venezuela para ponerlo en antecedentes de quién era el peligroso anarquista Rafael Bolívar Coronado, autor del libro *Lénine* que le deja en sus manos. El 19 del mismo mes, el alto funcionario español da por terminados los preparativos para una gran redada de terroristas, asesinos, sindicalistas y enemigos públicos. Cayó el escritor venezolano en la madrugada siguiente, pero al poco tiempo:

Por la mañana la jefatura policial se llenó de mujeres que iban a preguntar por sus parientes detenidos. Muchas venían de los barrios extremos. Traían ropas para que los presos se cambiaran y ciertos útiles personales. Estaban endurecidas por la vida y tenían costumbre de que a sus hombres, esposos, hijos o hermanos, los prendiesen con frecuencia. Pocas lloraban. La mayoría adoptaba una actitud de desafío. A todas se les comunicó que los presos pasaban a la cárcel, a disposición del gobernador¹.

Pero el extranjero Rafael Bolívar Coronado queda en libertad porque, asevera la señora Noguera, “había sido acusado sin fundamento alguno”.

La habilidad del cónsul Urbaneja era de tal magnitud que no se comprende cómo podía influenciar en ciertas autoridades para mantener latente un seguimiento contra el escritor.

La navidad de 1920, Rafael salió en libertad y resolvió embarcarse con rumbo desconocido —dice María Noguera— sin siquiera permitirme que lo auxiliara con algún dinerillo. En febrero

1 J. León-Ignacio, *Los años del pistolero...*, *ibid.*, p. 151.

del año siguiente supimos que estaba en Palma de Mallorca, aunque él había corrido la voz entre sus amigos que se marchaba al norte de África, concretamente a Tánger para escribir crónicas de guerra. Las escribió y los envíos me llegaban a través de marineros y pescadores, en sobres dirigidos al director de *El Diluvio*, pero como le dije en otra oportunidad, siempre firmados los informes con tantos de aquellos nombres que usted debe haber visto en los papeles que le envié.

Y no se detiene aquí la odisea, pues a través de unos naufragos rescatados por barcos catalanes, hizo saber a la representación consular venezolana en Barcelona que él había perecido ahogado.

Doña María Noguera recordaba que llegó al departamento en la madrugada del 2 de marzo de 1921, trajeado con harapos, andrajoso, famélico y ebrio. Tenía, según le dijo después, quince días en Barcelona, merodeando por los alrededores del puerto, vestido de mendigo. Traía hermosísimos artículos sobre los bajos fondos, la vida de las prostitutas, el afán incorregible de los hombres de mar de viajar a todo trance y las privaciones de los cargadores y descargadores de barcos. Ella llevó los textos a los diarios, pero no los publicaron, lo cual no le preocupó, empero se lamentaba de no recibir dinero por esa tarea. Tomó alientos. Una semana después había llenado de producciones suyas todos los diarios y revistas de la región “y comienza a ocuparse con rapidez de un libro de versos de autores costarricenses; comía menos, bebía más y pasaba las noches leyendo y escribiendo; dormía apenas una hora al despuntar el día”.

Este año también ha de ser difícil en Barcelona. Ya “el día 3 de enero algunos activistas del Libre habían dado muerte a Joseph Julia, delegado de la CNT en un telar de la calle de Industria. Desde aquel momento ya no cesaron los actos

terroristas”². Y volvieron algunos enemigos solapados del periodista a amenazarlo, pues se le tenía como un personaje de imperturbable actitud ante las contingencias más dramáticas. Solamente una frase recuerda doña María Noguera: “Si me matan, le hacen un favor al cónsul Mierdaneja, porque lo promoverán a un cargo de mayor jerarquía”. Y entonces lo asaltó la idea de que tales intimidaciones venían del Consulado de Venezuela y no de los sindicalistas anarquizados. Se aprestó a deshebrar el complejo meollo del asunto y fue hasta la puerta principal del Consulado a entenderse con el representante de Gómez. Llevaba un garrote para castigarlo. “Una buena paliza es más mortificante que un mal plomazo”, decía. En buena hora el honorable individuo había salido de viaje hacia Madrid.

Se dedica entonces a organizar lo que será su *Parnaso costarricense*, “selección esmerada de los mejores poetas de Costa Rica, por Rafael Bolívar Coronado” que ha de ver la luz en diciembre de 1921 y circularía al año siguiente, adornado al comienzo con una foto del autor. Es el quinto libro que lleva su nombre, pero donde también ha de jugar con los cognomentos en una forma despiadada, comenzando por J. M. Alfaro Cooper, con nueve poemas que suponemos todos de aquel; “Profecía de Lázaro” sí pertenece a quien se lo asigna, Roberto Brenes Mesén. “Pórtico” y “Costa Rica” que le impone al periodista y escritor colombiano E. Carrasquilla Mallarino son suyos. De lo que incluye de Lisímaco Chavarría la mayoría es cierta, pero hay tres poemas del compilador. Cuanto aparece de David Chumaceiro es, como el nombre, un invento suyo. A Rosa de Chavarría la inventa y la dota de producción lírica. El aeda Aquileo J. Echeverría existió, publicó buena inspiración y Bolívar Coronado le recoge veintidós poemas, entre los cuales cuatro o cinco son del antologista.

2 *Ibid.*, p. 169.

Son seudónimos suyos también Jaime Echeverría y Justo A. Facio, aunque algunos poemas sí le pertenecen a este lírica costarricense; Rogelio Fernández Güell con “María Magdalena”, poema que apareció en *Savia*, una pequeña revista de Barcelona, España, como de R. Monasterios. Creemos que uno de los dos poemas que reproduce del conocido Enrique Hine Saborio le pertenece, aunque también debemos agregar que por estos días utilizó en otra pequeña revista denominada *Idea*, de la misma ciudad aludida, el seudónimo Luis Hine Saborio, quien existió en la vida real y era hermano de aquel. Agustín Luján no es otro que él; asimismo, N. Marchito, Francisco Serrano, Pío J. Vignes y José M. Zeledón.

Este *Parnaso costarricense* tiene, a diferencia de los anteriores, algunas particularidades. Principalmente la dedicatoria “Al eximio americanista don Rafael Vehils... Señor: ¡Va este libro amparado con el nombre de usted...! Glorioso palio, el nombre del férvido enaltecedor de la América Española”. Se trata de un ilustre abogado e industrial español, de mucho prestigio en el medio catalán por sus razonamientos de avanzada conservadora, quien en 1918 había sido diputado a las Cortes, director de la revista *Mercurio*, de Barcelona, de 1919 a 1923, y en donde colaboraba Bolívar Coronado, y a la vez presidente de la Asociación de Periodistas de Barcelona. Pero qué de contrastes en este heterogéneo hombre de nuestra vida intelectual. Haciéndose llamar anarquista, bolchevique, racista por su “horror a los negros”, le sirve en bandeja de luces su nuevo libro nada más ni nada menos que a uno de los hombres más recios en la lucha contra el sindicalismo y la violencia en Barcelona.

Ahora veamos el prólogo para atar cabos sobre algunos asuntos interesantes. La primera parte tiene su procesión de cinismo. Veámoslo:

Había jurado no comprometerme más en empresas antológicas. Por la sencillísima razón de que estas obras, como las enciclopédicas, jamás resultan completas, definitivas; y lo que aún es peor, concitan rencores, amenazas, al que se da a la tarea de confeccionarlas.

Recoger en un volumen todas las excelencias de la poesía de un país es cosa difícil, por no decir imposible.

Cartas cuya contestación se hace esperar; cartas extraviadas por los detestables servicios de correos; indolencia de los autores a quienes se les pide cooperación; mutilaciones efectuadas por las tijeras periodísticas que nada respetan en su afán de proporcionarse material gratis, ¡es una tortura suprema el trabajo antológico!

¿Y después de ese Gólgota? ¡La crucifixión! El que resulta excluido del grupo de autores de su país se cree deshonrado. Han cometido contra él un atentado injustificable; lo han escarnecido, vilipendiado, ultrajado.

Y entonces el mísero coleccionador de la antología se da cuenta de que se le viene encima la tempestad del *genus irritabile vatum*. Lluven sobre él las notas bibliográficas, las gacetillas intencionadas, los insultos y los vejámenes.

Luego hace la referencia que vimos en otro capítulo sobre lo que le significó publicar el *Parnaso boliviano*, pero vuelve a la acción: “De modo que quebranto mi juramento en gracia de la belleza del asunto, y por la admiración que me inspira Costa Rica, ese país civilizado, trabajador, que sabe tener dignidad, puesto que no tolera ni tiranuelos insolentes ni el predominio de las burocracias”. Pero continúa con una falacia:

Una de las personas eminentes que me han facilitado materiales para esta obra, es el excelentísimo Marqués de Peralta. Este ilustre diplomático me concedió una audiencia en su alojamiento del Hotel Ritz. El diario *El Diluvio* de Barcelona, publicó aquella extensa información que versaba también sobre el conflicto Costa Rica-Panamá... El Marqués había venido aquellos días a la

Sociedad de las Naciones, reunida con motivo de la Conferencia del Tránsito, en Barcelona.

Y decimos que es una falacia por cuanto el marqués, cuyo nombre era Manuel María, no pudo haberle dado nombres falsos, ni menos referencias poco acordes con la poesía en su país. Pero, además, Bolívar Coronado, coloca entre comillas unas opiniones de Rubén Darío sobre Costa Rica y el poeta Aquileo J. Echeverría, así como un juicio de Antonio Zambrano sobre este poeta. Mas se va Bolívar Coronado por la tangente, y en unos párrafos interesantes hace una nota de acercamiento a Rufino Blanco Fombona al hablar de las editoriales y al referirse a la del fogoso escritor caraqueño, la denomina “la casa paraguayita”, porque su editorial América tenía el sello venezolano con el escudo moral del país sureño, ya que su director era cónsul *ad honorem* de la tierra de Francisco Solano López. Y culmina con un elogio a su editor:

Manuel Maucci, el hombre que ha salvado del olvido tanta bella página americana, siendo italiano, ha hecho más por la aproximación de España a las Américas latinas, que todos los poncios americanistas juntos... Si este esfuerzo no habla con elocuencia ferviente de lo que es propaganda americana en España, y propaganda española en las Américas no hay mención imaginable para el caso.

El distinguido y acucioso escritor Oldman Botello en su reciente trabajo ya citado, *El hombre que nació para el ruido. Biografía de Rafael Bolívar Coronado*, le adjudica la paternidad de otros libros, pero disentimos porque el *Parnaso venezolano*, de la misma editorial Maucci, apareció por primera vez en 1906 y es de Juan González Camargo, habiendo sido reeditado, con nuevos nombres y más material que el anterior, en 1917 cuando aún no había llegado a Barcelona nuestro coterráneo.

El *Parnaso español contemporáneo* o *Antología completa de los mejores poetas, esmeradamente seleccionada por José Brissa*, apareció en 1914; el *Parnaso antillano*, de Oswaldo Bazil, se editó en 1917 y tiene prólogo fechado el 17 de noviembre de 1916. Ya para entonces en la contraportada exterior de este libro, en la lista de “Obras poéticas de venta en esta editorial” se citan las *Poesías* de Olegario V. Andrade, el *Parnaso peruano* de Ventura García Calderón y el *Parnaso dominicano*, de Oswaldo Bazil.

El *Parnaso brasileiro*, de Alfonso Costa; el *salvadoreño*, de Salvador L. Erazo; y el *cubano*, de Adrián del Valle, son también anteriores a la presencia de Bolívar Coronado en Barcelona y figuran en otras contraportadas de algunos textos de la casa editorial Maucci, posiblemente entre 1915 y 1917. Ahora bien, no conocemos la obra *Jovillos. Pomarrosos. Cantos de rebeldía*, de José de Diego, ni el volumen de *Poesías*, de Olegario V. Andrade, por lo cual ni descartamos ni incluimos tampoco estos dos aportes literarios como de nuestro biografiado. Más adelante, en otras investigaciones, se despejarán estas incógnitas.

Entrega a la editorial Espasa-Calpe varias de sus biografías de personajes hispanoamericanos. Debemos a doña María Noguera la localización de los informes al respecto, pues es por ella que encontramos en el volumen 21 de la gigantesca *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, entre la gama de colaboradores, a Rafael Bolívar Coronado en su calidad de “Literato venezolano”. Veremos en el próximo capítulo algunos rasgos de su participación en esta empresa.

XV

Metido en el fuego de la anarquía.
El atentado en el Teatro de los Obreros.
Cambia de periódico por unos meses.
Revira hacia los conservadores.
Abundan los seudónimos

Bolívar Coronado seguiría en el centro de aquel voraz incendio político. Doña María Noguera nos relata que

Rafael fue golpeado en el cráneo con un objeto duro una noche cuando departía en un Café cercano al Teatro Music-Hall Pompeya. Llegó al departamento sangrando mucho y dijo que *los rojos* lo habían dejado así. *Los rojos* eran jóvenes de un grupo muy peligroso infiltrado en el Libre, con los cuales él no se las llevaba bien desde unas semanas atrás cuando cambió de trabajo y dejó *El Diluvio* para ingresar a *La Publicidad*. Eso fue por agosto de 1920.

Ha de sufrir Bolívar Coronado un cambio involutivo de proporciones incoherentes en esta época. Se aleja de sus partidarios y vira hacia una posición insospechada en él. Así es como ingresa al diario *La Publicidad*, de tendencia patronal y entregará a la editorial Maucci el *Parnaso costarricense* dedicado con nota muy explícita a un personaje de celebrada fama y enemigo jurado de los sindicalistas. Pero como está incurso en la guerra que se ha desatado por toda Barcelona, ha de ser testigo en los primeros días de septiembre de todo lo que habría de suceder en medio de la más espantosa confusión. Mas antes hablemos de dos artículos suyos publicados sin firma en los diarios *La Vanguardia* y *El Correo Catalán*, respectivamente,

pero que aparecen entre sus papeles manuscritos calzados con los cognomentos Pere Peyre y Joan Xenius.

El primero se titula “Los crímenes sociales. El caso de *La Publicidad*. Vergonzosa ineficacia de las autoridades”:

Sabido es que algunos obreros de nuestro estimado colega *La Publicidad* han sido víctimas de sucesivos atentados en el espacio de pocos días. Todavía está insepulto el cadáver del linotipista José Román Ortega, apenas se acaba de trasladar a una clínica a su compañero José Villalta, en muy grave estado, y antenoche al salir del trabajo caía herido de una puñalada el maquinista Bruno Llorens Costa. La empresa de *La Publicidad* ha temido que, de continuar publicando el periódico, seguirían cayendo sus obreros, uno tras otro, bajo el hierro o el plomo de la banda roja. En esta triste circunstancia y para hacer más enérgica su protesta por el abandono e indefensión en que tienen las autoridades a los obreros celosos de su libertad, ha decidido el estimado colega suspender su publicación, mientras no disfruten de seguridad personal los trabajadores y empleados en sus talleres.

La determinación de *La Publicidad* es lo principal, mantener su diaria comunicación con el público, pero la vida del prójimo es más importante todavía, y esto las autoridades parecen haberlo olvidado. No lo olvida quien teniendo obreros en su casa, ha pasado por el dolor de ver cobardemente agredidos a los más fieles y entusiastas del trabajo... Pero no espere el dolorido colega que su enérgica actitud de sacrificio, saque al Gobierno de la pasividad e indiferencia por cuanto se relaciona con los llamados crímenes sociales. El Gobierno está preocupadísimo con el pleito político de las tarifas ferroviarias y con la amenaza de las izquierdas dinásticas que se preparan para el asalto al poder... El Gobierno sabrá que *La Publicidad* cercada por una banda de asesinos, ha decidido suspender su publicación y se encogerá de hombros. ¿Es acaso la primera vez que se suspende una industria por efecto de la coacción criminal de que son víctimas los obreros? Así se han cerrado muchos talleres y muchas fábricas, ahora que tenemos un Gobierno

conservador lo mismo que cuando lo teníamos liberal, y ocurre de esta suerte que, mientras los titulares del Poder público, y los que esperan sustituirles, se disputan el decreto de disolución de las Cortes para ver quiénes desgobiernan mejor a España y quiénes la llevan antes a la anarquía y a la muerte; aquí vivimos bajo la dictadura del puñal y del revólver; aquí tiene pena de la vida el trabajador honrado; aquí se cierran fábricas y talleres con la amenaza, y cuando no es suficiente la amenaza, vertiendo la sangre generosa de los obreros.

Entra en varias disquisiciones y termina con una frase elocuente que la escribe de espaldas a lo que venía siendo hasta hace poco: “Estamos a dos pasos de la anarquía o hemos entrado ya en ella”. El segundo artículo se titula: “En completa indefensión. Nuestra protesta” y es coincidente con el anterior para finalizar así:

La Policía, nuestra famosa Policía, está dando la impresión de una ineptitud que no tiene precedentes en la historia. A este paso las personas sensatas no tendremos más remedio que emigrar de una ciudad en la que la seguridad personal no es garantizada por las autoridades. Esto o resignarnos a morir el día menos pensado asesinados en plena calle y a la luz del día por las bandas rojas. ¿Es horroroso, verdad? Pero no deja de ser cierto, desgraciadamente, y aún nos quedamos cortos en nuestras apreciaciones acerca de un asunto de tan capital interés para todos.

Bolívar Coronado había escrito para *La Publicidad* otra crónica el día anterior, es decir, el 11 de septiembre. Es un largo recuento de lo ya dicho, con una curiosísima salvedad. En los originales, escritos a máquina y revisados por Emilio Arqués, cada subtítulo tiene un seudónimo, pero en lo publicado no hay firma de ningún género. Ya lo veremos. Ahora reproduzcamos apenas la introducción de tal trabajo que tituló “Barcelona abandonada. Los crímenes contra la libertad. Otra agresión.

Nuestro maquinista Bruno Llorens, herido”. El texto se inicia en la siguiente forma:

Aún no abierta la sepultura para recibir los restos del desgraciado compañero José Román Ortega, aún caliente su cadáver, se han clavado en la carne del maquinista de nuestra imprenta, Bruno Llorens, las armas homicidas... Un nuevo atentado, un nuevo crimen, una nueva infame agresión contra los hombres que han mantenido con orgullo la independencia de su espíritu para la libertad del trabajo...

Al final de este introito, en los originales aparece el seudónimo Joan Kopolek. El texto “Cómo ocurrió el hecho” como Pere Antonovich; “A la casa de socorro”, Tiziano Tepek; “A la clínica del doctor Soler y Roig”, Indistor; “Indignación”, Macarius; “El público”, P. Tirolés; “El diagnóstico”, Pedro Pelayo; “La agresión del miércoles. El cadáver de José Román. La autopsia”, Ventura Blanco Fombona; “Estado de José Villalta”, Menderieta; “La protesta de los vecinos de las calles de La Unión y Bárbara”, Esteva Rodao; “Siguen las protestas”, T. Ramas; y “Un telegrama al Gobierno”, Cristo Teques.

Una noche después, Bolívar Coronado va a ser partícipe de un acontecimiento singular. Doña María Noguera nos dice que él

Escapó al atentado del teatro inexplicablemente. Ya que yo lo reñí y salí descompuesta del salón, él me siguió y todavía muy cerca nos estremecimos por la explosión. Desde ese instante comenzó a recopilar informaciones. Iba, volvía, tomaba apuntes. Estaba enloquecido. No llegó al departamento sino en la madrugada. Había escrito para *El Noticiero Universal* la reseña que le adjunto.

El título de la misma es “Una bomba en un ‘Music-Hall’”. Tres muertos y dieciocho heridos. Barcelona indignada condena el brutal atentado de anoche del que han resultado

víctimas individuos de la clase obrera”. Comienza en la forma siguiente:

El terrorismo, que tantas víctimas está causando en Barcelona, añadió anoche un nuevo atentado a la interminable serie de los realizados, haciendo estallar una bomba en uno de los sitios más frecuentados por la clase obrera.

A las doce y cuarto estalló un artefacto en el Music-Hall Pompeya, establecido en el Paraíso, frente al Teatro Apolo. El atentado habría causado mayor número de víctimas, con ser muchas las que hay, a haber ocurrido aquel unos minutos más tarde, pues a la citada hora gran parte del público paseaba por los pasillos por hallarse la función en el último intermedio... Precisamente, al estallar la bomba los timbres anunciaban el comienzo de la última parte del espectáculo... El artefacto, según parece, había sido colocado en el asiento de una de las butacas de la última fila de la izquierda... Segundos antes de estallar la bomba, un matrimonio que se hallaba sentado en las butacas de delante observó que de encima del asiento antes citado, se escapaba una columna de humo; pero no pudo apreciar de qué se trataba por aparecer el aparato cubierto con unas gorras... Cuando el matrimonio aludido se disponía a llamar, acerca de ello, la atención del camarero Francisco Araz, se produjo la explosión que causó entre los concurrentes el enorme pánico que el lector puede suponer.

Esta introducción, en los originales, la firma Antón Kapalek, pero en el periódico salió sin adjudicatario alguno, así como el resto del texto que sí está con los mismos titulares que les fabricó Bolívar Coronado, pero no con los seudónimos que les colocó, en esta forma: “Cuadro honroso”, Rufino García Calderón; “Después de la tragedia”, Facundo Villaespesa; “Las autoridades en el lugar del suceso”, Herodes; “¿Cómo era el explosivo?”, Sarkos; “Una suposición fundada”, Mirinkoff; “Los heridos”, Reyes Yacido; “Buscando una cartera”, S. Mego; “Unos sospechosos”, Edipo Rey; “Otro muerto”, Verba Renorum; “Habla el

gobernador. Relato de un periodista herido. El señor Bas pide aumento de fuerzas”, Pedro Castrellón; “El Alcalde visita los heridos”, Ego; “Borrando las huellas del atentado”, Solsticio Pío; “Protesta de las Sociedades Obreras”, Rautzal; “Inspección ocular”, Omán; “Una declaración”, Manuel Acuña; “Un registro”, Duque de Asturias; “Estado de los heridos”, Rafael Olivar; “La bomba era de las de mecha”, X. Mijoans; y “Otros rumores”, Juan Yaracuy.

Esta época le es propicia para incursionar en el mismo tópico de la noticia en otros diarios. Apenas hemos visto los originales de múltiples informaciones avaladas con seudónimos suyos, pero no tenemos la certeza de que hayan sido publicadas. Los cognomentos son: Kavernkoff, Litthuermann, Louis Yark, Meleankoff, Kristaurius, Neronius, Lank, Niña Rubia, Zar Nicolavich, Rafael Asturias, Adalberto A. Estuva, Libo Amens, Pedro Espronceda, Mustafá Xalier, Andrés Bello, Tjian, Xavier Barcia, Thimian Thimon, Simón Bacié, Conde de Villadequiura, Joan Empirius, Celeste Olivar, Vil Lacuranus, Plinius, Pompilius, Conrado Konrad, Ipionikulus, Yeinz Zung, Pierre Dantie, Alfonso Pío, Krisnartius, Pierre Pouillet, Max Laue, Marcelo Malpighi, Josef Poniatowski, Gómez Eanes de Azurara, Damiro Gotz, Manetón, Luis de Molina, Armando Chirveches, Tang Yin, Jean Pierre Boyer, Goulz Zinski, José Vicente Ochoa, Manuel María Pinto, Manuel Duque, María Josefa Mujía, Ramón Mayorga Díaz, Ricardo Mujía y E. Castillo y Castillo.

Pero, ¿quién ha de entender a este increíble personaje, que más pudiera pertenecer a la mitología que a la realidad? Da a la estampa dos hojas sueltas, en medio de aquel desproporcionado clima de agitación que padece Barcelona, relativas a la creación de un “Movimiento de Liberación Venezolano”, bajo la dirección de R. Coronado B., José del Passo, Augusto Tancreti, Sebastián Miralles, Juan Miralles, Henrique

Soublette, Alberto P. Endejo y “treinta firmas más”. La otra sobre “Sindicatos Unidos de Venezuela (SUV). En proyecto”, por R. Corona, R. Bolívar, Rosa Maxemburgo, Pedro Blanco, José Guasa, Trino Díaz, Eustoquio Gómez, Anselmo Hinnes, Raúl Soquelan, Mario Tolentero, Roso Rosas, Rito Rojas, Daniel Palometa, R. O. Codano, R. Oliva Brodocaron y Liborano Dovacor.

Es de esta época una página que acaso vio la luz o se quedó inédita entre los papeles de Emilio Arqués:

Si aquel grande hombre hubiese aceptado la monarquía en América, mi patronímico no moriría nunca. ¡Cómo podrían los historiadores prescindir de un capítulo de tanta prestancia como Bolívar Coronado para brindar al público la relación de aquel fausto acontecimiento! Coronado Bolívar titularía un periódico oficial, pero no habría de faltar algún Mierdaneja que estuviese pensando (si piensa Mierdaneja) ya en Bolívar destronado o Destronado Bolívar por el Marqués de Gomezuela. Qué curiosas coincidencias con las expresiones utilizadas cáusticamente por Rufino Blanco Fombona; pareciera que había una interrelación entre estos dos representantes de la literatura y de la protesta contra el régimen del general Juan Vicente Gómez.

En otros originales que también ha conservado Emilio Arqués, encontramos más falsos nombres para artículos o noticias que enviaba a los diarios catalanes. Son Hans Hinz, Tiberiades, Talio, Tantanio, Caprynik, Tiberio Anarko, Tulus, Takarnus, Sunniaris, Sumarnkio, Tibarides, Romelio, Muminak, Kassenio, Uliman, Kassoktio, Ulimanoff, Uliminiuf, Urbanik, Kamarakoff, Kreys, Perensky, R. Ponky, Kanibalón, Condestorius, Duque del Mar, Minotaurosk, Tinajeroff, Kaberniculus, Gomezzunkis, Teadra, Tántalo, Tancredo, Olegario Pere, Tryuntius, Triyustias, Stoy Locus, Yoso Ylocus, Kanimur, Delmiant, Riodranjius, Xeus, Jean Moulin y Liborio Dovac.

Cuántos misterios y confusiones en tanta variedad de falsos nombres. ¿Había realmente en Bolívar Coronado un profundo desequilibrio mental o simplemente estaba inmerso en una obsesión por el alter ego lleno de disfraces y fantasmas? En el caso de Stoy Locus y Yoso Ylocus, hay una clara burla o una afirmación, pues dice “Estoy loco y yo soy loco”. Otros casos, como Alberto P. Endejo es quizás por aludir al cónsul Urbaneja; Andrés Bello, en mención al gran maestro; Conde de Villadequiura, por su tierra natal; Eustoquio Gómez, por el tenebroso personaje de la dictadura venezolana. Pero, en síntesis, son la mayoría nombres nuevos que están muy lejos de otras etapas de su vida.

XVI

La tarea formal de Bolívar Coronado en la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*, de Espasa-Calpe

Había comenzado, en 1905, la más elevada tarea editorial de empresa alguna en el ámbito internacional al iniciarse la publicación del volumen inicial de la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana*. No cesaría jamás, pues ni las guerras, ni las crisis, ni la falta de los directivos fundadores o de los que continuaban la tarea, mellaron la enfática labor.

Cuando Rafael Bolívar Coronado llega a Barcelona no tarda mucho tiempo en ingresar al selecto grupo de redactores permanentes de la empresa. Doña María Noguera no pudo precisar más o menos la cantidad de trabajos que escribiera él para la casa editorial Espasa-Calpe con destino a este gran diccionario. Sin embargo, ella calcula que en el término de seis años no deben haber sido menos de trescientos los artículos que elaboró con el fin de ser incorporados a la obra que, por cierto, para 1920 llegaba ya al volumen 20, siendo en el siguiente —de este mismo año— donde aparece la nómina de los colaboradores.

De las más prestigiosas universidades, academias, centros científicos, políticos, económicos, sociales y artísticos eran los primeros noventa y cinco, en su mayoría españoles, aunque hay uno que otro del Este y Centro de Europa y uno o dos norteamericanos. Ciento cinco provenían de Hispanoamérica.

Colombia estaba representada por Gerardo Arrubla, José A. Bermúdez, Enrique W. Fernández, Eusebio Cortés, Federico de Guzmán, Jesús María Henao, Andrés Mesanza, fray Fidel Montclar, Aurelio Mutis, José María Pérez Sarmiento, David Restrepo, José María Rivas Groot y Darío Rozo.

Por Puerto Rico participaban (o habían colaborado, ya que se configuraban casos en que para 1920 físicamente no existían algunos de ellos), Cayetano Coll y Tosté, José de Diego y José García del Valle. Uruguay estaba prestigiado por José Abad, el padre Antonio Castro y A. Martínez Páez.

Abundaron los argentinos, siendo ellos Sofía Castaing, Joaquín Castellanos, Karl Curt-Hosseus, Juan Christensen, Jorge Fernández, Luis R. Fors, Alberto I. Gaché, Alejandro Gancedo, Eduardo Lahitte, Enrique Herrero Ducloux, Carlos E. Lezica, Julio A. Lynch, Julio Llanos, R. Monner y Sans, Roberto J. Payró y Ernesto Restelli.

Del Brasil: Carlos da Almeida Braga, Julián Cantuer, Óscar Leymis, A. Morales de los Ríos y R. de Sa Valle. Por Cuba: De Armas y Cárdenas, Arturo González Quijano, Vicente Iriondo y De la Vara, Carlos Martí, Fernando Ortiz, Rafael Rodríguez Altunaga y Carlos Velasco.

De Panamá figura Julio A. Arosemena; de Bolivia: Bernardino Niño, Alberto Risco, Luis Serrano Blanco, Alcides Arguedas y Trifón Meleán; de México: Inocencio Arriola, Amado Nervo y Luis G. Urbina; de Perú: Carlos A. Bambaren, Rogelio Bascones, Conde de Burch, José Manuel de la Colina, José Gálvez, Pedro Paz Soldán y Unanue, Felipe L. Urquieta, Horacio H. Urteaga y el padre Rubén Vargas Ugarte.

Por El Salvador: Santiago Barberena, Bernardo García Prieto y José María Soler. De Paraguay: Andrés Blay Pigrau, Viriato Díaz Pérez, Cosme J. Manzoni, Alejandro Morillo, padre Fernando Pérez Acosta y A. Rebaudy. De Ecuador: Luis Cordero, Juan Espinosa, Alfredo Flores Caamaño, padre Luis Sodiro, Carlos

R. Tobar, Carlos María Tobar Borgoño, Leónidas A. Yerovi y Alejandro Héctor Zurita.

La República Dominicana aparece representada por Enrique Deschamps y Arístides Fiallo Cabral. Chile por Luis Devoto, Alberto Eduardo Vives, Joaquín Fernández Blanco, padre Jorge Fernández Pradel, Juan Gavilán, Carlos A. Hesse, Rafael T. Jiménez, Julio Restal Cortés, J. Solís de Ovando y Luis Thayer Ojeda. Por Costa Rica aparecen Ricardo Fernández Guardia, Luis Nieto y Manuel María de Peralta.

De Guatemala figuran: J. Guirola y Luis Toledo Herraste. De Nicaragua, Manuel Terán. Mas aparecen los nuestros [Venezuela] con sus respectivas especificaciones: Rafael Bolívar [*sic*] Coronado, “literato venezolano”; Francisco González Guinán, “literato venezolano”; Juan F. Pestico, “naturalista venezolano”; G. Picón Febres, “catedrático y literato venezolano”; Alfredo Sanjinés, “literato venezolano”, Alberto Urbaneja, “literato venezolano”, y N. Navarrete.

Extraña paradoja. Encabeza nuestro biografiado la lista de los colaboradores por Venezuela de la *Enciclopedia*, y la termina el cónsul de nuestro país en Barcelona, entrambos enemigos a muerte como hemos visto a través de muchos episodios, pero coincidentes en formar parte de la familia de los escritores de América. Para no dejar de ser noticia escribieron “Bolíbar” en vez de Bolívar.

De estos siete personajes tres nos son desconocidos, aunque de Pestico encontramos en uno de los volúmenes (*Apéndices*) que se trata de un científico cuya vida y obra la ha realizado en Colombia, donde ha ocupado “altos destinos” y publicado varios libros sobre temas agrícolas. De N. Navarrete no hemos encontrado ni una huella, y de Alfredo Sanjinés tampoco, aunque aparece una sola y única referencia a este apellido en Yolanda Sanjinés C., colaboradora de la revista caraqueña *Billiken*, en 1927.

Aceptando los apuntamientos que nos hizo doña María Noguera, fue fructífera la participación de Bolívar Coronado en los subsiguientes tomos de la *Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana* a partir de 1918. Imposible casi encontrar fórmulas para identificar lo que escribió y fue publicado en estas páginas, pero no cabe duda que es suya la biografía de su padre, aparecida en el volumen primero de los *Apéndices*, en cuyo texto abunda la exageración. Veámoslo:

BOLÍVAR (RAFAEL). *Biog.* Escritor venezolano, nacido en Cagua el 24 de octubre de 1860 y m. en Villa de Cura, el 17 de mayo de 1900. Estudió en su ciudad natal bajo la dirección del sabio gramático Lucas del Ciervo. En su primera juventud fue comerciante, luego propietario ganadero y después militar. Lancero de primera línea, en las guerras civiles, era temible el escuadrón de *sabaneros* que él mandaba. Se encontró en varias acciones campales; en 1892, cuando la revolución de Crespo, resistió durante varios días en Valencia el sitio de un ejército superior en número al suyo, cayendo prisionero después de la toma de aquella ciudad, permaneciendo preso seis meses en el castillo de Puerto Cabello. Había tomado las armas aquella vez en su carácter de secretario general de Gobierno del estado Miranda. En 1885, fue diputado al Congreso Nacional; de aquella Cámara pasó a la cárcel por haber hecho una campaña formidable en pro de las ideas liberales. Puesto en libertad, renunció el acta y se fue a vivir a la tierra nativa con su esposa y sus hijos. De 1893 a 1897 se dedicó a las letras; colaboró en *El Cojo Ilustrado* y fue redactor jefe de *El Liberal*. Sostuvo varias polémicas políticas e intervino en el proceso electoral de 1898. Fundó dos periódicos de oposición. Con su primer libro, *Guasa pura* (colección de artículos de costumbres), alcanzó la fama del primer escritor humorístico de su país; su colección de *Cuentos chicos* ha tenido numerosas ediciones. Sus discursos forman un volumen de 400 páginas, y con sus artículos de fondo sobre asuntos nacionales se pueden formar, lo menos, diez volúmenes. Era escritor castizo, con mucha gracia y soltura.

Conocía a fondo los clásicos y colaboró en varias revistas y periódicos españoles. Su obra póstuma se titula *Costumbres aragüeñas*. “Mi libro *Guasa pura* —dice Rafael Bolívar, en la autobiografía que publicó *El Cojo Ilustrado*— no lo premió la Madre Academia, pero lo galardonó el público, que sabe más que todos los clásicos juntos”.

Pero esto no es todo. Nos atrevemos a asegurar que también es suya la biografía de Blanco Fombona, aunque esta fue actualizada hacia 1929 o 1930 cuando ya habían pasado algunos años de la muerte de Bolívar Coronado. Es del tenor siguiente el fragmento que nos interesa:

BLANCO FOMBONA (RUFINO). *Biog.* Literato venezolano, n. en Caracas el 17 de junio de 1874. Su familia materna es de Asturias. Su familia paterna, establecida en América desde promedios del siglo XVI, desciende del conquistador Pedro Blanco, nacido en Flandes, hijo de un oficial de Carlos V. Esta familia dio a la América, en los siglos pasados, capitanes gobernadores, fundadores de pueblos, de conventos; más tarde, libertadores, historiadores, soldados. Muy joven perdió a sus padres. A los veinte años fue nombrado cónsul en Filadelfia. A los veintidós agregado a la legación en La Haya. Más tarde, ha sido secretario general del estado Zulia (1900), cónsul de Venezuela en Ámsterdam (1900-1904), gobernador del territorio de Amazonas (1905), secretario del Congreso de diputados de su país (1909), cónsul del Paraguay en Toulouse desde 1927. Ha sido también cónsul del Perú en Filadelfia (1894) y de la República Dominicana en Boston (1899). No se crea, sin embargo, que Blanco Fombona pertenece a la categoría de los funcionarios públicos, sino todo lo contrario. Es más bien hombre de vida nómada y dramática, un escritor que debe su fama a su fuerte pluma y a su honrada y laboriosa vida. En el territorio del Amazonas salvó la vida gracias a su entereza, defendiéndose, con solo seis hombres, en la Gobernación, contra oleadas de rebeldes, a los que logró desbaratar. En Maracaibo, por desavenencias

políticas con el presidente del estado, lo atacaron varios sujetos al mando de un coronel. Hirió al coronel y a dos más.

En París, se batió a espada con el célebre novelista Binet-Valmer, a quien hirió; a pistola con otro escritor, Albert Erlande, y desafió al príncipe de Brancovan, hermano de la condesa de Noailles. El príncipe le dio la satisfacción requerida. El continuismo (anticonstitucional) del doctor Andueza Palacio en la presidencia de la República venezolana (1892) lo tuvo de opositor, y contra el Gobierno usurpador se fue a los campamentos revolucionarios, a los dieciocho años de edad. El Gobierno de Ignacio Andrade (1898), impuesto por el presidente que salía, también lo vio como adversario. Por aquella época sostuvo un duelo a pistola con un militar llamado Ponce, defensor y edecán del presidente. El Gobierno férreo de J. V. Gómez lo desterró de Venezuela, después de un año de cárcel, en 1910. Durante más de veinte años ha permanecido la dictadura de Gómez y durante más de veinte años ha vivido en el destierro Blanco Fombona. Su duelo con la autocracia ha sido a muerte. En la prensa, en la tribuna, en el libro, ha combatido sin cesar contra el despotismo. Sin cesar también ha conspirado para derrocarlo.

No cabe la menor duda que son contradictorias muchas de las acciones del intelecto en este hombre incansable para la escritura. Y aseveramos esto por cuanto si en crónicas y artículos intrascendentes usa y abusa de seudónimos, tiene a la vez la personalidad suficiente para representar al pensador serio, que no otra cosa buscaban y encontraban casi siempre los empresarios de la gran *Enciclopedia universal europeo-americana*.

En las páginas de muchos volúmenes debe estar su aporte, que si es rimbombante como en los dos casos transcritos, tiene la mesura de adaptarse a datos fehacientes en buena parte. Tratando de localizar más frutos de su cosecha allí, revisamos si había alguna referencia biográfica de Daniel Mendoza, o de algunos de los cronistas que él creó —Juan de Ocampo,

fray Nemesio de la Concepción Zapata, Diego Albéniz de la Cerrada, etcétera—. En ningún momento ni en ninguna circunstancia.

Rafael María Baralt sí está, pero en el volumen n.º 7, editado en 1910. Agustín Codazzi también, en el volumen n.º 13, de 1912. Cipriano Castro en el volumen n.º 12, de 1911. Todos en fechas anteriores a su incorporación al equipo de colaboradores permanentes de la obra.

Juan Vicente Gómez, José Gil Fortoul y Esteban Gil Borges son biografiados en el volumen n.º 26, publicado en 1925, pero no hay ningún rasgo que pueda atribuírsele a Bolívar Coronado. Se trata de ponderadas biografías casi imparciales. Cuán difícil es conocer hoy cuál fue la contribución del venezolano en estos menesteres enciclopédicos.

Este es el penúltimo testimonio válido en la vida y obra de Rafael Bolívar Coronado. Lo que haga de aquí en adelante, con escasa salvedad, no tiene médula de ningún género. Hemos leído innumerables crónicas en varios de los diarios de Barcelona, Cataluña en general y Madrid, que las hemos identificado como suyas gracias a doña María Noguera, pero en donde no hay aliento, grandeza, creatividad. Es ya un periodista frío, pálido, intrascendente. Increíble decaimiento, pero así está presente en todo lo que firmó como B. B. B., Bolcor, C. C. C., Errebecé, Evado Nervo, Odiado Nervo, R. B. C., Rabecé, Rabolco, Rabolcor, Rabolcón, Raboloro, Rabolcoro, Rebolcón, J. Rivero Indarte, José Torres Barbero, J. Torres Abandero, L. Torres Barbero y Martín Díaz S.

Ya vimos otros seudónimos también usados por él en aquellos órganos de prensa, pero lo que sí resulta insólito y pone muy en duda los conocimientos de los directivos de esos medios de comunicación es que hayan recibido notas de información, comentarios de guerra, noticias de sociedad, etcétera, con los apelativos José Joaquín de Olmedo, José Martí, sor Juana

Inés de la Cruz y Rubén Darío, aunque es pasable que se hayan dejado sorprender con C. A. Arroyo del Río, Carlos Borges, Demetrio Fábrega, José Asunción Silva, Juan Santaella, Pablo Emilio Romero, E. Castillo Castillo, Juan Bautista Aguirre, Felipe L. Vera, Rosendo Villalobos y Juan de Ocampo.

Los falsos nombres que citamos ahora no aparecen en los periódicos, aunque sí están en las copias de los originales que encontró Emilio Arqués y cuyos textos coinciden plenamente con lo publicado sin firma alguna en los periódicos, aunque no queda claro esto por cuanto si él colocaba un seudónimo en el escrito enviado al diario, ¿por qué allí prescindían de él? Doña María no supo explicarnos el asunto y suponía que habría algún acuerdo entre él y los directores respectivos.

Esta disquisición en cuanto a la seudonimia en Bolívar Coronado y lo bastardo de su producción en las postrimerías de su existencia, nos hace meditar: ¿Qué se hizo el cuentista, el fabulador, el novelista? ¿Se perdió entre ese *mare magnum* de negaciones o lo mató la persecución política y la participación en los avatares del pistolero en Barcelona? Puede ser también que se lo haya tragado la maraña funesta de la estéril lucha contra la tiranía del general Juan Vicente Gómez en Venezuela, o también su dedicación al combate agrio y duro en el sindicalismo catalán. El literato se opacó tras el escudo del combatiente desenfrenado y enceguecido.

XVII

De nuevo hacia el norte de África. Problemas políticos. *La máscara heroica*. Los estertores

Terminado el *Parnaso costarricense*, lo entrega a la editorial y acontece que el cónsul Alberto Urbaneja se dirige al director de la editorial Maucci para protestar porque va a salir allí un libro que “atenta contra la persona del digno presidente de Venezuela, general Juan Vicente Gómez”. Lo desmiente este, pero aquel insiste en apreciaciones un tanto incómodas. Le permitieron ver los originales y pretendió que se eliminase del prólogo el texto “tiranuelos insolentes ni el predominio de la burocracia”, pero según la señora Noguera, “el señor Maucci mandó a archivar los originales, y fue solamente cuando se supo que el funcionario había sido llamado a Madrid cuando levantaron los tipos”.

Por los primeros días de agosto de 1921, un suceso íntimo viene a comprometer la familiaridad. El 5 del dicho mes, Ángel Noguera, de 19 años, primo hermano de doña María Noguera, hijo de Isabel Prat, murió cuando le estalló en las manos la bomba que fabricaba, habiendo salido herido su hermano Josep, de apenas 14 años. María Noguera fue detenida durante tres días, pero Bolívar Coronado como andaba desaparecido no se apersonó en la comisaría policial. Cuando vuelve al departamento es por septiembre, ya como colaborador del periódico *Solidaridad Obrera*, “aunque la policía cerrase

de continuo los talleres donde lo imprimían¹, pero además los directivos de *El Diluvio* y de *El Noticiero Universal* le proponen que vuelva al norte de África

porque aunque la situación en Barcelona seguía muy complicada en aquellos momentos, la mayor preocupación del país continuaba siendo las noticias de África. Se había frenado el avance de los rifeños sobre Melilla, pero las fuerzas allí destinadas no bastaban para reconquistar todo lo perdido. En consecuencia, se enviaron nuevas unidades, con los consiguientes disturbios y protestas en distintas poblaciones².

Y con estos cuerpos partió el periodista.

Un mes después —agrega la señora Noguera— aparecían los primeros reportajes, pero como mi padre no creía en Rafael y lo aborrecía, una mañana se presentó en el departamento y me increpó: “quiero hablar con tu hombre”.

—Padre —le respondí—, él está en Tánger, o en Ceuta, o en Melilla, él está muy lejos. “Quiero hablar con tu hombre”, dijo de nuevo. Rafael no estaba en casa. Como se iba al malecón disfrazado, habían transcurrido dos días sin venir a casa. Él se introducía en los barcos, en los bares, donde podía encontrar marineros que trajesen noticias frescas de la situación en África, y a través de lo que le informaban hacía los escritos. Iba yo a los periódicos a llevar el material. Mi padre sentenció violento: “Si dentro de un par de días no me ha buscado lo denuncio en los diarios y en la secreta”. Cuando le informé a Rafael se rio, simplemente.

De esos meses verá usted en los papeles cómo firmaba los escritos, pero en los periódicos salían sin ninguna identificación, como que fuesen de él.

Nada trascendente. A veces creemos que copiaba de otros órganos de prensa, a lo mejor franceses, pero hay tanta similitud

1 J. León-Ignacio, *op. cit.*, p. 216.

2 *Ibid.*, p. 217.

con lo que sucedía en el frente que no cabe duda que Bolívar Coronado escribía con profundo conocimiento de causa. Así llegó el año de 1922:

Su tos era infernal, constante, pero él no se cuidaba. Se perdía hasta por una semana. El 12 de febrero le informó un compañero que estaba incluido en las listas negras, pero en *El Diluvio*, como lo tenían destacado en el norte de África, seguía todo normal. Los que figuraban en tales listas no podían ser aceptados en factorías ni en ningún tipo de empresa. Este fue un beneficio que se adjudicó el cónsul de Venezuela.

Los atentados, choques y desafíos entre grupos antagónicos de obreros continuaban en todo su furor en la ciudad, pero Bolívar Coronado teóricamente “estaba en el frente africano” y calzaba sus envíos como Jahifak, Balodoi, Joan Sileri, Andrés Peris, Raf. Pallán, Joseph Girón, Mahomet Boloid, Joan Sucre, Anatholius, David Hudius, Antenágoras, Xilenius, Joan Recasens, Pedro Camarasa, Joan Arín, Francesc Riereta, Pere García, Adolfo Figueras, Antonio Tarel, Texso Miró, Ángel Rivera, Joan Oxales.

Mientras ejerció como “corresponsal de guerra en el frente” descansa unas semanas en Gerona, pasa a territorio francés invitado por unos amigos y se instala en Toulouse. Allí ha de encontrarse con Rufino Blanco Fombona, quien está unos días con algunos parientes de su mujer, Margarita Millet. Después va a Marsella, Tolón, Niza y Mónaco. Retorna a Barcelona junto con un paisano músico, Juan Miralles. Lo atiende con muy buena voluntad y esmero el médico venezolano Gabriel Colmenares Colmenares, natural de Táriba, estado Táchira, casado con Amelia García Hernández. Bolívar Coronado ha de ser el padrino de bautismo de un hijo de este matrimonio, venido al mundo el 4 de mayo de 1922, y al que cristianaron como José Alejandro Porfirio Colmenares García.

La enfermedad le ha progresado. Ahora espupa moco con estrías de sangre y lo ataca la fiebre, habiendo perdido mucho peso, pues rechazaba la ingestión de alimentos, mas bebía descontroladamente; pero una cierta emoción le depara el destino. Alberto Urbaneja ha dejado de ser cónsul general de Venezuela en Barcelona y ahora pasa a desempeñarse como secretario de la legación de nuestro país en Madrid. Lo sustituye Andrés Rodríguez Azpúrua quien, al contrario de su antecesor, busca a los venezolanos residentes en la gran ciudad y establece diálogo con ellos. No deja de sentir admiración por la personalidad del autor de *Alma llanera* y se enternece al verlo flaquear irreversiblemente. Le ofrece auxilios y no ha tenido empacho alguno en visitarlo en su muy humilde departamento. Ha dado un viraje de ciento ochenta grados la conexión “súbditos nacionales” y la representación consular venezolana, aunque no había cambiado en nada el Gobierno del general Juan Vicente Gómez.

Continúa su vena humorística. Cuando sabe que Andrés Eloy Blanco ha sido el afortunado ganador en el Certamen Hispanoamericano de Poesía, promovido por la Real Academia de la Lengua Española y organizado por la Asociación de Prensa de Santander, no desperdicia un instante para la satisfacción. Escribe cinco artículos para la prensa de Barcelona y en uno de ellos cita al gran poeta como “mi amigo del alma desde la juventud”, una invención más de las que acostumbraba. (Ya veremos una celebrada anécdota al respecto).

Andrés Eloy había llegado a fines de agosto de 1923 a recibir el galardón por su *Canto a España*, gran poema que envió al concurso bajo el seudónimo de Ave María y que despachó a Europa desde Caracas, a través de su compañero Francisco Jiménez Arráiz, pues cuando resolvió aquel acudir al evento este viajaba hacia Trinidad y aprovechó para “echar al correo

el misterioso sobre”, cuyo contenido resultó favorecido con el veredicto.

Acompañado de su hermana Lola, Andrés Eloy parte hacia el Viejo Continente. Circunstancias curiosas rodean el periplo, pues le correspondió embarcar junto a una prestigiosa compañía de ópera integrada por artistas españoles que poco después ya conocían al poeta y el motivo que lo llevaba a la Madre Patria. Todo fue alegría, juerga, felicidad, en el transcurso de los días a bordo, y ya llegado a Santander, no hay imaginación posible para concebir los agasajos al joven aeda de veintisiete años. Dejemos que sea él mismo quien lo relate en carta a doña Dolores Meaño de Blanco, la madre, escrita posiblemente a mediados de septiembre. Se trata de la notoriedad de cuando terminó el acto central, pues lamentablemente una parte de esta epístola está extraviada. Dice así:

A la salida hubo presentaciones y felicitaciones de gente que ni me conocía, prevaleciendo el encanto de estas mujeres maravillosas que venían a pedirme firmas con su gracia madrileña.

Los días siguientes fueron de toros, banquetes, bailes sociales, etcétera. Ya leerán las reseñas en la prensa, especialmente la fiesta campestre de los muchachos aristócratas (fiesta para hombres solos) donde triunfó la parranda aristocrática, el exquisito vino riojano y las gentilísimas damas cosmopolitas, pues mi pareja fue una deliciosa y misteriosa habitante de la Circasia, de ojos inmensos y la de Gabriel Pombo fue una china. También fueron muy bellas las fiestas en casa de los Sres. de Botín, Santuola y De Meade, gente linajuda y riquísima, donde nos hicimos de intimidad con mucha gente bien y bailamos mucho. Entre los mejores amigos que he encontrado están Gabriel Maura, conde de la Montera, hijo de D. Antonio, y sus lindas hijas Gabriela y Carmen. Hubo otra fiesta en casa de Gabriel Pombo, presidente del Ateneo.

Llegada del viejo: Si llega 24 horas antes ve a la fiesta del teatro. Iba para Saint-Nazaire y al llegar a Santander oyó hablar a unos

marineros de la fiesta y de mí; él les dijo que era mi padre y los marineros empezaron a abrazarlo, lo hicieron desembarcar a las 10:30 de la noche y nos lo llevaron al hotel. Yo decidí que se quedara con nosotros y se quedó, pudiendo todavía presenciar las fiestas siguientes, ir a los bailes y recibir mil homenajes de cariño.

Banquete en el Hotel Real: Suntuoso. 80 personas asistieron. En el puesto de honor nos sentamos el viejo, Lola y yo y los señores Ruano (uno de los jefes del Partido Conservador y diputado por Santander) y el conde de la Montera (Gabriel Maura, ilustre orador, académico). El banquete era ofrecido en nombre de España, como homenaje. Lo ofreció Ruano en un hermoso discurso, habló luego Maura y después delegados de las provincias, delegado de la Universidad de Oviedo, delegado del Tercio Extranjero que combate en Marruecos, de México, del Ateneo y por fin hablé yo. También estaba el célebre profesor Winty d'Esлагen, sabio alemán, médico que da conferencias allí. Se hizo amigo nuestro, sobre todo del viejo (¡El viejo en su elemento!).

2.ª Velada Teatral: Se quejaba el pueblo de que solo la aristocracia había ido al 1.º festival y la prensa tuvo que hacer una 2.ª velada, repartiendo los billetes entre los obreros, cigarreras y familias que no habían ido a la primera. La concurrencia era mayor y más entusiasta. Fue a las 7 de la tarde. El viejo y Lola ocuparon palco de honor. Fue la fiesta más bella de todas, fue la verdadera fiesta triunfal. Salí al escenario y la ovación fue delirante; sonó el Himno venezolano y luego la Marcha Real. Mi poema fue interrumpido muchas veces por ovaciones y al final fue tal el entusiasmo que el público pedía más. Recité “La Renuncia” y fue un éxito loco, hasta que tuve que decir un fragmento del “Canto a América”. Este gustó más que el *Canto a España*. Las aclamaciones eran interminables. Esperamos que se desocupara el teatro y al salir con algunos amigos me encuentro con que en la plaza del teatro me esperaba todo el público, al cual se agregaron los de la velada anterior y el pueblo. El tráfico se interrumpió en toda la calle y el público se fue detrás de mí aclamando por las calles hasta el hotel. Fue algo mayor que lo de Marquina en Caracas. ¡Aclamaban al poeta, a Bolívar, a

Venezuela, a Colón! y al llegar a una esquina una linda cigarrera, linda como Carmen, plantándose frente a mí, con asombro de mis compañeros, me agarró ambas manos y me dijo “Bendita sea tu madre, chiquillo!... El rey me regaló un retrato dedicado.

Siguieron las fiestas hasta la despedida.

Despedida: A la estación acudió tanta gente que estaba totalmente llena. Flores para Lola etcétera, y al arrancar el tren, tres gritos se levantaron y tres aclamaciones: ¡Viva Venezuela! ¡Viva Andrés! ¡Viva Lolita!... Y casi me dieron ganas de llorar al despedirme de Santander, la inolvidable!

San Sebastián: Precioso. Fuimos al Gran Premio de Carreras, bailamos en el Kursata. El secretario del rey me presentó a la Sra. Graso; madre de Leonor³.

Pero volvamos a Bolívar Coronado. Después de ver publicados sus escritos sobre el galardón recibido por el coterráneo, se los despacha en la forma más rápida para entonces y tres días después le remite un lacónico telegrama:

Andrés Eloy Blanco
A. C. Don Gabriel Pombo
Presidente Ateneo
Santander.

Eres un astro. Los astros giran. Gírame algo.
Bolívar Coronado⁴.

El autor de *Canto a España*, que no cabía en su orgullo, pese a su humildad ilimitada le devolvió generosamente el mensaje, pues cuando recibía aquella tal vez cómica solicitud se divertía en una corrida dedicada a Jacinto Benavente, y donde al saber el público que él se encontraba allí estalló en ¡oles!, aplausos y ¡vivas! a Venezuela.

3 Archivo particular de D.^a Totoña Blanco Meaño, viuda del insigne escritor D. Pedro Sotillo, quien nos cedió una copia de este material.

4 *Idem.*

Pero hasta en estas crueles circunstancias, Alberto Urbaneja insistía en asediar al ya moribundo bohemio. Los artículos que este escribiera sobre el poeta los debe haber encontrado no se sabe por qué medios en Madrid y los envía al Consulado en Barcelona, solicitando una explicación de por qué todavía los periódicos de esa ciudad seguían publicando colaboraciones de “ese bolchevique atolondrado”.

Indudablemente que Alberto Urbaneja fue cruel en grado superlativo con Rafael Bolívar Coronado. Da su actitud margen para pensar que, más allá de la afiebrada contienda político-ideológica, hubo otras manifestaciones de distanciamiento y odio. Podemos crear el ambiente en que dos personajes de *Los miserables*, de Víctor Hugo, están allí, en el puerto y la ciudad de Barcelona de España, entre la anarquía, con sed devoradora. Uno, el cónsul, émulo del comisario incansable en la persecución, en el acosamiento, con la idea fija de liquidar a un enemigo. El otro, como Jean Valjean, que alguna vez cometió un delito —el de peculador en la construcción de la carretera de Coro a Cumarebo cuando en vez de trescientos peones que había en nómina, simplemente trabajaban doscientos y los demás eran ficticios, por orden expresa de su jefe—, pero siempre útil a la sociedad en el campo de las letras.

Sin descuidar el arte de la venganza, Bolívar Coronado le devolvió al funcionario venezolano las mismas manifestaciones, pero en el área de la palabra escrita para los lectores de periódicos. Sus artículos, que no sabemos si fueron publicados, radiografían a un “eunuco servil del gomezalato”, según él, los cuales encontró Emilio Arqués, sin ser nada importantes y hasta profundamente mediocres, pero tal vez justificados. Los calzó como Casildo, Cubito, El Cura Villano, Un Villacurano, Enrique Joseíto, Juan Llanero, Manuel, Miguel, Olegario Ortiz, Olegario de la Puerta, Pedro del Llano, Peoncito, Pepe del Llano, Rito, Rosalio, Santos y Oliverio de la Puerta.

En casi todos estos últimos cognomentos, Rafael Bolívar Coronado como que siente la necesidad de devolverse, es decir: de regresar al pasado. La muerte está tan cerca que quizás ello es óbice. Si nos detenemos a analizar cada uno de estos seudónimos la mayoría pertenecen, aunque en masculino, a los personajes de su zarzuela *Alma llanera*, asunto en el que nunca habíamos podido hacer alguna observación si no hubiese sido por la cooperación del maestro don Carlos Salas, autor de la obra *El teatro en Caracas*, quien al leer algunos borradores de nuestro trabajo concluyó en tal apreciación.

Pero retornemos al medio ambiente de los meses finales de la existencia del ilustre venezolano. Deambula de bar en bar y allí encuentra siempre la mano amiga de sus correligionarios, de sus contrincantes, de los periodistas que no lo desampararon nunca a pesar de las diferencias conceptuales en lo político. Son sus últimos anhelos. La vida se le va, pero a él que ha jugado con ella sin menosprecios ni preocupaciones, le da lo mismo. ¡Qué lejos está Villa de Cura!

Tanto el cónsul general de Venezuela en Barcelona, Andrés Rodríguez Azpúrua, como Ramón de Forz, vicedcónsul, no descuidaron en ningún momento la atención para el irreductible periodista y escritor. Sin embargo, Alberto Urbaneja continuaría acosando al taimado y enfadoso antigomecista, pues como ejecutor de la política del régimen venezolano en España, acordado con el jefe de la legación nuestra, doctor José Ignacio Cárdenas, no desmayaría en liquidar la resistencia.

Ahora en Madrid, como poderoso secretario de la legación y sustituto en casos de ausencia del ministro plenipotenciario, se habrá de erigir en juez de la causa contra los enemigos del general Gómez, y como se ha iniciado un juicio a Rufino Blanco Fombona por la publicación de *La máscara heroica*, el más cáustico de los trabajos de este escritor contra la dictadura, él ha de aparecer en primer plano para que el libro sea

confiscado, quemado y perseguidos sus divulgadores, propiciando una condena para el soberbio autor, suceso que ha de culminar en agosto de 1945, cuando el escritor había muerto un año antes en Buenos Aires, y se le condena a doce años y un día de prisión.

Pero el cadavérico Bolívar Coronado no acepta que está muriéndose y sigue su faena desesperadamente. No puede hacer silencio cuando en el tapete de la opinión pública española aparece inmerso el nombre de Rufino Blanco Fombona y el de quien tanto lo había maltratado, Alberto Urbaneja. Intervino. Escribió muchos artículos, unos sin firma alguna, otros con la de él y los demás como Cristóbal Criollombus, Porfirio Cagancho, Karroña Urbaneja, Vincencio Pérez Soto, César Kuneta, Joaquín Antonio Crespo, Pedro Manuel Atrarraya, Fenelón Torquemada, Joan Aragüeno, Pepe Maracay, Alberto Calígula, Oliverio Bolívar Noguera, Liborio Dovac y A. Dios Oliverio.

Su último escrito —conocido hasta ahora— es el titulado *La máscara heroica incendiada*, que no es otra cosa que la reproducción de los comentarios y apreciaciones aparecidos en los diarios madrileños *El Sol* y *La Voz* sobre el sonado caso. Es diciembre de 1923, pero antes, mucho antes, el 30 de mayo del mismo año, el cónsul en Barcelona, recibiría un oficio del ministro de Relaciones Exteriores de Venezuela, doctor Pedro Itriago Chacín, de este tenor:

El Señor Representante Diplomático de la República en ese Reino dice a este Departamento, en párrafos de una comunicación que con fecha 21 de abril último ha dirigido a este Departamento, lo que sigue:

“Cúmpleme comunicar a Ud. que, por informes de personas respetables, venía en conocimiento de que en diferentes órganos de la prensa de Barcelona, firmados por Rafael Bolívar Coronado y otros, aparecían de vez en cuando artículos injuriosos para la

persona del Primer Magistrado de Venezuela, nuestro Benemérito Jefe el General Juan Vicente Gómez. Me causa bastante extrañeza que el cónsul general Sr. Rodríguez Azpúrua, no solamente dejara de darme noticia de ello, sino que sobre todo no practicara las gestiones indispensables para destruir las calumnias, para instruir o desautorizar a los órganos de la infamia de los calumniadores y, finalmente, para obtener de las autoridades de Barcelona las medidas necesarias para hacer cesar los ataques de prensa, como lo ejecutó anteriormente y cuando fue cónsul el Sr. Urbaneja, apoyado por propias gestiones mías.

En virtud de lo expuesto en los párrafos transcritos, Ud. se servirá gestionar lo conducente, de acuerdo con las instrucciones que le comunique nuestra legación en Madrid, a fin de que cesen los injustos ataques periodísticos de que en esa ciudad, viene siendo objeto el Señor General Gómez, quien siempre se ha esforzado por la más íntima cordialidad de las relaciones que felizmente cultivan Venezuela y la Madre Patria, así como por todo aquello que propenda al orden y progreso del país”⁵.

Mas Rafael Bolívar Coronado seguía consumiéndose. Fue la peor Navidad de su vida. Vive con la parca. Muere tratando de vivir para el combate fiero. No quiere quedarse inerte en su alcoba de siempre. Doña María Noguera se desespera. Él se va a la calle, pero como así lo hacía siempre, esperaron por su regreso y no volvió nunca. El cónsul Andrés Rodríguez Azpúrua se había ido de permiso y José M. Betancourt Sucre, como encargado de la Oficina Consular Venezolana, es quien le dio la noticia fatal cuando ya lo habían sepultado. Apenas unos cuantos obreros y amigos perseguidos lo acompañaron a la última morada. Era el 1.º de febrero de 1924. Había dejado de existir el 31 de enero anterior, pues se agravó frente al pequeño edificio del diario *El Noticiero Universal* y lo llevaron al Hospital de la Santa Cruz. Qué lejos estaban las notas aquellas

5 Ministerio de Relaciones Exteriores (Venezuela), *ibid.*, 1923.

que lo inmortalizaron: “Yo nací en una ribera del Arauca vibrador... soy hermano de la espuma, de las garzas, de las rosas y del sol”. Y cuán más lejos la *niña rubia* de unas memorias que no hemos logrado conseguir. Y aún más distante el niño suyo nacido en Madrid de la asturianita que lo dejó un mal día. El poeta, el escritor, el genio loco se dormía para siempre en *El nido de los azulejos*, su cuento premiado en los Juegos Florales de Caracas por 1916. ¡Qué acción tan larga en apenas ocho años de exilio!

XVIII

Los años del comienzo.

Para entender *Memorias de un semibárbaro*

En las puertas de la muerte, allí en el hospitalito barcelonés, se devolvería el poeta para evocar que había nacido en Villa de Cura, estado Aragua, el 6 de junio de 1884, hijo de un costumbrista, comerciante y *mamagallista* llamado Rafael Bolívar Álvarez¹ y de Emilia Coronado²; pero con su padre departió poco tiempo, pues este ya para 1887 marcha a Caracas como diputado al Congreso Nacional, después cae en la tenebrosa cárcel de La Rotunda durante dos meses, en los cuales serían múltiples las penalidades, y vuelve a Villa de Cura a sus actividades comerciales y agropecuarias, pero escondidizo.

Funda en 1889 el semanario *Voz de Miranda* junto con Manuel F. Núñez y Rafael Emigdio Villasana, quien se lo lleva para La Victoria cuando “el 3 de noviembre la capital del estado es trasladada de Villa de Cura a esta última ciudad”³, y como ha de surgir el continuismo propiciado por el presidente

-
- 1 Rafael Bolívar Álvarez nació en Cagua, estado Miranda, en 1860 y murió en Caracas el 17 de mayo de 1900. Cuentista, escritor costumbrista, periodista, legislador y político. Autor de *Cuentos chicos* (Caracas, 1912); *Guasa pura* (Caracas, 1895) y *Costumbres aragüeñas*.
 - 2 Emilia Coronado era natural de Villa de Cura, nacida en 1862. Cuando contrajo matrimonio con Rafael Bolívar Álvarez era viuda del general Domingo Antonio Perdomo y contaba con veinte años de edad (1882). Murió en la misma ciudad, el 18 de octubre de 1902.
 - 3 Oldman Botello, *Rafael Bolívar, el último guasón*, Publicaciones de la Asamblea Legislativa del estado Aragua, Maracay, 1981, pp. 32-33.

de la República, general Raimundo Andueza Palacio, el recio periodista lo apoya en substanciales editoriales de su periódico. Pero se alza el general Joaquín Crespo contra aquella medida inconstitucional.

“Narciso Rangel, como presidente del estado Miranda, tiene que salir a pelear llevándose a Rafael Bolívar Álvarez de secretario general en campaña y comisario de guerra”⁴. Poco tiempo después, este es hecho prisionero en Valencia y de aquí trasladado al Castillo Libertador en Puerto Cabello, donde permanece hasta el 28 de enero de 1893. Volvió a su pueblo, pero allí había muchas presiones y rencores políticos, por lo que se marcha con la familia a San Francisco de Asís, un pequeño y acogedor lugar. Allí establece “en el ángulo oeste de la pequeña plaza, una pulpería... y de aquel mostrador de esa pulpería pueblerina surgen sus cada vez más frecuentes trabajos para la prensa regional y nacional”⁵.

Retorna a Caracas en las lides periodísticas, mientras deja a la familia en Villa de Cura. Serían cuatro años difíciles y azarosos, sin trabajo fijo y sin prebendas políticas. En tanto, el hijo crece sin su apoyo y sin su aporte hogareño.

Mientras tanto, doña Emilia, enfadada, acusando el abandono del hogar por su esposo, resuelve enviarle al niño, pero aquel no lo atiende bien a causa de sus ocupaciones. Entonces, ya de nueve o diez años, Rafael llama a la madre, la cual acude en su auxilio, y lo lleva de nuevo a Villa de Cura.

Cuántos recuerdos afluyen cuando la muerte llama. Aquella pequeña urbe de los techos rojos, sus estudios entre 1891 y 1892 en el colegio San Agustín. Su primer seudónimo, cuando le escribe a la progenitora como Oliverio para darle quejas “del comportamiento de papá”, falso nombre que según confesaría

4 *Ibid.*, p. 36.

5 *Ibid.*, p. 39.

él en un artículo titulado “Servidor público”, aparecido en *El Diario*, de Barcelona, España, el 20 de julio de 1920, no le fue ajeno en muchas oportunidades: “En miserable destinillo público por las playas del estado Falcón, Venezuela, fui obrero de menguada paga, pero aparecí en los listados algunas veces como Oliverio Coronado y otras como Oliverio Bolívar (...)”.

Tenía que figurar. Llevaba dentro algún demonio literato. En una oportunidad diría una frase concatenada a su destino: “Yo no puedo vivir sin hacer ruido, me hace falta la movilidad, el peligro, la agresión”, y así fue siempre. En apenas treinta y nueve años de existencia recorrió un universo de veleidades, riesgos, amoríos, hazañas, mentiras, simpatías, odios, denso ajetreo intelectual y tristezas.

Fue duro aquel 17 de mayo de 1900 cuando murió su padre, conformándose así una patética coherencia en el existir de tres personas de la misma familia. Este había nacido el 7 de octubre de 1839 para vivir exactamente cuarenta años, siete meses y diez días. Y la esposa, doña Emilia, nacida en 1862, moriría el 18 de octubre de 1902 para completar un ciclo vital de cuarenta años. Mas Rafael Bolívar Coronado, venido al mundo el 6 de junio de 1884, ha de morir el 31 de enero de 1924, es decir que existió justamente durante treinta y nueve años, siete meses y veinticinco días. Cuestiones increíbles a la luz de la existencia humana.

Pero las últimas remembranzas se abrazan con el dolor de la vida y el placer de la muerte. Cuando vuelve a su Villa de Cura ya la madre no está, se había quedado para siempre dormida esperando al *general* o *doctor*, o simplemente Rafael, el hijo pródigo. Hizo periodismo regional algunos años, pero

un día, acaso en el destartalado coche del viejo don Salvador, abandonó el pueblo, el recuerdo de la madre bondadosa y a la “negra” Zoila Victoria, la linda hermana que por aquellos tiempos

disfrutaba de la envidiada gloria de ser la más bonita villacurana. Se vino a Caracas. Los compañeros de aventuras y de edad lo acompañaron hasta la Alameda, y a los de menos años nos gustaba oír de los amigos de Rafaelito, como todos le llamaban, los fantásticos proyectos que este pensaba realizar⁶.

Pero la capital de la república no lo entusiasma de momento, y como ha encontrado a un amigo que lo invita a “correr aventuras” con él se marcha hacia Boca de Aroa, en donde piensan establecer una tienda. Allí escribe artículos y poemas que publica en periódicos de la región. Sin embargo, ya para junio de 1911 está de nuevo en Villa de Cura y al siguiente mes participa en Caracas en los actos conmemorativos del centenario de nuestra Independencia.

Veamos una información al respecto:

Ayer fue colocada en el Panteón Nacional, en el monumento del Libertador, la hermosa corona de flores de cera que confeccionó artísticamente la señorita Mercedes Hernández por encargo especial de los gremios Agrícola y Pecuario del distrito Zamora del estado Aragua. Fueron comisionados por los ofrendantes para depositar la corona en el Panteón los señores Rafael Bolívar Coronado, Vicente Álamo Ibarra, Bernardo Jurado, Justo Quero, hijo, profesor Amador Briceño, Luis N. Campodoni y doctor J. Álvarez Rodríguez, quienes cumplieron a cabalidad la hermosa misión⁷.

Pronto hizo amistad con el doctor Francisco Jiménez Arráiz, a la sazón director del diario *La Nación*, fundado el 1.º de noviembre de 1910 y que apenas circularía hasta mediados del siguiente año. Él le brinda las páginas de opinión y comienza su tarea periodística. Pero también ha de ser colaborador de

6 Julio Morales Lara, “Rafael Bolívar Coronado”, *El Heraldo*, Caracas, 9 de mayo de 1945.

7 Delfín A. Aguilera y Manuel Landaeta Rosales, *Venezuela en el centenario de su Independencia*, Tipografía Americana, Caracas, 1912, v. II, p. 465.

El Tiempo, otro diario importante dirigido por los hermanos Fernando y Carlos Pumar, el doctor Cristóbal L. Mendoza y E. Porras Bello.

Dejemos que sea él quien nos cuente: “En esos días expidió Roma un documento que hería hondamente al clero y a la sociedad venezolana. Jiménez se permitió comentar el hecho aplicando un criterio liberal e ilustrado”⁸. A Gómez no le agradó, y agrega Bolívar Coronado que “tanto Jiménez como yo, que era el cronista del diario, presentimos la tormenta que se venía encima. Efectivamente, pocas semanas después fuimos asaltados a las doce de la noche por una cohorte de policías secretos que, revólver en mano, dieron orden de prisión a Jiménez”⁹, pero no así a Bolívar Coronado, quien se transforma en corresponsal del semanario *Puntos y Comas* de Villa de Cura, el cual dirigía L. López Celis en su segunda época, editado en la tipografía La Perla.

8 Rafael Bolívar Coronado, *Memorias de un semibárbaro*, editorial América, Madrid, s/f, p. 70.

9 *Ibid.*, p. 71.

XIX

El pasado vuelve a ser luz y camino.

La zarzuela *Alma llanera*

Rafael Bolívar Coronado colabora en *El Cojo Ilustrado* y en *El Nuevo Diario*, de Caracas; *El Luchador* y la revista *Horizontes* de Ciudad Bolívar; la revista *Atenas*, también de la capital de la República; sus artículos son reproducidos en los diarios de Bogotá, México y Madrid. Abandona *El Tiempo* porque encuentra un empleo en el interior, donde a la sazón ha de envolverse en episodio insólito que narra en sus *Memorias*:

En aquel diario permanecí poco menos de dos años. En sus columnas y en las de otras publicaciones de la capital, alcancé considerable nombradía como periodista y escritor. Alcancé lauros en dos certámenes; y después de cronista parlamentario con el pseudónimo de Diego Gabacho logré la única gracia que me ha concedido el erario público de mi país: un destino en las obras públicas del estado Falcón¹.

Pero veamos los muy curiosos antecedentes del caso. Es el resultado de una carta que había dirigido el 1.º de abril de ese mismo año al general Juan Vicente Gómez en estos términos:

Me permito dirigirle la presente, alentado por el concepto que tengo de la bondad de usted para con todos sus compatriotas.

1 *Ibid.*, p. 79.

Hasta la hora actual no había contraído compromisos políticos; y si hoy me atrevo a ofrecerle mis actividades, lo hago con la convicción de que la actualidad, creada por usted, es noble estímulo para la juventud de aspiraciones bien fundadas.

Semejantes razones y la difícil situación en que me encuentro me han impulsado a exigirle un destino en la administración pública, por el cual pueda yo ganar lo poco que a mi modesto vivir es necesario².

Años después, enemistado ya con los que habían sido sus protectores, escribiría en *Memorias de un semibárbaro*, refiriéndose al resultado de la ya vista correspondencia:

Un destinillo de cuatrocientos bolívares; en él permanecí unos cuantos meses. Este breve período de mi vida desolada y andariega ha dejado en mi espíritu una huella imborrable. Lo recordaré siempre; es acaso la ocasión en que más haya reído yo con toda el alma; lloré un poco, porque en el fondo de toda alegría hay una tristeza, pero todavía con solo el recuerdo gozo de la intensa satisfacción que me produjo. Por esa circunstancia, le voy a consagrar un capítulo especial, que desde luego considero el más interesante de mis memorias³.

Y en verdad lo es. En *Memorias de un semibárbaro* hay que detenerse en lo que fue su vida en Coro, pues Bolívar Coronado se inmiscuye en un acto de bastardía. Aludiendo a su jefe apunta que “entre los dos nos apropiamos de buena parte del presupuesto de la carretera; con orden de tener trescientos hombres en los trabajos solo ocupábamos doscientos”⁴, pero el aspecto deleznable es otro. Ese año de 1913 va a ser definitivo para mantenerse omnímodo el hombre que detenta el poder.

2 *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores*, n.º 99-100, p. 233.

3 R. Bolívar Coronado, *op. cit.*, p. 80.

4 *Ibid.*, p. 84.

Manifiesta el erudito historiador Ramón J. Velásquez, que el 29 de julio el presidente Gómez avisaba a los presidentes de Estado que “el general Cipriano Castro, impulsado por sus ambiciones y sus locuras, ha provocado un movimiento revolucionario en el país, ordenando a sus parciales se pongan en armas contra el Gobierno constitucional”. Continuaba la circular telegráfica advirtiendo a los presidentes de Estado, a los jefes de Parques y Fortalezas y a los comandantes de Armas de las diversas regiones del país, que “la paz no puede estar a merced de unos aventureros desposeídos de todo sentimiento decoroso” y que esperaba que cada quien cumpliría “con su deber, en el puesto que desempeñaba”. Gómez se traslada a Maracay convertido en comandante en jefe del Ejército, mientras que en Caracas el doctor Gil Fortoul desempeña las funciones de presidente de la República. Todos los jefes políticos se apresuran a ratificar en floridos mensajes su adhesión al jefe del país. La prensa publica un interminable número de telegramas.

Los escasos amigos y parientes de Castro que cayeron en la trampa gomecista fueron reducidos a prisión instantes después de pisar la costa. Pero el pretexto había resultado eficaz para asegurar la continuación de Gómez en el mando⁵.

Bolívar Coronado deja constancia en dichas *Memorias* que el general León Jurado lo incorporó a su séquito con grado de coronel en su Estado Mayor, “por lástima al joven poeta”, y a propósito de ello relata que dentro de ese pequeño mundo cultural de la región él hacía camaradería con Salvador Carvallo Arvelo, Adán Hermoso Tellería, César Capriles, Rafael Cayama Martínez y Jesús Pacheco Rojas.

El detalle anterior lo certifica el historiador Oldman Botello en su reciente libro sobre el personaje, al publicar un telegrama del 27 de abril de 1913 de Jurado a Gómez, en donde consta

5 *Boletín...*, *ibid.*, p. 230.

que son ayudantes del presidente en campaña los coroneles Jesús Pacheco Rojas, Miguel Alcalá, R. Pompeyo Irausquín, Rafael Bolívar Coronado, J. Recao Silva y Esteban Daal⁶.

Así es, pues, como Rafael Bolívar Coronado hace pérfido sainete en la política venezolana, plegado a Gómez y a sus congéneres. Mas cinco años después, simplemente porque está al lado de Rufino Blanco Fombona, o mejor, trabajando para él, despotrica en sus *Memorias*, sin júbilo ni razón, contra los que fueron compañeros suyos en esa infamante trampa.

El escenario para la farsa fue, pues, la región coriana. Bolívar Coronado lo cuenta a detalles en sus referidas *Memorias* que reproducimos más adelante. Vuelve a Caracas en septiembre de 1913, para establecerse en Villa de Cura durante unos meses de meditación y aprendizaje.

En marzo de 1914, trabaja en Caracas en la revista *Atenas* de Rafael Arévalo González como colaborador y redactor y escribe para los periódicos que mencionamos al comienzo del capítulo, desempeñando también las funciones de educador en la Escuela Unitaria Municipal n.º 3.

El 19 de septiembre del mismo año, se estrena en el Teatro Caracas un sainete, en un acto, denominado *El capitán Oñate* de Anán Salas, así como la zarzuela *Alma llanera*, en un acto y tres cuadros. La letra de esta es de Bolívar Coronado y la música del maestro Pedro Elías Gutiérrez y prestigiada por la compañía española de Matilde Rueda. “Esta obra despertó gran entusiasmo en Venezuela, haciendo vibrar de emoción a todas las masas populares por su joropo, cuyas notas musicales de puro sabor criollo, se hicieron muy populares”.

Por todas partes se comenzó a mencionar al autor de la letra de la canción. Sin embargo, es de hacer notar un

6 Oldman Botello, *El hombre que nació para el ruido. Biografía de Rafael Bolívar Coronado*, Publicaciones de la Asamblea Legislativa del estado Aragua, Maracay, 1993, p. 53.

detalle dramático que ha dado pauta para enjuiciar a Bolívar Coronado, desde el ángulo de lo morboso en psicopatología. Expresa Sambrano Urdaneta que,

por cierto, ocurrió algo muy curioso la noche del estreno de *Alma llanera*. Cuando ya la representación tocaba a su fin, Bolívar Coronado, que se hallaba disimulado entre el público asistente, salió apresuradamente del teatro. Concluida la zarzuela, el público pidió que el autor saliera a las tablas. Naturalmente, aquel no se presentó, puesto que se hallaba ausente desde hacía unos momentos. Al día siguiente, cuando sus amistades le reclamaron aquella sorpresiva huida, por toda explicación respondió:

“Me fui porque me imaginé que el público me iba a silbar”.

Y algo de esa timidez se traslucía en una frase que repetía con insistencia a sus íntimos:

“Yo no tengo nombre en la república de las letras”.

Y en el prólogo del *Parnaso boliviano*, defiende las firmas de los escritores anónimos, “porque entre los simples aficionados o los inéditos se encuentran también producciones de altísimo valor literario; y a la inversa, descomunales estupideces en los nombres aureolados por la publicidad.

En esta ciudad puede estar parte de la explicación de que él, Rafael Bolívar Coronado, hubiese velado casi siempre su nombre en la media docena de obras que publicó, como si experimentase el temor de que el público silbara las páginas suscritas por quien carecía de nombre en la república de las letras⁷.

Esta zarzuela, que sin importancia entró por la puerta grande de la vida artística nacional junto con *El rey del cacao*, libreto de Leoncio Martínez y Armando Benítez y música de Manel Rivera Baz, fueron las piezas de mayor éxito en esta temporada.

Pasan los días y la canción es tarareada aquí y allá, por ello Bolívar Coronado y Gutiérrez resuelven presentarla

7 Ó. Sambrano Urdaneta, *op. cit.*, p. 16.

formalmente ante otro tipo de público. Veamos la carta dirigida con fecha 30 de diciembre de 1914 al doctor Victorino Márquez Bustillos, presidente provisional de la República, y firmada por el primero en donde expresa que:

Hemos hecho una selección musical de nuestra zarzuela en un acto *Alma llanera* y la estrenaremos esta noche (jueves) en la retreta de la Plaza Bolívar. Este estreno, tenemos no solo un vehemente placer, sino un honor muy alto en dedicarlo a usted y al doctor A. M. Delgado Briceño como una salutación de año nuevo⁸.

Desde entonces *Alma llanera* se transformó en otro himno del pueblo venezolano y sus notas van por el universo a la par que el nombre de la patria y el valor de sus símbolos. Aparecería la producción dramática editada en Caracas, en 29 páginas, por la Tipografía Americana en 1915, año en el cual Bolívar Coronado ve otra pieza suya llevada al entarimado del Teatro Caracas con el título de *María del Rosario*, comedia que estrena también Matilde Rueda, el 28 de mayo del mismo año.

Mas es importante decir que el autor se empeñó en la publicación, no solamente de su zarzuela. Veamos el texto de la misiva que le dirige el 22 de enero de 1915 al doctor Victorino Márquez Bustillos, encargado de la presidencia de la República:

Me permito enviarle la presente carta esperando en llevar a cabo el proyecto que tengo de editar en esta ciudad un libro que contendrá una novela corta y la zarzuela *Alma llanera*. Me empeño en hacer esto, accediendo a multitud de peticiones tanto de Caracas como del interior en que me exigen, ya el libreto, ya la música de aquel ensayo dramático. A usted que tan nobles estímulos ha tenido para con el arte patrio, me permito exigirle su generoso apoyo en el sentido de realizar tal propósito, pues mis recursos de

8 *Boletín...*, *op. cit.*, p. 234.

humilde maestro de escuela municipal no responde a esta necesidad literaria⁹.

¿Pero cuál sería su primera novela? Creemos que pudiera ser apenas un esbozo, pues lo que aparece publicado es el cuento *La tristeza de Blancapobre*¹⁰ del cual ya hablaremos.

No deja de vibrar Bolívar Coronado. La siguiente carta, fechada en Caracas, en mayo de 1915, para el mismo doctor Márquez Bustillos es un fehaciente testimonio:

Cuando usted me dijo que “podía contar con los sesenta y cinco pesos” cometí la falta de dar los originales a la imprenta, y terminado el trabajo me encuentro acosado por el editor.

Ahora me dice Bracamonte “que no sabe de ese asunto, que no sabe si podrá darme tanto o cuanto, que no puede ser hoy, que eso no está resuelto”.

Yo le suplico a usted, doctor, la caridad de decirme definitivamente, para yo en ese caso entregarme al editor a que me demande o me meta a la cárcel... en fin. Comprendo que ha sido una precipitación de mi parte el dar esos originales sin tener certeza del dinero, pero bien, yo ya estoy dispuesto a entregarme, ya que mi espantosa miseria no me depara otra cosa que mi pobre persona¹¹.

Pocos días después, al mismo doctor Márquez Bustillos, el día 15 de mayo, le expresa:

Perdone usted esta nueva inoportunidad, que si bien lo es en grado sumo, en cambio, pone de relieve lo propensos que están los hombres de espíritu generoso a ser molestados en todas las épocas por los que como yo viven de brazaletes con la angustia.

La que me abruma actualmente no es menos, pues como usted me dijo que hablara con Montenegro respecto a la edición de mi

9 *Idem.*

10 R. Bolívar Coronado, *La tristeza de Blancapobre*, Tipografía Americana, Caracas, 1915, p. 15.

11 *Boletín, op. cit.*, p. 235.

obra, yo di por seguro el resultado, y cometí la falta de entregar los originales en la imprenta: ahora resulta que el editor me prodiga rudos y ásperos decires, encontrándome yo impotente y él con buena parte del trabajo ejecutado, sin que yo pueda cumplir la palabra que le di.

Ruego a usted de nuevo, doctor, me perdone este mensaje, que a eso obliga el dogal, amén de que a los hombres representativos o conductores de pueblos los ven sus conciudadanos como penates¹².

Mas, continuemos. ¿Quién lo entiende? El 19 de enero de 1916, al publicar en *La Revista* una crónica sobre la actuación de un grupo de jóvenes muchachas iniciadas en la escenificación, titulada “Las risueñas alumnas de la academia”, al referirse a *Alma llanera*, expresa:

No puedo negar mi chifladura por “el tinglado de la antigua farsa”. Lo malo es que cada vez que he tratado de abordarlo me han puesto las tablas en la cabeza. De todos mis adefesios es la letra de *Alma llanera* del que más me arrepiento. En efecto, es esta mi página dolorosa; el hijo enclenque de mi espíritu, la cana al aire, la metida de pata. Amigos bondadosos, por consolarme, dicen que su mediano estreno en el Caracas y su pavorosa *repuse* en el Municipal, fueron culpa de los cómicos que la montaron, que eran muy malos.

Pero a mí no me engañan esos cantos de sirena entonados por la amistad desgranada en piedades. Es cierto que los cómicos eran malos... pero el libreto era “más peor” y... ¡adiós seguidilla! La música fue la que salvó la situación con su mezcla de risas y quejumbres del predio. El maestro Gutiérrez me hizo un quite muy a tiempo!

¿Que trato de curarme en salud con la panacea del yoísmo?... ¡No! Estas contumelias se vienen ellas solas, ruidosamente, por el esqueleto del párrafo, debido a una circunstancia especial, es decir, que ni el fracaso, ni las tiras del pellejo que le han arrancado a mi

12 *Idem.*

espalda con tal motivo, me han hecho escarmentar: sigo tan chiflado por el teatro como ayer.

Pero insiste en sus reclamos pecuniarios para pagar las ediciones a que hemos hecho referencia. Al comenzar el mes de diciembre de 1915, al mismo doctor Márquez Bustillos, le manifiesta:

Al enviarle este pequeño y humilde mensaje, no temo su desagrado por la reticencia, pues sé de su amplia y noble inspiración para con los pobres y los abatidos.

Como sé también de lo que son las atenciones infinitas de la magistratura, me he atrevido hoy a hacerle este recuerdo sobre lo que usted benévolamente aplazó para en breve¹³.

En tanto para el 28 del mismo mes de diciembre, en un apoteósico homenaje que se le rinde a un gran personaje del teatro venezolano, Teófilo Leal, y que se efectúa en el Municipal, Bolívar Coronado ha de experimentar una nueva alegría. Dividido en tres partes, el testimonio público al gran intérprete se inicia con la representación de la comedia en un acto titulada *Naturaleza muerta*, de Salustio González Rincones; luego la zarzuela *Alma llanera* y un acto de concierto

en el que tomaron parte la señorita Linda Bezozzi en la *Serenata* de Schubert y el tenor Luis Giliberti en la romanza “Una furtiva lágrima”, de la ópera *Elixir de amor*. La Estudiantina venezolana interpretó piezas escogidas en los entreactos... En la función tomaron parte los destacados artistas Matilde Rueda, Emilia Montes, Lucio Delgado, Jesús Izquierdo, Rafael Guinand, Manuel V. Pellicer y otros... El discurso de orden estuvo a cargo del doctor Eloy G. González, quien disertó sobre la vida y la obra del actor Leal y el teatro venezolano¹⁴.

13 *Idem.*

14 Carlos Salas, *Historia del teatro en Caracas*, Concejo Municipal del Distrito Federal, Caracas, 1974, pp. 114-115.

Pero volvamos a *La tristeza de Blancapobre* que salió a la luz de las prensas de la Tipografía Nacional y que tuvo grata acogida en el n.º 20 de *La Revista*, del 26 de septiembre anterior, en estos términos:

Bibliografía Nacional

La tristeza de Blancapobre. Rafael Bolívar Coronado.

Nítidamente editado en la Tipografía Americana, ha comenzado a circular en opúsculo, cuyo envío agradecemos, un cuento intitulado como este apunte y el cual está pleno de la frescura y vigor del colorido que caracteriza la personalidad literaria de su autor, que es acaso uno de los más hábiles cuentistas de la generación de escritores venezolanos.

Literatura esencialmente criolla la de este distinguido colaborador de *La Revista*. Le han valido sus méritos artísticos encomios de valía, tal es la acogida que dio Rubén Darío a una de sus prosas en su periódico *Mundial*.

El joven autor escribiría el 4 de enero de 1916, otra epístola al dicho doctor Márquez Bustillos:

Ante todo hago votos muy sinceros por su felicidad, y desde el fondo de mis pesadumbres, pido a los hados un enjambre de alborozos —como estrellas de oro— para su hermoso y virtuoso y florecido hogar. Aunque sé por mi propio espíritu que el bien es el más poderoso imán para el bien mismo...

Sean, pues, estas líneas el sincero recuerdo ante el ilustre patricio a quien tantas bondades debo¹⁵.

El deseo de Bolívar Coronado de publicar la zarzuela contó con el aplauso de Pedro Elías Gutiérrez, quien se empeñó en que se mantuviera la dedicatoria que llevaba el original: “A Matilde Rueda, la genial artista que de tan humilde opúsculo

15 *Boletín...*, *op. cit.*, p. 236.

ha hecho una llamarada de exaltación y de ensueño... EL AUTOR”.

El título completo de la publicación es *Alma llanera. Zarzuela en un acto y tres cuadros*, original de Rafael Bolívar Coronado. Música del maestro Pedro Elías Gutiérrez. Estrenada en los teatros de Caracas, Valencia, Puerto Cabello y Barquisimeto. Caracas, Tipografía Americana, 1915, con un tiraje de 250 ejemplares.

Pero no se trata de una pieza sin trascendencia. Muy regional sí, pero tras el escenario un cúmulo de giros idiomáticos rebuscados en el argot del campesino llanero, exagerados hasta lo imposible y tan frecuentes que la obra cansa a poco de comenzar su lectura, lo que no debe haber sucedido en la representación dramática; por otra parte, las contracciones están tan seguidas que se pierde el hilo de la motivación descifrando expresiones. El palabrerío se desborda incontrolablemente. Un ejemplo apenas: “pocas calamidás jaces pasá a la probe Rita”.

Si algo en particular tiene esta zarzuela, se debe a las coplas y a la letra de la bellísima canción que inmortalizó el nombre de Rafael Bolívar Coronado, pero el eje de la misma es débil, pues da la impresión que fue elaborada muy de prisa y centrándose la imagen del autor en uno de los personajes principales, Cubito, que como él va a comportarse el creador durante el resto de su vida, un Don Juan, un Casanova, un iluso y un aventurero formal que disfrutó de muchas mujeres, peleó con las armas de su talento y como Cubito desapareció de la zarzuela de su vida, sin que nadie sintiese compasión, que no la necesitaba, por cierto, ya que él hizo su existencia a su antojo.

XX

De la producción literaria al concurso de los Juegos Florales de 1916

Hemos visto la forma en que participaba Rafael Bolívar Coronado en la vida cultural del país. Corresponsal de semanarios del interior, cronista de diarios de la capital de la república y colaborador en las páginas de opinión de muchos periódicos, ya sea con crónicas o con una novedosa narrativa que llamaba la atención.

En las postrimerías de la existencia de *El Cojo Ilustrado* ha de tener participación con su fluida prosa, así: *El cazador de almas*, (n.º 510, 15 de marzo de 1913); *El fogón de la virgen pura* y *El padrino* (n.º 515, 1.º de junio del mismo año); *La historia de muchas rosas* (n.º 528, del 15 de diciembre); *Rosarito* (n.º 537, 1.º de mayo de 1914); y *La primera ilusión* (n.º 554, 15 de enero de 1915).

En la revista *Atenas*, de Rafael Arévalo González, colabora desde enero a diciembre de 1914 con “Los poemas de la sierra”, “¡Nunca!” (31 de enero); “Carne mechada” —contiene: “Ven...”, “Arpas en el silencio” y “Gentecilla”— (28 de febrero); “Los poemas de la sierra. Una tradición aragüeña. San Isidro Labrador”, (15 de abril); “Flor de mayo” —para Manuel Puertolas y Jesús Izquierdo— (15 de octubre); y “Caléndulas!... ¡Violetas... ¡Orquídeas!... (31 de diciembre).

En *El Tiempo* debe haber publicado sobre muchos temas que no hemos podido identificar plenamente porque comienza a utilizar falsos nombres. Apenas está calzado con su firma *Cuento de muerte y perro* (n.º 115, del 15 de julio de 1914).

Mas después de veintidós años de categórica labor creadora, le corresponde a don Pedro Valery Rísquez soltar las amarras de un nuevo pedestal de cultura capaz de suplantar a aquel. La idea cuaja inmediatamente y nace *La Revista*, cuyo número inicial tiene fecha 16 de mayo de 1915. Su director va a ser el doctor Antonio Riera y redactor o jefe de Redacción, el erudito escritor Jesús Semprum. Aquí encontrará Rafael Bolívar Coronado campo propicio para su desbordante producción literaria y periodística. Por cierto, desde el n.º 9, del 11 de julio, Eduardo Innes González sustituye a Semprum.

Bolívar Coronado desde Caracas colaboraría en *La Revista* hasta mediados de 1916 y durante el resto del año desde Madrid y otras ciudades españolas. Por ejemplo, en 1915: “Graciela está llorando” (cuento) (n.º 10, 18 de julio); “Pupilas de oro” (cuento) (n.º 13, 8 de agosto); “Desarraigada” (cuento) (n.º 21, 3 de octubre); “La peineta de carey” (cuento) (n.º 25, 30 de octubre); “Los frailes de Las Mercedes” (crónica) (n.º 28, 21 de noviembre); “Un entrevistador entrevistado” (crónica) (n.º 30, 5 de diciembre); “Color de rosas” (cuento), (n.º 31, 12 de diciembre); y “El Gólgota de las feas” (n.º 33, 26 de diciembre).

En 1916, “A propósito de mis despropósitos” (n.º 34, 2 de enero) comentando las reacciones adversas que despertó una serie de respuestas que le dio a un periodista del diario *El Universal* sobre su vida; “Las risueñas alumnas de la academia” (n.º 35, 9 de enero); “Los paseos abandonados” (n.º 36, 16 de enero); “Belmonte en el ejército español” (n.º 37, 23 de enero); “Nuestro mercado de pájaros” (n.º 39, 6 de febrero); “Crónicas del carnaval de la vida” (n.º 43, 5 de marzo); “Crónicas rurales:

de cómo manejan el adjetivo en mi tierra” (A María de Avril) (n.º 45, 19 de marzo); “Crónicas rurales: el potro moro” (A Belencita Aguilar) (n.º 47, 2 de abril); “Las cocineras de Caracas” (n.º 48, 9 de abril); “Los bichos raros” (sobre el fotógrafo Henrique Avril) (n.º 50, 23 de abril); “Las hijas del Ávila” (n.º 52, 7 de mayo); “Flores y abejas” (n.º 53, 14 de mayo); “La industria del humo” (n.º 54, 21 de mayo); “Desgarrando las brumas del pasado” (n.º 56, 4 de junio); “Rincones pintorescos de Caracas” (A Francisco Tovar Ortega); y “Cuán lejos, muy lejos”, fechada en La Guaira el 18 de junio, (n.º 59, 25 de junio).

Es en esta época cuando comienza a recorrer el mundo desde un solo lugar. Se ha establecido en Madrid bajo la protección del escritor y poeta español Francisco Villaespesa. Escribe en *La Revista*: “El ocaso de la libertad” (crónica sobre Puerto Rico y José de Diego) (n.º 66, 13 de agosto); “La cigarra de los mares”, fechada en Las Palmas (n.º 67, 20 de agosto); “La España que yo estoy viendo”, fechada en Madrid (n.º 68, 27 de agosto); “Las bodas de Camacho”, también en Madrid (n.º 69, 3 de septiembre); y “El ‘Quire’ marroquí” datada en Tánger (n.º 70, 10 de septiembre). Todas las demás las rubrica en Madrid, así: “La verbena del Carmen” (n.º 72, 24 de septiembre); “Sucio... empolvado” (n.º 73, 1.º de octubre); “Las corridas nocturnas” (n.º 75, 15 de octubre); “La revista *Cervantes*” (n.º 79, 12 de noviembre); “El hijo del cisne” (n.º 80, 19 de noviembre); y “Crónica de España”, sobre el poeta Francisco Villaespesa (n.º 83, 10 de diciembre).

También apareció allí su celebrado cuento *El niño de los azulejos* que merece un comentario más detallado por los pormenores que rodean el asunto. Luis Alejandro Aguilar ideó los primeros Juegos Florales en Venezuela y para ello, en el n.º 30 de *La Revista*, del 15 de diciembre de 1915, publicó las bases del certamen literario con los siguientes temas:

1.º Poemas en verso castellano de metro y asunto libre; 2.º Cuento en prosa castellana de asunto libre; 3.º Narración de un acontecimiento importante de la historia de Venezuela.

Habrán tres premios para el primer tema, uno con accésit para el segundo, y otro para el tercero también con accésit... Las composiciones deberán ser enviadas antes de 7 de enero, pues en dicho día quedará cerrado el certamen.

Los premios para el primer tema consistirán en una Flor Natural, una Gardenia de Oro y una Violeta de Oro, ofrecidas por las joyerías de Gathmann Hermanos y La Esmeralda. Los del segundo y tercer tema consistirán en objetos de arte ofrecidos por las casas de moda de Liverpool y la Compagnie Française.

Habrán un premio especial que se denominará Premio Presidencial, ofrecido por el presidente provisional de la República para el poeta premiado con la Flor Natural; otro premio que se publicará oportunamente para el autor del cuento premiado y otro que se denominará Premio del Ministerio de Instrucción para el autor premiado en la narración histórica.

Como moderador de los Juegos Florales fue designado el doctor Manuel Díaz Rodríguez y los jurados quedaron integrados así: VERSO: Julio Calcaño, Andrés Mata, Víctor M. Londoño; CUENTO: José Gil Fortoul, J. M. Herrera Irigoyen y Jesús Semprum; NARRACIÓN HISTÓRICA: Laureano Vallenilla Lanz, Vicente Lecuna y Manuel Segundo Sánchez. Y habría una fiesta especial en el Teatro Municipal para pronunciar el fallo. El n.º 40 de *La Revista*, del 20 de febrero de 1915 es “especial” y en el mismo hay páginas consagradas al elogio de los galardonados en el evento.

Han sido los triunfadores —se apunta en la reseña— en poesía, Udón Pérez, el admirable orfebre de *Ánfora criolla*, vencedor desde temprana edad en más de un lírico torneo; Juan Santaella, el primero por su intensidad emocional y por la azul transparencia de su verso en los de su agrupación literaria; Alejandro

Fuenmayor, cuya estrofa vibra cual una lámina de plata. En el cuento, Rafael Bolívar Coronado, pluma criollista, forjada a puro esfuerzo propio que tiene un sello peculiar de originalidad; Arturo Castrillo, observador consciente de estados de alma y descriptivo feliz de paisajes nacionales. En la narrativa histórica, Eloy G. González, nombre que es credencial de gloria; Pedro Ezequiel García, joven escritor que se ha revelado como un fortunoso cultivador de la historiografía amena.

Aparecen fotografías de los miembros del jurado, del presidente de la República, del presidente provisional, doctor Márquez Bustillos; del general Juan C. Gómez, gobernador del Distrito Federal; del doctor Felipe Guevara Rojas, ministro de Instrucción Pública; de la reina del certamen y su corte; y de otros muchos personajes de la vida intelectual venezolana. Asimismo, de los objetos que constituyeron los premios; pero, por sobre todo, los textos de los trabajos favorecidos, entre los cuales aparece el cuento de Rafael Bolívar Coronado, adornado con un retrato del autor, como en todos los demás casos.

En otras páginas, el poeta y crítico Emiliano Hernández escribe que el vencedor:

a quien este lauro destaca un poco más como escritor criollista... tiene una inteligencia instintiva y una mentalidad laboriosa. A propio pulso, sin base de erudición literaria ni mucho menos científica ha ido de inseguridad en inseguridad hasta cobrar certeza, más en la descripción de los cuadros y paisajes que en la trama de sus cuentos, cómicos en su mayoría, a fuerza de querer ser trágicos. Le ha sucedido lo que a ciertas personas que por aparentar demasiada seriedad hacen reír a carcajadas.

Este lauro es una voz de aliento para quien tiene a su favor a más de una innegable facilidad mental las energías que comunica el amor a la gloria (no importa que la gloria tenga, a veces, sonrisas alevosías de mujer).

XXI

El escritor viaja a España

En los días finales de 1915, Rafael Bolívar Coronado ve circular su obra *La tristeza de Blancapobre*, editada en la Tipografía Americana, con 15 páginas, en formato octavo.

En una correspondencia dirigida al general Juan Vicente Gómez, a quien describe como “Presidente electo de la República y comandante en jefe del Ejército”, manifiesta, el 7 de enero de 1916, lo siguiente:

Quiero ser lo más breve para no distraerle su transcendental ocupación porque una gran angustia se puede expresar en pocas palabras.

Soy un humilde ciudadano; pero adicto a usted como el más altivo. Por esa circunstancia me dirijo a usted en este momento del más grande abatimiento, pues ha sido siempre impulso espontáneo del que sufre dirigirse al jefe, al padre, a su creencia religiosa.

Estoy al ser echado del humilde albergue porque debo tres meses de alquiler... debo veinte y cinco pesos de comida... mi familia me pide unas medicinas desde la provincia y yo no puedo mandárselas porque hace ya más de dos meses que no encuentro ganar un centavo.

Voy, pues, con una súplica hacia el generoso y noble jefe a pedirle quinientos bolívares para libertarme de este caso tan grave para mí¹.

1 *Boletín del Archivo Histórico de Miraflores, ibid.*, pp. 236-237.

Por cierto, que como nota este documento tiene el siguiente texto: “Es un joven escritor amigo de la causa que está atravesando una situación muy mala y pide que el general le dé un recurso”.

Por entonces, escribiría en el n.º 53 de *La Revista*, del 14 de mayo de 1916 lo siguiente:

acaso no hemos logrado llegar al ánimo de los lectores con el rayo de luz soñado por espíritus generosos; acaso no hayamos producido en ciertas almas selectas eso que en metafísica podría llamarse el perenne anhelo de infinito que palpita en la inquietud fantástica del alma; acaso hayamos despertado escozores dormidos; quizás hemos avivado, sin quererlo, la brava y viva brasa de resquemores que parecían atenuados por un bálsamo de olvido sedante y redentor, pero en nuestra sinceridad de simples colaboradores, de simples jornaleros de la pluma, experimentamos una fresca delicia: el amor a la belleza, la contemplación del icono sagrado, en quejumbroso trino por las angustias incurables de la traición; la loa en honor de la mujer; la búsqueda constante de lo mejor para este inmenso y querido pedazo de tierra que lleva en alma a Bolívar... como las cumbres sus altaneras blancuras.

Gana el primer premio en el certamen del 19 de abril de 1916 de *El Nuevo Diario*, para producciones en prosa, con su página “Corazón”. Al de poesía se hizo acreedor José Tadeo Arreaza Calatrava. Leamos un comentario aparecido cinco días después, y luego el veredicto:

El jurado para decidir acerca del mérito de las producciones en prosa enviadas al certamen literario del 19 de abril, otorgó el premio a la composición titulada “Corazón”, de la cual es autor el señor Rafael Bolívar Coronado.

Es ese un nuevo lauro ganado en lid gallarda, por el inteligente escritor, a quien, aun aquellos no bienquistos con el género crio-

llista que aquel cultiva, reconocen sin regateos felices cualidades para sobresalir en el difícil arte del cuentista.

Su prosa vibrante, llena de colorido y de imágenes, se insinúa amablemente, y poco a poco le va haciendo un puesto y destacándolo entre los escritores venezolanos de la nueva generación.

VEREDICTO

Reunidos ayer en la dirección de *El Nuevo Diario* los señores doctor Jesús Semprum, doctor Santiago Key Ayala y Laureano Vallenilla Lanz, para juzgar del mérito de las composiciones en prosa enviadas al certamen del 19 de abril, leídas las veinte composiciones enviadas, el jurado escogió la que lleva por título “Corazón”, por ser la que más se ajusta a las condiciones exigidas.

Abierto el sobre correspondiente, resultó ser su autor el señor Rafael Bolívar Coronado.

Es un cuento de antología, logrado con donaire y en donde el autor ya lleva la mirada puesta en la historia de cronistas y amanuenses. Con el objetivo de llegar a la trama se remonta al siglo XVI y avanza por el XVII y el XVIII para situar a Jacinta, su personaje central, al lado del capitán general Vicente Emparan, en 1810, con el cual tiene un romance que pone al mancebo a sus pies, pero se sucede el 19 de abril y el gobernante español dejó de tener mando porque él así lo quiso. La bella criolla era entonces su obsesión. Termina así:

Él la amaba como la luz de sus ojos. Jamás habíase detenido a reflexionar en la diferencia de clases: si acaso discurrió alguna vez su pensamiento en torno de este prejuicio, fue para sacar en consecuencia que así como del negro carbón surge el diamante, muy bien puede encenderse la lámpara maravillosa de un alma noble en el oscuro ser de una muchacha de la clase media. ¿No brota como un rayo de luna el manantial del seno áspero y sombrío de una roca?

¡No, no! ¡No podía ser! ¡Él no podía creer que Jacinta lo desdeñase así brutalmente, sin motivo!

¿Estaría ella también identificada con las ideas del populacho grosero, estrafalario y soez?

Él no quería mando; pero quería a Jacinta con toda su alma.

—¿Tú tampoco me quieres?... Al populacho lo mandó ese perro chileno de Madariaga... a ti, ¿quién te ha mandado?

—¿A mí?... ¡el corazón!

Cuando terminábamos de corregir las galeradas de este trabajo recibimos la gratísima sorpresa de la publicación del libro *El hombre que nació para el ruido. Biografía de Rafael Bolívar Coronado*, del connotado historiador Oldman Botello, y encontramos en muchas de sus páginas informaciones y conceptos realmente interesantes, amén de unas ilustraciones que llaman la atención poderosamente. Solo vamos a hacer referencia aquí a una lista de seudónimos que utilizó el villacurano ilustre en el diario *El Impulso*, de Carora y luego de Barquisimeto, entre los años 1916 y 1917, y que son los siguientes: A. Pérez Neiva, Adolfo Llanos, Alain Monjardín, Alberto Ladvogar, Araguaney, Buenaventura L. Vidal, Diego Bautista Ferrer, Domitila García de Coronado, Doctor Fauquier, El Diablo Cojuelo, Enrique Contreras, Fernán Caballero, Francisco Iribarne, Ignacio Monclús del Palacio, J. Alvarado Ruiz, J. y S. Álvarez Quintero, Javier Marmier, Jesús Castellanos, Joaquín Álvarez Quintero, José Nogales, José Rogelio Sánchez, Juan Pedro Beltrán, Luis H. Gil Lecuna, Luis Tablanca, M. Rodríguez Codolá, M. Woodbine, N. V., O. Valles, Olegario Sánchez Prieto, Paul Féval, Pedro de Novo y Colson, Rafael Ángel Troyo, Raúl Abreu, Serafín Álvarez Quintero, Simón Ortega, Sinibaldo G. Gutiérrez².

También incluye Botello un falso nombre que Bolívar Coronado utilizó en *El Universal* de Caracas, el 25 de enero de 1916, en una entrevista que le hizo al banderillero español

2 O. Botello, *op. cit.*, p.205.

José Jiménez, IV Carancha; el mismo es el Chico de la Blusa³. Igualmente, en *La Revista*, por diciembre de 1916, utiliza el Caballero del Verde Gabán en el artículo “Don Benito y Marianela y Abdul Hodeimar” en el trabajo *El Gedeón de los árabes*⁴.

En el n.º 58 de *La Revista*, del 18 de junio de 1916, aparece esta nota:

En el vapor español que zarpa para Europa, marcha hacia la Madre Patria nuestro apreciado amigo y colaborador el señor Rafael Bolívar Coronado.

Va el laureado autor a España en solicitud de mayor ambiente a sus aspiraciones, con el deseo de conquistar esa amada fugitiva y caprichosa que se llama la gloria.

Bolívar Coronado lleva a España la representación de redactor de *La Revista*, y desde aquellas tierras solares enviará a este semanario sus impresiones del Viejo Mundo.

Es indudable que su sensibilidad evidenciada en bellas prosas y versos, y su facultad descriptiva tan notoria en el género literario que cultiva, el cuento criollo, se afinarán en Europa con la visión de medios superiores y con el estudio metódico y constante.

El colorista de “Nido de azulejos” vencedor en nuestro concurso de cuentos de los primeros Juegos Florales, sabe que junto con nuestro cariño le acompañan nuestros votos por su felicidad y sus triunfos en Europa.

Ese 18 de junio está en La Guaira donde escribe la siguiente página que titula “Cuando lejos, muy lejos”:

Salvadas las últimas casuchas de el Buen Consejo, la locomotora lanzó un alarido brusco y mordente que rasgó también el velo de melancolía que la partida tendió sobre mi espíritu.

3 *Ibid.*, p. 77.

4 *Ibid.*, p. 79.

El padre Fuentes Figueroa, desde el dintel de su puerta agitó el pañuelo alegremente:

—¡No se te olvide enviarme un litro de vino de jerez!

Ramón Araujo, el notable bandolinista, por no quedarse atrás coreó la despedida del clérigo:

—¡Y a mí una guitarra andaluza!

¡Caracas haciéndome el último agasajo... la última sonrisa avi-leña. La jovial y noble y lisonjera Caracas, esta Caracas tan bondadosa y tan buena conmigo... Esta Caracas cuyo recuerdo va en mi corazón, en mi doliente y lacerado corazón, como la seda blanca de la niebla en la aspereza de la cúspide!

¡Caracas! Yo, como Quinito Valverde, lírico trashumante, quiero llamarte: “Caracas de mis amores”. Bendito sea tu Ávila cuyas cumbres estoy mirando ahora, estremecido de un fervoroso, de un amoroso pesar y las cuales un día, acompañado por el sencillo y rústico José de los Dolores, me recordaron mis montañas maternas!

El tren avanzaba, salvando recodos, barrancos, oteros... avanzaba como una bestia loca de dolor y de rabia, bajando, trepidando, rugiendo, arropado por una furiosa sábana de humo. ¡Poco después se tendría a nuestra vista mi viejo amigo el mar! Ese viejo y sonoro mar Caribe cuyas amargas ondas recibieron un día como un holocausto las lágrimas ardientes del semidiós de América; y cuya influencia milagrosa produjo trenos sublimes en la lira de nuestro inmenso Pérez Bonalde.

Viejo y sonoro mar que dio la bienvenida a las carabelas españolas y que se extiende a los pies del Ávila soberbio como una fantástica alfombra de zafiros.

¡Adiós, Ávila rico! ¡Ávila, que siendo áspero y gris adorna tu seno con las flores más resplandecientes y sedosas! ¡Ávila que siendo severo y solemne llamas “hijas” a unas mujeres lindas como gemas!

¡Adiós Olga!... ¡Lola!... ¡Blanca!... ¡Margarita!... ¡Rosario, soñadora y romántica!... ¡María, que como la del poema caucano, eres sensitiva y buena!... Rosada y hermosa. ¡Totó, con tus grandes ojos negros y tristes como las heroínas del trágico español! ¡Y tú... la que no tiene nombre!... ¡tú, Nirvana o Lucero, Sirena o

Promisión de amor, rayo de luz o espesa sombra: del beso que me diste, del veneno de olvido con que la tenebrosa indolencia de tu espíritu saturó mis anhelos, llevo una gran parte en el vaso do-liente de mis incógnitos pesares! ¡Ojalá él no cause nuevas torturas, porque de lo contrario diré... lo que dijo Volney en el pórtico del palacio de Wokewe!

Pero aun así yo te saludo...

No con el blanco pañuelo de los recuerdos, sino lanzándote —ya marchita— aquella flor de esperanza que un día prendieron tus manos de nieve en la melena enmarañada, salvaje, soberbia, de mi alma!

El poeta Simón Camejo le hace un bello soneto de despedida que publica la prensa. En *El Nuevo Diario* aparece una elocuente crónica.

Pero antes, el 29 de marzo y el 26 de abril del mismo año, le había escrito cartas al doctor Márquez Bustillos:

Me permito hoy enviarle este breve mensaje en virtud de algo que me permití insinuarle al doctor Montenegro, lo cual tuvo como siempre en el ánimo de este buen amigo cuando de mí se trata una noble acogida, ofreciéndome al efecto mediar con usted en tal circunstancia.

Yo, como usted comprenderá, vivo del trabajo diario y constante de mi pluma: *El Nuevo Diario* me ofrece las crónicas parlamentarias en el próximo Congreso, y como para esto se necesita en cierto modo una base oficial para uno hacer con más facilidad el trabajo, yo me permito ocurrir a usted —mi consecuente amigo— a ver si puedo lograr una pequeña plaza en la Secretaría de aquella Asamblea Nacional.

Esto me sería un útil escalón para ayudarme en mis angustias económicas, y un nuevo motivo de la inexpresable gratitud hacia Ud.⁵.

5 *Ibid.*, p. 237.

Nuestro compatriota, el ilustre escritor Pedro César Dominici, cediendo a un requerimiento mío, me ha conseguido una colocación industrial en España. Carta suya de principios de los corrientes me manifiesta que debo hacer lo posible por partir pronto.

Como era natural, ocurri a nuestro común amigo general Andrade y hablé con él en el sentido de obtener un pasaje del Gobierno nacional. Andrade como siempre para mí, y amigo que fue de mi padre, manifestó que llevaba mucho gusto en secundarme, no solo por la rectitud de la exigencia sino que también por considerar que yo podré ser algo en un medio más amplio.

Al efecto me indicó que le escribiera a usted y que le avisara a él el envío de la carta para ver si así lograba algún pequeño auxilio junto con el pasaje.

A mí me pareció excelente la idea en virtud de que nadie más que Ud. sabe de mis cuitas y de lo urgido que estoy de tomar una ruta definitiva.

En cuanto a lo demás, sabe usted que de letras y de publicaciones me ocuparé siempre (que ese es mi sino) y es claro que procuraré secundar a donde pueda los progresistas propósitos del general Gómez en estos trópicos americanos⁶.

Y Bolívar Coronado recuerda, allí en La Guaira, su buena amistad con el brillante escritor Luis Correa. Zarpa el barco el 18 de junio. En julio escribe para *El Nuevo Diario* y *La Revista*, desde Tenerife y Las Palmas, y en agosto desde Madrid, Tánger y Barcelona.

Escribe también nuestro desbordado periodista en *El Universal*. Es extensa la lista de sus crónicas en este importante diario caraqueño. Pero nos vamos a referir a una sola, la cual no tenemos necesidad de reproducir, porque quien le respondió deja bien claros los conceptos referidos al asunto.

6 *Ibid.*, p 238.

Como ya era su costumbre, escribe desde Santa Cruz de Tenerife un artículo en donde imagina sitios y sucesos, y des-
acierta en las apreciaciones.

La Revista (n.º 75, del 15 de octubre de 1916) reproduce un artículo titulado “Un adversario de Bolívar”, con el seudónimo A. Juste que explica por sí solo el meollo del fenómeno en que ha caído Bolívar Coronado, y que ha de servirle en lo adelante para volcar en las páginas de muchos órganos de prensa periódica infinidad de seudónimos y de relatos y comentarios de lugares a los cuales nunca visitó. Leamos el texto referido:

Santa Cruz de Tenerife, septiembre de 1916. Yo no sé con qué cristal desconcertante —diríase la lente descentrada de un cubista— nos miran los escritores hispanoamericanos que se ocupan de nuestras pequeñas ciudades isleñas.

Bien está que algún megalómano sin caletre, como cierto don Evaristo Fombona, flamante “atache” de la embajada de Venezuela en París, a quien conocimos hace años a bordo del buque italiano Etruria, nos desdeñe al punto de no querer visitar nuestro puerto por “sospechar” que no merecía ello el gasto de una peseta, para después embaucar a sus paisanos de los llanos de Apure con la historia de sus viajes y andanzas por el mundo, y de lo que descubriera en estas islas afortunadas.

Poco perdió Tenerife con que aquel cerebro de pájaro no bajase a su puerto, como tampoco ganó mucho don Evaristo con su residencia en la capital de Francia.

Pero Rafael Bolívar Coronado, su compatriota, ya es otra cosa; este escribe y piensa bien. Su cerebro no es bola de billar donde todo resbala; son sus anfractuosidades surcos profundos donde germina el pensamiento, exteriorizándose en apreciables crónicas. Es un hombre, no un homúnculo, y como tal, creyó que visitar una ciudad siempre vale una peseta, por muy miserable que aquella sea.

Lástima que al narrar las impresiones de sus visitas, de cabida en ellas a notorias inexactitudes, faltando al respeto que todo escritor

que se precie de verídico se debe a sí mismo y al público cuando trata de cosas que no son de fantasía.

Motiva este largo proemio las frases que no sabemos si acertada o equivocadamente se silencian en la crónica que bajo el lema “Escala en Tenerife” publica *La Prensa* en su edición de ayer, con la firma de Rafael Bolívar Coronado.

Ya desde Caracas y con elegante esquila anónima, nos fue enviado por una amable amiga el recorte del gran diario venezolano *El Universal*, en que aparece íntegramente la crónica del señor Bolívar.

“Mi ánimo al mandarte esas columnas es para que desmientas afirmaciones que tal vez deliberadamente han sido escritas. Media República descende de esas islas”.

Tal nos dice nuestra anónima comunicante.

Y bien: ¿cuáles han sido las frases que han hecho despertar en el alma de esa hermana (acaso también ella descienda de estas islas —copiaré sus palabras— “que el Atlántico arrulla con su eterna canción de cuna y de naufragios”) hasta pedir para ellas un mentís de protesta?

Leámoslas:

“Puerto sucio, eso sí, muy sucio el puerto de Tenerife. Vaya un hacinamiento de porquerías. Unas mujeres rosadas, vivas, de espesa cabellera, pero sucias hasta más no poder: hieden a macho cabrío, a chiquero de cerdos monteses”.

¿Por qué seremos así? ¿Resultaría tan fácil callar las palabras injustas que decimos, a locas, en un momento en que la ecuanimidad nos abandona arrastradas por las rebeldías de nuestros nervios!

Lanzamos las palabras sin pensar en cuál puede ser la trascendencia de ellas, olvidados de que los periódicos son las cumbres desde donde las ideas se propagan a todas las latitudes.

Cuando un escritor deja llenar su espíritu de visiones, de repulsión y desagrado (supongamos un Vincent en horas de neurastenia) al hacer literatura se expone a sacrificar la verdad; lo que siempre es peligroso cuando no se trata de hacer cuadros enco-miásticos, sino de describir cosas reales.

Hemos visitado algunos puertos y recorrido varias poblaciones, entre ellas La Guaira y Caracas, ciudades principales de Venezuela, y nada encontramos, en materia de limpieza en Santa Cruz que merezca esa singularización denigrante.

No queremos establecer comparaciones, precaviéndonos antes que nada de que nuestras palabras se tomen como hijas de un apasionamiento que cuidamos mucho de acallar, y, sobre todo, solo tenemos para Venezuela frases de elogio y de cariño.

“Siempre había tenido a Santa Cruz por una ciudad elegante y aseada”, dice la amiga que nos escribe, y nosotros, amable hermana (queremos llamarte así aun cuando no lo seas) te aseguramos que nuestra patria tinerfeña es blanca y limpia, tanto al menos como esa ciudad del Ávila en que vives; y bien puedes recibir sin asco el abrazo que a través del Atlántico te enviarán sin duda las hijas de Tenerife, agradecidas a quien tanto parece amarlas.

Créanos el señor Bolívar Coronado: el día en que visitó a Tenerife, sus ojos vieron a Santa Cruz “como en un sueño, a través de una quimera, de una alucinación, de un anhelo extravagante”. Ni existen en las proximidades de Tenerife bandas de albatros, ni hay en Santa Cruz esa profusión de individuos con faja roja al descubierto, ni tanto se usa de la pipa de barro cocido o de corteza de alerce, mucho menos con esas simulaciones de lagartijas, jorobados o elefantes; ni se ve el Teide desde la capital del Archipiélago.

Indudablemente, el señor Bolívar Coronado tomó en el confuso montón de sus recuerdos de diplomático (pertenece a este cuerpo) ave siempre de paso, ora aquí, después allá, por el nuestro, ese puerto otomano o mercado árabe que, según propia confesión, antojábasele Santa Cruz el día de su visita a Tenerife. El prejuicio de que nos habla se impuso a la realidad oscureciendo su espíritu de observación.

Y si no guardásemos para la patria de su homónimo, el gran Bolívar, todos nuestros cariños, tal vez dijéramos que el puerto por él mismo descrito era el de... pero no. Ya sabe él que nosotros hemos visitado Venezuela, el país de las mujeres bellas y del decir arrullador y sugestivo... Esa Venezuela donde nuestros abuelos

dejaron su sangre heroica y donde hicieron florecer la vida. Nosotros hemos oído en Caracas, en las casitas acurrucadas al pie del Ávila, algunas criollas adormeciendo a sus pequeños con las melodías del “arrorró” canario.

Y sobre todo por ti, anónima amiga nuestra, que pareces amar por igual a las hijas del rey Tinerfe y a las de Bolívar, el Grande.

Junto al Teide: entre retamas y pinos.

Bajo el cielo canario...

Bolívar Coronado se acerca a la vida agitada del gran poeta español Francisco Villaespesa. Es su secretario privado. Habría de decir en *La Revista* (Caracas, 10 de diciembre de 1916), que el poeta empezaría a escribir una pieza dramática titulada *Bolívar*:

En la revista *Cervantes* que ha fundado el poeta Villaespesa y de la cual di cuenta a los lectores de *La Revista* en una de mis crónicas anteriores, hice reproducir íntegro el magistral discurso que pronunció el egregio escritor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, mantenedor en la preciosa fiesta de los Juegos Florales, llevada a efecto por primera vez en Venezuela merced al tesorero empeño de Luis Alejandro Aguilar, a quien Villaespesa conoce ya de nombre, por el libro en que se compilaron los documentos referentes al solemne festival y el cual conserva en su poder, así como también varios ejemplares de *La Revista*.

Villaespesa ha tenido que estudiar mucho las cosas de nuestro país para la composición de su drama *Bolívar*.

Esta obra es parte tercera de una trilogía, que son: *Cortés*, en cuatro actos, sobre la conquista de México; *Magallanes*, sobre el Perú, y *Bolívar* sobre la Independencia.

Estas tragedias y dos dramas inéditos de Benavente, serán estrenados en México, Lima y Caracas, respectivamente, y después en Buenos Aires y España.

Se trata de una gira artística que hará Villaespesa, como director de una gran compañía que saldrá de aquí en enero.

Julio Morales Lara manifestaría, cuando supo del viaje de Bolívar Coronado,

que un día desapareció de Caracas. Nadie sabía de su paradero. Se rumoraba que el mucho hablar mal del Gobierno le había llevado a la cárcel; otros aseguraban se había tirado de cabeza al mar. Nada se supo hasta que otro gran bohemio, Francisco Villaespesa, notificó de España que lo tenía de secretario. Nadie se sorprendió. Pocas veces se habían reunido dos personas más afines. Bolívar Coronado, sin duda alguna, compartió con Villaespesa la gloria de sus estupendas aventuras, y a tanto llegó la prodigiosa imaginación del secretario villacurano, que el mismo Villaespesa un día confesó su sorpresa y admiración ante las hermosas y pintorescas crónicas que Rafael Bolívar Coronado publicaba de sus viajes a Marruecos, cuando al poeta del *Alcázar de las perlas* le constaba que nunca se había apartado de su lado desde la salida de Venezuela⁷.

A la par que está con el poeta español que cantaría a Simón Bolívar y a Juan Vicente Gómez, trabaja con Rufino Blanco Fombona como revisor de originales, corrector de pruebas, a veces encargado de la distribución de las obras de la editorial América y aun como tipógrafo.

En el segundo número de esa revista *Cervantes* publica, por noviembre de 1916, su “Cuento suramericano: La copla cristalina” y son también de su pluma, indiscutiblemente, los comentarios sobre los trabajos históricos “El Libertador juzgado por los miopes”, de Laureano Vallenilla Lanz; “El estudio del castellano”, de Jesús Semprum; y “Discurso” de Andrés Eloy de la Rosa, pero todos calzados con las letras L. G. U. que corresponden a los nombres y el apellido del poeta mexicano Luis G. Urbina. Esta sería la primera vez que en la prensa europea le da por tomar otros nombres e inventar algunos más para calzar sus producciones.

7 J. Morales Lara, *op. cit.*

Son los días en que llega a Madrid el periodista Luis Alejandro Aguilar, director de *La Revista* de Caracas. Lo recibe Bolívar Coronado y con él pasea. Ahora bien, ¿qué sucedió entre ambos para que se rompiera la amistad en forma tajante? No lo sabemos, pero hay dos testimonios infamantes, de parte y parte.

Colaborando con el autor de este ensayo biográfico, el amigo asturiano José Ramón Rodríguez ubica como seudónimos de Rafael Bolívar Coronado en el *Parnaso boliviano* a Emilio Carrera, Cervantes, Menéndez Pelayo y L. A.; en la *Antología de poetas americanos*, a lord Macaulay, Unamuno y César Cantú; en *Lénine* al personaje Grill; y en un artículo en *La Revista*, de Caracas, en 1916, a Volney, pues a todos estos les atribuye frases de su propia cosecha.

XXII

Rompe con los directivos de la *Revista* y con el Gobierno de Venezuela

Hasta el día en que partió para España, el joven escritor había sido un consecuente amigo de muchos personeros del Gobierno imperante y había pedido dádivas y conseguido prebendas, pero ya en Madrid abre fuego contra algunos de los personajes que lo habían auxiliado y le habían abierto las puertas del diarismo caraqueño. En las *Memorias*, defendiendo su participación como corresponsal y columnista de algunos periódicos, confiesa que debido a su talento y vigorosidad se proyectaron algunos órganos de prensa. Y lanza una cadena de insultos contra quien, como Luis Alejandro Aguilar, le había prodigado auxilios. Admira ahora a “Rufino BlancoFombona, elemento selectísimo por densa pujanza de raza, por índole, por una virtud muy arraigada de su talento de analista y de pensador (...)”¹.

Pero dejémoslo con sus epítetos contra Aguilar y veamos el autoelogio:

De una vivacidad fácil y risueña para escribir (Su Majestad la modestia), pronto impuse mi superioridad sobre los compañeros de redacción.

Eran estos: Juan Francisco Pérez Bermúdez, grafólogo eminente; Luis N. Campodoni, espejeante cultura, sociólogo;

1 R. Bolívar Coronado, *Memorias de un semibárbaro*, *op. cit.*, p. 75.

Emiliano Hernández, cronista tempranero de modesta prosa, y... un mulatico encanijado y narigudo de nombre Luis Alejandro Aguilar.

A excepción de este, los citados son jóvenes de indiscutible inteligencia, que ya se van haciendo un nombre en las letras venezolanas. Pero este ha ido más lejos que sus compañeros.

Sin talento, pero con mucha habilidad mecánica, logró abordar todas las cumbres de aquel macizo de cordillera. Tenía no pocas desventajas: la vacuidad de cerebro, la pequeñez de espíritu, el tono intensamente obscuro de la piel, la deformidad del apéndice nasal y una fealdad de rámila: todo esto lo salvó, como insignificante obstáculo, su impudencia y su ningún reparo en los medios. Desde conseguir una gatita muy linda, de piel sedosa y frágil, para que sirviese de hembra al gato de la casa del protector, hasta inventar los primeros Juegos Florales de Venezuela; recorrieron sus dedos sarmentosos y pardos todo el cordaje de la vivaz política criolla².

Se había distanciado en Madrid, a raíz de una mala interpretación que Aguilar desmenuza en la crónica “Las andanzas de Bolívar Coronado” que publica en *La Revista*, n.º 118, del 12 de agosto de 1917, cuando ya está de nuevo al frente de esta publicación. A través de todo el texto podremos interpretar cuál fue después el *leitmotiv* de la reacción del autor de *Alma llanera*. Leamos:

El mismo día que desembarqué en Cádiz escribí una tarjeta postal a Bolívar Coronado, que vive en Madrid desde hace muy cerca de dos años, avisándole mi llegada a tierras españolas y anunciándole otra carta en vísperas de salir para la capital, con el fin de que me fuera a recibir a la estación del ferrocarril y me condujera al hotel. Ya en Córdoba, encontré en el hotel Simón, donde me alojé, respuesta de Bolívar Coronado en que me decía: “Querido

2 *Ibid.*, p. 72-73.

Luis: te esperaré como deseas en la estación. Te abraza, Bolívar Coronado”.

Ese mismo día le dirigí otra postal anunciándole mi llegada para fecha fija y, confiado en su promesa, tomé el *express* que al otro día, a las 6 a. m., salía para Madrid.

Llegué a la estación confiado y alegre, como la comedia de Benavente, y preparé mis brazos para estrechar a Bolívar, a quien no veía desde hace algún tiempo.

La estación estaba completamente llena y entre aquella barraúnda me era imposible distinguirlo; sin embargo —como tenía la certeza de que allí estaría—, me situé a la salida y esperé hasta que todo el mundo se retirara, pues de esa manera tenía forzosamente que encontrarlo.

Bolívar Coronado no había ido a la estación. Uno por uno vi salir a todos y cuando ya no quedaban más que los cargadores y mozos del ferrocarril, resolví entregarme en manos de uno de tantos empleados de hoteles que ensalzaban el suyo a su manera y denigraba del de su compañero del lado. La suerte hizo que el coche donde medio loco y aturdido me metí, me condujera a un hotel situado en la Puerta del Sol, que es el centro ejecutivo de aquella simpática urbe española.

Cuando se detuvo el coche, muy grande y feo por cierto, daban las 10 p. m. en el reloj del Ministerio de la Gobernación y como ignoraba que a esa hora precisamente empezaba a vivirse en Madrid, me acosté en mi cuarto y esperé que amaneciera.

Un fuerte golpear en la puerta me despertó a las 9 a. m. y creyendo que era la criada que subía el desayuno, en pijamas, como estaba, la abrí, me volví a acostar y grité: ¡adelante!

Mi sorpresa fue enorme. Un hombre enguantado, de sobretodo abrochado y envuelto el cuello y mitad de la cara en una bufanda de paño catalán ordinario, se abalanzó hacia mí, que ya estaba de pie, y me estrechó entre sus brazos muy apretado y cariñosamente; yo a mi vez correspondí de igual manera.

“No fui a recibirte a la estación porque tu carta en este momento la recibo, a causa de que no fui ayer a la librería de Fernando Fe, que es por quien he sabido que tú te hospedas aquí”.

Mi alegría fue grande al volver a ver a este buen amigo, que a esfuerzos propios había conseguido la manera de vivir en España y que según cartas que de él recibía, trabajaba en una fábrica de cachuchas, colaboraba en *La Esfera* y tenía por protector al inmenso poeta español Francisco Villaespesa.

Después de cambiar muchas palabras sobre la tierra querida, le pregunté el estado de su situación que ya por la indumentaria, juzgaba no sería próspera.

—Mal, chico —me respondió—. Estuve empleado con Villaespesa, a quien visitaremos esta misma tarde, en su revista *Cervantes*, pero a consecuencia de una pequeña juerga que tuve, dejé ya de ser su empleado, aunque siempre soy su amigo.

—¿Y en la fábrica de cachuchas tampoco trabajas?

—Esa era una fantasía mía, para salir de Venezuela y que no me tuviera lástima toda aquella cuerda de literatos que me tira al cordillo. Yo nunca he trabajado en cachuchas, ni pienso hacerlo.

—Pero, ¿cómo pudiste vivir en Madrid los primeros días sin trabajo y sin dinero?, porque a mí me consta que tu viaje no lo hiciste muy boyante; que se gasta mucho en la travesía y que además, según tú mismo escribiste, tu cartera te la robaron al desembarcar en Cádiz.

—En primer lugar, como no llevaba cartera, fue pura invención lo del robo, pero esta trama me salvó, porque donde me hospedaba casi no me cobraban, de conmisericordia que daba. Ya en Madrid, provisto de las cartas de recomendación que llevaba, me protegieron, sobre todo Villaespesa, a quien conocí una noche en un café y al darle las cartas que para él llevaba, pidió prestados a su compañero de mesa cuatro duros, de los cuales me dio dos y se guardó el resto, y me dijo que fuera al día siguiente por su casa. Pocos días después me dio trabajo y me prestó todo su apoyo.

—Según tus crónicas has viajado por toda España, Francia, Portugal y Marruecos.

—Sí, he viajado mucho.

—¿Te gustó mucho Sevilla?

—Muchísimo.

—¿Y Granada?

—Muchísimo.

—¿Conoces a Toledo?

—He ido varias veces.

—Yo pienso hacer un viaje a esa histórica ciudad dentro de varios días.

—Te gustará muchísimo, pero donde todo te maravillará será en Francia, sobre todo si vas a Marsella. ¡Qué locomotoras! Son unos monstruos.

—Pero Bolívar, ¿con qué dinero hacías tú todos estos viajes, porque yo, que no me la echo de rico y viajando económicamente, he gastado ya muchos cientos de pesetas?

—Yo no sé; pero el caso es que he viajado mucho y conozco toda España.

Como Bolívar Coronado nunca ha sido de aquellos cuya palabra merece todo crédito, puse en cuarentena su viaje hasta hablar con Villaespesa, que lo conoce al dedillo.

Salimos de paseo a la calle y a eso de las dos regresamos al hotel. Bolívar, durante todo el trayecto, no cesó de enseñarme edificios y personas que él conocía de vista y nos despedimos con otro abrazo, prometiéndome volver a las cinco para presentarme a Paco Villaespesa.

Puntualmente, se presentó a la hora convenida. Villaespesa me recibió como a un antiguo camarada, pero como ya he hablado en otra crónica de esta entrevista, me limito solo a la parte referente a Bolívar.

Bolívar, según refiere Villaespesa, comía en su casa y era tratado con verdadero cariño y colaboraba en *Cervantes* corrigiendo la revista y una que otra vez, con uno de sus cuentos criollos, que tanto éxito han obtenido siempre en Caracas. Villaespesa reía siempre con todo lo que le contaba Bolívar, que él comprendía que era pura fantasía, pero muy bien urdida. Un día salió el tercer

número de *Cervantes* y fue un escándalo. Todos los escritores pusieron el grito en el cielo porque sus artículos habían sido impresos sin corregirse. Villaespesa apostrofó a Bolívar y este confesó que él no sabía corregir.

—¿Pero por qué no me lo dijo usted desde el principio?

—Porque entonces no me hubiera usted dado trabajo y yo necesitaba comer.

—Se equivoca usted —le dijo Villaespesa, indignado—; yo lo hubiera tomado a usted de todos modos, porque es usted un hombre que me divierte mucho. Tiene usted talento de sobra y los embustes que cuenta me hacen mucha gracia y por eso solo le hubiera yo dado todos los días cinco pesetas; pero eso de hacerme pasar por un estúpido ante el público, no se lo aguanto.

Desde ese momento quedó Bolívar sin trabajo, aunque siempre Villaespesa veía por él, con desinterés de hermano.

Los días habían pasado rápidos en ese Madrid encantador, en que al revés de todas partes, se hace de la noche día. Una mañana fue Bolívar muy temprano a saludarme a mi cuarto. La primera palabra fue “cincuenta céntimos para tomar café”.

—Espérate, le dije, que ya mi desayuno viene, y lo tomaremos juntos.

—Dámelos siempre, para comprar cigarros y espérame que ya vengo.

Nos desayunamos juntos y él compró sus apetecidos cigarrillos.

—¿No tienes nada que hacer en la mañana, Bolívar? —le dije.

—No, ¿por qué? —me respondió.

—Para que me lleves por el Puente de Toledo y sus alrededores, que no conozco.

—Con mucho gusto.

Salimos y conocimos lo que yo deseaba y cuando en la puerta del hotel me despedí de él, me dijo un poco contrariado.

—¿No me vas a dar nada?

—¿Nada de qué?

—De dinero.

—Pero, ¿ya no te di esta mañana?

—¿Es decir que tú crees, que yo voy a perder toda mi mañana paseando contigo, cuando tengo tanto que hacer, sin que me des nada? Eso sí que no; yo he dejado de ganar hoy por estar contigo.

Todo esto me lo dijo montado en cólera. Saqué de mi bolsillo varias pesetas que llevaba sueltas y se las di con estas palabras:

—No sabía que te habías metido a cicerone y que cobrabas por tu oficio, pero como también comprendo el español y puedo guiarme solo, te participo que no te necesito más y que será esta la última vez que saldremos juntos.

No fue así. Cada vez que por la calle lo encontraba, lo paraba y nos tomábamos una copa de manzanilla o una taza de café, y siempre lo veía con cariño y agrado. Días después, lo encontré en casa de Villaespesa en amena tertulia con el poeta y con Joaquincito Dicenta. El poeta me recibió como siempre y con estas palabras:

—Llega usted a tiempo amigo Aguilar, porque quiero decirle algo a Bolívar delante de usted, que solo a mi hermano se lo diría.

Bolívar guardó silencio como quien espera algo conocido y Villaespesa le dijo las cuatro verdades, que aunque bastante fuertes, de puro sinceras y justificadas, no le quedó más remedio a Bolívar que darle las gracias.

Bolívar no está bien de finanzas, pero vive, que es mucho hacer en país extraño y tiene la firme resolución de quedarse en Madrid hasta que lo expulsen de allí.

Se me olvidaba decir que una de las cosas que más encanta a Villaespesa, de Bolívar Coronado, es la manera como describe las ciudades españolas, portuguesas y francesas, sin haber estado nunca en ellas. Para esto, dice él, se necesita talento y un *toupet* excepcional.

Y siempre dispuesto, alegre, parlanchín, Bolívar Coronado pasea su fachendosa figura por el amplio *boulevard* de la Castellana, relatando a todo el mundo el fabuloso itinerario de sus viajes y, al igual que el célebre Tartarín a su regreso a Tarascón, comienza casi siempre sus narraciones con estas palabras: “Figuraos que estando yo en Marsella, etc.”. Pero es indudable que lo hace con tanta gracia y en tan singular forma, que en veces está tentado uno a creerle todo cuanto dice, porque él llena el molde de sus fantásticas

narraciones con la materia prima de su talento y la bondad de su espíritu, tenso a la continua por el esfuerzo y la resolución inquebrantable de triunfar.

Hemos visto cómo fue de cruel la venganza de Bolívar Coronado. No hubo libro o panfleto en que no citara a Gedeón, como apodó a Aguilar, quien a la hora de la muerte del escritor disfrutaba en Caracas del aprecio de la élite gubernamental y pronto partiría para Europa con un buen destino diplomático.

En tanto, por una calle de Barcelona de España, con destino al cementerio, iba silenciosa semana tras semana una mujer joven, de apenas veinticuatro años, vestida de negro e inmensamente conmovida, a llevarle un manojo de flores rojas al más espectacular de los aventureros hispanoamericanos por el mundo de la literatura y al que no habría de olvidar nunca esta doña María Noguera, eternamente enamorada de un hombre con más de seiscientos nombres.

Mas concluyamos con unos conceptos del último libro del escritor Oldman Botello, ya mencionado con anterioridad, aparecido en este año de 1993, que son un gran aporte para acercarnos a los días y meses siguientes a la fecha de la muerte del grande y travieso venezolano:

El cónsul Reginaldo Silva, en comunicación para Alberto Guillermo García del 24 de julio de 1924, le dice: “Puede Ud. estar seguro de que todos los amigos le atendimos cuidadosamente, especialmente los colombianos, y que el Sr. Betancourt Sucre no omitió gastos ni atención, antes, en su enfermedad y para enterrarlo luego”.

Al día siguiente, primero de febrero, es sepultado en el cementerio nuevo de Barcelona, ubicado en la colina de Montjuic; ocupó el nicho n.º 2845, vía de San Jaime, agrupación 11 del recinto catalán. Como lo dice el cónsul Silva poéticamente: “(...) allí está, en honrada sepultura, aquella cabeza que fue cuna de tanta idea grande, de tanto pensamiento noble. Allí frente al

mar; y es que quisimos que se estuvieran mirando constantemente tres inmensidades: las de las aguas mansas del Mediterráneo, la del infinito azul de los cielos y la del sereno espíritu inmortal del inolvidable amigo”.

El 4 de febrero, el inefable Alberto Urbaneja le escribe al general Gómez participándole, junto con otras informaciones, la muerte de Bolívar Coronado, a la que dedica siete líneas de las diecinueve de que consta la misiva: “En *El Diluvio* de Barcelona acabo de leer la noticia de la muerte de Rafael Bolívar Coronado, acaecida en el Hospital de Santa Cruz de esa ciudad, a causa de pulmonía. Con la desaparición de este sujeto cesarán ahora en Barcelona los ataques, pues él no solamente los escribía en el citado periódico, sino que también estimulaba a sus compañeros a que hicieran lo mismo. Creo, pues, que de hoy en adelante ningún artículo desagradable volverá a publicarse en Barcelona”.

Así concluyó la interesante vida de este hombre dinámico, explosivo, inteligente, que hoy por hoy es un caso extraño en la historia de la literatura venezolana e hispana, por la que tanto hizo desde su posición de coeditor al lado de gente del medio como Manuel Maucci, Rufino Blanco Fombona y la gente de Espasa-Calpe. Su misma vida azarienta y dispersa es la que ha impedido darle su justo sitio en el plano literario nacional que se ha limitado a antologías regionales de Aragua y la mención, más como curiosidad anecdótica en la gran prensa venezolana, al que a duras penas se le reconoce la autoría de *Alma llanera*.

Para colmo de su infortunio, ni aun sus restos pudieron tomar un descanso definitivo, porque en 1929, al no pagar ninguno de sus familiares —tan lejos de Venezuela— el nicho que le correspondió en el *columbarium* de Montjuic donde se le sepultó, la huesa fue exhumada y llevada al osario común, donde se perdieron definitivamente; el tiempo establecido para cancelar esos derechos era de cinco años como lo informó el cónsul, Reginaldo Silva. Seguramente allí están, confundidos con decenas de seres innominados, sembrados para siempre en la noble tierra española y catalana³.

3 O. Botello, *El hombre que nació para el ruido*, op. cit., pp. 98-100.

XXIII

Lista alfabética de sus seudónimos y ubicación

1. Originales para la prensa de Barcelona (España), especialmente los diarios *El Diluvio*, *La Publicidad* y *El Noticiero Universal*.
2. Originales como supuesto corresponsal de guerra en el norte de África.
3. *Almanaque ilustrado hispanoamericano*.
4. *La Gran Florida (Descubrimiento). Los caciques heroicos: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy, Nueva Umbría: Conquista y colonización de este reino*, del maestre Juan de Ocampo.
5. *Parnaso boliviano*.
6. *Parnaso ecuatoriano*.
7. *Obras científicas* de Agustín Codazzi.
8. *Letras españolas* de Rafael María Baralt.
9. *Parnaso costarricense*.
10. Hoja suelta titulada *Movimiento de Liberación Venezolano*.
11. En el prólogo de *Lénine*.
12. En la obra *Lénine*.
13. *Antología de poetas americanos*.
14. Hoja suelta titulada *Sindicatos Unidos de Venezuela (SUV)*. En *proyecto*, Barcelona (España), 1920.
15. Diario *El Noticiero Universal*, Barcelona (España).
16. Revista *Cervantes*, Madrid, 1917-1918.
17. Durante su estadía en Coro, 1913.
18. *La Publicidad*, Barcelona, España.

19. *El llanero* de Daniel Mendoza.
20. *Los desiertos de Achaguas. Llanos de Venezuela* de Diego Albéniz de la Cerrada.
21. Artículos escritos para los periódicos *El Universal*, *El Tiempo* y *El Nuevo Diario*, Caracas, 1913-1917.
22. *Los chiapas (Ríos de La Plata y Paraguay)* de F. Salcedo y Ordóñez.
23. Correspondencia con Ramón Vallenilla Lecuna.
24. *Los caciques heroicos: Nicaragua*, de fray Nemesio de la Concepción Zapata.
25. Periódico *Resistencia*, Barcelona (España), 1920.
26. Poemas inéditos.
27. Diario *El Correo Catalán*, Barcelona (España), 1920.
28. Revista *Idea*, Barcelona (España).
29. *Diario El Diluvio*, Barcelona (España).
30. *Misiones de Rosa Blanca y San Juan de las Galdonas en 1636*, de Mateo Montalvo de Jarama.
31. *Memorias de un semibárbaro*.
32. Durante su permanencia en Cumarebo, Falcón, 1913.
33. Diario *La Vanguardia*, Barcelona (España).
34. Revista *Savia*, Barcelona (España).
35. Periódico *El Impulso*, Barquisimeto, 1916-1917.
36. *La Revista*, Caracas, 1916.
37. Hoja suelta, Barcelona (España). En diferentes periódicos y revistas de Cataluña (recortes sin acotaciones).
38. *Sucesos extraordinarios*.

A. DIOS OLIVERIO, 1 (1923)
 A. GUERRA MANOI, 1 (1921)
 A. MARTOS, 3 (1920)
 A. PÉREZ, 35
 ABATE JEAN MOULIN, 4, 36
 (1920-1922)
 ABDUL HODEIMAR, 36
 ABEL ALARCÓN, 5
 ABEL MARÍN, 3 (1922)
 ADALBERTO A. ESTUVA, 1 (1920)
 ADELA ZAMUDIO, 5
 ADHEMAR D'ARLACH, 5
 ADOLFO BENJAMÍN SERRANO, 6
 ADOLFO FIGUERAS, 2 (1922)
 ADOLFO LLANOS, 35
 AFRO HAMED, 3 (1922)
 AGUSTÍN CODAZZI, 7
 AGUSTÍN LOYNAZ, 8
 AGUSTÍN LUJÁN, 9
 ALAIN MONJARDÍN, 35
 ALBERTO FEREGA ZOMBONA, 28,
 29 (1923)
 ALBERTO CALÍGULA, 28, 29 (1923)
 ALBERTO LADVOGAR, 35
 ALBERTO LARREA CH., 6
 ALBERTO M. GÓMEZ, 6
 ALBERTO MIERDANEJA (s/d)
 ALBERTO P. ENDEJO, 10
 ALBERTO ZÉREGA FOMBONA
 ALEJANDRO DE HUMBOLDT, 12
 ALEJANDRO FLORES, 13
 ALEJANDRO HAN, 12
 ALEJANDRO LUIS GEDEONDO, 1
 (1919)
 ALFARO (¿ELOY?), 31
 ALFONSO MOSCOSO, 6
 ALFONSO ORIA, 13
 ALFONSO PALLARES ARTEAGA, 6
 ALFONSO PÍO, 1 (1920)
 ALFREDO GÓMEZ, 13
 ÁLVARO ARNÁIZ, 5
 AMADO NERVO, 13
 AMENODORO BLANCO, 8
 ANATHOLIUS, 2 (1921)
 ANCO MARCIO, 5
 ANDRÉS PÉREZ (HIJO), 3 (1922)
 ANDRÉS BELLO, 5
 ANDRÉS PERIS, 5
 ÁNGEL DUARTE Y RIVAS, 8
 ÁNGEL RIVERA, 2 (1422)
 ANÍBAL MONTOYA CANAL, 3
 (1922)
 ANÓNIMO, 13
 ANSELMO HINNES, 14
 ANTENÁGORAS, 2 (1921-1922)
 ANTÓN KAPALEK, 15 (1920)
 ANTONIO C. TOLEDO, 6
 ANTONIO LAZO, 13
 ANTONIO MERCHÁN, 6
 ANTONIO MERIZALDE, 13
 ANTONIO TAREL, 2 (1922)
 ANTONIO ZAMBRANO, 9
 AQUILEO J. ECHEVERRÍA, 9, 3
 (1922)
 ARAGUANAY, 35
 ARIMAN ROGUEA, 28, 29, 33
 (1920-1922)
 ARIÓN GUEMARA, *idem*
 ARMANDO CHIRVECHES, 28, 29,
 33 (1920)

ARSENIO ESGUERRA, 5
 ARTURO USLAR PIETRI, 3 (1924)
 AUGUSTO TANCRETI, 10
 AURELIO FERNÁNDEZ GÜELL, 12
 AURELIO DELGADO, 5
 AURELIO ROMÁN, 6
 B. B. B., 36 (1920-1923)
 B. G., 3 (1922)
 BALLESTEROS DE MARTOS, 16
 (1918)
 BALODOI, 2 (1920-1922)
 BLANCO FOMBONA (¿RUFINO?), 31
 BOLCOR, 36 (1920-1922)
 BROCHA GORDA, 5
 BUENAVENTURA L. VIDAL, 35
 C. A. ARROYO DEL RÍO, 6
 C. C. C., 36 (1919-1923)
 CAMILO BARRERA VARGAS, 3
 (1922)
 CAPRYNIK, 1 (1920)
 CARLOS BORGES, 13 Y 36
 CARLOS CARBO VITERI, 6
 CARLOS F. GONZÁLEZ GUARNIZO, 6
 CARLOS F. GRANADO GUARNIZO,
 1 (1920)
 CARLOS GUIDO SPANO, 13
 CARLOS LORENZANA, 13
 CARLOS VILLALOBOS, 5
 CASILDO, 1 (1923)
 CASIMIRO VILLADECURA, 35
 (1920)
 CECILIA SATRUSTEGUI, 1
 CELESTE OLIVAR, 5
 CERVANTES, 5
 CÉSAR CANTÚ, 5
 CÉSAR CASER, 3 (1920)
 CÉSAR DÁVILA CORDERO, 6
 CÉSAR KUNETA, 1
 CIPRIANO CASTRO, 1, 36
 CLAUDIO MAMERTO CUENCA, 5
 CLEMENTE ALTHAUS, 13
 CLODOMIRO CASTILLA, 5
 CONDE DE VILLADEQUIURA, 1
 (1920)
 CONDESTORIUS, 1 (1920)
 CONRADO KONRAD, 1 (1920)
 CORONEL RAFAEL BOLÍVAR CO-
 RONADO, 17
 CRISTO TEQUES, 1 (1920)
 CRISTÓBAL CRIOLLOMBUS, 36
 CUBITO, 1 (1923)
 DAMIRO GOTZ, 1 (1920)
 DANIEL CALVO, 5
 DANIEL MENDOZA, 19
 DANIEL PALOMETA, 14
 DARÍO (¿RUBÉN?), 31
 DAVID HUDIUS, 2 (1921-1922)
 DAVID CHUMACEIRO, 9
 DELMIANT, 1 (1920)
 DEMETRIO FÁBREGA, 1 (1919)
 DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA, 20
 DIEGO BAUTISTA FERRER, 35
 DIEGO GABACHO, 21
 DOCTOR STEIN, 12
 DOMITILA GARCÍA DE CORONADO, 35
 DON NADA, 5
 DORILE B. COVO O., 36
 DOCTOR FAUQUIER, 35
 DUQUE DE ASTURIAS, 1 (1920)
 DUQUE DEL MAR, 1 (1920)

- E. CARRASQUILLA MALLARINO, 9, 3 (1922)
- E. CASTILLO Y CASTILLO, 1 (1919)
- E. KISS, 3 (1922)
- E. LOZANO DÍAZ, 4
- E.V. LORONFARCIO, 1 (1920-1921)
- EDIPO REY, 1 (1920)
- EDUARDO CASTILLO, 3 (1922)
- EDUARDO LARMIG, 13
- EGGI OGGO, 1 (1923)
- EGO, 1 (1920)
- EL BARÓN DE LA CASTAÑA, 37
- EL CABALLERO DEL VERDE GABÁN, 36
- EL CHICO DE LA BLUSA, 21
- EL CURA VILLANO, 1 (1923)
- EL DIABLO COJUELO, 35
- EL ENCOMENDERO DE TRUJILLO, 4
- EL MARQUÉS DE BUSTILLOS, 1 (1920-1923)
- EL SECRETARIO DE VILLAESPESA, 1 (1920-1923)
- EL VILLACURANO, 1 (1920-1923)
- ELOY G. GONZÁLEZ, 13
- EMILIO ALZURO ESPINOZA, 6, 1 (1919)
- EMILIO CARRERA, 5
- EMILIO FINOT, 5
- ENRIQUE ARCE VELARDE, 5, 13
- ENRIQUE CONTRERAS, 35
- ENRIQUE GEENZIER, 13
- ENRIQUE HINE SABORIO, 9
- ENRIQUE RUIZ DE LA SERNA, 3 (1922)
- ENRIQUE JOSEÍTO, 36 (1923)
- ERNESTO NOBOA CAAMAÑO, 6
- ERREBECÉ, 1 (1921)
- ESTEVA RODAO, 1 (1920)
- EUSEBIO LILLO, 13
- EUSTOQUIO GÓMEZ, 14
- EVADO NERVO, 1 (1920)
- F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ, 22
- F. SANTOS PÉREZ, 37
- FABIÁN VIDAL, 36 (1918-1919)
- FACUNDO VILLAESPESA, 1 (1920)
- FEDERICO NIETZSCHE, 25 (1920)
- FELIPE PARDO, 13
- FELIPE PÉREZ, 3 (1922)
- FELIPE L. VERA, 6, 36 (1920)
- FELIPE R. VERA, 36 (1919-1920)
- FELISA EGÜEZ, 5
- FENELÓN TORQUEMADA, 1 (1923)
- FERNÁN CABALLERO, 35
- FERNANDILLO, 37
- FERNANDO ACHÁ Y AGUIRRE, 5
- FERNANDO BALLESTEROS, 5
- FIDELIA M. DE RODRÍGUEZ, 13
- FOMBORINO BLANCO RUFÍAN, 1 (1919-1920)
- FRANCESC RIERETA, 2 (1922)
- FRANCISCO CHIRIBOGA B., 6
- FRANCISCO DE PAULA GUEVARA SANTANDER, 7
- FRANCISCO GAVIDIA, 13
- FRANCISCO GUARDERAS, 6
- FRANCISCO IRIBARNE, 35
- FRANCISCO J. FÁLQUEZ AMPUERO, 6
- FRANCISCO LAGO MARTÍ, 13

FRANCISCO PAPILA, 23
 FRANCISCO SERRANO, 9
 FRAY AGUSTÍN DE MONTEMA-
 YOR, 28, 29 (1920-1923), 7
 FRAY AGUSTÍN DE RIOBAMBA, 7
 FRAY NEMESIO DE LA CONCEP-
 CIÓN ZAPATA, 24
 GABRIEL DE LA C. VALDEZ, 13
 GABRIEL GARCÍA MORENO, 6
 GASPAR OCTAVIO HERNÁNDEZ, 13
 GÓMEZ (¿JUAN VICENTE?), 31
 GÓMEZ EANES DE AZURARA, 1
 (1920)
 GOMEZZUNKIS, 1 (1921)
 GONZALO CORDERO DÁVILA, 6
 GONZALO DE OCAMPO, 4
 GOULZ ZINSKI, 1 (1921)
 GRILL, 12
 JUAN DE GURUCEAGA, 1 (1923)
 GUILLERMO BUSTAMANTE, 1
 (1919)
 GUILLERMO GUERRERO, 12
 GUILLERMO MATA, 13
 H. ACONRADO, 5
 HANS HINZ, 1 (1920)
 HENRIQUE SOUBLETTE, 10
 HERODES, 1 (1920)
 HONORATO VÁSQUEZ, 6
 HUMBERTO FIERRO, 6
 IGNACIO MONCLÚS DEL PALACIO, 35
 IGNACIO ROCA, 6
 IGNACIO VETANCOURT ARISTE-
 GUIETA, 1, 5 (1920)
 INDISTOR, 1 (1920)
 IPIONIKULUS, 1 (1920)
 ISIDRO DEL CAMPO, 6
 J. A. FALCONI VILLAGÓMEZ, 6
 J. A. LABRUA BERTONE, 26
 J. A. PÉREZ BONALDE, 1 (1920-
 1923)
 J. ALABRUA BERTONE, 1 (1920-
 1923)
 J. ALVARADO RUIZ, 35
 J. BARBERO TORRES, 13
 J. DE GUEVARA, 3 (1922)
 JOSÉ DE JESÚS NÚÑEZ Y DOMÍN-
 GUEZ, 16
 J. M. ALFARO COOPER, 9
 J. Y S. ÁLVAREZ QUINTERO
 J. RAFAEL MOYA, 3 (1922)
 J. RIVERA INDUARTE, 13, 36
 J. TORRES ABANDERO, 1, 36
 (1921-1922)
 J. TORRES BARBERO, 1, 36 (1921-
 1922)
 JACINTO GUTIÉRREZ COLL, 1, 36
 (1923)
 JAHIFAK, 2 (1921-1922)
 JAIME ECHEVERRÍA, 3, 9 (1922)
 JALABRUA B. ERTONE, 1, 36
 (1920-1922)
 JAVIER MARMIER, 35
 JEAN PIERRE BOYER, 1 (1920)
 JESÚS CASTELLANOS, 35
 JESÚS DE CASTILLA, 12, 35
 JOAN ARAGÜEÑO, 1 (1920)
 JOAN ARAUQUEÑO, 1 (1920-1921)
 JOAN ARÍN, 2 (1922)
 JOAN EMPIRIUS, 1 (1920)
 JOAN KOPOLEK, 1 (1920)

JOAN OXALES, 2 (1921-1922)
 JOAN RECASENS, 2 (1921-1922)
 JOAN SILERI, 2 (1921-1922)
 JOAN SUCRE, 2 (1921-1922)
 JOAN XENIUS, 21 (1920)
 JOAQUÍN ÁLVAREZ QUINTERO, 35
 JOAQUÍN ANTONIO CRESPO, 1
 (1923)
 JOAQUÍN LORENZO LUACES, 13
 JOAS BRESSI, 3 (1920)
 JORGE DELGADILLO, 5
 JORGE ISAACS, 13
 JOSÉ AGUIRRE ACHÁ, 5
 JOSÉ ANNEL, 13
 JOSÉ ANTONIO CALCAÑO, 13
 JOSÉ ANTONIO RAMALLO, 13
 JOSÉ ANTONIO SOFFIA, 13
 JOSÉ ARNALDO MÁRQUEZ, 13
 JOSÉ AROCHA, 5
 JOSÉ ASUNCIÓN SILVA, 1 (1919)
 JOSÉ BATRES MONTÚFAR, 13
 JOSÉ BRISSA, 3 (1918-1924), 6
 (1920-1921), 36
 JOSÉ BRUNO, 16
 JOSÉ DEL PASSO, 10
 JOSÉ E. LORA, 13
 JOSÉ GUASA, 14
 JOSÉ GUMILLA, 25 (1920)
 JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO, 6
 JOSÉ M. ZELEDÓN, 9
 JOSÉ MARÍA EGAS, 6
 JOSÉ MARÍA GARAVITO, 5
 JOSÉ MÁRMOL, 13
 JOSÉ MARTÍ, 1 (1919)
 JOSÉ NOGALES, 35

JOSÉ RIVERA INDUARTE, 13
 JOSÉ RODAO, 3 (1920)
 JOSÉ ROGELIO SÁNCHEZ, 35
 JOSÉ SANTOS CHOCANO, 3 (1920)
 JOSÉ TORRES BARBERO, 1 (1919-
 1921)
 JOSÉ VICENTE OCHOA, 1 (1919-
 1921)
 JOSEF PONIATOWSKI, 1 (1919-
 1921)
 JOSEÍTO, 1 (1923)
 JOSEPH CREIS, 1 (1923)
 JOSEPH GIRÓN, 2 (1921-1922)
 JOTA KAÍN, 1
 JUAN ABEL ECHEVERRÍA, 6
 JUAN BAUTISTA AGUIRRE, 36
 (1919)
 JUAN DE DIOS PEZA, 13
 JUAN DIÉGUEZ OLAVERRI, 13
 JUAN HERRERA, EL LLANERO
 VENEZOLANO, 13
 JUAN ILLINGROTH, 6
 JUAN JOSÉ RELOSILLA, 36 (1919)
 JUAN LLANERO, 36 (1923)
 JUAN LUIS CORDERO, 3 (1922)
 JUAN MIRALLES, 10
 JUAN P. PAREDES, 13
 JUAN PEDRO BELTRÁN, 35
 JUAN PÉREZ, 1, 36 (1919)
 JUAN R. RAMÍREZ, 13
 JUAN SANTAELLA, 1, 36 (1919-
 1921)
 JUAN VICENTE GÓMEZ, 1, 36
 (1919-1921)
 JUAN YARACUY, 1, 15, 29, 36 (1920)

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN, 13
 JUANA ROSACRUZ, 13
 JULIO ÁLVAREZ DEL BAYO, 12
 JULIO FLORES, 13
 JULIO L. JAMES, 5
 JULIO LUCAS JAIMES, 5
 JULIO RUIZ ALMENAS, 16 (1918)
 JULIO VERONA, 3 (1922)
 JUSTINIANO CALDERÓN GARCÍA,
 3 (1919)
 JUSTO A. FACIO, 9, 3 (1919)
 KABERNICULUS, 1 (1920)
 KAMARAKOFF, 1 (1920)
 KANIBALÓN, 1 (1920)
 KANIMUR, 1 (1920)
 KARROÑA URBANEJA, 1 (1923)
 KASSENIO, 1 (1920)
 KASSOKTIO, 1 (1920)
 KAVERNKOFF, 1 (1920)
 KEMPIS, 12
 KREYS, 12
 KRISNARTIUS, 12
 KRISTAURIUS, 12
 L. A. GRAND EBOA, 25
 L. G. U., 16 (1917)
 L. ESPINOSA RUIZ, 3 (1922)
 L. PORSET, 3 (1922)
 L. TORRES BARBERO, 1 (1920-1922)
 L. ZAMUDIO BALLIVIÁN, 5
 L. A., 5
 LAFUENTE, 31
 LANK, 1 (1920)
 LEMPIDPRO SANTANDER GUEVA-
 RA, 36 (1920)
 LÉNINE, 12
 LEÓNIDAS PALLARES ARTETA, 6
 LEOPOLDO CANO, 3 (1920)
 LEOPOLDO LUGONES, 13
 LIBO AMENS, 1 (1920)
 LIBORANO DOVAC, 1 (1920)
 LIBORANO DOVACOR, 1 (1920)
 LIBORIO DOVAC, 1 (1920)
 LIBORIO DOVACOR, 1 (1920)
 LIDUVINO LANZ VALLENILLA, 1
 (1920)
 LIEBNECK, 1 (1923)
 LINO SUTYL, 31
 LISÍMACO CHAVARRÍA, 9
 LITTHUERMANN, 1 (1920)
 LOPE RUIZ, 1 (1923)
 LORD MACAULAY, 13
 LOUIS YARK, 1 (1920)
 LUIS CORDERO, 1 (1919), 6
 LUIS DE MOLINA, 1 (1920)
 LUIS E. GÓMEZ GONZÁLEZ, 6
 LUIS F. VELOZ, 6
 LUIS FELIPE BLANCO MEAÑO, 5
 LUIS G. URBINA, 16
 LUIS H. GIL LECUNA, 35
 LUIS HINE SABORIO, 28
 LUIS RODRÍGUEZ VELASCO, 13
 LUIS TABLANCA, 35
 M. GUTIÉRREZ NÁJERA, 13
 M. E. CASTILLO Y CASTILLO, 6
 M. LOZANO CASADO, 5
 M. RODRÍGUEZ CODOLÁ, 35
 M. V. PÉREZ FLORES, 13
 M. WOODBINE, 35
 M. A. PURÍ TEAURB, 25
 MACARIUS, 1 (1920)

MACHAMEK, I (1923)
 MAESTRE JUAN DE OCAMPO, 4,
 36 (1919)
 MAHOMET BOLOID, 2 (1922)
 MANETÓN, I (1920)
 MANUEL, I (1923)
 MANUEL ACUÑA, I (1923)
 MANUEL DUQUE, 5
 MANUEL MARÍA PINTO, I (1920)
 MANUEL PARÉS, I 2
 MARCELO MALPIGHI, I (1920)
 MARÍA BOLÍVAR, 26 (1919-1923)
 MARÍA CORONADO, 36 (1919-1923)
 MARÍA GUERANO, 36 (1919-1923)
 MARÍA JOSEFA MUJÍA, 36 (1919-
 1923)
 MARÍA NOGUERA, 36 (1919-1923)
 MARÍA ONAGUER, 36 (1919-1923)
 MARIANA CORODO, 36 (1919-1923)
 MARIO CARVAJAL, 3 (1922)
 MARIO GUEARNA, 3 (1922)
 MARIO TOLENTERO, I 4
 MARIO VALENZUELA, I 3
 MARQUÉS DE PERALTA, 29
 MARTÍN DÍAZ S., 36 (1920-1922)
 MATEO MARCOS, I 3
 MATEO MONTALVO DE JARAMA, 30
 MAX LAUE, I (1920)
 MEDARDO ÁNGEL SILVA, I 6
 MELEANKOFF, I (1920)
 MENCIO BASTILLA, I (1923)
 MENCIO VARGAS, 4
 MENDERIETA, I (1920)
 MENÉNDEZ PELAYO, 5
 MIGUEL, I (1923)
 MIGUEL ÁNGEL BARONA, 6
 MIGUEL MORENO, 6
 MINOTAUROS, I (1920)
 MINSKI, I 2
 MIRINKOFF, I (1920)
 MUMINAK (S/D)
 MUSTAFÁ XALIER, I (1920)
 N. MARCHITO, 9
 N. V., 35
 NARCISO DÍAZ DE ESCOBAR, 3
 (1920)
 NERONIUS, I (1920-1923)
 NÉSTOR GALINDO, 5
 NICOLÁS A. CAÑIZARES, 6
 NICOLÁS AUGUSTO GONZÁLEZ, 6
 NIÑA RUBIA, I (1920)
 NUMA POMPILIO LLONA, 6
 O. VALLES, 35
 ODIADO NERVO, I (1919-23)
 OLEGARIO DE LA PUERTA, I (1923)
 OLEGARIO ORTIZ, I (1923)
 OLEGARIO PERE, I (1920)
 OLEGARIO SÁNCHEZ PRIETO, 35
 OLIVERIO, 3 I
 OLIVERIO BOLÍVAR, 32
 OLIVERIO BOLÍVAR NOGUERA, I
 (1923)
 OLIVERIO CASTRO GÓMEZ, I
 (1918-1921), 3 I
 OLIVERIO CORONADO, 32
 OLIVERIO DE CRUCES, 3 I
 OLIVERIO DE LA PUERTA, I (1920)
 OLIVERIO DE FERNO, 3 I
 OMÁN, I (1920)
 P. C. TERO, I (1919-1921)

P. JACINTO DE EVIA, 6
 P. JUAN AGUSTÍN DE RIOBAMBA, 6
 P. JUAN BAUTISTA AGUIRRE, 6
 P. TIROLÉS, I (1920)
 PABLO EMILIO ROMERO, I
 (1920); PAOLO, 3 (1920)
 PABLO HANNIBAL VELA, I (1920)
 PABLO NIMELLI GONZÁLEZ, 3 (1920)
 PARTE MALAPEPE, 3 (1920)
 PAUL FÉVAL, 35
 PAUL VERLAINE, I3
 PAZ GARCÍA, 3 I
 PEDRO AMALIO COLL, I, 36
 (1920-1923)
 PEDRO BLANCO, I4
 PEDRO BONIFACIO PALACIOS
 (ALMAFUERTE), I3
 PEDRO CAMARASA, 2 (1922)
 PEDRO CASTRELLÓN, I (1920)
 PEDRO DE NOVO Y COLSON, 35
 PEDRO DEL LLANO, I (1923)
 PEDRO DÍAZ GANA, I3
 PEDRO ESPRONCEDA, I (1920)
 PEDRO LUIS P. DE SOUZA, I3
 PEDRO MANUEL ATARRAYA, I (1923)
 PEDRO MARÍA MORANTES, 3 I
 PEDRO PELAYO, I (1920)
 PEONCITO, I (1923)
 PEPE DEL LLANO, I (1923)
 PEPE MALAPARTE, I (1920-1923),
 36
 PEPE MARACAY, I (1920-1923), 36
 PERE ANTONOVICH, I (1920)
 PERE GARCÍA, 2 (1922)
 PERE PEYRE, 33
 PERE PRIZ, 29
 PERENSKY, I (1920)
 PIEDAD CASTILLO DE LEVI, 6
 PIERRE DANTIE, I (1920)
 PIERRE POULLET, I (1920)
 PÍO GIL, 3 I
 PÍO J. VIGUES, 9
 PÍO J. VIQUES, I3, 36
 PLÁCIDO, I3
 PLINIUS, I (1920)
 POMPILIUS, I (1920)
 PONCE DE LEÓN (ENCOMENDERO), 4
 PORFIRIO CAGANCHO, I (1923)
 R. B. C., I (1920-1923)
 R. R. C. (RAFAEL ROMERO CORDE-
 RO), I (1923)
 R. BOLÍBAR, I4
 R. BOLÍVAR, I2
 R. BREFO, 26
 R. BRINGER, 3 (1922)
 R. CORONA, I4
 R. CORONADO B., IO
 R. J. GALVARRO, 5
 R. MONASTERIOS, 34
 R. O. CODANO, I (1920)
 R. OLIVA BRODOCA, I (1920-1923)
 R. OLIVA BRODOCARON, I (1920-
 1923)
 R. OLIVA BRODOCARONY, IO
 R. PONKY, I (1920)
 R. SARGENT, 36 (1920)
 R. SIERGENT, 36
 RABECÉ, 36
 RABINO FOMBO BLANCONA, 36
 RABOLCO, 36

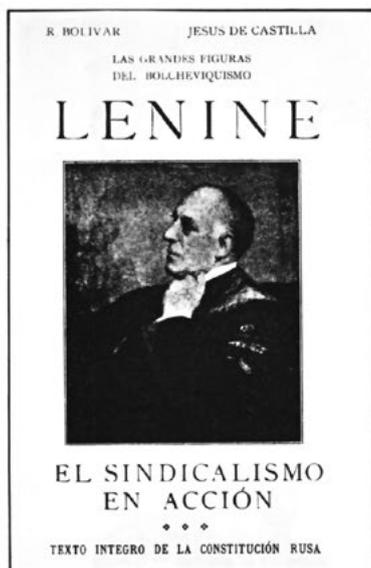
RABOLCÓN, 36
 RABOLCOR, I, 36
 RABOLCORO, I, 36
 RABOLORO, I, 36
 RAF. PALLÁN, 2 (1921-1922)
 RAFAEL ÁNGEL TROYO, 31
 RAFAEL ASTURIAS, I (1920)
 RAFAEL BOLÍVAR, 31
 RAFAEL BRUZUAL LÓPEZ, 16
 RAFAEL CARVAJAL, 6
 RAFAEL DOCORONA, 10
 RAFAEL GARCÍA ESCOBAR, 13
 RAFAEL GARCÍA GOYENA, 6
 RAFAEL MARÍA BARALT, 8
 RAFAEL MARÍA BOLÍVAR NOGUE-
 RA, I, 36 (1920-1923)
 RAFAEL MARÍA SILVA, 31
 RAFAEL OBLIGADO, 13
 RAFAEL ROMERO CORDERO, I, 36
 (1919)
 RAFAELITO, 37
 RAMÓN ALVARADO, 13
 RAMÓN DOCORONA, 14
 RAMÓN MAYORGA DÍAZ, 36 (1920)
 RAMÓN MAYORGA RIVAS, 13
 RAMÓN VIESCAS, 6
 RAÚL ABREU, 35
 RAÚL SOQUELAN, 14
 RAÚL VARRASQUEL Y CALVERDE,
 I (1923)
 RAUTZAL, I (1920)
 REBOLCÓN, I, 36
 REMIGIO ROMERO LEÓN, I (1919)
 REYES YACIDO, I (1920)
 RICARDO JOSÉ BUSTAMANTE, 5
 RICARDO MUJÍA, I (1920)
 RICARDO PALMA, 13
 RICARDO RIVASCAR, 3 (1922)
 RIODRANJIUS (S/D)
 RITO, I (1923)
 RITO ROJAS, 14
 ROBERTO MATA Y MATA, 3 (1919)
 ROBERTO P. RAIGOSA, 3 (1922)
 RODOLFO GARCÍA, 13
 ROGELIO FERNÁNDEZ GÜELL, 9
 ROMELIO, I, 36 (1920)
 ROSA DE CHAVARRÍA, 9
 ROSA MAXEMBURGO, 14
 ROSALIO, I (1923)
 ROSENDO MEDINA, I (1919)
 ROSENDO VILLALOBOS, I (1919)
 ROSO ROSAS, 14
 RUBÉN DARÍO, I, 9, 31
 RUFINO GARCÍA CALDERÓN, I (1920)
 RUFINO MATA BLANCONI, I (1919)
 RUFINO NEGRO ASSESÍN, I (1919)
 RUMINAK, I (1919-1920)
 S. GUERRA, I (1923)
 S. MEGO, I (1920)
 SALVADOR DÍAZ MIRÓN, 13
 SALVADOR TURCIOS, I (1919), 13
 SALVADOR VALVERDE, 13
 SÁNCHEZ DE TOCA, 12
 SANTIAGO HERNÁIZ, 13
 SANTOS VEGA (EL PAYADOR ARGEN-
 TINO), 13
 SANTOS, I (1923)
 SARKOS, I (1920)
 SEBASTIÁN MIRALLES, 10
 SERAFÍN ÁLVAREZ QUINTERO, 35

SIMÓN BACIELÓ, I, 36 (1920)
 SIMÓN ORTEGA, 35
 SINIBALDO G. GUTIÉRREZ, 35
 SIXTO LÓPEZ BALLESTEROS, 5
 SOFÍA CASANOVA, 12
 SOLSTICIO PÍO, I (1920)
 SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ, I
 (1919)
 STEIN, 12
 STOY LOCUS, I (1920-1923)
 SUMARNKIO, I (1920-1921)
 SUNNIARIS, I (1920-1921)
 T. RAMAS, I (1920)
 TÁBANO GONZÁLEZ GUINAND, I,
 36 (1919-1923)
 TAKARNUS, I (1920)
 TALIO, I (1920)
 TANCREDO, I (1920)
 TANG YIN, I (1920)
 TÁNTALO, I (1920)
 TANTANIO, I (1920)
 TEADRA, I (1920)
 TEXSO MIRÓ, 2 (1922)
 THIMIAN THIMON, 2 (1922)
 TIBARIDES, 2 (1922)
 TIBERÍADES, 2 (1922)
 TIBERIO ANARKO, 2 (1922)
 TINAJEROFF, 2 (1922)
 TIZIANO TEPEK, 2 (1922)
 TJIAN, 2 (1922)
 TRINO DÍAZ, 14
 TRIYUSTIAS, I (1920)
 TRYUNTIUS, I (1920)
 TULIUS, I (1920)
 ULI, I (1920)
 ULIMAN, I (1920)
 ULIMANOFF, I (1920)
 ULIMINIUF, I (1920)
 UN VILLACURANO, I (1923)
 UNAMUNO, 13
 URBANIK, I (1923)
 URBAN CABRONEJA, I (1923)
 VARGAS VILA, 31
 VÁSQUEZ YEPES, 13
 VENTURA BLANCO FOMBONA, I
 (1920)
 VERBA RENORUM, I (1920)
 VICENTE MEDINA, 3 (1922)
 VÍCTOR HUGO, 12
 VÍCTOR HUGO ESCALA, I, 36 (1919)
 VÍCTOR M. GARCÉS, 6
 VÍCTOR M. RENDÓN, 6
 VICTORINO MÁRQUEZ BUSTILLOS,
 I, 36 (1919)
 VIL LACURANO, I (1920)
 VIL LACURANUS, 2 (1922)
 VILLACURANO, I, 36 (1920)
 VINCENCIO PÉREZ SOTO, I (1923)
 VOLNEY, 36
 WENCESLAO PAREJA, I (1919)
 X. MIJOANS, I (1920)
 XAVIER BARCIA, I (1920)
 XAVIER SORONDO, 16
 XEUS, I, 36 (1920)
 XILENIUS, 2 (1921-1922)
 YEINZ ZUNG, I (1920)
 YOSO YLOCUS, I (1920 Y 1923)
 ZAMBRANA, 9
 ZAR NICOLAVICH, I (1920)



En un acto de la CNT se leyó, en medio de un respetuoso silencio, la lista de asesinados. (Recordatorio de varios anarquistas muertos de quienes se habla en la obra como Evelio Boal. Pere Vandellós y Ramón Archs)

Hoja suelta repartida en Barcelona en 1922, reproducida de la obra Los años del pistolero de León Ignacio, Barcelona, Editorial Planeta, 1981



Portada del libro Lenine, de Rafael Bolívar Coronado



Portadilla de la misma obra



Portadilla del Parnaso Ecuatoriano que publicó como de José Brissa



Portadilla de la Antología de poetas Americanos, sin que aparezca el nombre del compilador



Carátula de la revista Cervantes de abril de 1918 donde entre los colaboradores notamos a Bolívar Coronado



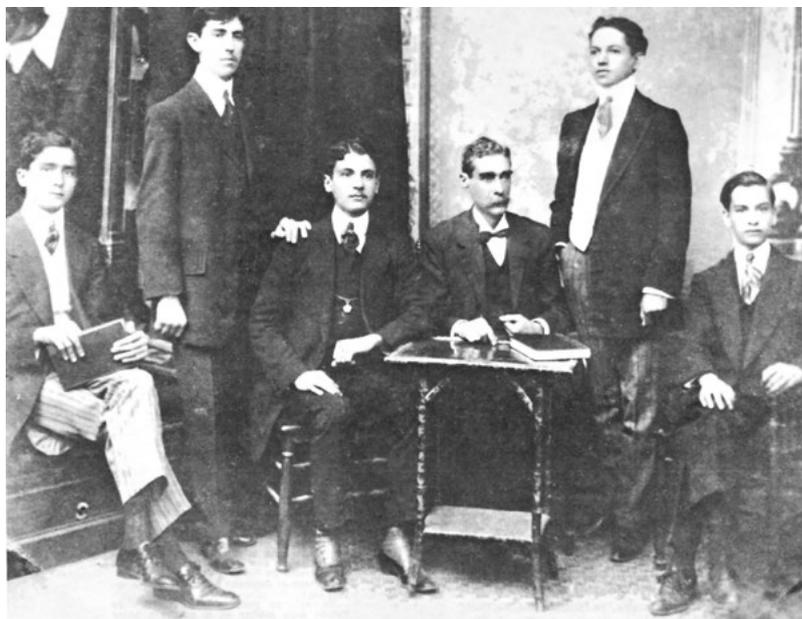
Portada del Parnaso Boliviano que le atribuyó al doctor Luis Felipe Blanco Meaño



Según la correspondencia de María Noguera para el autor de esta obra, así la pintó a ella el ilustrador de varias obras de Vargas Vila y de la Antología de poetas americanos



Portadilla del Parnaso Boliviano



El profesor Luis Espelozin en compañía de los jóvenes médicos Luis Felipe Blanco Meaño, quien regresaba de Italia en 1918, Humberto de Pascuali, E. Crespo Flegel, Pedro Guzmán e Ignacio Benítez

ENCICLOPEDIA
UNIVERSAL ILUSTRADA
EUROPEO-AMERICANA



ETIMOLOGÍAS

FRANCÉS - ITALIANO - INGLÉS - ALEMÁN - PORTUGUÉS - CATALÁN - ESPERANTO - ESPAÑOL - LATÍN - GRIEGO - ARABIGO - LENGUAS INDÍGENAS AMERICANAS, ETC.

VERSIÓN DE LA MAYORÍA DE LAS VOCES EN

Francés, Italiano, Inglés, Alemán, Portugués, Catalán,
Esperanto

Portadilla de un volumen de la Enciclopedia Espasa-Calpe

ECOS

No hay nada más subversivo que la verdad; no hay nada más irreverente según la teoría de los histriones—que el verdadero patriotismo. Cuando un hombre dice lo que piensa y lo que siente, cuando un patriota pone el dedo en las llagas de su país, todas las persecuciones son pocas para combatirlo y anularlo.

Rafael Bolívar Coronado fue expulsado de Caracas y llegó a España en busca de hospitalidad. Su delito consistió en denunciar, con la pluma y con la palabra; la tiranía de los gobernantes de Venezuela; su tierra natal. Bolívar Coronado, que es un gran amigo nuestro; es también un escritor tan culto como inteligente. El no podía ver, imposible, como el presidente Gómez y sus huestes hundían a su patria en la miseria y en el deshonor.

Durante su destierro en España, Bolívar Coronado ha dicho toda la verdad acerca de lo que ocurre en Venezuela.

Pero como ya hemos quedado en que la verdad no puede decirse, su consúl le ha denunciado al Gobierno español para que se le prive de vivir entre nosotros.

Ese diplomático venezolano pretende hacer pasar a Bolívar Coronado por un anarquista peligroso. Esto sería lo de menos, porque el ser anarquista no es una deshonra; lo más grave del caso es que no solo se intenta imponerle las amarguras de un nuevo destierro, sino que alguien se propone enviarlo a Venezuela, para que sea pasado por las armas.

Suponemos que el Gobierno español no dará crédito a estas cobardes intrigas y que respetará la vida y la libertad de un escritor honrado que no ha hecho más que cumplir con su deber de patriota.

Detención de un escritor venezolano

Angela fue detenido por la policía nuestro particular amigo el ilustrado señor don Rafael Bolívar Coronado.

¿Qué ha hecho el señor Bolívar Coronado?

«Hombre de proceder correctísimo y de conducta intachable, cómo puede verse privado de libertad, aun cuando sea, como es de esperar, por corto espacio de tiempo?»

Pues nada; sencillamente: escribir.

Y tanto acaparador de subsistencias que anda sueito!

Nuestro querido compañero ha escrito unos artículos de censura contra el Gobierno de su país nativo, Venezuela, y únicamente a instancia de la representación de dicha República americana se ha podido ver perseguido.

¿Pero es que el señor Bolívar no es dueño de ejercer la más severa crítica de los gobernantes de su país si ores que éstos comprometen con su gestión desastrosos los intereses de Venezuela?

¿Es que el Gobierno de aquel país es intangible?

No, esto no puede ser. El ministro de Estado debe mediar en el asunto y hacer entender a la representación venezolana que el señor Bolívar, que respeta y acata las leyes de España, ha de ser por éstas amparado.

Esperamos que las autoridades españolas tengan esto en cuenta y pongan sin pérdida de tiempo en libertad al señor Bolívar, en cual no puede tardar en verse, entre nosotros.

Y como esto no se realizará más que un acto de justicia.

Reproducción de recortes de dos diarios de Barcelona protestando por la detención de Bolívar Coronado. Esta es apenas la muestra pues 11 periódicos y en tres días se ocuparon del asunto

BARÓ (TEODORO) †. Abogado, literato y periodista.	DOVER (RVDO. P. JOSÉ MARÍA). S. J. Profesor de Sagrada Escritura.	CARRANZA (RAMÓN). Contraalmirante y escritor.
BARRADO (AUGUSTO). Musicógrafo.	BUEN (ODÓN DE). Catedrático de Mineralogía y Botánica en la Universidad de Madrid.	CARRASCO (PEDRO). Catedrático de Física matemática en la Universidad Central.
BARZANALLANA (MANUEL G.) †. Abogado y publicista.	BURCH (CONDE DE). Diplomático peruano.	CARRÉ ALDAO (EUGENIO). Escritor.
BASCONES (ROGELIO). Escritor peruano.	BUSQUETS (JUAN). Artífice.	CARRERAS ARTAU (TOMÁS). Catedrático de Ética en la Universidad de Barcelona.
BASSEGODA Y MUSIÉ (BUENAVENTURA). Arquitecto y catedrático a partir de la Universidad de Barcelona.	BUSQUETS Y GURINA (JOSÉ). Secretario y profesor de la Escuela Especial de Comercio.	CARRERAS CANDÍ (FRANCISCO). Abogado é historiador.
BATALLER (F. R.), Pbro. Doctor en Ciencias Naturales.	CABALLÉ (RVDO. P. DOMINGO), O. S. B. Director del Observatorio de Montserrat.	CARRÍO (FRAY SALVADOR), C. F. M. Escritor.
BAYOD (DR. MARTÍN). Farmacéutico de Cámara de Su Majestad.	CABARRÚS (LUIS FERNÁNDEZ DE ANGLU SEMPRUN, VIZCONDE DE RAMBOUILLET, CONDE DE). Abogado.	CARVALLO (P. JESÚS). Naturalista.
BELTRÁN Y VILLAGRASA (Pío). Catedrático, numismata y publicista.	CABOT (EMILIO). Artista y arqueólogo.	CASA CANTERAC (JOSÉ LOSADA CANTERAC, CONDE DE). General de brigada.
BERMÚDEZ (JOSÉ A.). Presbítero colombiano.	CABRERA (FELIPE BLAS). Catedrático de Electricidad y Magnetismo en la Central.	CASADES Y GRANATXER (PELEGRÍN). Abogado y arqueólogo.
BERTENDONA (FRANCISCO DE). Restaurador de cuadros antiguos.	CARRERA (FRANCISCO). Escritor.	CASAL (CONDE DE). Escritor.
BERUETE (AURELIANO DE) †. Director del Museo del Prado.	CARRERA (ANGEL). Discador del Museo de Ciencias Naturales de Madrid.	CASARES (ANTONIO). Naturalista.
BERRUETA (JUAN D.). Secretario del Instituto de Salamanca.	CALPENA Y AVILA (REVERENDO PADRE LUIS) †. Orador sagrado.	CASAS (RAMÓN). Pintor.
BIADA Y BIADA (DR.) †. Médico y escritor.	CALVO (IGNACIO). Escritor.	CASCALES MUÑOZ (JOSÉ). Escritor.
BISBAL (P. LUIS), M. S. C. Escritor.	CANALES CASERO (ANGEL). Escritor.	CASCÓN (RVDO. P. MIGUEL), S. J. Escritor.
BLANCO SÁNCHEZ (RUFINO). Catedrático de la Escuela Superior del Magisterio.	CANELLA Y SECADES (FERNÁN). Ex rector de la Universidad de Oviedo.	CASTAING (SOFÍA). Escritora argentina.
BLANCH Y BENET †. Doctor en medicina y académico.	CANTUER (P. JULIÁN), C. M. F. Misionero del Corazón de María en el Brasil.	CASTAÑEDA Y ALCORRER (VICENTE). Archivero-bibliotecario del Consejo de las Ordenes Militares.
BLANQUÉ (MANUEL). Médico y farmacéutico.	CÁRDENAS (JUAN). Escritor.	CASTELLANOS (JOAQUÍN). Escritor argentino.
BLAY PIGRAU (ANDRÉS). Escritor y médico paraguayo.	CARDÓ (DR. CARLOS), Pbro. Canónigo y escritor.	CASTELLANOS (MARÍA LUISA). Escritora.
BLÁZQUEZ (ANTONIO). Intendente de división.	CARDONER Y VIDAL (BALTSAR). Ex profesor auxiliar de Derecho canónico en la Universidad de Barcelona.	CASTELLÓ (SALVADOR). Avicultor.
BOFARULL (FRANCISCO DE). Archivero y publicista.	CARRACIDO (JOSÉ R.). Catedrático de Farmacia y rector de la Universidad Central.	CASTRO (RVDO. P. ANTONIO), S. J. Escritor uruguayo.
BOLÍBAR CORONADO (RAFAEL). Literato venezolano.		CATALINA Y COBO (MARIANO) †. Arqueólogo y catedrático.
BONILLA Y SAN MARTÍN (ADOLFO). Catedrático de Psicología Superior en la Universidad Central.		CAYUELA (ARTURO MARÍA), S. J. Profesor de Humanidades.
		CAZURRO Y RUIZ (MANUEL). Catedrático de Historia Natural y de Fisiología é Higiene en el Instituto de Barcelona.

Parte de la nómina de redactores de la Enciclopedia Espasa-Calpe, en donde aparece Bolívar Coronado



Portada del Parnaso Costarricense



Portadilla de la misma obra



Portadilla del Almanaque ilustrado hispano-americano de 1922



*General Juan Vicente Gómez, Presidente de Venezuela
(Cuadro de Vía y Prades)*

Retrato del general Juan Vicente Gómez por el pintor Julio Vila y Prades, aparecido en el almanaque citado



1.—Francisco Villaespesa. 2.—R. P. Rafael Castellanos. 3.—José M.^a Puig. 4.—Jaime Batle. 5.—Luis Ginebra. 6.—R. Borgia. 7.—José Hernández. 8.—José Carrau. 9.—D. B. C. Carrasco. 10.—Luis Emilio Aybar. 11.—El secretario de Villaespesa. 12.—Ldo. Emilio Prudhomme. 13.—Agustín Puig. 14.—Juan de J. Curiel

El personaje marcado con el número 11 es Bolívar Coronado



Princesas bellísimas se asomaban a los balcones y le presentaban un pastelito

Ilustración de N. Méndez Bringa para el libro cuya portada está al lado





En una corrida de toros en Santander el poeta Andrés Eloy Blanco y su hermana Lola, después esposa del doctor Juan José Palacios (1923)



Fiesta en Bretaña. Célebre cuadro de Tito Salas (Venezolano) En esta pintura los aldeanos de Bretaña aparecen llenos de vida

tando en manos de sus perseguidores. Quiso salvarse e intentó huir. Pero el oficial que se dio cuenta de la maniobra gritó a tiempo que el desgraciado se lanzaba a correr con sus últimas fuerzas.

— ¡Fuego! — Y una descarga cerrada apagó todos los ruidos de la selva.

El soldado alcanzado por las balas brutalmente herido como por veinte miles, no le sirvió de nada. Y su cabeza, muerta, quedó entre las frezas bajas de la fuente.

El pequeño de soldados se perdió entre la montaña que sólo vivió para ser desgraciado.

El sol como un beso de fuego, pone su nota ardiente en la cinta seca y amarilla del camino.

ARTURO USLAR PIETRI

Parte final del cuento Del trópico que Bolívar Coronado le adjudicó a Arturo Uslar Pietri. Arriba "Fiesta en Bretaña", óleo de Tito Salas (p. 340 del Almanaque ilustrado hispano-americano de 1924)



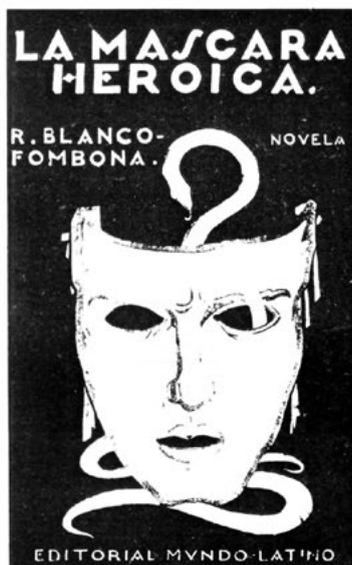
El escritor, médico y político español José Brissa (p. 586 del volumen 2, Apéndice de la Enciclopedia Espasa-Calpe)



Rufino Blanco Fombona, retrato en su libro Letras y letrados (1908)



Edición quemada por el gobierno español



Reedición también quemada



Retrato de Rufino Blanco Fombona en 1924 (óleo de la pintora española María A. Malledo o Mulleo)



Portadilla de las 2 ediciones

ESTADO UNIDO DE VENEZUELA

N.º 21.-

Barracina: 7 de Junio de 1920.-

Señor Ministro

Tengo la honra de remitir a Ud. copia de una nota que he dirigido al Señor Gobernador Civil de la Provincia de Barcelona, quejándose de que el periódico "El Diluvio" inserte en sus columnas artículos ofensivos escritos por Rafael Bolívar Coronado, contra el Gobierno de Venezuela y personas de nuestro país. Al propio tiempo, en conferencia celebrada con el Señor Gobernador, se ha manifestado que el autor de esos artículos es un agitador en los asuntos sociales de España, donde hace propaganda bolchevique por escrito y de palabra.

Como el Señor Gobernador me ha ofrecido tomar oportuna medida para impedir que Coronado continúe la campaña que ha iniciado, me será grato comunicarle a Ud. las providencias gubernamentales que me participle haber seguido la suprema autoridad civil de esta Provincia.

Al llevar lo que antecede a conocimiento de Ud. me permito ratificarle mi oficio N.º 27 fecha 20 de mayo último, referente al mismo asunto.

Doy de Ud. muy atento servidor.

Alberto Urbaneja

Al Señor Doctor

Dimitrios Gil Borges,

Ministro de Relaciones Exteriores de los Estados Unidos de Venezuela.

CARRERA.-



EL LLANERO

1

Extensión y forma de las llanuras de Venezuela, según los trabajos geográficos de Codazzi.— Fenómenos atmosféricos; señales naturales del invierno o estación de las lluvias, fauna y flora de algunas regiones, según Humboldt.— Los primeros colonizadores del Llano.— El aulotongo indígena, el aulotongo español.— Fundaciones de Calabozo y de San Fernando de Apure.



A conformación topográfica de esta parte del país venezolano es uno de los más asombrosos aspectos que presenta el Continente a la curiosidad del hombre de estudio.

Sembrado un mar de herba que se interna en el espaldón de las empinadas cordilleras de los Andes, que forma horizonte por los cuatro puntos cardinales y este horizonte, de un azul blanquecino, es como una faja fantástica que pone mirajes de fábula en los ojos que lo contemplan.

Este sistema de llanuras divídese en cuatro zonas. Las de Cumana y Barcelona presentan una planicie irregular; grandes arenas, mesetas arropadas por una espesa sabana de herba, donde se ocultan esgarapados farallones, y de trecho en trecho, aplastadas colinas; las de Carabobo y Barinas, que van saltándose en extensiones de

*Acusadora carta del Cónsul
Alberto Urbaneja*

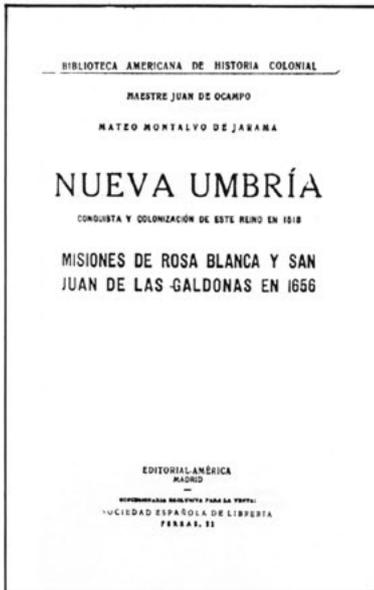
*Primer capítulo de El Llanero, reproducido
en 1922 en la revista Cultura Venezolana*



*El número inicial de este diario
en el que Bolívar Coronado
publicó muchos de sus artículos
hasta 1917*



Francisco Villaespesa, el gran poeta español



BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO
FRAY NEMESIO DE LA CONCEPCION ZAPATA

LOS CACIQUES HEROICOS

PARAMARIBOA.—GUAICAIPURO
VARACUY.—NICARAGUÁN

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

MAESTRE JUAN DE OCAMPO — F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ
DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA

LA GRAN FLORIDA LOS CHIAPAS (RÍOS DE LA PLATA Y PARAGUAY) LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS (LLANOS DE VENEZUELA)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

BIBLIOTECA AMERICANA DE HISTORIA COLONIAL

LA GRAN FLORIDA
POR EL
MAESTRE JUAN DE OCAMPO
*
LOS CHIAPAS
(RÍOS DE LA PLATA Y PARAGUAY)
POR
F. SALCEDO Y ORDÓÑEZ
*
LOS DESIERTOS DE ACHAGUAS
(LLANOS DE VENEZUELA)
POR
DIEGO ALBÉNIZ DE LA CERRADA

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25

BIBLIOTECA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y SOCIALES

DANIEL MENDOZA
AUTOR DE "VENEZUELA"

EL LLANERO (ESTUDIO DE SOCIOLOGÍA VENEZOLANA)

EDITORIAL-AMÉRICA
MADRID
CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:
SOCIEDAD ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
FERRAZ, 25



*Portada del acucioso ensayo de Sambrano
Urdaneta*



*Portada junto con otra obra de un autor
centroamericano*



Portadilla



En 1916



RAFAEL BOLIVAR CORONADO

ALMA LLANERA



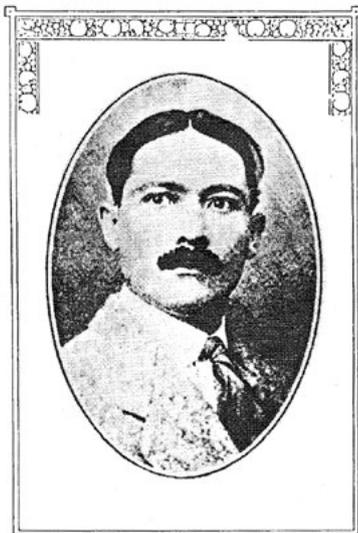
JARACAS
Tipografía Americana
1915



Portadilla



El llano y la lejanía (*Acrílico sobre tela del artista Andrés Acosta*)



Rafael Bolívar Coronado a los treinta años de edad, en los días del estreno de "Alma Llanera".



Don Pedro Elías Gutiérrez, el gran maestro, el ilustre y prolífico compositor guayanes no solamente compuso el joropo "Alma Llanera", sino que dirigió ininidad de veces en los teatros y en las retretas de la Plaza Bolívar.

LA NOCHE DEL ESTRENO

En medio de bigotes kaiserinos o "a lo Clemanccau", en medio de una u otra barbita "a lo Boulanger", bajo camaritas y pajillas, frente a las pizarras de El Universal y El Nuevo Diario, germanófilos y aliados rebuscaban argumentos en sus tenaces trincheras de cotidianas discusiones sobre el conflicto europeo. Pero el estreno de "Alma Llanera", lograba posponer artillerías verbales en aquel atardecer caraqueño del año de desgracia unversal de 1914:

—Perdóname vale, pero mañana termino de embromarte o acabo de convencerte...

Allá viene mi tranvía y tengo que irme a casa —¡ejisimo: en La Pastoral para después salir volando hacia el Caracas.....

—Caramba, yo también voy a ver el estreno de esa zarzuela que anuncian: Alma Llanera, de Bolívar Coronado.....!

—Sí: con música del maestro Gutiérrez, que cada día está más inspirado componiendo y también como director de la banda en las retretas de la Plaza Bolívar.

ZARZUELA EN UN CUADRO

El estreno de "Alma Llanera" —zarzuela en un cuadro, original de Rafael Bolívar Coronado (1884-1924) y Pedro Elías Gutiérrez (1870-1954)— constituía un atractivo más en las tandas del Teatro Caracas, el "viejo y querido coliseo de Veroots", en el decir de la crítica y en el sentir de los caraqueños.

No solamente se estrenaba una zarzuela nacional con "escenas de la vida de las sabanas venezolanas a las riberas del Arauca" —como decía una gacetiita del día— sino que la obra estaba avalada por firmas populares. Dos personajes conocidos y con ambiente en la capital: Bolívar Coronado, de amplia labor periodística, y el maestro Gutiérrez, con su amplio prestigio de compositor y su brillante batuta, tan famosa en los conciertos o retretas así como en actos protocolares al frente de la Banda Marcial, de tan sonora actuación en los fastuosos festejos del Centenario, en 1911.

Además corría una "bola" de esas de toda índole que jamás han faltado en Caracas. Corría sobre algo "que no estaba en el programa" y que resultaría noticia cierta, evidente, en medio de la función:

—La obra tiene un joropo y de seguro que

lo baila Mamerto: el "negro" Mamerto.

—Era Mamerto un criollo refistolero, lo que se dice plinientoso, "más alegre que un cascabel", según ciudadanos de la época conterráneos y contemporáneos que no le olvidan chanzas ni andanzas, ni su chispa venezolanísima de pies, ojos y lengua. ¡Ah, Mamerto!

FIGURAS DEL REPARTO

La interpretación de "Alma Llanera" estuvo a cargo de la compañía española de Matilde Rueda, cuyo nombre resaltaba en las marquesinas del Caracas y gozaba de mucho prestigio en Venezuela. La primera actriz y directora de este elenco debe de haber estado, muy en su papel, pues Bolívar Coronado cuando editó la obra, al año siguiente (Tipografía Americana, 1915) le firmó esta dedicatoria:



Retrato del periodista Rafael Arévalo González

Flores

Caricatura de Luis Alejandro Aguilar en 1916



*Llano y hombre, hombre y llano (Acrílico sobre tela del artista
Andrés Acosta)*

LA REVISTA.

50c



Número 1º

Portada del primer número de La Revista

50c La Revista

SEPTIEMBRE DE 1916

Iniciamos esta publicación convencidos de que tal vez logremos llenar con ella, en parte, un vacío notorio en nuestra prensa. Mientras el diario cuenta en las principales poblaciones de la República con órganos de publicidad a la moderna, no existe en Venezuela una Revista que exponga en sus páginas ciertas manifestaciones de la índole y de la actividad patrias que por su naturaleza misma escapan al lugar y premuroso registro de las hojas cotidianas.

Las letras, las ciencias y las artes tienen entre nosotros cultivadores idóneos y félicos, pero que la carencia de órganos apropiados de divulgación las mantienen en cierta penumbra de que urge sacarle para honra y provecho de todos.

Desde luego no aspiramos a crear nada, que eso sería tarea superior a nuestras fuerzas, sino sólo a difundir entre nuestro público y en el de los pueblos hermanos y vecinos los adelantos de nuestra cultura, con lo cual contribuiremos también, en grado humilde, a mejorarla y fortalecerla.

Contamos para esta empresa con el concurso de un grupo de escritores y artistas de fama; y no dudamos de que todos los amantes de las artes y de las letras nos prestarán decidido apoyo en la obra que hemos emprendido.

Esta Revista tiene que declararse—por el propósito mismo que la guía—desigual de todo seclaramo: recogerá con gusto cuanto pueda redundar en beneficio y auge de nuestra cultura, sin hacerla parcial de ningún bando literario o artístico, ni de ninguna doctrina social.

Por eso mismo la Dirección y la Redacción dejan a cada uno de sus colaboradores la responsabilidad íntegra de lo que suscriban, sin que en ningún caso pueda atribuírseles participación en las opiniones que cada cual expone.

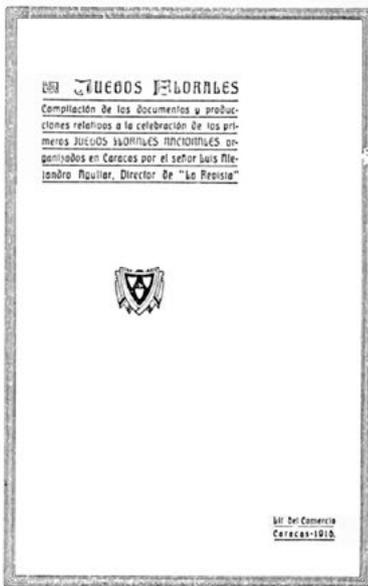
Portadilla



Manuel Díaz Rodríguez pronunció el discurso de matenedor en los Juegos Florales de 1916



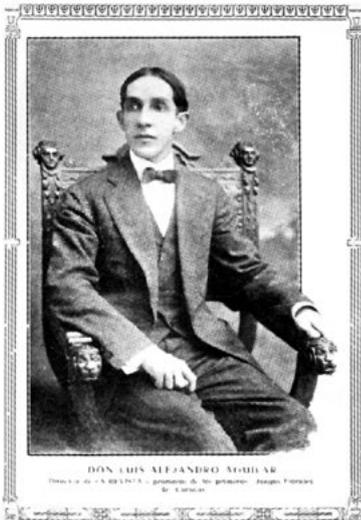
El Autor de la música de Alma Llanera



Portada de los Juegos Florales



Caricatura de H. Abril, en La Revista (1916)



Luis Alejandro Aguilar en los Juegos Florales



Caricatura de H. Abril, en La Revista (1916)



Don Laureano Vallenilla Lanz



Don Rafael Villavicencio

Del Jurado de la Narración histórica.



Don Felipe Tejera

Del Jurado de la Narración histórica.



Dr. Jesús Semprúm

Del Jurado del Cuento.

Miembros de los jurados de los Juegos Florales de 1916



Don J. Gil Fortoul



Don J. M. Herrera Irigoyen

Del Jurado del Cuento.

Miembros de los jurados mencionados (idem,*Retrato del general Juan Vicente Gómez
en los Juegos Florales de 1916**Retrato del doctor Víctor Márquez
Bustillos en la misma oportunidad*

Bibliografía

- ACOSTA SAIGNES, Miguel (1946). "Los caribes de la costa venezolana", *Acta Antropológica*, México D. F., Soc. de Alumnos de la Escuela Nacional de Antropología.
- AGUILAR, Luis Alejandro (1916). *Juegos florales*, Caracas, Litografía del Comercio.
- AGUILERA, Delfín A.; Manuel Landaeta Rosales (1912). *Venezuela en el centenario de su Independencia*, Caracas, Tipografía Americana, 2 vv.
- ALEMÁN, Hugo (1949). *Presencia del pasado*, Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- ARIAS, Augusto; Antonio Montalvo (selecc., pról. y notas) (1944). *Antología de poetas ecuatorianos*, Quito, América.
- ARTUCIO FERREIRA, Antonio (comp.) (s/f). *Parnaso uruguayo. 1905-1922*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- ARVELO LARRIVA, Alfredo (1977). *Obras completas*, Caracas, Ed. de la Presidencia de la República, 2 vv.
- BARRERA, Isaac J. (1979). *Historia de la literatura ecuatoriana*, Quito, Libresa.
- BAYO, Ciro (1912). *Chuquisaca o la plata perulera. Cuadros históricos, tipos y costumbres del Alto Perú (Bolivia)*, Madrid, Librería General de Victoriano Suárez.

- BAZIL, Oswaldo (comp.) (s/f). *Parnaso antillano*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- BELLO, Andrés (1952). *Obras completas. Poesías*, Caracas, Ministerio de Educación Nacional.
- BERGUA, José (s/f). *Las mil mejores poesías de la lengua castellana. (Ocho siglos de poesía española e hispanoamericana)*, Madrid, Ed. Ibéricas.
- BIBLIOTECA DE AUTORES NACIONALES (1926). *Antología panameña. Verso y prosa*, Panamá, La Moderna.
- BLANCO MEAÑO, Luis Felipe (comp.) (s/f). *Parnaso boliviano*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- BOLÍVAR CORONADO, Rafael (1915). *Alma llanera*, Caracas, Tipografía Americana.
- (s/f). *Antología de poetas americanos*, Barcelona (Esp.), Biblioteca Sopena.
- (s/f). *Memorias de un semibárbaro* [Seguida de *La Propia (Escenas de la vida centroamericana)* por Magón], Madrid, América.
- (comp.) (s/f). *Parnaso costarricense*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- Jesús de Castilla (1919). *Las grandes figuras del bolcheviquismo. El sindicalismo en acción. Lénine*, Barcelona (Esp.), Biblioteca Véritas.
- BORGES, Carlos (1955). *Páginas perdurables. Poesías, prosa, oratoria* (comp. y prefacio de J. M. Núñez Ponte), Caracas, Biblioteca Rocinante.
- (1943). *Poemario*, Caracas, Ed. Bolívar.
- BOTELLO, Oldman (1971). *Historia de Villa de Cura. Tránsito por la vida de un pueblo*, Maracay, Asamblea Legislativa del estado Aragua.
- (1993). *El hombre que nació para el ruido. Biografía de Rafael Bolívar Coronado*, Maracay, Asamblea Legislativa del estado Aragua.

- (1972). *El periodismo en Aragua*, Maracay, Ediciones A.V.P.
- (1981). *Rafael Bolívar, el último guasón*, Maracay, Asamblea Legislativa del estado Aragua.
- BRISSA, José (comp.) (s/f). *Parnaso ecuatoriano*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- (comp.) (1914). *Parnaso español contemporáneo*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- CÁRDENAS, Eduardo (comp.) (1963). *20 000 biografías breves. Diccionario biográfico universal*, Hannover (Pennsylvania), Libros de América Ins.
- CASTELLANOS, Rafael R. (1980). *Rafael Bolívar Coronado, villacurano exacto*, Villa de Cura, Concejo Municipal del distrito Zamora.
- (1981). *Historia del seudónimo en Venezuela*, Caracas, Centauro, 2 vv.
- (1981). *Rafael Bolívar Coronado y su centenar y medio de seudónimos*, Caracas, Publicación del II Congreso de Escritores Venezolanos.
- (1975). *Rufino Blanco Fombona. Ensayo bibliográfico*, Caracas, Ed. del Congreso de la República.
- CEJADOR Y FRAUCA, Julio (1964). *Epistolario de escritores hispanoamericanos*, (recop., intr. y notas de Sergio Hernández Larraín; pról. de Guillermo Feliú Cruz), Santiago de Chile, Ed. de la Biblioteca Nacional, 2 vv.
- CODAZZI, Agustín (s/f). *Obras científicas*, Madrid, América.
- CORTÉS, María Victoria (comp.) (1959). *Poesía hispanoamericana. Antología*, Madrid, Taurus Ediciones.
- CHOCANO, José Santos (1939). *Oro de Indias*, Santiago de Chile, Nacimiento, 4 vv.
- (s/f). *Primicias de oro de Indias*, Santo Domingo, Siglo XX.
- DARÍO, Rubén (1967). *Poesía completa*, (ed. de Luis Alberto Ruiz), Buenos Aires, Ed. Antonio Zamora.

- DE ARMAS, Julio (1959). *Camino real*, México D. F., Ed. América Nueva.
- DE LA CRUZ, Sor Juana Inés (1957). *Obras escogidas. Antología poética*, México D. F., Ediciones Mexicanas.
- DE PEDRO, Valentín (comp.) (1927). *Nuevo Parnaso argentino*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- DÍAZ MIRÓN, Salvador (1963). *Lascas. Poesía*, México D. F., Editora Clásica.
- (1947). *Poesías completas*, (ed. y pról. de Antonio Castro Leal), México D. F., Porrúa.
- ERAZO, Salvador L. (comp.) (1910). *Parnaso salvadoreño*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- ESPINOZA POLIT, Aurelio (1955). *Olmedo en la historia y en las letras. Siete estudios*, Quito, Editorial Clásica.
- ESTEVA, Adalberto; José Pablo Rivas (comps.) (1919). *Parnaso mexicano*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- GARMENDIA OTAOLA, A. (1949). *Lecturas buenas y malas a la luz del dogma y de la moral*, Bilbao, Imprenta Eléxpuru Hermanos.
- GÓMEZ RESTREPO, Antonio (1940). *Poesías*, Bogotá, Escuelas Gráficas Salesianas, t. I.
- HERNÁNDEZ, José (1947). *Martín Fierro*, Buenos Aires, Editorial Claridad.
- HINE SABORIO, Luis; Enrique Hine Saborio (1930). *Jardines líricos*, San José, Imprenta Borrarse Hnos.
- INSTITUTO DE INVESTIGACIONES LITERARIAS GONZALO PICÓN FEBRES (ULA) (1987). *Diccionario general de la literatura venezolana*, Mérida, Editorial Venezolana, 2 vv.
- ISAACS, Jorge (1920). *Poesías completas* (estudio preliminar de Baldomero Sanín Cano), Barcelona (Esp.), Maucci.
- J. L. R. (1921). *Un gran americano: García Moreno. 1821-1921*, Quito, Prensa Católica.
- LAMOTHE, Louis (1959). *Los mayores poetas latinoamericanos de 1850 a 1950*, México D. F., Libro México Editores.

- LAZO MARTÍ, Francisco (1988). *Poesías*, Caracas, Col. Clásicos Venezolanos de la Academia Venezolana de la Lengua.
- LECUNA, Valentina (s/f). *Ramón Vallenilla Lecuna, historia de un venezolano en Mallorca*, Madrid, [s/d].
- LEÓN-IGNACIO, Jacinto (1981). *Los años del pistolerismo*, Madrid, Planeta.
- LEÓN PAGANO, José (comp.) (1904). *Parnaso argentino*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- MACHADO, José E. (1946). *Cancionero popular venezolano*, vol. 6, Biblioteca Popular, Caracas, Ministerio de Educación Nacional.
- MARTÍ, José (1954). *Obras completas* (pról. y cronología de J. Quintana), Caracas, Talleres de Litho-Tip, 5 vv.
- MATA, Andrés (1970). *Obra poética*, Caracas, Imprenta Municipal de Caracas.
- MAUCCI, Carlos (ed.) (1903). *El parnaso argentino. Antología de poetas del Plata desde los tiempos coloniales hasta nuestros días*, Buenos Aires, Maucci Hnos.
- MENDOZA, Daniel (s/f). *El llanero. Estudio de sociología venezolana*, Madrid, América.
- MENÉNDEZ PELAYO, M. (s/f). *Las cien mejores poesías (líricas) de la lengua castellana* (ed. ampliada y corregida por Sebastián Carbonell), Barcelona (Esp.), Maucci.
- (1948). *Historia de la poesía hispanoamericana*, Madrid, Consejo de Investigaciones Científicas, 2 vv.
- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES (Venezuela) (1920-1923). *Archivo General*, Sección Consulados, vv. 70-72, 132-134, 136.
- MONTERO BUSTAMANTE, Raúl (comp.) (1905). *El parnaso oriental. Antología de poetas uruguayos*, Montevideo, Maucci Hnos.
- MORALES, Ernesto (1941). *Antología de poetas americanos*, Buenos Aires, Santiago Rueda Editor.
- MOSQUERA SUÁREZ, Miguel (1971). *Carlos Borges, vida y obras completas*, Caracas, Talleres de Cromotip.

- NERVO, Amado (1942). *La amada inmóvil. Poesías*, Biblioteca Las Grandes Obras, Buenos Aires, Editorial TOR.
- (1941). *Serenidad*. Buenos Aires, Austral.
- (1944). *Sus mejores poesías*, México D. F., El Libro Español.
- OCAMPO, (Maestre) Juan de; Fray Nemesio de la Concepción Zapata (s/f). *Los caciques heroicos. Paramaiboa, Guacaipuro, Yaracuy, Nicaragua*. Madrid, América.
- ; Mateo Montalvo de Jarama (s/f). *I. Nueva Umbría. Conquista y colonización de este reino en 1518. II. Misiones de Rosa Blanca y de San Juan de Las Galdonas en 1656*, Madrid, América.
- ; F. Salcedo y Ordóñez; Diego Albéniz de la Cerrada (s/f). *I. La Gran Florida. II. Los chiapas (Ríos de la Plata y el Paraguay). III. Los desiertos de Achaguas (Llanos de Venezuela)*, Madrid, América.
- OLMEDO, José J. (1974). *La victoria de Junín. Canto a Bolívar*, (ed. facsimilar, Londres, 1826), Bogotá, Litografía Arco.
- ORTIZ, Alberto (comp.) (1910). *Parnaso nicaragüense. Antología completa de sus mejores poetas*, Barcelona (Esp.), Maucci.
- PEREA ROMERO, Martín (1975). *Catálogo de El Cojo Ilustrado. 1892-1915*, Caracas, José Agustín Catalá Editor, 2 vv.
- PÉREZ BONALDE, J. A. (1945). *Poesías y traducciones*, vol. 20, Biblioteca Popular, Caracas, Ministerio de Educación Nacional.
- PEZA, Juan de Dios (1963). *Sus mejores poesías. Antología*, México D. F., El Libro Español.
- PUERTA FLORES, Ismael (1964). *Las peregrinaciones largas*, Caracas, Universidad Central de Venezuela.
- QUIROGA, Alfredo (1974). *Cien años de poesía hispanoamericana*, Barcelona (Esp.), Bruguera.
- S/A. (1915-1918). *La Revista*, Caracas, 7 vv.
- (1892-1915). *El Cojo Ilustrado* [revista quincenal], Caracas.
- SALAS, Carlos (1974). *Historia del teatro en Caracas*, Caracas, Concejo Municipal del Distrito Federal.

- SAMBRANO URDANETA, Óscar. *El llanero, un problema de crítica literaria*, Cuadernos Literarios, n.º 76, Asociación de Escritores Venezolanos, Caracas.
- SANTAELLA, Juan (1951). *Romanzas de ayer*, México D. F., Gráfica Americana.
- SANTOS PÉREZ, F. (s/f). *Sucesos extraordinarios. Cuentos para niños* (ilustraciones de Méndez Bringa y Ángel), Biblioteca Enciclopédica para niños IV, Madrid, Saturnino Calleja.
- SILVA, José Asunción (1956). *Obras completas. (Prosa y verso)*, Biblioteca de Autores Colombianos, Bogotá, Litografía Villegas.
- (s/f). *Poesías* (pról. de Miguel de Unamuno y epíl. de Eduardo Zamacois), Barcelona (Esp.), Maucci.
- URBINA, Luis G. (s/f). *Antología romántica*, Barcelona (Esp.), Araluce Editor.
- VILA, Pablo (1960). *Codazzi, Humboldt, Caldas: precursores de la geografía moderna*, Caracas, Instituto Pedagógico Nacional.
- VILLASANA, Ángel Raúl (comp.) (1969-1973). *Ensayo de un repertorio bibliográfico venezolano. (Años 1908-1950)*, Colección Cuatricentenario de Caracas, Caracas, Banco Central de Venezuela, 6 vv.
- VV. AA. (1920, 1922 y 1924). *Almanaque ilustrado hispanoamericano* (dir. José Brissa), Barcelona (Esp.), Maucci.
- (1926-1928). *Antología de poetas hispanoamericanos* (pról. Marcelino Menéndez Pelayo), Madrid, Tipografía de la Revista de Archivos, 4 vv.
- (1980). *Antología poética universal*, Madrid, Editorial Alfredo Ortells, C. Sagunto.
- (1944). *Diccionario biográfico del Perú*, Lima, Editores Escuelas Americanas.
- (1963). *Escritores colombianos. Lo inmortal de la poesía colombiana*, Medellín, Editorial Montoya.

Índice onomástico

- Abad, José: 188
Abderramán III: 102
Abreu, Raúl: 234, 265
Achá y Aguirre, Fernando: 94, 259
Acher, Juan Bautista (el Poeta):
34
Aconrado, H.: 94, 260
Acosta Saignes, Miguel: 60¹-62,
291
Acuña, Manuel: 184, 263
Aguado, Pedro (fray): 60
Aguilar, Belencita: 227
Aguilar, Luis Alejandro: 88, 100,
102, 137, 227, 242, 244-246
Aguilar, Luis Gedeón: 88, 89,
100, 101, 137-140, 252
Aguilera, Delfín: 210⁷, 291
Aguirre Achá, José: 98, 261
Aguirre, Juan Bautista (t. De
Aguirre): 114, 194, 261; P.
Juan Bautista Aguirre, 264
Alabrua Bertone, J.: 124, 260
Álamo Ibarra, Vicente: 210
Alarcón, Abel: 94, 257
Albéniz de la Cerrada, Diego: 13,
52-54, 67, 193, 256, 258, 296
Alcalá, Miguel: 216
Alfaro (¿Eloy?): 84, 257
Alfaro Cooper, J. M.: 174, 260
Alfonso XIII: 102, 105, 164
Alma llanera: 11, 12, 14, 15, 17,
81, 86, 133, 198, 203, 213 y
ss., 246, 253, 292
Almanaque Gotha: 161
*Almanaque ilustrado hispanoameri-
cano*: 35, 113, 161 y ss., 255, 297
Almeida Braga, Carlos da: 188
Almeida Rosa, F. Octaviano de:
136
Althaus, Clemente: 142, 258
Alvarado Ruiz, J.: 234, 260
Alvarado, Ramón: 141, 265
Álvarez del Bayo, Julio: 149, 262
Álvarez Egaña, Manuel: 142
Álvarez Quintero, Joaquín: 234,
261
Álvarez Quintero, J. y S.: 234,
260

- Álvarez Quintero, Serafín: 234, 265
 Álvarez Rodríguez, J.: 210
 Alzuro Espinoza, Emilio: 114, 259
 Amens, Libo: 184, 262
 América (editorial): 18, 37, 49
 y ss., 69, 72, 74, 84, 123, 177, 211⁸, 243, 291-293, 295, 296
 Anarko, Tiberio: 185, 266
 Anatholius: 197, 257
 Andrade Coello, Alejandro: 119
 Andrade, Ignacio: 192, 238
 Andrade, Olegario V.: 90, 116, 127, 135, 178
 Andueza Palacio, Raimundo: 192, 208
 Annel, José: 137, 261
 Anónimo: 142, 257
 Antenágoras: 197, 257
Antología de poetas americanos:
 123 y ss., 135 y ss., 162, 244, 255, 292
 – *de poetas hispanoamericanos:* 89, 297
 Antonovich, Pere: 182, 264
 Araguaney: 234, 257
 Aragüeño, Joan: 204, 260
 Araujo, Ramón: 236
 Arauqueño, Joan: 260
 Araz, Francisco: 183
 Arce Velarde, Enrique: 94, 259
 Archivo de Indias: 51
 Archivo Nacional (Madrid): 56, 104
 Arévalo González, Rafael: 216, 225
 Arguedas, Alcides: 188
 Arias, Ana Dolores: 142
 Arias, Augusto: 117
 Arín, Joan: 197, 260
 Arizaga, Manuel N.: 119
 Arlegui, Miguel: 27, 28, 31, 34
Armada Real (manuscrito): 57
 Armas y Cárdenas, De: 188
 Armas, Julio de: 66, 67⁴, 294
 Armenteras, J.: 165
 Arnáiz, Álvaro: 94, 257
 Arocha, José: 96, 261
 Arona, Juan de: 142
 Arosemena, Julio A.: 188
 Arqués, Emilio: 143, 147, 181, 185, 194, 202
 Arreaza Calatrava, José Tadeo: 232
 Arriola, Inocencio: 188
 Arroyo, César E.: 47, 120
 Arroyo del Río, Carlos Alberto: 114, 194, 258
 Arrubla, Gerardo: 188
 Arrué, María Teresa de: 142
 Arvelo Larriva, Alfredo: 47, 143, 291
 Asociación de Periodistas de Barcelona: 175
 – de Prensa de Santander: 198
 Asturias (Duque de): 184, 258
 Asturias, Rafael: 184, 265
Atala y René: 83
 Atarraya, Pedro Manuel: 204, 264

- Atenas* (revista): 213, 216, 225
Atlántida: 135
Atlas [de Venezuela]: 74
 Avril, Henrique: 227
 Avril, María de: 227
 Aybar, Luis Emilio: 164
 Aznar, Joaquín: 47
- B. B. B.: 193, 258
 B. G.: 165, 258
 Bacioló, Simón: 184, 266
 Ballesteros de Martos: 48, 258
 Ballesteros, Fernando: 96, 97, 259
 Balodoi: 197, 258
 Bambaren, Carlos A.: 188
 Baquerizo Moreno, Alfredo: 119
 Baralt, Rafael María: 13, 18, 69
 y ss., 90, 127, 193, 255, 265
 Barberena, Santiago: 188
 Barbero Torres, J.: 137, 260
 Barceló, Simón: 23, 166
 Barcia, Xavier: 184, 266
 Baroja, Pío: 87
 Barona, Enrique José: 121
 Barona, Miguel Ángel: 121, 263
 Barrera Vargas, Camilo: 163, 258
 Barrera, Isaac J.: 119, 291
 Barret, Josep Albert: 39
 Bascones, Rogelio: 188
 Bastilla, Mencio: 170, 263
 Batle, Jaime: 164
 Batres Montúfar, José: 141, 261
 Bazán de Cámara, Rosa: 47
Bazar, El (periódico): 71
 Bazil, Oswaldo: 178, 292
 Bazin, René: 42
- Bello, Andrés: 19, 90, 143, 184,
 186, 257, 292
 Beltrán, Juan Pedro: 234, 261
 Belzú de Dorado, Mercedes: 97
 Benavente, Jacinto: 201, 242, 247
 Benítez, Armando: 217
 Bergerac, Cyrano de: 105
 Bermúdez, José A.: 188
 Betancourt Sucre, José M.: 205,
 252
 Bezozzi, Linda: 221
 Biblioteca Americana de Historia Colonial: 37, 49 y ss., 87
 – Andrés Bello: 49, 71
 – Ayacucho: 49, 69
 – de Autores Célebres: 50
 – de Autores Varios: 50
 – de Ciencias Políticas y Sociales: 49, 69, 74
 – de la Juventud Hispanoamericana: 49
 – Municipal (Madrid): 59
 – Nacional (de España): 18, 37,
 51, 54, 55, 57, 58, 87
 – Porvenir: 50
 – Sopena: 40, 41, 292
 – Veritas: 40, 47², 148, 292
Billiken: 20, 189
 Binet-Valmer: 192
 Bisonte, Juan: 124
 Blanco Fariñas, Luis Felipe: 85
 Blanco Fombona, Rufino: 12-
 14, 18, 19, 25, 37, 45, 49-54,
 56, 71, 72, 79, 84, 86, 112,
 124, 177, 182, 185, 191, 192,

- 197, 203, 204, 216, 243, 253, 258, 293
- Blanco Fombona, Ventura: 182, 266
- Blanco Meaño, Luis Felipe: 14, 85, 86, 88, 107, 113, 262, 292
- Blanco Meaño, Totoña: 201³
- Blanco Rufián, Fomborino: 113, 259
- Blanco, Amenodoro: 73, 257
- Blanco, Andrés Eloy: 14, 19, 85, 198, 201
- Blanco, Benjamín (hijo): 97
- Blanco, Lola: 199-201
- Blanco, Pedro: 185, 264
- Blanco, Pedro (conquistador): 191
- Blasco Ibáñez, Vicente: 87
- Blay Pigrau, Andrés: 188
- Blest Gana, Guillermo: 140
- Bolcor: 193, 258
- Bolíbar, R. (seud.): 264
- Bolívar* (drama): 242
- Bolívar, María: 109, 263
- Bolívar, Oliverio: 204, 209, 263
- Bolívar, R. (seud.): 264; v. t. Rafael Bolívar, 265
- Bolívar, Simón: 243
- Bolívar Álvarez, Rafael: 35, 84, 190, 207¹, 208
- Bolívar C., A.: 114
- Bolívar Coronado, Rafael (coronel): 258
- Bolívar Coronado, Zoila Victoria: 209
- Bolívar Noguera, Oliverio: 204, 263
- Bolívar Noguera, Rafael María: 109, 265
- Boloid, Mahomet: 197, 263
- Borges, Carlos: 126, 143, 194, 258, 295
- Borgia, R.: 164
- Borja, Arturo: 119
- Borja, César: 120
- Botello, Olman: 177, 207³, 215, 216⁶, 234², 252, 253³, 292
- Boyer, Jean Pierre: 184, 260
- Bracamonte: 219
- Brefo, R.: 110, 264
- Brenes Mesén, Roberto: 174
- Bressi, Joas: 162, 261
- Briceño, Amador: 210
- Bringer, R.: 163, 264
- Brissa, José: 35, 113, 114, 117, 124, 161-163, 166, 167, 178, 261, 293, 297
- Brocha Gorda: 98, 258
- Bruno, José: 48, 261
- Bruzual López, Rafael: 48, 265
- Burch (conde de): 188
- Burgos, Carmen: 139
- Bustamante y Ballivián, Enrique: 47
- Bustamante, Guillermo: 113, 120, 260
- Bustamante, Luis: 97
- Bustamante, Ricardo José: 97, 265
- Bustillos (marqués de): 124, 137, 140 (v. t. Márquez Bustillos, Victorino)

- (seud.): 259
- Caamaño de Maldonado, Ángela: 120
- Caamaño de Vivero, Ángela: 120
- Caballero, Fernán: 234, 259
- Caballero del Verde Gabán (el): 235, 259
- Cabanillas, Alfredo: 48
- Cabrera, Rafael: 142
- Cabroneja, Urban: 14, 124, 266
- Cachute (cacique): 61
- Caciques heroicos, Los: Paramaiboa, Guaicaipuro, Yaracuy*: 13, 53, 55, 255, 296
- : *Nicaraguán*: 13, 53, 55, 57, 256, 296
- Cagancho, Porfirio: 204, 264
- Cagigal, Juan Manuel: 76
- Calbó, Ernesto B.: 165
- Calcaño, José Antonio: 20, 142, 261
- Calcaño, Julio: 228
- Calderón García, Justiniano: 162, 262
- Calígula, Alberto: 204, 257
- Calvo, Daniel: 97, 258
- Camarasa, Pedro: 197, 264
- Camejo, Simón: 237
- Campo, Isidro del: 121, 260
- Campodoni, Luis N.: 210, 245
- Campos, Jorge: 72
- Canaán*: 88
- Cano, Leopoldo: 162, 262
- Canto a España*: 14, 198, 200, 201
- Cantú, César: 131, 244, 258
- Cantuer, Julián: 188
- Cañizares, Nicolás A.: 114, 263
- Capriles, César: 215
- Caprynik: 185, 258
- Carbo Viteri, Carlos: 114, 258
- Cárdenas, José Ignacio: 31, 165, 203
- Carlos V.: 191
- Carlos y Bas, Federico de: 27, 32, 171, 172
- Carlyle: 126, 130
- Carmen*: 83, 201
- Carmona, Pedro R.: 41, 147
- Caro, Rafael: 87
- Carrasco, D. B. C.: 164
- Carrasquel y Valverde, Raúl: 170
- Carrasquilla Mallarino, E.: 174, 259
- Carrasquilla, Tomás: 131
- Carrau, José: 164
- Carrera Andrade, Jorge: 120
- Carrera, Emilio: 87, 244, 259
- Carvajal, Mario: 163, 263
- Carvajal, Rafael: 121, 265
- Carvallo Arvelo, Salvador: 215
- Casanova, Sofía: 148, 155, 266
- Caser, César: 162, 258
- Casildo: 202, 258
- Castaing, Sofía: 188
- Castaña, Barón de la: 145, 146, 259
- Castañeda, Francisco: 142
- Castellanos, Jesús: 234, 260

- Castellanos, Joaquín: 188
- Castellanos, Juan de: 60
- Castellanos, Rafael R. P.: 164
- Castilla, Clodomiro: 97, 258
- Castilla, Jesús de: 15, 28, 40, 47², 148¹, 150¹⁴, 260, 292
- Castillo Castillo, E.: 194
- Castillo de Levi, Piedad: 116, 264
- Castillo y Castillo, E.: 184, 259
- Castillo y Castillo, M. E.: 116, 262
- Castillo, Eduardo: 163, 259
- Castrellón Niño, Pedro: 33; v. t. Pedro Castrellón: 184, 264
- Castrillo, Arturo: 229
- Castro Gómez, Oliverio: 14, 84, 263
- Castro, Antonio (padre): 188, 294
- Castro, Cipriano: 21, 113, 193, 215, 258
- Caulín, Antonio de (fray): 60
- Cayama Martínez, Rafael: 215
- C. C. C.: 193, 258
- Cejador y Frauca, Julio: 35¹⁵⁻¹⁶, 41⁵, 107, 108¹, 150¹³, 293
- Cervantes* (revista): 37, 45, 47, 136, 142, 227, 242, 243, 248-250, 255
- Cervantes (seud.): 244, 258
- Cervantes, Miguel de: 89
- Chavarría, Lisímaco: 174, 262
- Chavarría, Rosa de: 174, 265
- Chiapas (Ríos de La Plata y Paraguay)*, *Los*: 13, 52, 53, 67, 256, 296
- Legajo: 37
- Chico de la Blusa (el): 235, 259
- Chiriboga B., Francisco: 116, 259
- Legajo: 56
- Chirveches, Armando: 184, 257
- Christensen, Juan: 188
- Chumaceiro, David: 174, 258
- Ciervo, Lucas del: 190
- Clemente Ponce, N.: 120
- Codano, R. O.: 110, 185, 264
- Codazzi, Agustín: 13, 18, 69, 74-76², 95, 193, 255, 257, 293, 297
- Cojo Ilustrado, El*: 17, 105, 162, 190, 191, 213, 225, 296, 297
- Colección de Escritores Americanos: 121
- Colina, José Manuel de la: 188
- Coll y Tosté, Cayetano: 188
- Coll, Pedro Amalio: 124, 264
- Colmenares Colmenares, Gabriel: 197
- Colmenares García, José Alejandro P.: 197
- Colón, Cristóbal: 55, 201
- Comercio Catalán, El*: 108
- Condestorius: 185, 258
- Confederación Nacional del Trabajo (CNT): 28, 39, 171, 173
- Congreso Postal Universal (VIII): 166
- Contreras, Enrique: 234, 259
- Corazón. Memorias de una niña rubia*: 15, 35, 41-43
- Cordero Dávila, Gonzalo: 116, 260

- Cordero, Juan Luis: 165, 261
 Cordero, Luis: 113, 116, 188, 262
 Corodo, Mariana: 109, 263
 Corona, R.: 185, 264
 Coronado B., R.: 184, 264
 Coronado, Emilia: 207²
 Coronado, María: 109, 263
 Coronado, Oliverio: 209, 263
 Corral, Miguel Ángel: 120
 Corrales, Luis: 71
 Correa, Luis: 238
Correo Catalán, El: 179, 256
Cortés (drama): 242
 Cortés, Eusebio: 188
 Cortés, Hernán: 58
 Cortés, Manuel José: 97
 Cortés, María Victoria: 293
 Costa, Alfonso: 178
 Covo O., Dorile B.: 110, 258
 Creis, Joseph: 170, 261
 Crespo Toral, Remigio: 120
 Crespo, Joaquín Antonio: 204, 261
 Crespo, Joaquín: 208
 Criollombus, Cristóbal: 204, 258
 Cruces, Oliverio de: 84, 263
 Cruz, Juana Inés de la (sor): 14, 141, 194, 266
 Cubito: 202, 223, 258
 Cuenca, Claudio Mamerto: 98, 258
 Cuenca, Humberto: 71
 Cura Villano (El): 202, 259
 Curiel, Juan de J.: 164
 Curt-Hosseus, Karl: 188
 Daal, Esteban: 216
 D'Annunzio: 88
 Dantie, Pierre: 184, 264
 Darío, Rubén: 13, 48, 84, 126, 130, 142, 177, 194, 222, 258, 265, 293
 D'arlach, Adhemar: 98, 257
 Dávila Cordero, César: 116, 258
 Delgadillo, Jorge: 98, 261
 Delgado, Aurelio: 98, 258
 Delgado Briceño, A. M.: 218
 Delgado, Lucio: 221
 Delmiant: 185, 258
 Delvau, Alfred: 43
 Derus Morean, Elisa: 43
 Deschamps, Enrique: 189
Desiertos de Achaguas, Los: 13, 52-54, 67, 256, 296
 D'Esleben, Winty: 200
 Devoto, Luis: 189
Día Gráfico, El: 23, 108
 Diablo Cojuelo (El): 234, 259
Diario de Comercio: 108
 Díaz de Escobar, Narciso: 162, 167, 263
 Díaz Gana, Pedro: 141, 264
 Díaz Mirón, Salvador: 90, 141, 265, 294
 Díaz Pérez, Viriato: 188
 Díaz Rodríguez, Manuel: 86, 88, 228, 242
 Díaz S., Martín: 193, 263
 Díaz, Leopoldo: 135
 Díaz, Porfirio: 23
 Díaz, Ramón: 75

- Díaz, Trino: 185, 266
Diccionario enciclopédico hispanoamericano: 56
Diccionario enciclopédico Uteha: 35
 Dicenta, Joaquín (hijo): 48, 251
 Diego, José de: 142, 178, 188, 227
 Diéguez Olaverri, Juan: 141, 261
 Díez de Medina, Eduardo: 98
Divina comedia: 94
Diluvio, El (diario): 14, 19, 22, 23, 25, 26, 30, 41, 108, 112, 173, 176, 179, 196, 197, 253, 255, 276
 Docorona, Rafael: 28, 265
 Docorona, Ramón: 28, 265
 Dominici, Pedro César: 238
 Don Nada: 94, 258
 Dovac, Liborano: 110, 262
 Dovac, Liborio: 185, 204, 262
 Dovacor, Liborano: 185, 262
 Dovacor, Liborio: 262
 Duarte y Rivas, Ángel: 73, 257
 Duque, Manuel: 98, 184, 263
- Echeverría, Aquileo J.: 163, 174, 177, 257
 Echeverría, Jaime: 163, 175, 260
 Echeverría, Juan Abel: 116, 261
 Edipo Rey: 183, 259
 Egas, José María: 116, 261
 Ego: 184, 259
 Egüez, Felisa: 94, 259
 Emparan, Vicente: 233
 Empirius, Joan: 184, 260
Enciclopedia Espasa-Calpe: 114, 165, 171
Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana: 178, 187 y ss.
 Encomendero de Trujillo, El: 67, 259
 Endejo, Alberto P.: 185, 186, 257
 Erazo, Salvador L.: 143, 178, 294
 Erlande, Albert: 192
 Errebecé: 193, 259
 Ertone, Jalabrua B.: 124, 260
 Escala, Víctor Hugo: 113, 120, 266
Escena Ilustrada: 100
Esfera, La (periódico): 165, 248
 Escudero Moscoso, Gonzalo: 120
 Esguerra, Arsenio: 98, 258
 Espasa-Calpe (editorial): 178, 187, 253
 Espinosa, Gabriel: 88
 Espinosa, Juan: 188
 Espinosa Ruiz, L.: 163, 262
 Espinoza, Roberto: 120
 Espronceda, Pedro: 184, 264
 Esteban, Ramón: 165
 Estrada Cabrera, M.: 23, 141, 156
 Estuva, Adalberto A.: 184, 257
 Evia, Jacinto de (padre): 116, 264
 Exposición de Buenos Aires: 161
- Fabre, Gregorio (el Brasileño): 34
 Fábrega, Demetrio: 142, 194, 258
 Facio, Justo A.: 163, 175, 262
Facundo: 88
 Falconi, Aurelio: 120

- Falconi Villagómez, J. A.: 116, 260
- Fálquez Ampuero, Francisco J.: 117, 259
- Fauquier (Doctor): 234, 258
- Ferega Zombona, Alberto: 170, 257
- Fernández Blanco, Joaquín: 189
- Fernández Pradel, Jorge (padre): 189
- Fernández de la Hoz, Aracelis: 74
- Fernández de Oviedo, Gonzalo: 60
- Fernández Guardia, Ricardo: 189
- Fernández Güell, Aurelio: 148, 154, 258
- Fernández Güell y Parés, Rogelio: 154, 175, 265
- Fernández, Enrique W.: 188
- Fernández, Jorge: 188, 189
- Fernandillo: 144, 146, 259
– *Cuentos de Fernandillo, Los*: 144
- Ferno, Oliverio de: 84, 263
- Ferrer, Diego Bautista: 234, 258
- Ferrer, Francisco: 33
- Féval, Paul: 234, 264
- Fiallo Cabral, Arístides: 189
- Fiallo, Fabio: 141
- Fierabrás: 102
- Fierro, Humberto: 117, 260
- Figueras, Adolfo: 197, 257
- Finot, Emilio: 98, 259
- Flaubert, Gustave: 117
- Flores Caamaño, Alfredo: 188
- Flores, Alejandro: 142, 257
- Flores, Julio: 136, 262
- Florida, La (legajos): 37
- Fombo Blancona, Rabino: 113, 264
- Fombona, Evaristo: 239
- Fors, Luis R.: 188
- Forz, Ramón de: 203
- Freixa, José: 165
- Freytes (bachiller): 95
- Fuenmayor, Alejandro: 228
- Gabacho, Diego: 213, 258
- Gaché, Alberto I.: 188
- Galindo, Néstor: 98, 263
- Gallegos del Campo, Emilio: 120
- Gallegos Naranjo, Manuel: 120
- Galvarro, R. J.: 98, 264
- Gálvez, José: 188
- Gancedo, Alejandro: 188
- Gangotena y Jijón, Cristóbal: 48
- Garavito, José María: 98, 261
- Garcés, Víctor M.: 120, 266
- García Calderón, Rufino: 183, 265
- García Calderón, Ventura: 121, 178
- García de Coronado, Domitila: 234, 258
- García del Valle, José: 188
- García Escobar, Rafael: 142, 265
- García Goyena, Rafael: 117, 265
- García, Alberto Guillermo: 252
- García, Manuel Aquilino: 73
- García, Pedro Ezequiel: 229
- García, Pere: 197, 264

- García, Rodolfo: 141, 265
 García Hernández, Amelia: 197
 García Merou, Martín: 117
 García Moreno, Gabriel: 117, 260, 294
 García Prieto, Bernardo: 188
 García Vallenilla de Herrera, Valentina: 112⁴
 Garriga i Massó, Joan (conde de Gamazo): 165
 Gathmann Hermanos: 228
 Gavidia, Francisco: 143, 259
 Gavilán, Juan: 189
 Gedeondo, Alejandro Luis: 257
 Geenzier, Enrique: 142, 259
Geografía de Venezuela: 74, 75, 77
 Ghirardo, Alberto: 48, 126, 127, 131
 Ghom-Ezuella: 25
 Gil Borges, Esteban: 193
 Gil Fortoul, José: 193, 215, 228
 Gil Lecuna, Luis H.: 234, 262
 Gil, Pío (Pedro María Morantes): 20, 84, 264
 Giliberti, Luis: 221
 Ginebra, Luis: 164
 Girón, Joseph: 197, 261
 Gógol, Nikolái: 154
 Gómez Carrillo, Enrique: 149
 Gómez Eanes de Azurara: 184, 260
 Gómez González, Luis E.: 121, 262
 Gómez Restrepo, Antonio: 136, 294
 Gómez, Alberto M.: 117, 257
 Gómez, Alfredo: 141, 257
 Gómez, Eustoquio: 185, 186, 259
 Gómez, Juan C.: 229
 Gómez, Juan Vicente: 12, 14, 15, 17, 19-23, 25, 26, 28, 33, 35, 84, 107, 112, 113, 124, 147 y ss., 165, 166, 174, 185, 192-195, 198, 203, 205, 211, 213, 215, 216, 229, 231, 238, 243, 253, 260
 Gómez, Victorino: 110
 Gomezuela (marqués de): 185
 Gomezzunkis: 185, 260
 Góngora: 64
 González Camargo, Juan: 177
 González de Moscoso, Mercedes: 120
 González Guarnizo, Carlos F.: 117, 258
 González Guiñán, Tábano: 124, 266
 González Guiñán, Francisco: 189
 González Martínez, Enrique: 48, 141
 González Quijano, Arturo: 188
 González Rincones de Klemper, Ivonne: 33¹⁴
 González Rincones, Salustio: 33¹⁴, 221
 González Suárez, Federico: 48
 González, Eloy G.: 127, 130, 221, 229, 259
 González, Nicolás Augusto: 117, 263

- Goreñe Nagore, R.: 147
- Gorki, Máximo: 149, 154
- Gotz, Damiro: 184, 258
- Gran Florida, La*: 13, 52-54, 60, 255, 296
- Granado Guarnizo, Carlos F.: 258
- Grand Eboa, L. A.: 24, 262
- Grases, Pedro: 71, 74, 77
- Grill: 149, 244, 260
- Guaicaipuro: 56, 57, 60-62
- Guarderas, Francisco: 116, 117, 259
- Guasa, José: 185, 261
- Guearna, Mario: 109, 263
- Guemara, Arión: 109, 257
- Guerano, María: 109, 263
- Guerra Manoi, A.: 109, 257
- Guerra, S.: 170, 265
- Guerrero, Guillermo: 151, 260
- Guevara, J. de: 163, 260
- Guevara Rojas, Felipe: 229
- Guevara Santander, Francisco de Paula: 74, 259
- Guido Spano, Carlos: 135, 258
- Guimãraes Júnior, L. Caetano: 136
- Guinand, Rafael: 221
- Guirola, J.: 189
- Gumilla, José: 24, 60, 261
- Guruceaga, Juan de: 170, 260
- Gutiérrez Coll, Jacinto: 170, 260
- Gutiérrez Nájera, Manuel: 141, 262
- Gutiérrez, José N.: 89
- Gutiérrez, Pedro Elías: 15, 170, 216, 222, 223
- Gutiérrez, Sinibaldo G.: 234, 266
- Guzmán Blanco, Antonio: 23
- Guzmán, Federico de: 188
- Hamed, Afro: 163, 165, 257
- Han, Alejandro: 149, 257
- Haro, Eduardo: 48
- Henao, Jesús María: 188
- Heraldo, El*: 210⁶
- Heredia, José María de: 90
- Hermoso Tellería, Adán: 215
- Hernáiz, Santiago: 142, 265
- Hernández, Domingo Ramón: 129, 133
- Hernández, Emiliano: 88, 229, 246
- Hernández, Gaspar Octavio: 142, 260
- Hernández, José: 133, 164
- Hernández, José Manuel (el Mochó): 82
- Hernández, Mercedes: 210
- Herodes: 183, 260
- Herrera Irigoyen, J. M.: 228
- Herrera, Antonio de: 60
- Herrera, Juan: 261
- *Juan Herrera, el llanero venezolano*: 129
- Herrero Ducloux, Enrique: 188
- Herrero, José: 164
- Hesse, Carlos A.: 189
- Hine Saborio, Enrique: 175, 259, 294
- Hine Saborio, Luis: 175, 262, 294

- Hinnes, Anselmo: 185, 257
 Hinz, Hans: 185, 260
Historia de Suramérica: 56
 Hodeimar, Abdul: 235, 257
Horizontes (revista): 213
 Hudius, David: 197, 258
 Hugo, Víctor: 113, 120, 126, 151, 202, 266
 Humboldt, Alejandro de: 76², 148, 257, 297
- Ibar, Óscar Alberto: 163
Idea (revista): 175, 256
 Illingroth, Juan: 121, 261
Ilustración Ibérica: 83
Impulso, El (periódico): 86, 234, 256
 Indistor: 182, 260
 Innes González, Eduardo: 226
 Iponikulus: 184, 260
 Irausquín, R. Pompeyo: 216
 Iribarne, Francisco: 234, 259
 Iriondo y De la Vara, Vicente: 188
 Isaacs, Jorge: 136, 261, 294
 Itriago Chacín, Pedro: 204
 IV Carancha (José Jiménez): 235
 Izquierdo, Jesús: 221, 225
- Jahifak: 197, 260
 Jaimes, Julio Lucas: 98, 262
 James, Julio L.: 98, 262
 Jarque: 60
 Jiménez Arráiz, Francisco: 198, 210
- Jiménez, Rafael T.: 189
 Joseíto: 261
 Joseíto, Enrique: 202, 259
 Juegos Florales: 103, 206, 225, 227, 228, 235, 242, 246, 291
 Julia, Joseph: 173
 Jurado, Bernardo: 210
 Jurado, León: 215
 Juste, A.: 239
- Kaberniculus: 185, 262
 Kaín, Jota: 139, 261
 Kamarakoff: 185, 262
 Kanibalón: 185, 262
 Kanimur: 185, 262
 Kapalek, Antón: 183, 257
 Kassenio: 185, 262
 Kassoktio: 185, 262
 Kavernkoff: 184, 262
 Kempis: 156, 262
 Kérenski: 154, 157
 Key Ayala, Santiago: 233
 Kiss, E.: 162, 259
 Konrad, Conrado: 184, 258
 Kopolek, Joan: 182, 261
 Kreys: 185, 262
 Krisnartius: 184, 262
 Kristauris: 184, 262
 Kuneta, César: 204, 258
- L. A.: 95, 244, 262
 L. G. U.: 243, 262
 L'Aiglón: 105
 Labrua Bertone, J. A.: 124, 260
 Lacroix, Julio: 43

- Lacurano, Vil: 266
 Lacuranus, Vil: 184, 266
 Ladvogar, Alberto: 234, 257
 Lafuente: 84, 262
 Lago Martí, Francisco: 143, 259
 Lahitte, Eduardo: 188
 Lamartine, Alfonso de: 149
 Lameda, León: 105
 Landaeta Rosales, Manuel: 81-83, 104, 210⁷, 291
 Lank: 184, 262
 Lanz Vallenilla, Liduvino: 124, 262
 Larmig, Eduardo: 142, 259
 Larrea Ch., Alberto: 117, 257
 Laue, Max: 184, 263
 Lazo, Antonio: 136, 257
 Lazo Martí, Francisco: 295
 Leal, Teófilo: 221
 Lecuna, Valentina: 111³, 295
 Lecuna, Vicente: 13, 19, 37, 228
 Lenin: 15, 148, 149, 152-155, 157, 158
 Lénine (seud.): 262
 – obra: 15, 21^{*}, 26, 27, 39, 40, 46, 47², 112, 147 y ss., 172, 244, 255, 292
 León Mera, Juan: 120
 León-Ignacio, Jacinto: 28⁴, 38¹, 172¹, 196¹, 295
 Lerroux, Alejandro: 34, 40
Letras españolas (Primera mitad del siglo XIX): 13, 69, 71-73, 255
 Leymis, Óscar: 188
 Lezica, Carlos E.: 188
Liberal, El (periódico): 190
 Liebknecht: 155
 Liebneck: 170, 262
 Lillo, Eusebio: 141, 259
 Litthuermann: 184, 262
Llanero, El: 12, 13, 19, 66, 67⁴, 69-71, 87, 132, 256, 295, 297
 Llanero, Juan: 202, 261
 Llano, Pedro del: 202, 264
 Llano, Pepe del: 202, 264
 Llanos, Adolfo: 234, 257
 Llanos, Julio: 188
 Llona, Numa Pompilio: 117, 263
 Llorens Costa, Bruno: 180, 182
 Locus, Stoy: 185, 186, 266
 Londoño, Víctor M.: 228
 López Ballesteros, Sixto: 99, 266
 López Celis, L.: 211
 López de Gómara, Francisco: 60
 Lora, José E.: 142, 261
 Lorenzana, Carlos: 137, 258
 Loronfarció, E. V.: 110, 259
 Losada, Diego de: 62, 128
 Lotti, Pierre: 149
 Loynaz, Agustín: 73, 257
 Lozano Casado, M.: 99, 262
 Lozano Díaz, E.: 56, 67, 259
 Luaces, Joaquín Lorenzo: 126, 140, 261
Luchador, El (periódico): 213
 Luengo, Manuel: 33, 34
 Lugo, Juanita: 89, 139
 Lugones, Leopoldo: 48, 126, 127, 136, 262
 Luján, Agustín: 175, 257

- Luxemburgo, Rosa: 155
 Lynch, Julio A.: 188
- Macarius: 182, 262
 Macaulay, Lord T.: 126, 244, 262
 Machado, José E.: 96³, 97, 132, 133, 295
 Machamek: 170, 263
Magallanes (drama): 242
 Malaparte, Pepe: 124, 264
 Malapepe, Parte: 124, 264
 Mallarino, Manuel María: 131
 Malpighi, Marcelo: 184, 263
 Manetón: 184, 263
 Manuel: 202, 263
 Manzoni, Cosme J.: 188
 Mar, Duque del: 185, 258
Mar de las perlas, El. Historia de la Conquista de Nueva Andalucía: 55
 Mar, José de la: 22
 Mar-Acaí (sultán de): 24
 Maracay, Pepe: 204, 264
 Marchito, N.: 175, 263
 Marcio, Anco: 99, 257
 Marcos, Mateo: 143, 263
María: 83
 Marín, Abel: 163, 257
 Marmier, Javier: 234, 260
 Mármol, José: 136, 261
 Márquez, José Arnaldo: 142, 261
 Márquez Bustillos, Juan Vicente: 110
 Márquez Bustillos, Victorino (marqués de Bustillos): 124, 137, 218, 219, 221, 222, 229, 237, 266
- Marquina, Eduardo: 200
 Martí Torres, Domingo: 165
 Martí, Carlos: 188
 Martí, José: 126, 140, 193, 261
Martín Fierro: 129, 133, 294
 Martínez Anido, Severiano: 172
 Martínez Mendoza, Gregorio: 103
 Martínez Páez, A.: 188
 Martínez, Leoncio: 102, 217
 Martos A.: 257
Máscara heroica, La: 195, 203
 – *incendiada*: 204
 Mata Blanconi, Rufino: 113, 265
 Mata y Mata, Roberto: 162, 265
 Mata, Andrés: 90, 102, 126, 143, 228
 Mata, Guillermo: 141, 260
 Matovelle, Julio: 120
 Maucci (Casa Editorial): 40, 41, 90, 107, 113, 121, 123, 143, 161, 166, 177-179, 195
 –, Carlos: 295
 –, Manuel: 40, 108, 177, 195, 253
 Maura, Gabriel (conde de la Montera): 199, 200
 Maxemburgo, Rosa: 185, 265
 Mayorga Díaz, Ramón: 184, 265
 Mayorga Rivas, Ramón: 142, 265
 Meaño de Blanco, Dolores: 199
 Meaño Escalante, Dolores: 85
 Medina, Rosendo: 113, 265
 Medina, Vicente: 266

- Mego, S.: 183, 265
- Meleán, Trifón: 188
- Meleankoff: 184, 263
- Melgarejo, Mariano: 23, 89
- Memorias de un desmemoriado*:
102
- *de un semibárbaro*: 14, 17, 42,
79, 81 y ss., 86, 132, 207, 211⁸⁻
⁹, 214, 245¹, 256, 292
 - *de una buena hija*: 43
 - *de una cortesana*: 43
 - *de una doncella*: 43
 - *de una hermana de la caridad*: 43
 - *de una solterona*: 43
 - *de una sonámbula*: 43
- Menacho, Manuel: 164
- Menderieta: 186, 263
- Méndez Bringa y Ángel: 144,
297
- Méndez de Cardona, R.: 165
- Méndez, Carolina: 74
- Méndez, Gervasio: 136
- Mendoza, Cristóbal L.: 211
- Mendoza, Daniel: 12, 18, 66, 69-
71, 192, 256, 258, 295
- Mendoza, Natividad: 82
- Menéndez Pelayo, Marcelino: 89,
244, 263, 295, 297
- Merchán, Antonio: 121, 257
- Mercurio* (revista): 175
- Mérimée, Prosper: 83
- Merizalde, Antonio: 137, 257
- Merowkine, Adda: 149, 150
- Mesanza, Andrés: 188
- Mierdaneja, Alberto: 14, 174,
185, 257
- Miguel: 202, 263
- Mijoans, X.: 184, 266
- Milanesado (duque de): 62
- Millet, Margarita: 197
- Minotauros: 185, 263
- Minski: 148, 263
- Mío Cid: 63
- Miracle, Antonio: 165
- Miralles, Juan: 184, 197, 261
- Miralles, Sebastián: 184, 265
- Mirbeau, Octave: 43
- Mirinkoff: 183, 263
- Miró, Texso: 197, 266
- Miserables, Los*: 202
- Misiones de Rosa Blanca y San
Juan de las Galdonas en 1656*:
13, 51, 53, 58, 256, 296
- Molina, Luis de: 184, 262
- Molina, Vicente: 163
- Monasterios, R.: 175, 264
- Monasterios, Rafael: 33
- Monclús del Palacio, Ignacio:
234, 260
- Monge, Ceciliano: 120
- Monjardín, Alain: 234, 257
- Monner y Sans, R.: 188
- Montalvo de Jarama, Mateo: 13,
53, 58, 67, 256, 263
- Montalvo, Antonio: 117, 291
- Montaner y Simón (editorial): 56
- Montclar, Fidel (fray): 188
- Montefiore Waxman, Samuel: 69
- Montemayor, Agustín de (fray):
95, 260
- Montenegro: 219, 237

- Montes, Emilia: 221
 Montoya Canal, Aníbal: 163, 257
 Montoya Ruiz, Antonio de: 60
 Morales Lara, Julio: 210⁶, 243⁷
 Morales de los Ríos, A.: 188
 Moreno, Julio E.: 120
 Moreno, Miguel: 117, 263
 Morillo, Alejandro: 188
 Moscoso, Alfonso: 117, 257
 Moulin, Jean (abate): 56, 61, 67, 185, 257
 Movimiento de Liberación Venezolano: 184, 255
 Moya, J. Rafael: 163, 260
 Mujía, María Josefa: 99, 184, 263
 Mujía, Ricardo: 99, 184, 265
 Muminak: 185, 263
Mundial (periódico): 222
 Munguía (bachiller): 102
 Murúa, Agustín: 165
 Mutis, Aurelio: 188
- N. V.: 234, 263
Nación, La (diario): 210
Nacional, El (diario): 71
 Nadal, Joaquín M.: 165
 Navarrete, N.: 189
 Negro Assesín, Rufino: 113, 265
 Neira, Miguel E.: 120
 Neronius: 184, 263
 Nervo, Amado: 126, 141, 188, 257, 296
 Nervo, Evado: 193, 259
 Nervo, Odiado: 193, 263
 Nicaraguán: 13, 53, 55, 57, 58, 256, 296
- Nicolavich, Zar: 184, 266
 Nieto, Luis: 189
 Nietzsche, Federico: 24, 259
 Nimelli González, Pablo: 163, 264
 Niña Rubia: 184, 263
 Niño, Bernardino: 188
 Noailles (condesa de): 192
 Noboa y Caamaño, Ernesto: 48, 117, 259
 Nogales, José: 234, 261
 Noguera, Ángel: 195
 Noguera, José: 41
 Noguera, María: 34, 35, 41, 45, 46¹, 93, 108, 109², 110, 112, 113, 123, 124¹, 147, 171-174, 178, 179, 182, 187, 190, 193, 195, 196, 205, 252, 263
 Noguera, Mercedes: 109, 110, 111
Noticiero Universal, El (diario): 14, 19, 108, 182, 196, 205, 255
 Novo y Colson, Pedro de: 234, 264
Nuevo Diario, El (periódico): 71, 104, 213, 232, 233, 237, 238, 256
- Núñez (doctor): 82
 Núñez Cabeza de Vaca, Álvar: 51
 Núñez y Domínguez, José de Jesús: 48, 260
 Núñez, Manuel F.: 207
- Obligado, Rafael: 129, 136, 265

- Obras científicas*: 13, 69, 74, 75, 95, 255, 293
- Ocampo, Gonzalo de: 13, 51-53, 55, 56, 58, 60-64, 66, 67, 95, 128, 192, 194, 255, 260, 296; v. t. maestro: 263
- Ocaranza, Manuel: 98
- Ochoa, José Vicente: 99, 184, 261
- Oggo, Eggi: 170, 259
- Ojeda, Alonso de: 128
- Olid, Cristóbal de: 128
- Oliva Brodoca, R.: 110, 264
- Oliva Brodocaron, R.: 185, 264
- Oliva Brodocarony, R.: 264
- Olivar, Celeste: 184, 258
- Olivar, Rafael: 184
- Oliverio, A. Dios: 204, 257
- Oliverio: 208, 263
- Olmedo, José Joaquín de: 90, 118, 127, 141, 193, 261, 294, 296
- Omán: 184, 263
- Onaguer, María: 109, 263
- Oria, Alfonso: 136, 257
- Ortega, Simón: 234, 266
- Ortega, José Román: 180, 182
- Ortiz, Fernando: 188
- Ortiz, Olegario: 202, 263
- Ovalles, Víctor Manuel: 131
- Oxales, Joan: 197, 261
- Pacheco Rojas, Jesús: 215, 216
- Páez, José Antonio: 104
- Palacios, Pedro Bonifacio (Almafuerte): 126, 135, 264
- Pallares Arteaga, Alfonso: 121, 257
- Pallares Arteta, Leónidas: 121, 262
- Pallán, Raf.: 197, 265
- Palma, Ricardo: 131, 142, 265
- Palomeque: 35
- Palometa, Daniel: 185, 258
- Papila, Francisco: 112, 260
- Paramaiboa: 13, 53, 55, 255, 296
- Pardo, Felipe: 142, 259
- Paredes de Dávila, Ana: 82
- Paredes, Juan P.: 142, 261
- Pareja, Wenceslao: 113, 120, 266
- Parés, Manuel: 148, 154, 155, 263
- Parnaso boliviano*: 69, 71, 85 y ss., 93 y ss., 107, 113, 162, 176, 217, 244, 255, 292
- brasileño*: 178
- costarricense*: 14, 107, 163, 171 y ss., 179, 195, 255, 292
- cubano*: 178
- dominicano*: 178
- ecuatoriano*: 35, 107 y ss., 124, 255, 293
- español contemporáneo*: 113, 178, 293
- peruano*: 178
- salvadoreño*: 143, 178, 294
- venezolano*: 177
- Passo, José del: 184, 261
- Payró, Roberto J.: 188
- Paz García: 84, 264
- Paz Soldán y Unanue, Pedro: 142, 188
- Paz, Joaquín María de: 73
- Pechersky: 154

- Pelayo, Pedro: 182, 264
 Pellicena Camacho, Joaquín: 165
 Pellicer, Manuel V.: 221
 Peoncito: 202, 264
 Peralta, Manuel María (marqués de): 176, 189
 – (seud.): 170, 263
 Perdomo, Domingo Antonio: 207²
 Pere, Olegario: 185, 263
 Perensky: 185, 264
 Pérez, A.: 257
 Pérez, Andrés (hijo): 163, 257
 Pérez, Felipe: 259
 Pérez, Juan: 113, 261
 Pérez, Udón: 228
 Pérez Acosta, Fernando (padre): 188
 Pérez Bermúdez, Juan Francisco: 245
 Pérez Bonalde, Juan Antonio: 19, 90, 124, 143, 236, 260, 296
 Pérez Capo, Felipe: 163
 Pérez Escrich, Enrique: 157
 Pérez Flores, M. V.: 141, 262
 Pérez Martín, Alejandro: 165
 Pérez Neiva, A.: 234
 Pérez Sarmiento, José María: 188
 Pérez Soto, Vincencio: 204, 266
 Peris, Andrés: 197, 257
 Pestico, Juan F.: 189
 Peyre, Pere: 180, 264
 Peza, Juan de Dios: 142, 261, 296
 Pichardo: 126
 Picón Febres, G.: 189, 294
 Pinto, Manuel María: 99, 184, 263
 Pío, Alfonso: 184, 257
 Plácido: 264
 Planas Álamo, Pedro: 21
 Platón: 158
 Plinius: 184, 264
 Pombo, Gabriel: 199, 201
 Pompilius: 184, 264
 Ponce de León: 57, 68, 264
 Ponce (militar): 192
 Poniatowski, Josef: 184, 261
 Ponky, R.: 185, 264
 Porras Bello, E.: 211
 Porset, L.: 165, 262
Port of Spain Gazette: 149
 Poulet, Pierre: 184, 264
 Prat, Isabel: 195
Prensa, La: 240
 Priz, Pere: 264
 Prometeo (casa editorial): 87
 Prudhomme, Emilio: 164
Publicidad, La (diario): 14, 19, 108, 171, 179-181, 255
 Puebla, Lope de la: 67
 Puerta, Oliverio de la: 202, 263
 Puerta Flores, Ismael: 63, 66³, 296
 Puig, Agustín: 164
 Puig, José María: 164
 Pumar, Carlos: 211
 Pumar, Fernando: 211
Puntos y Comas (semanario): 211
 Purcel, Juan: 28
 Purí Teaurb, M. A.: 25, 262

- Queiroz, Eça de: 100, 139
 Quero, Justo (hijo): 210
- R. B. C.: 193, 264
 R. R. C.: 113, 264
 Rabecé: 193, 264
 Rabolco: 193, 264
 Rabolcón: 193, 265
 Rabolcor: 193, 265
 Rabolcoro: 193, 265
 Raboloro: 193, 265
 Rafaelito: 144, 146, 210, 265
 Raigosa, Roberto P.: 165, 265
 Ramallo, José Antonio: 136, 261
 Ramas, T.: 182, 266
 Ramírez, Juan R.: 142, 261
 Rautzal: 184, 265
 Razetti, Luis: 102
 Real Consejo de Indias: 57, 68
 Rebaudy, A.: 188
 Rebolcón: 193, 265
 Recao Silva, J.: 216
 Recasens, Joan: 197, 261
 Relosilla, Juan José: 113, 261
 Rendón, Víctor M.: 118, 266
Resistencia (semanario): 24, 256
 Restal Cortés, Julio: 189
 Restelli, Ernesto: 188
 Restrepo, David (padre): 189
Resumen de Geografía de Venezuela: 75
Resumen de Historia de Venezuela: 72
 Reverón, Armando: 33
Revista, La: 79, 101, 104, 137, 220, 222, 226-228, 232, 235, 238, 239, 242, 244-246, 256, 296
- Revista de Edimburgo*: 149
 Reyes, Alfonso: 48
 Riera, Antonio: 226
 Riereta, Francesc: 197, 259
 Riobamba, Agustín de (fray): 116, 260
 -, P. Agustín de (seud.): 264
 Riodranjius: 185, 265
 Risco, Alberto: 188
 Rito: 202, 265
 Rivas Groot, José María: 188
 Rivascar, Ricardo: 163, 265
 Rivera, Ángel: 197, 257
 Rivera Baz, Manuel: 217
 Rivera Induarte, José: 143, 260
 Rivero Indarte, J.: 193
 Roca, Ignacio: 121, 260
 Rodao, Esteva: 182, 259
 Rodao, José: 162, 261
 Rodó, José Enrique: 48
 Rodríguez Altunaga, Rafael: 188
 Rodríguez Azpúrua, Andrés: 198, 203, 205
 Rodríguez Codolá, M.: 234, 262
 Rodríguez Velasco, Luis: 141, 262
 Rodríguez, Cristóbal: 66
 Rodríguez, Fidelia M. de: 136, 259
 Rodríguez, José Ramón: 244
 Roguea, Ariman: 109, 257
 Roig, Vicente: 28

- Rojas, Rito: 185, 265
 Román, Aurelio: 118, 258
 Romea, Julián: 73
 Romelio: 185, 265
 Romero Cordero, Rafael: 113, 265 (v. t. R. R. C.)
 Romero León, Remigio: 113, 120, 265
 Romero, Pablo Emilio (Paolo): 143, 194, 264
 Rosa, Andrés Eloy de la: 243
 Rosacruz, Juana: 141, 262
 Rosalio: 202, 265
 Rosas, Roso: 185, 265
 Roza, Darío: 188
 Rueda, Matilde: 216, 218, 221, 222
 Ruiz Almenas, Julio: 48, 262
 Ruiz de la Serna, Enrique: 164, 259
 Ruiz, Lope: 170, 262
 Ruminak: 265
- Sa Valle, R. de: 188
 Salas, Anán: 216
 Salas, Carlos: 203, 221¹⁴, 296
 Salcedo y Ordóñez, F.: 13, 52, 53, 67, 256, 259, 296
 Salvatierra de Álava (conde de): 23, 27
 Sambrano Urdaneta, Óscar: 67, 69, 70¹, 71, 77, 217⁷, 297
 Francisco de Asís, san: 63, 208
 Sánchez Blanco: 165
 Sánchez de Toca: 151, 265
- Sánchez Prieto, Olegario: 234, 263
 Sánchez, José Rogelio: 234, 261
 Sánchez, Manuel María: 120
 Sánchez, Manuel Segundo: 228
 Sánchez, Quintiliano: 121
 Sanjinés C., Yolanda: 189
 Sanjinés, Alfredo: 189
 Sanllehy, Carlos: 165
 Santaella, Juan: 143, 194, 228, 261, 297
 Santander Guevara, Lempidoro: 124, 262
 Santos: 202, 265
 Santos Chocano, José: 142, 261
 Santos Pérez, F.: 143, 146, 259, 297
Santos Vega, el payador argentino: 129
 – (seud.): 265
 Sargent, R.: 166, 264
 Sarkos: 183, 265
 Saturnino Calleja (editorial): 144
 Satrustegui, Cecilia: 99, 258
Savia (revista): 175, 256
 Shelley: 119
 Secretario de Villaespesa, El: 164, 259
 Semprum, Jesús: 226, 228, 233, 243
 Serrano Blanco, Luis: 188
 Serrano, Adolfo Benjamín: 118, 257
 Serrano, Francisco: 175, 260
 Siergent, R.: 166, 264

- Siglo, El* (periódico): 73
- Sileri, Joan: 197, 261
- Silva, José Asunción: 90, 127, 137, 194, 261, 297
- Silva, Medardo Ángel: 48, 121, 263
- Silva, Rafael María (Lino Sutyl): 84
- (seud.): 265
- Silva, Reginaldo: 252, 253
- Simón, Pedro (fray): 60
- Sindicatos Unidos de Venezuela (SUV): 185, 255
- Libres (Libre): 28, 171, 173, 179,
- Sociedades Obreras: 184
- Sodiro, Luis (padre): 188
- Soffia, José Antonio: 141, 261
- Sol, El* (diario): 108, 149, 204
- Solano López, Francisco: 177
- Soler, José María: 188
- Sola, Juan de: 82
- Soler y Roig (médico): 182
- Solidaridad Obrera* (periódico): 195
- Solís de Ovando, J.: 189
- Solís [y Rivadeneyra], Antonio de: 58
- Solsticio, Pío: 184, 266
- Sopena (editorial, biblioteca): 12, 40, 41, 108, 124
- Sopena y López, Ramón: 40, 124
- Soquelan, Raúl: 185, 265
- Sorondo, Xavier: 48, 266
- Sotillo, Pedro: 184³
- Soublette, Henrique: 185, 260
- Souza, Pedro Luis P. de: 136, 264
- Stein (doctor): 148, 157, 258, 266
- Sucesos extraordinarios*: 135, 143, 145, 146, 256, 297
- Sucre, Antonio José: 22
- Sucre, Joan: 197, 261
- Sumarnkio: 185, 266
- Sunniaris: 185, 266
- Sutyl, Lino (seud.): 262
- T. R. N. S.: 81
- Tablanca, Luis: 234, 262
- Takarnus: 185, 266
- Talio: 185, 266
- Tamayo, Franz: 99
- Tancredo: 185, 266
- Tancretti, Agosto: 184, 258
- Tántalo: 185, 266
- Tantano: 185, 266
- Tapias, Joan: 38
- Tarde, La* (diario): 29
- Tarel, Antonio: 197, 257
- Tavera Acosta, Bartolomé: 131
- Teadra: 185, 266
- Teatro Apolo: 183
- Caracas: 216, 218
- de los Obreros: 179
- Municipal: 221, 228
- Music-Hall Pompeya: 179
- Tepek, Tiziano: 182, 266
- Teques, Cristo: 182, 258
- Terán, Manuel: 189
- Tero, P. C.: 124, 263

- Thayer Ojeda, Luis: 189
 Thimon, Thimian: 184, 266
 Tibarides: 185, 266
 Tiberíades: 185, 266
Tiempo, El (Alicante): 108
Tiempo, El (Caracas): 103, 138,
 162, 211, 213, 226, 256
 Tinajeroff: 185, 266
 Tipografía La Perla: 211
 Tirolés, P.: 182, 264
 Tjian: 184, 266
 Tobar, Carlos R.: 189
 Tobar Borgoño, Carlos M.: 189
 Toledo Herraste, Luis: 189
 Toledo, Antonio C.: 119, 257
 Tolentero, Mario: 185, 263
 Tolstói, León: 154
 Torquemada, Fenelón: 204, 259
 Torres Abandero, J.: 193, 260
 Torres Barbero, J.: 193, 260
 Torres Barbero, José: 193, 261
 Torres Barbero, L.: 193, 262
 Tovar Ortega, Francisco: 227
 Trabal, Ramón: 164
 Trajano Mera, J.: 121
Tristeza de Blancapobre, La: 71,
 86, 219¹⁰, 222, 231
 Triyustias: 185, 266
 Trotski, León: 148, 158
 Trouville, Marcel: 114
 Troyo, Rafael Ángel: 234, 265
 Tryuntius: 185, 266
 Tullius: 185, 266
 Turcios, Salvador: 124, 141, 265
 Uli: 266
 Uliman: 185, 266
 Ulías Gutiérrez, Pedro: 170
 Ulimanoff: 185, 266
 Uliminiuf: 185, 266
 Unamuno, Miguel de: 127, 129,
 244, 266, 297
Universal, El (diario): 17, 79, 81,
 226, 234, 238, 240, 256
 Universidad de Costa Rica: 148,
 154
 – de Oviedo: 200
 – de Pisa: 85
 – de Salamanca: 129
 Urbaneja, Alberto: 14, 21-27, 29,
 30-33, 35, 124, 166, 172, 186,
 189, 195, 198, 202-205, 253
 Urbaneja, Karroña: 204, 262
 Urbaneja, Mapurite A.: 25
 Urbanik: 185, 266
 Urbina, Luis G.: 90, 126, 142,
 188, 243, 262, 297
 Urteaga, Horacio H.: 188
 Urquieta, Felipe L.: 188
 Uslar Pietri, Arturo: 20, 161, 167,
 170, 258
 Vaca de Flor, María Natalia: 121
 Valdez, Gabriel de la C. (Pláci-
 do): 140
 – (seud.): 260
 Valencia, Guillermo: 48, 126, 137
 Valenzuela, Mario: 137, 263
 Valery Rísquez, Pedro: 102, 226
 Valle, Adrián del: 178
 Valjean, Jean: 202

- Vallenilla Lanz, Laureano: 124, 228, 233, 243
- Vallenilla Lecuna, Ramón: 25, 111³, 256, 295
- Valles, O.: 234, 263
- Valverde, Miguel: 121
- Valverde, Quinito: 236
- Valverde, Salvador: 136, 265
- Vanguardia, La* (diario): 108, 179, 256
- Vargas Ugarte, Rubén (padre): 188
- Vargas Vila, J. M.: 84, 121, 124, 126, 130, 266
- Vargas, Mencio: 67, 263
- Varrasquel y Calverde, Raúl: 170, 265
- Vásquez Yepes: 137, 266
- Vásquez, Honorato: 119, 260
- Vehils, Rafael: 165 175
- Veintimilla, Dolores: 121
- Vela, Pablo Hannibal: 113, 121, 264
- Velasco, Carlos: 188
- Velásquez, Ramón J.: 215
- Veloz, Luis F.: 119, 262
- Vera, Felipe L.: 121, 194, 259
- Vera, Felipe R.: 113, 259
- Verba Renorum: 183, 266
- Verlaine, Paul: 137, 264
- Verona, Julio: 163, 262
- Vetancourt Aristeguieta, Ignacio: 99, 260
- Viada, Mariano: 164
- Viana (príncipe de): 102
- Vidal, Buenaventura L.: 234, 258
- Vidal, Fabián: 109, 259
- Viescas, Ramón: 119, 265
- Vigues, Pío J.: 175, 264
- Vila y Prades, Julio: 166
- Vila, Pablo: 74, 76², 95
- Villacurano, El: 170, 259
- Villacurano, Un: 202, 266
- Villadecura, Casimiro: 28, 258
- Villadequiura (conde de): 184, 186, 258
- Villaespesa, Facundo: 183, 259
- Villaespesa, Francisco: 13, 18, 37, 45, 48, 142, 164, 165, 227, 242, 243, 248-251
- Villalobos, Carlos: 99, 258
- Villalobos, Rosendo: 99, 194, 265
- Villalta, José: 180, 182
- Villar de Fuente (conde de): 118
- Villasana, Ángel Raúl: 297
- Villasana, Rafael Emigdio: 207
- Vincent: 240
- Viñamata, José: 22, 165
- Viquez, Pío J.: 137
- Virgilio: 65
- Viteri Lafronte, Homero: 120
- Vives, Alberto Eduardo: 189
- Volney: 237, 244, 266
- Voz, La* (diario): 204
- Voz de Miranda* (semanario): 207
- Wokewe: 237
- Woodbine, M.: 234, 262
- Xalier, Mustafá: 184, 263

Xenius, Joan: 180, 261
Xeus: 185, 266
Xilenius: 197, 266
Yacido, Reyes: 183, 265
Yaracuy (cacique): 13, 53, 55-57,
68, 255, 296
Yaracuy, Juan: 184, 261
Yark, Louis: 184, 262
Yerovi, Leónidas A.: 189
Yin, Tang: 184, 266
Ylocus, Yoso: 185, 186, 266

Zaldumbide, Gonzalo: 48, 88
Zamacois, Eduardo: 43, 297
Zambrana: 266
Zambrano, Antonio: 177, 257
Zamudio, Adela: 99, 257
Zamudio Ballivián, L.: 99, 100,
262
Zapata, Nemesio de la Concep-
ción (fray): 13, 18, 53, 55, 57,
58, 67, 193, 256, 260, 296
Zeledón, J. M.: 175, 261
Zérega Fombona, Alberto: 170,
257
Zinski, Goulz: 184, 260
Zorrilla, José: 127
Zorrilla de San Martín, Juan: 90,
126, 143
- (seud.): 262
Zosino, Pietro: 100
Zung, Yeinz: 184, 266
Zurita, Alejandro Héctor: 189

Índice

Rafael Ramón Castellanos	5
Prólogo a la primera edición	11
Los seiscientos nombres de Rafael Bolívar Coronado	17
I	
Las persecuciones en tierra catalana. Sus artículos en la prensa. A punto de ser deportado	21
II	
Abandona Madrid. En Barcelona se inmiscuye en la política interna	37
III	
Su actuación en Madrid. La revista <i>Cervantes</i> de Villaspesa	45
IV	
En la editorial América. Biblioteca de Historia Colonial	49
V	
<i>El llanero</i> de Daniel Mendoza. La Biblioteca Ayacucho.	

<i>Letras españolas</i> de Rafael María Baralt.	
Las <i>Obras científicas</i> de Agustín Codazzi	69
VI	
Las <i>Memorias de un semibárbaro</i> publicadas por Rufino Blanco Fombona	79
VII	
La era de las Antologías.	
El <i>Parnaso boliviano</i>	85
VIII	
Los seudónimos en el <i>Parnaso boliviano</i> .	
Conceptos sobre su persona	93
IX	
Intimididades de Bolívar Coronado.	
El <i>Parnaso ecuatoriano</i> .	
Muchos otros seudónimos	107
X	
La <i>Antología de poetas americanos</i>	123
XI	
Trasposiciones, creaciones y seudónimos en la <i>Antología de poetas americanos</i> .	
Su libro <i>Sucesos extraordinarios</i>	135
XII	
El anarquista confeso.	
Su libro <i>Lénine</i> y el destino de esta obra.	
“Hay que matar a Gómez y hacer de Venezuela un país bolchevique”	147
XIII	
El <i>Almanaque ilustrado hispanoamericano</i> .	
La tarea de Bolívar Coronado.	
El cuento de Arturo Uslar Pietri	161

XIV	
El <i>Parnaso costarricense</i> .	
Muchos más seudónimos.	
La guerra en el sindicalismo.	
Trabajo en la <i>Enciclopedia Espasa</i>	171
XV	
Metido en el fuego de la anarquía.	
El atentado en el Teatro de los Obreros.	
Cambia de periódico por unos meses.	
Revira hacia los conservadores.	
Abundan los seudónimos	179
XVI	
La tarea formal de Bolívar Coronado en la <i>Enciclopedia universal ilustrada europeo-americana</i> , de Espasa-Calpe	187
XVII	
De nuevo hacia el norte de África.	
Problemas políticos. <i>La máscara heroica</i> .	
Los estertores	195
XVIII	
Los años del comienzo.	
Para entender <i>Memorias de un semibárbaro</i>	207
XIX	
El pasado vuelve a ser luz y camino.	
La zarzuela <i>Alma llanera</i>	213
XX	
De la producción literaria al concurso de los Juegos Florales de 1916	225
XXI	
El escritor viaja a España	231
XXII	
Rompe con los directivos de la <i>Revista</i> y con el Gobierno de Venezuela	245

XXIII

Lista alfabética de sus seudónimos y ubicación 255

Bibliografía 291

Índice onomástico 299

Este libro se editó en digital
en septiembre de 2021 en
Caracas - Venezuela



Hasta hace algún tiempo, la figura de Rafael Bolívar Coronado (Villa de Cura, 1884-Barcelona, España, 1924) contenía la sustancia de la épica. Su imagen fue adquiriendo, a través del testimonio de las personas que lo conocieron, una significación que lo contraponía entre un personaje heroico o un pícaro pero que, en cualquiera de los casos, no aminora la fascinación que despiertan su vida y su obra. Castellanos, a lo largo de esta investigación, escruta en bibliotecas, en archivos y documentos de editoriales —españolas y venezolanas— en las que el biografiado llegó a publicar a través de sus múltiples seudónimos; nombres que son compilados para reunir y ofrecer una obra prácticamente desconocida y dispersa. Su escrúpulo de investigador (y también de admirador) lleva al autor hasta María Noguera —viuda de Bolívar Coronado—, cuya contribución hace de esta obra un libro de primera fuente, un viaje que nos devuelve a un autor digno de estudiar desde una postura moderna.

RAFAEL RAMÓN CASTELLANOS (1931-2019)

Novelista, periodista, biógrafo, historiador, editor y académico. Estudió Filosofía y Letras en Bogotá. Su presencia e influencia en el mundo de los libros en nuestro país, es quizás una de las experiencias más trascendentales y dignas de estudiar en el sector impreso: fundador de la librería Historia y la Gran Pulpería del Libro; bibliógrafo y coleccionista de documentos, archivos y papeles de gran valor cultural. Publicó más de setenta títulos, entre los que se destacan: *Bolívar, crítico de literatura e historia* (1963); *Historia del seudónimo en Venezuela* (1981); *Historias de las pulperías* (1988); *Sucre, creador del Derecho Internacional Humanitario* (1995) e *Historia de las librerías en Venezuela. 1607-1900* (2017). En 1995, le es otorgado el Premio Internacional Gran Mariscal de Ayacucho.